

EL ASESINO SIN ROSTRO

UNA MUJER A LA CAZA
DEL PSICÓPATA QUE
ATERORIZÓ CALIFORNIA

MICHELLE McNAMARA

INTRODUCCIÓN DE GILLIAN FLYNN
EPÍLOGO DE PATTON OSWALT



RBA

EL ASESINO SIN ROSTRO

UNA MUJER A LA CAZA
DEL PSICÓPATA QUE
ATERRORIZÓ CALIFORNIA

MICHELLE McNAMARA

INTRODUCCIÓN DE GILLIAN FLYNN
EPÍLOGO DE PATTON OSWALT

TRADUCCIÓN DE
EDUARDO IRIARTE

RBA

ÍNDICE

[ELASESINO SIN ROSTRO](#)

[SINOPSIS](#)

[REPARTO](#)

[MAPA CRONOLÓGICO](#)

[NOTA DE WELDON KEES](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[IRVINE, 1981](#)

[DANA POINT, 1980](#)

[HOLLYWOOD, 2009](#)

[OAK PARK](#)

[SACRAMENTO, 1976-1977](#)

[VISALIA](#)

[CONDADO DE ORANGE, 1996](#)

[IRVINE, 1986](#)

[VENTURA, 1980](#)

[GOLETA, 1979](#)

[GOLETA, 1981](#)

[CONDADO DE ORANGE, 2000](#)

[CONTRA COSTA, 1997](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[SACRAMENTO, 2012](#)

[ESTE DE SACRAMENTO, 2012](#)

[LA CODA DE LOS GEMELOS](#)

[LOS ÁNGELES, 2012](#)

[CONTRA COSTA, 2013](#)

[FRED RAY](#)

EL INDICADO

LOS ÁNGELES, 2014

SACRAMENTO, 2014

SACRAMENTO, 1978

TERCERA PARTE

EPÍLOGO

CONCLUSIÓN: CARTA A UN VIEJO

LO CONSEGUISTE, MICHELLE

ENCARTE

NOTAS

SINOPSIS

Un magistral relato verídico sobre el Asesino del Estado Dorado, el asesino que aterrorizó a California durante más de una década, de Michelle McNamara, una periodista de gran talento que falleció trágicamente mientras investigaba el caso.

En el transcurso de más de diez años, un misterioso y violento depredador cometió cincuenta agresiones sexuales en el norte de California antes de trasladarse al sur, donde perpetró diez sádicos asesinatos. En 1986 desapareció, evitando que lo detuvieran múltiples organismos policiales y algunos de los mejores inspectores de la zona.

Tres décadas después, Michelle McNamara, periodista especializada en crímenes reales que creó el popular sitio web Diario de Crímenes Reales, decidió dar con el violento psicópata que ella bautizó como «el Asesino del Estado Dorado». Michelle estudió informes policiales, entrevistó a víctimas y entró a formar parte de comunidades online tan obsesionadas como ella con el caso.

REPARTO

VÍCTIMAS

VÍCTIMAS DE VIOLACIÓN

Sheila* (Sacramento, 1976)
Jane Carson (Sacramento, 1976)
Fiona Williams* (sur de Sacramento, 1977)
Kathy* (San Ramón, 1978)
Esther McDonald* (Danville, 1978)

VÍCTIMAS DE HOMICIDIO

Claude Snelling (Visalia, 1978)*
Katie y Brian Maggiore (Sacramento, 1978)*
Debra Alexandria Manning y Robert Offerman (Goleta, 1979)
Charlene y Lyman Smith (Ventura, 1980)
Patrice y Keith Harrington (Dana Point, 1980)
Manuela Witthuhn (Irvine, 1981)
Cheri Domingo y Gregory Sanchez (Goleta, 1981)
Janelle Cruz (Irvine, 1986)

INVESTIGADORES

Jim Bevins: investigador, Departamento del Sheriff del condado de Sacramento.
Ken Clark: inspector, Departamento del Sheriff del condado de Sacramento.
Carol Daly: inspectora, Departamento del Sheriff del condado de Sacramento.
Richard Shelby: inspector, Departamento del Sheriff del condado de Sacramento.
Larry Crompton: inspector, Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa.
Paul Holes: criminalista, Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa.
John Murdock: jefe, Laboratorio Forense del condado de Contra Costa.
Bill McGowen: inspector, Policía de Visalia.
Mary Hong: criminalista, Laboratorio Forense del condado de Orange.

Erika Hutchcraft: investigadora, Fiscalía del Distrito del condado de Orange.

Larry Pool: investigador, Organismo Policial del Condado para la Resolución de Elementos Pendientes (CLUE), Departamento del Sheriff del condado de Orange.

Jim White: criminalista, Departamento del Sheriff del condado de Orange.

Fred Ray: inspector, Oficina del Sheriff del condado de Santa Bárbara.

AGRESIONES DEL VIOLADOR DE LA ZONA ESTE

(De junio de 1976 a julio de 1979) Agresiones en el norte de California a 50 mujeres en siete condados.

1. 18 DE JUNIO DE 1976; RANCHO CÓRDOVA

Un intruso enmascarado viola a una mujer de veintitrés años de edad (identificada como «Sheila» en este libro) en su cama. Esta agresión se convertiría en la primera de docenas de ellas cometidas por un hombre que pasaría a ser conocido en la prensa y entre los organismos policiales como el «Violador de la Zona Este» (VZE).

2. 5 DE OCTUBRE DE 1976; CITRUS HEIGHTS

En su quinta actuación, el Violador de la Zona Este agrede a Julie Miller,* ama de casa de treinta años de edad. El agresor espera a que el marido de la víctima se vaya a trabajar, y entra minutos después. El hijo, de tres años de edad, permanece en el cuarto de esta durante todo el calvario.

3. 28 DE MAYO DE 1977; PARKWAY, SUR DE SACRAMENTO

Fiona Williams,* de veintiocho años de edad, y su marido Phillip hacen frente al VZE en su vigésima segunda agresión conocida; la séptima agresión en la que el marido está presente durante el incidente.

4. 28 DE OCTUBRE DE 1978; SAN RAMÓN

El recuento oficial del caso asciende a cuarenta víctimas cuando el VZE agrede a otra pareja: Kathy,* de veintitrés años de edad, y su marido David.*

5. 9 DE DICIEMBRE DE 1978; DANVILLE

Esther McDonald,* de treinta y dos años de edad, despierta en plena noche, es atada y violada, convirtiéndose en la víctima número cuarenta y tres del VZE.

ROBOS E INCIDENTE CON ARMA DE FUEGO DEL SAQUEADOR DE VISALIA

(De abril de 1974 a diciembre de 1975)

6. VISALIA

Se investigan posibles vínculos con varios allanamientos y el asesinato de Claude Snelling.

EL DESENFRENO DELICTIVO DEL ACECHADOR NOCTURNO ORIGINAL

(De octubre de 1979 a mayo de 1986)

7. 1 DE OCTUBRE DE 1979; GOLETA

El Acechador Nocturno original (AN original) agrede a una pareja durante un allanamiento de morada que no logra culminar; la pareja escapa.

8. 30 DE DICIEMBRE DE 1979; GOLETA

El AN original asesina al doctor Robert Offerman y a Debra Alexandria Manning.

9. 13 DE MARZO DE 1980; VENTURA

El AN original asesina a Charlene y Lyman Smith.

10. 19 DE AGOSTO DE 1980; DANA POINT

El AN original asesina a Keith y Patrice Harrington.

11. 6 DE FEBRERO DE 1981; IRVINE

El AN original asesina a Manuela Witthuhn.

12. 27 DE JULIO DE 1981; GOLETA

El AN original asesina a Cheri Domingo y Gregory Sanchez.

13. 5 DE MAYO DE 1986; IRVINE

El AN original asesina a Janelle Cruz.



Ni mayordomo, ni segunda criada, ni sangre en las escaleras. Ni tía excéntrica, ni jardinero, ni amigo de la familia sonriendo entre las curiosidades y el asesinato. Nada más que una casa de clase media con la puerta principal abierta y un perro ladrándole a una ardilla y a los coches que pasan. El cadáver bien muerto. La esposa en Florida.

Analiza las pruebas: el pasapurés en un jarrón, los trozos de la fotografía de un equipo metodista de baloncesto, con talones de cheque diseminados en el vestíbulo; la carta de fan de Shirley Temple sin enviar, el pin de Hoover en el ojal del fallecido, la nota: «Ser asesinado así me parece bien».

No es de extrañar que el caso siga sin ser esclarecido, ni que el detective, Le Roux, haya perdido el juicio sin remisión, y permanezca solo en una habitación blanca con una bata blanca, proclamando a gritos que el mundo está loco, que las pistas no conducen a ninguna parte, o llevan hasta muros tan altos que no se alcanza a ver el remate; gritando el día entero sobre la guerra, gritando que nada se puede arreglar.

WELDON KEES, «EL CLUB DEL CRIMEN»

Título original inglés: *I'll Be Gone in the Dark*.
Autora: Michelle McNamara.

Publicado en los Estados Unidos por Tell Me Productions,
un sello de HaperCollins Publishers.

© Tell Me Productions, Inc., 2018.
© de la introducción: Gillian Fynn.
© del texto de la tercera parte: Paul Haynes y Billy Jensen, 2017.
© del primer epílogo: Patton Oswalt, 2017.
© de la conclusión «Carta a un viejo»: Michelle McNamara.
Texto del epílogo «Lo conseguiste, Michelle»: Antonio Lozano.
© de la traducción: Eduardo Iriarte, 2018.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2018.

REF.: ODBO386
ISBN: 978-84-918-7219-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 21.482-2018

Realización de la versión digital: El Taller del Llibre

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

INTRODUCCIÓN

Antes del Asesino del Golden State, hubo una chica. Michelle te hablará de ella: la chica, arrastrada a un callejón junto a Pleasant Street, asesinada y dejada allí tirada como si fuese basura. La chica, una joven de veintitantos años de edad, fue asesinada en Oak Park (Illinois), a escasas manzanas de donde se crio Michelle, en una bulliciosa familia católica irlandesa.

Michelle, la menor de seis hermanos, firmaba las entradas de su diario como «Michelle, la Escritora». Decía que aquel asesinato despertó su interés por los crímenes reales.

Habríamos hecho una buena pareja (aunque quizá un poco extraña). Al mismo tiempo, en los primeros años de mi adolescencia, allá en Kansas City (Misuri), yo también aspiraba a ser escritora, aunque adoptaba un apodo ligeramente más altanero en *mi* diario: Gillian, la Fenomenal. Al igual que Michelle, me crié en una familia numerosa irlandesa, fui a un colegio católico, me apasionaba todo lo oscuro. Leí *A sangre fría*, de Truman Capote, a los doce años de edad, un ejemplar barato de segunda mano, y eso daría pie a mi obsesión de por vida con el crimen real.

Me encanta leer libros sobre crímenes verídicos, pero siempre he sido consciente de que, como lectora, tomo la decisión de ser consumidora de una tragedia ajena. Así que, igual que cualquier

consumidor responsable, procuro tener cuidado con lo que elijo. Solo leo lo mejor: autores que son tenaces, perspicaces y compasivos.

Era inevitable que acabara encontrando a Michelle.

Siempre he creído que el aspecto menos apreciado de un gran autor de crímenes reales es la compasión. Michelle McNamara tenía una capacidad asombrosa para meterse en la cabeza no solo de los asesinos, sino también de los policías que los perseguían, de las víctimas a las que destrozaban y del reguero de parientes afligidos que dejaban a su paso. De adulta, empecé a visitar de manera habitual su excelente sitio web *True Crime Diary* («Diario de crímenes reales»). «Deberías escribirle», me instaba mi marido. Ella era de Chicago; yo vivo en Chicago; las dos éramos madres que pasaban malsanas cantidades de tiempo rebuscando las facetas más oscuras de la humanidad debajo de las piedras.

Me resistí a las recomendaciones de mi marido; creo que lo más cerca que estuve de conocerla fue cuando en la presentación de un libro trabé conversación con una tía suya, que me pasó su teléfono, y le envié a Michelle un mensaje de texto extraordinariamente poco literario, como: «¡¡¡Eres la más guay!!!».

Lo cierto es que no estaba segura de querer conocer a esta autora: me sentía en inferioridad. Yo creo personajes; ella tenía que lidiar con hechos, ir adonde la llevara la historia. Ella tenía que ganarse la confianza de investigadores recelosos y hastiados, enfrentarse a montañas de documentos que quizá contuvieran una información crucial y convencer a parientes y amigos desolados de que hurgaran en viejas heridas.

Hacía todo eso con una elegancia especial, escribiendo de noche mientras su familia dormía, en una habitación decorada con las cartulinas de su hija, haciendo anotaciones del código penal de California con lápices de colores.

Yo soy una despiadada coleccionista de asesinos, pero no estaba al tanto del hombre al que Michelle apodararía el Asesino del Golden State hasta que empezó a escribir sobre ese ser de pesadilla, responsable de

cincuenta agresiones sexuales y por lo menos diez asesinatos en California durante los años setenta y ochenta. Era un caso que llevaba décadas pendiente; testigos y víctimas se habían mudado, habían fallecido o pasado página; la investigación abarcaba múltiples jurisdicciones —tanto en el sur como en el norte de California— e implicaba infinidad de expedientes que no contaban con la ventaja de los análisis de laboratorio o ADN. Muy pocos escritores serían capaces de asumir un reto así, y menos aún de hacerlo bien.

La tenacidad de Michelle a la hora de investigar este caso fue asombrosa. Sirva de ejemplo cómo buceó en el sitio web de una tienda de antigüedades en Oregón para rastrear el paradero de un par de gemelos de camisa que habían sido sustraídos de un escenario del crimen en Stockton, en 1977. Pero no solo hizo eso; ella también podía decirte que los nombres de «niño» que empezaban por «N» eran relativamente poco comunes, y que solo figuraba uno entre los cien nombres más habituales de las décadas de los treinta y los cuarenta, cuando era más probable que hubiera nacido el dueño de aquellos gemelos. Y eso que ni siquiera es una pista que condujera al asesino; es una pista que conduce a los gemelos que robó el asesino. Esta dedicación a los detalles concretos era típica de ella. Michelle escribe: «Una vez pasé una tarde entera rastreando hasta el último detalle que pude sobre un miembro del equipo de waterpolo de 1972 del Instituto de Secundaria Río Americano, solo porque en la foto del anuario aparecía un joven esbelto de pantorrillas gruesas», una posible característica física del Asesino del Golden State.

Muchos escritores que han sudado sangre recogiendo semejante cantidad de datos se pierden en los detalles: las estadísticas y la información pueden ahuyentar nuestra compasión. Los rasgos que convierten a alguien en un investigador meticulado están a menudo reñidos con los matices de la vida.

Pero, al mismo tiempo que constituye un hermoso trabajo de investigación, *El asesino sin rostro* es también una instantánea de la época, del lugar y de la persona. Michelle da vida a las subdivisiones

de California que estaban ocupando el espacio de los naranjales, las nuevas urbanizaciones acristaladas que convertían a las víctimas en estrellas de sus propios *thrillers* aterradores, las poblaciones que vivían a la sombra de montañas que cobraban vida una vez al año cuando salían las tarántulas en busca de una pareja con la que aparearse. Y la gente, Dios bendito, la gente: antiguos *hippies* esperanzados, recién casados que empezaban a buscarse la vida, una madre y su hija adolescente manteniendo, sin ellas saberlo, su última discusión acerca de la libertad y la responsabilidad y los bañadores.

Me enganché desde el principio, y Michelle también, por lo visto. Su búsqueda a diferentes niveles de la identidad del Asesino del Golden State le pasó una severa factura: «Ahora tengo un grito permanentemente alojado en la garganta».

Michelle falleció mientras dormía, a los cuarenta y seis años de edad, antes de tener ocasión de acabar este extraordinario libro. Encontraréis notas de sus colegas sobre el caso, pero la identidad del Asesino del Golden State —el enigma— sigue sin estar resuelto. Su identidad no me importa a mí lo más mínimo. Quiero que lo detengan; me trae sin cuidado quién sea. Ver la cara de un hombre así es un anticlímax; asignarle un nombre, más aún. Sabemos lo que hizo; cualquier información más allá de eso parecerá inevitablemente prosaica, pálida, un cliché en cierta medida: «Mi madre era cruel. Odio a las mujeres. Nunca tuve una familia...». Y demás. Quiero saber más acerca de gente real, completa, no sucios retazos de seres humanos.

Quiero saber más sobre Michelle. Mientras ella detallaba su búsqueda de ese hombre tan misterioso, me encontré rebuscando pistas sobre esta autora a la que tanto admiro. ¿Quién era la mujer en quien confié lo suficiente como para que me condujera al interior de esta pesadilla? ¿Cómo era? ¿Qué la llevó a ser así? ¿Qué le otorgó semejante elegancia? Un día de verano, me vi conduciendo los veinte minutos que separan mi domicilio en Chicago de Oak Park, hasta la callejuela donde fue hallada «la chica», donde Michelle la Escritora

descubrió su vocación. Hasta que no estuve allí, no me di cuenta de por qué estaba allí. Era porque había emprendido mi propia investigación en busca de esta maravillosa exploradora de la oscuridad.

GILLIAN FLYNN

PRÓLOGO

Aquel verano, por las noches, yo iba a la caza del asesino en serie desde el cuarto de juegos de mi hija. Por lo general remedaba la rutina de una persona normal a la hora de acostarse. Los dientes lavados. El pijama puesto. Pero, después de que mi marido y mi hija se durmieran, me retiraba a mi despacho improvisado y encendía el portátil, esa escotilla de quince pulgadas de infinitas posibilidades. Nuestro barrio, al noroeste del centro de Los Ángeles, es extraordinariamente tranquilo por la noche. A veces, el único sonido que escuchaba era el clic que yo misma hacía navegando por el Google Street View para explorar los accesos a los domicilios de hombres a quienes no conocía. Rara vez me movía, pero saltaba décadas con solo pulsar unas pocas teclas. Anuarios. Partidas de matrimonio. Fotografías de fichas policiales. Escudriñé miles de páginas de antecedentes penales de la época de los años setenta. Y revisé informes de autopsias. Que lo hiciera rodeada de media docena de animales de peluche y unos bongos rosa en miniatura no me parecía nada fuera de lo normal. Había hallado mi lugar de búsqueda, tan íntimo como el laberinto de una rata. Toda obsesión requiere una habitación propia. La mía estaba sembrada de papeles para colorear en los que había garabateado leyes penales de California con lápices de colores.

Era en torno a la medianoche del 3 de julio de 2012 cuando abrí un documento que había elaborado y que recopilaba en un listado todos los singulares objetos que el asesino había robado a lo largo de los años. Había destacado en negrita algo más de la mitad de la lista: eran pistas que no llevaban a ninguna parte. El siguiente artículo por investigar era un par de gemelos de camisa sustraídos en Stockton en septiembre de 1977. Por entonces, el Asesino del Golden State, como había dado en llamarlo, aún no había pasado al asesinato. Era un violador en serie, conocido como el «Violador de la Zona Este», que agredía a mujeres y chicas en sus dormitorios, primero en el condado de Sacramento, y luego escabulléndose hasta comunidades del Valle Central y en torno al este del Área de la Bahía de San Francisco. Era joven —en algún punto entre los dieciocho y los treinta años de edad—, caucásico y atlético, capaz de evitar que lo atraparan saltando verjas altas. Sus objetivos preferidos eran casas de una sola planta, las segundas a partir de la esquina, en vecindarios tranquilos de clase media. Siempre llevaba pasamontañas.

Sus rasgos identificadores eran la precisión y la propia conservación. Cuando se enfocaba en una víctima, a menudo entraba en el domicilio de antemano en un momento en que no hubiera nadie, examinaba las fotos de familia, se aprendía la distribución. Inutilizaba luces del porche y forzaba puertas correderas de cristal. Descargaba las armas que pudiera haber en la casa. Los propietarios de las viviendas, sin darle mayor importancia, cerraban las puertas que habían quedado abiertas, y las fotografías que él había movido eran devueltas a su sitio, atribuyéndolo todo al desorden habitual de la vida cotidiana. Las víctimas dormían tranquilas hasta que el resplandor de la linterna les obligaba a abrir los ojos. La ceguera los desorientaba. La mente adormilada cobraba conciencia poco a poco, hasta que despertaba de golpe. Una figura que no veían empuñaba la linterna, pero ¿quién, y por qué? Su miedo se perfilaba cuando oían la voz, descrita como un susurro gutural grave entre los dientes apretados, brusca y amenazante, aunque hubo quien detectó algún

lapso ocasional de un tono más agudo, un temblor, un tartamudeo, como si el desconocido enmascarado en la oscuridad no solo ocultara su rostro, sino también una inseguridad en estado puro que no siempre era capaz de disimular.

El caso de Stockton, en septiembre de 1977, en el que había robado los gemelos de camisa era su vigésima tercera agresión, y ocurrió después de unas vacaciones de verano perfectamente delimitadas. El sonido de los ganchos de unas cortinas al deslizarse en el riel despertaron a una mujer de veintinueve años de edad en el dormitorio de su casa, al noroeste de Stockton. Se incorporó sobre la almohada. En el umbral, una silueta se recortaba sobre las luces del patio. La imagen se desvaneció cuando el haz de la linterna se posó sobre su cara y la cegó; una potente fuerza se abalanzó hacia la cama. Su última agresión había sido el fin de semana del Día de los Caídos. Era la una y media de la madrugada del martes después del Día del Trabajo. El verano había acabado. Él estaba de regreso.

Ahora iba a por parejas. La víctima femenina había intentado explicarle el fétido olor del agresor al agente que se personó en el escenario del delito. Se esforzó por identificar el hedor. La falta de higiene no lo explicaba, dijo. No procedía de las axilas, ni del aliento. Lo más que era capaz de precisar la víctima, según anotó el agente en su informe, era que parecía un aroma nervioso que no emanaba de una zona concreta del cuerpo, sino de todos y cada uno de sus poros. El agente preguntó si podía ser más específica. No podía. El caso era que no se parecía a nada que hubiera olido antes.

Como en otras agresiones en Stockton, él se quejó de que necesitaba dinero, pero pasó por alto los billetes cuando los tuvo delante. Lo que quería eran objetos de valor personal de aquellos a quienes agredía: alianzas grabadas, carnés de conducir, monedas de recuerdo. Los gemelos de camisa, una herencia familiar, eran de un estilo poco habitual, de los años cincuenta, y llevaban las iniciales N. R. El agente que acudió al escenario del delito había hecho un bosquejo de ellos en el margen del informe policial. Me llamó la

atención lo singulares que eran. Por medio de una búsqueda en internet averigüé que los nombres de niño que empezaban con «N» eran relativamente poco frecuentes, tanto es así que solo aparecían una vez en la lista de los cien nombres más comunes en las décadas de los años treinta y cuarenta, cuando probablemente nació el dueño original de los gemelos. Busqué en Google una descripción de los gemelos, y pulsé la tecla «Intro» del portátil.

Hace falta tener un orgullo desmesurado para pensar que puedes resolver un complejo caso de asesinatos en serie que un grupo operativo que abarca cinco jurisdicciones de California, con la colaboración del FBI, no ha podido solucionar, sobre todo cuando te dedicas, como es mi caso, a la investigación por cuenta propia. Mi interés en el crimen tiene raíces personales. El asesinato sin esclarecer de una vecina cuando yo tenía catorce años de edad despertó mi fascinación por los casos pendientes. La llegada de internet transformó mi interés en una investigación activa. Una vez estuvieron disponibles online los documentos públicos y se inventaron sofisticados buscadores, me di cuenta de cómo una cabeza llena de detalles sobre crímenes podía combinarse con una barra de búsquedas vacía, y en 2006 inauguré un sitio web llamado *True Crime Diary*. Cuando mi familia se acuesta, yo viajo en el tiempo y reviso pruebas antiguas sirviéndome de tecnología del siglo XXI. Empiezo a hacer clic, rastreo en internet pistas digitales que podrían haber pasado por alto las autoridades, combino guías telefónicas informatizadas, anuarios e imágenes de los escenarios del crimen en Google Earth: un pozo sin fondo de indicios en potencia para el investigador con portátil que ahora existe en el mundo virtual. Y comparto mis teorías con los leales seguidores que leen mi sitio web.

He escrito acerca de cientos de crímenes sin resolver, desde asesinatos con cloroformo hasta sacerdotes homicidas. El Asesino del Golden State, sin embargo, es el que más tiempo me ha ocupado. Además de cincuenta agresiones sexuales en el norte de California, fue autor de diez sádicos asesinatos en el sur de California. Ahí tenía

un caso que abarcaba una década, y, al final, cambió las leyes relativas al ADN en el estado. Ni el Asesino del Zodíaco, que aterrorizó San Francisco a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, ni el Acechador Nocturno, que obligó a los habitantes del sur de California a cerrar las ventanas en los años ochenta, fueron tan activos. Aun así, el Asesino del Golden State no ha tenido mucho reconocimiento. No poseía un nombre pegadizo hasta que yo lo acuñé. Cometía agresiones en distintas jurisdicciones por todo California, las cuales no siempre compartían información ni tenían adecuada comunicación entre sí. Para cuando las pruebas de ADN demostraron que crímenes que antes se creía que no guardaban relación eran obra de un mismo hombre, había transcurrido más de una década desde su último asesinato conocido, y su detención no era una prioridad. Pasaba desapercibido, con soltura y sin identificar.

Pero aún aterrorizaba a sus víctimas. En 2001, una mujer de Sacramento contestó al teléfono en su casa, la misma donde fuera agredida veinticuatro años antes. «¿Recuerdas cuando estuvimos jugando?», susurró un hombre. Ella reconoció la voz de inmediato. Sus palabras se hacían eco de algo que dijo en Stockton, cuando la hija de seis años de la pareja se levantó para ir al cuarto de baño y se lo encontró en el pasillo. Estaba a unos seis metros de él, un hombre con pasamontañas marrón y guantes de lana negros que iba sin pantalones. Llevaba un cinturón con una especie de espada. «Estoy haciendo travesuras con tu mamá y tu papá —dijo—. Ven a verme».

Lo que me enganchó era que daba la impresión de que el caso se podía resolver. Su estela de indicios era demasiado grande y, al mismo tiempo, demasiado pequeña; había dejado a su paso numerosas víctimas y abundantes pruebas, pero en comunidades relativamente reducidas, lo que facilitaba la tarea de extraer información que condujera a sospechosos en potencia. El caso me arrastró enseguida hacia las profundidades. La curiosidad se convirtió en un ansia desgarradora. Estaba al acecho, absorta en una fiebre de clics que vinculaba el impulso de mis toques de almohadilla con una

dosis de dopamina. No estaba sola. Encontré a un grupo de entregados investigadores que se congregaban en un foro de internet y ponían en común pruebas y teorías sobre el caso. Dejé de lado cualquier reserva que pudiera haber tenido, y me sumé a su parloteo; veinte mil mensajes, y seguimos sumando. Filtré a los miembros de ese grupo, descarté a los bichos raros con motivaciones dudosas, y me concentré en los que iban en serio. De vez en cuando aparecía en el foro de mensajes alguna pista, como la imagen del adhesivo de un vehículo sospechoso visto cerca de una agresión, un poco de aportación colectiva por parte de inspectores cargados de trabajo que aún seguían intentando resolver el caso.

No consideraba al asesino un fantasma. Yo tenía fe en el error humano. Seguro que había cometido alguna equivocación a lo largo de su trayectoria, razonaba yo.

La noche de verano que empecé a buscar los gemelos, llevaba casi un año obsesionada con el caso. Me gustan los cuadernos amarillos, sobre todo las primeras diez páginas o así, cuando todo parece liso y lleno de esperanza. El cuarto de juegos de mi hija estaba sembrado de cuadernos a medio usar, una costumbre poco económica y que, además, reflejaba mi estado de ánimo. Cada cuaderno era una línea de investigación que iniciaba y que se atascaba. Pedía consejo a inspectores jubilados que habían trabajado en el caso, a muchos de los cuales consideraba ya amigos. A ellos ya se les había agotado el orgullo, pero eso no les impedía alentar el mío. La búsqueda para dar con el Asesino del Golden State, que abarcaba casi cuatro décadas, no se parecía tanto a una carrera de relevos como a un grupo de fanáticos atados entre sí que intentaban escalar una montaña imposible. Los ancianos se veían obligados a dejarlo, pero insistían en que yo continuara. Ante uno de ellos, me lamenté de que tenía la sensación de estar agarrándome a clavos ardiendo.

«¿Mi consejo? Agárrate a un solo clavo —dijo—. Machácalo hasta convertirlo en polvo».

Los artículos robados eran mi último clavo. No estaba de ánimo

optimista. Mi familia y yo íbamos a ir a pasar el fin de semana del 4 de julio, día de la Independencia, a Santa Mónica. No había hecho el equipaje. Anunciaban un tiempo espantoso. Entonces los vi, era una sola imagen de los centenares de ellas que se cargaban en la pantalla del portátil, el mismo estilo de gemelos bosquejado en el informe policial, con las mismas iniciales. Contrasté y volví a contrastar el boceto del policía con la imagen en mi ordenador. Se vendían por ocho dólares en una tienda de antigüedades en un pueblo de Oregón. Los compré de inmediato, pagando los 40 dólares para que me los entregaran al día siguiente. Fui por el pasillo a mi dormitorio. Mi marido dormía de costado. Me senté en el borde de la cama y me quedé mirándolo hasta que abrió los ojos.

«Creo que le he encontrado», dije. Mi marido no tuvo que preguntar a quién me refería.

PRIMERA PARTE

IRVINE, 1981

Después de inspeccionar la casa, la policía le dijo a Drew Witthuhn: «Es tuya». Se retiró la cinta amarilla; la puerta principal se cerró. La impasible precisión que mostraban los hombres con placa mientras hacían su trabajo le había ayudado a desviar la atención de la mancha. Pero ahora no había modo de eludirla. El dormitorio de su hermano y su cuñada quedaba nada más entrar por la puerta, justo al otro lado de la cocina. Delante del fregadero, Drew solo tuvo que volver la cabeza hacia la izquierda para ver las salpicaduras oscuras que moteaban la pared blanca sobre la cabecera de la cama de David y Manuela.

Drew se enorgullecía de no ser aprensivo. En la academia de policía los preparaban para sobrellevar la presión y no palidecer nunca. La firmeza emocional era un requisito para la graduación. Pero, hasta la noche del viernes 6 de febrero de 1981, cuando la hermana de su prometida se acercó a su mesa del Rathskeller Pub, en Huntington Beach, y le dijo sin aliento: «Drew, llama a tu madre», no creyó que fuera a hacerle falta poner en práctica tan pronto esas aptitudes —la capacidad para mantener la boca cerrada y la mirada al frente cuando todos los demás tenían los ojos como platos y gritaban—, ni en una situación que le tocara tan de cerca.

David y Manuela vivían en el número 35 de Columbus Street, una

casa unifamiliar de una sola planta construida en serie en Northwood, una nueva urbanización de Irvine, en California. El vecindario era uno de los tentáculos de las zonas residenciales de las afueras que estaban acercándose poco a poco a lo que quedaba del antiguo rancho Irvine. Los naranjales seguían predominando en los alrededores, ribeteando el asfalto y el hormigón invasores con immaculadas hileras de árboles, una envasadora y un campamento para temporeros. El futuro de ese cambiante paisaje podía entrecerse por el ruido que allí había: el estruendo de los camiones que vertían cemento ahogaba ya el de los tractores, cada vez más escasos.

Un aire de cordialidad ocultaba esa transformación mecánica en Northwood. Las arboledas de imponentes eucaliptos, plantadas por granjeros en la década de los cuarenta como protección contra el azote de los vientos de Santa Ana, no se talaban sin más, sino que se aprovechaban con otros fines. Los promotores inmobiliarios utilizaban esos árboles para dividir simétricamente vías principales y rodear vecindarios. La subdivisión de David y Manuela, Shady Hollow, era una extensión de 137 casas con cuatro modelos de plano disponibles. Escogieron el Plano 6014, «El Sauce», de 142 metros cuadrados, y con tres dormitorios. A finales de 1979, cuando la casa estuvo acabada, se mudaron allí.

A Drew, el domicilio le parecía extraordinariamente una casa para adultos, pese a que David y Manuela solo eran cinco años mayores que él. Para empezar, era de obra nueva. Los armarios de la cocina estaban tan nuevos que relucían. El interior de la nevera olía a plástico. Y era espacioso. Drew y David se criaron en una casa más o menos del mismo tamaño, pero allí se apretujaban siete personas, esperaban con impaciencia su turno para ducharse y se sentaban codo a codo a comer. David y Manuela guardaban sus bicicletas en uno de los tres dormitorios de su casa; en el otro dormitorio libre, David tenía la guitarra.

Drew intentaba ahuyentar ciertos celos de su hermano mayor, pero lo cierto era que lo envidiaba. David y Manuela, que llevaban

casados cinco años, tenían ambos empleo fijo. Ella era agente de crédito en el California First Bank; él trabajaba de vendedor en House of Imports, un concesionario Mercedes-Benz. Las aspiraciones de clase media los unían. Pasaban buena parte del tiempo discutiendo si decorar o no con mampostería el jardín delantero o cuál era el mejor lugar para encontrar alfombras orientales de calidad. La casa del número 35 de la calle Columbus era un boceto a la espera de que alguien lo completase. Sus espacios en blanco estaban llenos de promesas. En comparación, Drew se sentía inmaduro y falto de confianza.

Después de la visita inicial, Drew no pasó mucho tiempo en esa casa. El problema no era una cuestión de rencor exactamente, sino más bien de desagrado. Manuela, hija única de inmigrantes alemanes, era brusca, a veces hasta un punto desconcertante. En el California First Bank se la conocía por decirle a la gente cuándo le hacía falta ir a la peluquería o por señalar a alguien si había hecho algo mal. Tenía una lista privada de errores de colegas que escribía en alemán. Era esbelta y bonita, con pómulos marcados y prótesis mamarias; se había sometido a cirugía estética después de la boda, porque tenía una talla pequeña, y David, según ella le comentó a una compañera de trabajo medio encogiéndose de hombros y con ademán de desagrado, parecía preferir los pechos grandes. Manuela no alardeaba de su nueva figura. Al contrario, prefería ponerse prendas de cuello alto, y llevaba los brazos pegados al cuerpo, como si esperase pelea.

Drew veía que esa relación de pareja le iba bien a su hermano David, quien podía mostrarse retraído y vacilante, y cuya manera de hablar era más bien de soslayo que de frente. Sin embargo, la mayoría de las veces, Drew se despedía de ellos sintiéndose hundido, como si la energía de las sempiternas quejas de Manuela provocaran cortocircuitos en todas las habitaciones donde entraba.

A principios de febrero de 1981, Drew se enteró por unos parientes de que David no se encontraba bien y que estaba hospitalizado, pero llevaba una temporada sin ver a su hermano, y no hizo planes para ir

a visitarlo. El lunes 2 de febrero, Manuela había llevado a David al Hospital Comunitario de Santa Ana-Tustin, donde lo ingresaron por un grave virus gastrointestinal. Durante las noches siguientes, ella siguió la misma rutina: iba a casa de sus padres a cenar, y, luego, a la habitación 320 del hospital para ver a David. Hablaban todos los días y todas las noches por teléfono. El viernes, poco antes de mediodía, David llamó al banco y preguntó por Manuela, pero sus colegas le dijeron que no había ido a trabajar. Probó a localizarla en casa, pero nadie cogía el teléfono, y el tono de llamada seguía sonando, cosa que le extrañó. El contestador siempre saltaba después del tercer tono; Manuela no sabía manejar el aparato. Luego, David llamó a la madre de Manuela, Ruth, que accedió a acercarse a su casa para ver si estaba su hija. Al no tener respuesta en la puerta principal, Ruth usó su propia llave para entrar. Unos minutos después, Ron Sharpe,* amigo íntimo de la familia, recibió una llamada histérica de Ruth.

«Me asomé a la izquierda, y la vi con las manos abiertas, así..., y vi la sangre por toda la pared —dijo Sharpe a los detectives—. No entendía cómo había llegado hasta la pared desde donde ella estaba tendida».

Echó un vistazo a la habitación, y no volvió a mirar.

Manuela estaba tumbada en la cama boca abajo. Llevaba un albornoz de velur ocre y estaba parcialmente envuelta en un saco de dormir, en el que a veces dormía cuando tenía frío. Tenía marcas rojas en torno a las muñecas y los tobillos, indicios de ligaduras que habían sido retiradas. Había un destornillador de gran tamaño en el patio de hormigón a unos sesenta centímetros de la puerta corredera de vidrio de atrás. El mecanismo de cierre de la puerta había sido manipulado.

Un televisor de diecinueve pulgadas había sido arrastrado desde el interior de la casa al ángulo sudoeste del patio trasero, junto a una cerca alta de madera. La esquina de la cerca estaba ligeramente desprendida, como si alguien hubiera chocado con ella o la hubiera

saltado apoyándose demasiado fuerte. Los investigadores observaron huellas de zapato con un dibujo de círculos pequeños en los jardines delantero y trasero y en el tejadillo del contador de gas, en el lateral este de la casa.

Una de las primeras peculiaridades que observaron los investigadores fue que la única luz que llegaba al dormitorio era la del cuarto de baño. Le preguntaron a David al respecto. Estaba en casa de los padres de Manuela, donde un grupo de parientes y amigos se había reunido después de recibir la noticia para llorar la pérdida y consolarse. Los investigadores repararon en que David parecía aturdido y conmocionado; la pena le hacía divagar. Dejaba las respuestas en suspenso. Cambiaba bruscamente de tema. La pregunta sobre la luz lo confundió.

«¿No está la lámpara?», preguntó.

Faltaba una lámpara con soporte cuadrado y pantalla de metal cromado en forma de bola de cañón que tenían sobre un altavoz del equipo estéreo en el lado izquierdo de la cama. Su ausencia permitió a la policía hacerse una buena idea del objeto pesado que se usó para golpear a Manuela hasta matarla.

Le preguntaron a David si sabía por qué no estaba la cinta del contestador automático. Se quedó de piedra. Negó con la cabeza. La única explicación posible, declaró a la policía, era que quien mató a Manuela hubiera dejado grabada su voz en el contestador.

El escenario era sumamente extraño. Era sumamente extraño para Irvine, donde había poca delincuencia. Era sumamente extraño para la Policía de Irvine; a más de uno le olió a montaje. Faltaban algunas joyas y habían arrastrado el televisor hasta el patio trasero. Pero ¿qué ladrón se deja el destornillador? Se preguntaron si el asesino sería algún conocido de Manuela. Su marido está pasando la noche en el hospital. Ella invita a un amigo. El asunto se pone violento y él coge la cinta del contestador, consciente de que su voz está grabada, y luego pasa a forzar la puerta corredera, y después, como toque final de la escenificación, deja el destornillador.

Pero otros dudaban de que Manuela conociera a su asesino. La policía entrevistó a David en la comisaría de Irvine el día después de que se hallara el cadáver. Le preguntaron si habían tenido problemas con merodeadores anteriormente. Después de pensarlo, mencionó que tres o cuatro meses antes, en octubre o noviembre de 1980, había visto unas huellas que no se pudo explicar. A David le parecieron de zapatillas deportivas, e iban desde un lateral de la casa hasta el otro y, más allá, por el patio de atrás. Los investigadores pusieron una hoja de papel sobre de la mesa y le pidieron a David que dibujara las huellas como mejor las recordara. Hizo un bosquejo rápido, preocupado y agotado como estaba. No sabía que la policía tenía un vaciado de yeso de una de las huellas que el asesino de Manuela había dejado al rondar la casa la noche del asesinato. Les devolvió el papel. Había dibujado una zapatilla deportiva derecha con circulitos en la suela.

Le dieron las gracias a David y le permitieron marchar. La policía cotejó su dibujo con el vaciado de yeso de la huella. Coincidían.

La mayoría de los criminales violentos son impulsivos y desorganizados, y se les atrapa con facilidad. La inmensa mayoría de los homicidios los cometen conocidos de la víctima, y, pese a sus intentos de despistar a la policía, estos delincuentes son por lo general identificados y detenidos. Hay una minúscula minoría de criminales, quizá el cinco por ciento, que representan el mayor reto: aquellos cuyos crímenes denotan planificación previa e ira, sin asomo de arrepentimiento. El asesinato de Manuela tenía todas las características de este último tipo. Estaban las ligaduras, y el que se las hubieran quitado. La ferocidad de las heridas en la cabeza. El lapso de varios meses entre las apariciones de las huellas de suela con pequeños círculos sugería el acercamiento progresivo de alguien rigurosamente vigilante cuya brutalidad y cuyas intenciones solo conocía él mismo.

El sábado 7 de febrero a mediodía, después de cribar pistas durante veinticuatro horas, la policía llevó a cabo otro repaso más, y

luego autorizó a David para que volviera a tomar posesión de la vivienda. Todo eso ocurrió antes de que existieran empresas profesionales de limpieza de escenarios de crímenes. Los pomos estaban manchados de polvo hollinoso para la detección de huellas dactilares. El colchón de la cama de David y Manuela presentaba huecos allí donde los criminalistas habían cortado pedazos para guardarlos como prueba. La cama y la pared de detrás de su cabecera seguían salpicadas de sangre. Drew sabía que, como policía en periodo de adiestramiento, era quien más posibilidades tenía de que le tocara llevar a cabo la limpieza, y se ofreció voluntario. También tenía la sensación de debérselo a su hermano.

Diez años antes, su padre, Max Witthuhn, se había encerrado en una habitación en la casa de la familia después de una pelea con su esposa. Drew estaba en último curso de primaria, y en esos momentos se encontraba en un baile escolar. David tenía dieciocho años de edad, era el primogénito y fue quien tiró abajo la puerta después de que resonara en toda la casa el disparo de escopeta. Protegió a su familia para que no presenciaran aquella visión, y a él se le quedó grabado lo que llegó a ver, el cerebro de su padre hecho pedazos. Max se suicidó dos semanas antes de Navidad. La experiencia pareció privar a David de su aplomo. Después de aquello quedó como suspendido en un estado de dudas y vacilaciones. Su boca sonreía de vez en cuando, pero sus ojos, nunca.

Luego conoció a Manuela. Y de nuevo volvió a pisar suelo firme.

Su velo nupcial estaba colgado detrás de la puerta del dormitorio. La policía, pensando que podía ser una pista, le preguntó a David al respecto. Él explicó que Manuela siempre lo había tenido allí, era una de sus raras expresiones sentimentales. El velo permitía entrever la faceta tierna de Manuela, una faceta que pocos habían conocido, y que ahora nunca nadie más conocería.

La prometida de Drew estaba estudiando enfermería. Se ofreció a ayudarlo con la limpieza del escenario del crimen. Más adelante tendrían dos hijos y un matrimonio de veintiocho años que acabó en

divorcio. Incluso en los momentos más difíciles de su relación, Drew recapacitaba sobre no abandonarla cuando recordaba cómo le ayudó ella aquel día; fue un acto de resuelta generosidad que él nunca olvidaría.

Cargaron con botellas de lejía y cubos de agua. Se pusieron guantes de goma amarillos. Era un trabajo sucio, pero Drew se mantuvo inexpresivo, y no derramó ni una sola lágrima. Procuró abordar la experiencia como una oportunidad para aprender. El trabajo policial exigía serenidad diagnóstica. Había que ser duro, por mucho que estuvieras limpiando la sangre de tu cuñada de la estructura de latón de su cama. En poco menos de tres horas, eliminaron de la casa todo indicio de violencia, y la ordenaron para que volviera David.

Cuando acabaron, Drew guardó los productos de limpieza sobrantes en el maletero y se sentó al volante de su coche. Metió la llave en el contacto, pero entonces se quedó helado, agarrotado, como a punto de estornudar. Una sensación extraña, incontenible, se estaba abriendo paso en su interior. Quizá fuera el agotamiento.

No iba a llorar. No era eso. No alcanzaba a recordar la última vez que lloró. No iba con él.

Volvió la cabeza y miró la casa del número 35 de Columbus. Le vino a la mente la primera vez que fue a esa casa. Recordó lo que había pensado entonces mientras estaba en el coche, preparándose para salir e ir a la casa.

«Mi hermano lo ha logrado de verdad».

Un sollozo sofocado se le escapó, la lucha por contenerlo había terminado. Drew apoyó la frente en el volante y lloró. No fue un llanto en plan nudo en la garganta, sino un tumulto de dolor brutal. Lloró con naturalidad. Depurándose. Su coche olía a amoníaco. La sangre que tenía bajo las uñas tardaría días en desaparecer.

Al final se dijo a sí mismo que tenía que serenarse. Tenía en su posesión un objeto pequeño que debía entregar al equipo de investigadores forenses. Algo que había encontrado bajo la cama.

Algo que habían pasado por alto.

Un trozo del cráneo de Manuela.

El sábado por la noche, los inspectores de la Policía de Irvine Ron Veach y Paul Jessup, que buscaban más información sobre el círculo íntimo de Manuela, llamaron a la puerta principal de la casa de sus padres en Loma Street, en el barrio de Greentree. Horst Rohrbeck, su padre, salió a abrirles. La víspera, poco después de que la casa se acordara y se declarara escenario de un crimen, Horst y su mujer, Ruth, fueron trasladados a comisaría y entrevistados por separado por agentes de menor rango. Era la primera vez que Jessup y Veach, este último el inspector a cargo del caso, se reunían con los Rohrbeck. Veinte años en Estados Unidos habían difuminado el carácter alemán de Horst. Era copropietario de un taller de coches local y, según se decía, era capaz de desmontar por completo un Mercedes-Benz con una sola llave inglesa.

Los Rohrbeck no tenían más hijos que Manuela. Ella cenaba con sus padres todas las noches. En su agenda no había más que dos anotaciones para el mes de enero, los recordatorios de los cumpleaños de sus padres. *Mama. Papa.*

«Alguien la ha matado —dijo Horst en la primera entrevista de la policía—. Yo mato a ese tipo».

Horst se quedó en el umbral con una copa de coñac en la mano e hizo pasar al interior a Veach y Jessup. Vieron que en el salón había reunida media docena de amigos y familiares. Cuando los inspectores se identificaron ante Horst, su expresión pétrea se distendió y estalló. Horst no era grande, pero si se enfurecía doblaba su tamaño. Gritó en inglés con fuerte acento acerca de lo asqueado que estaba de la policía, que tenían que esforzarse más. Cuando llevaba unos cuatro minutos despotricando, Veach y Jessup se dieron cuenta de que su presencia no era necesaria. Horst estaba desconsolado, y tenía ganas de pelea. Su ira era un proyectil haciéndose pedazos en tiempo real. No había

nada que hacer salvo dejar una tarjeta de visita en la mesita del vestíbulo y marcharse.

La angustia de Horst también estaba teñida de un pesar específico. Los Rohrbeck eran propietarios de un enorme pastor alemán adiestrado con técnicas militares llamado Possum. Horst le había sugerido a Manuela que tuviera a Possum en casa como protección mientras David estaba en el hospital, pero ella rehusó. Era imposible no rebobinar e imaginar las fauces de Possum abiertas cual tijeras, con saliva cayéndole de los incisivos, mientras se lanzaba contra el intruso que hurgaba en la cerradura, ahuyentándolo.

El funeral de Manuela se celebró el miércoles 11 de febrero, en la capilla de Saddleback, en Tustin. Drew vio que había agentes al otro lado de la calle haciendo fotografías. Luego, volvió a la casa del número 35 de Columbus con David. Los hermanos se quedaron hablando en la sala de estar hasta las tantas de la noche. David estaba bebiendo mucho.

«Creen que la maté yo», dijo David de repente, refiriéndose a la policía. Su expresión era impenetrable. Drew se preparó para escuchar una confesión. No creía que David fuera físicamente capaz de cometer el asesinato de Manuela; la pregunta era si podía haber contratado a alguien para que lo hiciera. Drew sintió que entraba en funcionamiento su entrenamiento como policía.

«¿Lo hiciste?», preguntó Drew.

David, que siempre fue un tanto cohibido, empezó a temblar. Le pesaba la sensación de culpa del superviviente. David había nacido con una deficiencia en el corazón; si alguien iba a morir, tendría que haber sido él. La pena de los padres de Manuela vagaba en busca de alguien a quien culpar. Pero ahora, en respuesta a la pregunta de Drew, David respondió con firmeza resentida.

«No —dijo—. Yo no maté a mi mujer, Drew».

Drew espiró, y tuvo la sensación de que lo hacía por primera vez desde la noticia del asesinato de Manuela. Había necesitado oír que David decía esas palabras. Mirando a su hermano a los ojos, heridos

pero con un destello de seguridad, Drew supo que decía la verdad.

No era el único que creía que David era inocente. El criminalista Jim White, del Departamento del Sheriff del condado de Orange, ayudó a analizar el escenario del crimen. Los buenos criminalistas son como escáneres humanos; acceden a habitaciones revueltas y desconocidas, detectan y aíslan restos de pruebas importantes y no prestan atención a todo lo demás. Trabajan bajo presión. Un escenario del crimen es sensible al paso del tiempo y siempre está al borde de ser arruinado. Todo aquel que entra en él representa un posible foco de contaminación. Los criminalistas vienen cargados de herramientas para la recogida y la preservación de pruebas: bolsas de papel para objetos y restos, sellos, cinta métrica, bastoncillos para tomar muestras, láminas de acetato, yeso mate. En el escenario de Witthuhn, White trabajó en colaboración con el inspector Veach, que le dio instrucciones sobre de qué incautarse. Recogió escamas de barro al lado de la cama. Tomó muestras de una mancha de sangre diluida en el retrete. Permaneció junto a Veach cuando se le daba la vuelta al cadáver de Manuela. Repararon en la enorme herida en la cabeza, las marcas de ligaduras y unas magulladuras en la mano derecha. Tenía una marca en la nalga izquierda que el juez de instrucción deduciría que probablemente se derivaba de un puñetazo.

La segunda parte del trabajo del criminalista se realiza en el laboratorio, analizando las pruebas recogidas. White comparó la pintura marrón que había en el destornillador del asesino con la de algunas marcas conocidas, y llegó a la conclusión de que la coincidencia más probable era con una pintura comercializada con el nombre de Marrón Oxford y fabricada por Behr. Por lo general el trabajo termina en el laboratorio. Los criminalistas no son investigadores. No llevan a cabo entrevistas ni siguen pistas. Pero White estaba en una situación única. Los distintos cuerpos de policía del condado de Orange investigaban delitos en sus propias jurisdicciones, pero la mayoría recurría al laboratorio forense del Departamento del Sheriff. Así pues, los inspectores de Witthuhn solo

conocían los casos de Irvine, pero White había trabajado en escenarios del crimen de todo el condado, desde Santa Ana a San Clemente.

Para la policía de Irvine, el asesinato de Manuela Witthuhn era poco común.

A Jim White, le resultaba familiar.

DANA POINT, 1980

Roger Harrington leyó la nota manuscrita que habían dejado bajo el timbre. Llevaba fecha del 20-8-80, la víspera.

Patty y Keith:

Hemos venido a las 19.00 y no había nadie.

Llamadnos si ha habido cambio de planes, ¿vale?

La firmaban «Meredith y Jay», nombres que Roger reconoció como amigos de su nuera. Probó a abrir la puerta principal y le sorprendió encontrarla cerrada. Keith y Patty rara vez echaban la llave cuando estaban en casa, sobre todo si le esperaban a él a cenar. Tras aparcar en el acceso de coches, Roger había pulsado el botón que abría la puerta del garaje, y allí estaban los coches de Keith y Patty, el MG de él y el Volkswagen de ella. Si ellos no se encontraban dentro, debían de haber salido a correr, supuso Roger. Buscó una llave escondida encima del enrejado del patio y entró en la casa, recogiendo de paso el correo, que le pareció más abundante de lo habitual: una docena de cartas.

La casa del número 33381 de Cockleshell Drive es una de las aproximadamente 950 de Niguel Shores, una urbanización con vigilancia privada en Dana Point, ciudad costera situada al sur del

condado de Orange. Roger era el propietario de la casa, aunque su domicilio habitual era un apartamento en la cercana ciudad de Lakewood, más próxima a su oficina, en Long Beach. Su hijo de veinticuatro años, Keith, estudiante de tercero de medicina en la Universidad de California en Irvine (UCI), y la reciente esposa de Keith, Patty, enfermera, vivían en esa casa provisionalmente, cosa que a Roger le encantaba. Le gustaba tener cerca a su familia.

La casa estaba decorada al estilo de finales de los años setenta. Un pez espada en la pared. Araña de luces de Tiffany. Colgadores de cuerda para macetas. Roger se preparó una copa en la cocina. Aunque aún no había empezado a anochecer, la casa estaba en penumbra y en silencio. Lo único que se movía era el océano que rielaba azul al otro lado de las ventanas y las puertas correderas de cristal orientadas al sur. Junto al fregadero había una bolsa de la compra de Alpha Beta con dos latas de comida. Habían sacado una hogaza de pan, y tres rebanadas de aspecto rancio estaban apiladas al lado. Roger empezó a sentir cada vez más miedo.

Enfiló el pasillo con moqueta de color ocre hacia los dormitorios. La puerta del cuarto de invitados, donde dormían Keith y Patty, estaba abierta. Con las contraventanas cerradas, no se veía bien su interior. La cama estaba hecha, el edredón extendido hasta la cabecera, de madera oscura. Pero un bulto raro bajo el cubrecama le llamó la atención a Roger cuando estaba a punto de cerrar la puerta. Se acercó y presionó hacia abajo, notando algo duro. Retiró el edredón.

El contraste entre ese cubrecama extendido y aquello rígido que había debajo era algo que no concordaba. Levantó el edredón, y vio allí a Keith y Patty tendidos boca abajo. Tenían los brazos doblados en ángulos extraños, con las palmas hacia arriba. Parecían, en el sentido más estricto de la palabra, rotos. Había tanta sangre debajo de ellos que, de no ser porque había un techo, cualquiera habría pensado que habían caído hasta allí desde una gran altura.

Keith era el menor de los cuatro hijos de Roger. Un estudiante excelente. Parador en corto de la liga de béisbol interestatal en el

instituto. Había tenido una novia durante bastante tiempo antes de Patty, otra estudiante de medicina con la que todo el mundo suponía que se iba a casar hasta que, de manera inexplicable para Roger, ella se trasladó a otra facultad, y la pareja rompió. Keith conoció a Patty poco después en el Centro Médico de la UCI, y antes de un año estaban casados. Roger tenía la remota sensación de que Keith estaba aún dolido por la separación y de que se estaba precipitando, pero Patty era cariñosa y formal, como Keith —ella había roto con un novio anterior con el que vivía porque este fumaba marihuana—, y ambos parecían adorarse. Recientemente, Roger venía pasando mucho tiempo con «los chicos», como él los llamaba. Les había ayudado a instalar un nuevo sistema de riego en el jardín. Los tres habían dedicado el sábado anterior a quitar broza. Y aquella misma noche habían organizado una barbacoa en la casa para celebrar el cumpleaños del padre de Patty.

En las películas, la gente que descubre un cadáver zarandea el cuerpo con incredulidad. Roger no hizo tal cosa. No fue necesario. Incluso con la poca luz que había, vio que su hijo, de piel blanca, estaba ahora morado.

No había indicios de forcejeo, ninguna señal de que hubiesen forzado la entrada, aunque lo más probable es que hubieran dejado abierta una de las puertas correderas. Patty compró comestibles a las 21.48 horas del martes, según el recibo de Alpha Beta. Su hermana, Sue, telefoneó después, a las 23.00 horas. Keith contestó medio dormido y le pasó el teléfono a Patty. Ella le dijo a Sue que estaban en la cama; esperaba que le llamaran temprano de la agencia de enfermeras. En una herida en la cabeza de Patty se halló un fragmento de metal que parecía ser latón, lo que sugería que, en algún momento después de que Patty hablara con su hermana y antes de que no se presentara a trabajar el miércoles por la mañana, alguien cogió uno de los aspersores de latón recién instalados en el jardín y se coló en la casa. Y lo hizo en una urbanización con portón de acceso vigilado. Y sin que nadie oyera nada.

Al revisar las pruebas del caso Witthuhn seis meses después, el criminalista Jim White, del Departamento del Sheriff del condado de Orange, tuvo la sensación visceral de que estaba relacionado con los asesinatos de los Harrington. Los casos presentaban similitudes grandes y pequeñas. Implicaban a víctimas de clase media golpeadas hasta morir en la cama con objetos que el asesino cogía de la casa. En ambos casos, el asesino se llevó el arma homicida al marcharse. En ambos casos, las víctimas femeninas fueron violadas. Los cadáveres de Keith y Patty Harrington mostraban indicios de marcas de ligaduras; se encontraron trozos de cuerda de macramé en la cama y alrededor de esta. En el caso de Manuela Witthuhn, seis meses después, también había marcas de ligaduras en el cadáver, pero el material utilizado para atarla había desaparecido del escenario. Esa diferencia le pareció un indicio de aprendizaje.

Ambos casos también tenían en común un nexo médico intrigante. Keith Harrington era estudiante de medicina en la UCI, y Patty era una enfermera que a veces hacía turnos en el Hospital Mercy de Santa Ana. David Witthuhn, el marido de Manuela, había estado ingresado en el Hospital Comunitario de Santa Ana-Tustin cuando su esposa fue asesinada.

Se encontró una cerilla de madera con la cabeza quemada en el suelo de la cocina de los Harrington. Ninguno de ellos fumaba; los investigadores creen que era del asesino.

En el arriate de flores situado junto a la casa de los Witthuhn se recogieron cuatro cerillas de madera.

El caso Witthuhn era de la Policía de Irvine; el caso Harrington le correspondía al Sheriff del condado de Orange. Los investigadores de ambos cuerpos discutieron sobre la posible conexión. Enfrentarse a dos personas, como había hecho el asesino de los Harrington, se consideraba poco habitual. Era correr muchos riesgos. Aquello sugería que, en parte, el asesino disfrutaba subiendo la apuesta. ¿Se habría

centrado el mismo asesino seis meses después en una sola víctima, como había hecho el de Manuela Witthuhn? El argumento en contra era que el ingreso en el hospital de David había sido un golpe de suerte. ¿Se sorprendió el asesino al encontrar a Manuela sola aquella noche?

Robo (las joyas de Manuela) frente a ausencia de robo (en el caso Harrington). Entrada forzada frente a entrada no forzada. No tenían huellas dactilares que cotejar; las pruebas de ADN aún eran cosa del futuro lejano. El asesino no había dejado un as de picas en ambos escenarios para identificarse. Pero persistían pequeños detalles. Cuando Keith Harrington recibió un golpe mortal, quedó una muesca en la cabecera de la cama, por encima de él. Dado que se encontró una astilla de madera entre las piernas de Patty, los investigadores llegaron a la conclusión de que Keith fue asesinado primero, y que, luego, Patty fue agredida sexualmente. La cronología parecía planeada a fin de que ella sufriera lo máximo. El asesino de Manuela pasó tanto tiempo con ella como para angustiarla hasta el punto de la náusea: se encontraron vómitos suyos en la cama.

«Violencia desmesurada» es una expresión común, pero a veces es mal empleada en los relatos de crímenes e investigaciones criminales. Incluso los inspectores de homicidios experimentados malinterpretan en ocasiones el comportamiento de un delincuente cuando hace un uso excesivo de la fuerza. Es habitual dar por sentado que un asesinato en el que hay violencia desmesurada indica alguna relación entre el homicida y la víctima, un desencadenamiento de furia reprimida derivada de la familiaridad. «Esto era personal», dice el cliché.*

Pero esa suposición no tiene en cuenta causas de comportamiento externas. El grado del uso de la fuerza puede depender de cuánta resistencia ofrezca una víctima. Heridas horribles que hacen pensar en una relación personal que se envenena hasta límites extremos pueden deberse a un largo forcejeo entre desconocidos.

La mayoría de los criminales violentos van por la vida como

mazos de hierro humanos. Tienen puños en vez de manos, y no son capaces de planear más allá de lo que tienen delante de los ojos. Se les atrapa con facilidad. Se van de la lengua. Vuelven al escenario del crimen, llamando la atención cual latas vacías atadas a un parachoques trasero. Pero, de vez en cuando, se da un caso especial. Un leopardo de las nieves merodea furtivamente.

De vez en cuando los investigadores se encuentran con un asesinato extraño en el que se ejerce violencia desmesurada contra víctimas que no se resistieron.

Teniendo en cuenta que Manuela y Patty estaban atadas y, en consecuencia, y por definición, fueron sumisas, el grado de fuerza ejercido para matarlas a golpes revelaba un nivel extremo de ira contra la mujer. Era poco habitual ver semejante furia enloquecida en combinación con una planificación calculada. No había correlación forense entre los casos, pero sí una sensación, la impresión de que eran obra de una sola mente, alguien que no dejaba muchas pistas ni hablaba ni mostraba el rostro, alguien que merodeaba inadvertido entre la multitud de clase media, un hombre normal con un trastorno perturbador.

La posible conexión entre los crímenes de los Harrington y Manuela Witthuhn nunca se descartó del todo, solo se dejó de lado a medida que los casos fueron quedando relegados. En agosto de 1981, varios artículos de prensa plantearon si el caso Harrington estaba relacionado o no con otros recientes homicidios dobles en el sur de California. La primera frase de un artículo de *Los Angeles Times* era: «¿Es un psicópata “Acechador Nocturno” quien está asesinando a parejas del sur de California en la cama?».

El Departamento del Sheriff de Santa Bárbara había sido el primer organismo que planteó la idea de que había una conexión. Tenían dos homicidios dobles y una agresión con arma blanca de la que la pareja escapó. Pero los otros condados en los que podía haber casos vinculados, el de Ventura y el de Orange, desestimaron la idea. Según las declaraciones de algunos agentes del condado de Ventura,

resentidos aún tras una vista preliminar objeto de gran atención mediática y en la que se vino abajo el caso contra su sospechoso del doble homicidio, Santa Bárbara se había precipitado al proponer tales vínculos. El condado de Orange también se mostraba escéptico. «No compartimos su opinión», dijo el inspector Darryl Coder.

Y ahí quedó todo. Transcurrieron cinco años. Diez años. El teléfono no llegó a sonar con el chivatazo adecuado. Los expedientes, revisados con periodicidad, no llegaron a divulgar la información necesaria. Roger Harrington se obsesionó con los detalles, intentando encontrar sentido a los asesinatos de Keith y Patty. Contrató a un detective privado. Ofreció una elevada recompensa. Volvieron a interrogar a amigos y colegas de trabajo. No saltó ninguna chispa. Desesperado, Roger, correoso hombre de negocios que se había abierto paso en la vida gracias a sus propios esfuerzos, se derrumbó, y consultó a una vidente. La adivina no fue capaz de despejar la niebla. Roger volvió a examinar todos y cada uno de los instantes que pasó con Keith y Patty antes de su muerte. Sus asesinatos eran un bucle de detalles fragmentarios que no cobraban coherencia y nunca dejaban de rondarle la cabeza.

HOLLYWOOD, 2009

Un enjambre de paparazzis apostados a lo largo de la alfombra roja se daban codazos. Mi marido, Patton, posaba para las cámaras con su elegante traje azul de raya diplomática. Llovían los flashes. Una docena de manos tendían micrófonos desde el otro lado de las vallas metálicas. Apareció Adam Sandler. Se desplazó el centro de atención. Aumentó el clamor. Luego, Judd Apatow. Jonah Hill. Chris Rock. Era el lunes 20 de julio de 2009, poco después de las seis de la tarde. Estábamos en los cines ArcLight de Hollywood para el estreno de la película *Hazme reír*. En alguna parte hay probablemente una fotografía inédita de un famoso en la que al fondo se ve a una mujer con un vestido suelto negro y zapatos incómodos. Parezco aturdida y entusiasmada y miró fijamente el iPhone, porque en ese momento, mientras las estrellas más rutilantes del mundo pasan por mi lado, me acabo de enterar de que un fugitivo al que estaba persiguiendo obsesivamente, un doble asesino a la fuga en el Oeste y el Noroeste durante los últimos treinta y siete años, había sido localizado.

Me escabullí detrás de una columna de hormigón y llamé a la única persona que conocía que podía estar tan interesada como yo en la noticia, Pete King, antiguo periodista de *Los Angeles Times* que ahora se ocupaba de las relaciones con los medios de comunicación en la Universidad de California. Contestó de inmediato.

«Pete, ¿te has enterado?», dije, sin poder pronunciar lo bastante rápido mis palabras.

«¿De qué?».

«Acabo de recibir un correo electrónico con un enlace a una noticia. Ha habido un tiroteo en unas montañas remotas de Nuevo México. Han muerto dos personas. Un ayudante del sheriff. Y el tipo que perseguían. Una especie de montañés misterioso que robaba en las cabañas».

«No», dijo Pete.

«Sí —repuse—. Le han tomado las huellas al montañés».

Reconozco que hice una pausa para causar el máximo efecto dramático.

«Joseph Henry Burgess —dije—. Pete, teníamos razón. Estaba allí todo este tiempo».

Nuestro silencio anonadado solo duró un instante. Imaginé que Pete tenía prisa por documentar la noticia en su ordenador. Los organizadores del estreno hacían pasar a la gente en tropel al interior del cine. Vi que Patton me miraba fijamente.

«A ver qué más averiguas —le dije a Pete—. Yo no puedo. Tengo que ir a hacer una cosa».

Esa «cosa» no era lo mío. Me doy cuenta de que confesar que una se siente incómoda en los estrenos de cine no es un problema con el que se identifique mucha gente, sino algo que entra en la categoría del exasperado «ya quisiera yo». Lo pillo. Seguidme la corriente. No peco de falsa humildad cuando digo que aún no he asistido a una ceremonia de Hollywood en la que alguien no me haya remetido una etiqueta de la ropa, ajustado un botón o indicado que tenía pintalabios en los dientes. Una vez, un organizador me apartó los dedos de la boca cuando me estaba mordiendo las uñas. Mi pose en la alfombra roja se podría describir como «cabeza gacha, medio agazapada». Pero mi marido es actor. Le quiero, y admiro su trabajo, y el de nuestros amigos, y asistir de vez en cuando a estos actos forma parte del acuerdo. Así que una se viste con elegancia y, a veces, hasta recurre a

una maquilladora profesional. Un chófer aparece en un coche de lujo y te recoge, lo que hace que te sientas extraña, como si tuvieras que disculparte. Un animado relaciones públicas que no conoces te lleva hasta la alfombra roja donde te gritan «¡mira aquí!» y «aquí» en dirección a un centenar de desconocidos con flashes a modo de cara. Y, luego, después de esos breves instantes de glamour artificial, te encuentras en una butaca de cine vieja y chirriante como otra cualquiera, tomando Coca-Cola *light* de un vaso de plástico húmedo y manchándote los dedos con la sal de las palomitas tibias. Las luces se apagan. Da comienzo el entusiasmo obligado.

Al entrar en la fiesta posterior, presentaron a Patton a los directores de *Crank: veneno en la sangre*, una peli de acción que le encanta, protagonizada por Jason Statham. Él los agasajó recordando sus momentos preferidos de la película. «Statham me pone *gay-tham*», confesó. Después de separarnos de los directores, hicimos una pausa y observamos el gentío que abarrotaba el salón de baile del Hollywood & Highland Center. Nos esperaban las copas, minihamburguesas con queso *gourmet* y quizá incluso Garry Shandling, un ídolo de Patton.

Patton me leyó el pensamiento.

«No hay problema», dijo.

Un amigo mío nos interceptó cuando ya salíamos.

«¿Ya volvéis con el bebé?», preguntó con una cálida sonrisa.

Nuestra hija, Alice, tenía tres meses.

«Ya sabes cómo va eso», comenté.

La verdad, claro, era mucho más extraña: iba a renunciar a una elegante fiesta de Hollywood, pero no a fin de reunirme con mi hija, sino con mi portátil, para rebuscar toda la noche información sobre un hombre al que no conocía, que había asesinado a gente que no conocía.

Los hombres violentos desconocidos han ocupado mi imaginación toda mi vida adulta, desde mucho antes de 2007, cuando tuve las primeras noticias sobre el delincuente al que más adelante apodararía el Asesino del Golden State. La parte del cerebro reservada para las

estadísticas deportivas, las recetas de postres o las citas de Shakespeare es, en mi caso, una galería de secuelas espeluznantes: la bici BMX de un niño, con las ruedas aún girando, abandonada en una zanja junto a una carretera rural; un mechón de fibras verdes microscópicas recogidas de la región lumbar de la chica muerta.

Decir que me gustaría dejar de darle vueltas no tiene sentido. Me encantaría cortar por lo sano, claro. Me da envidia, por ejemplo, la gente obsesionada con la guerra de Secesión, que presenta detalles en abundancia pero tiene sus límites. En mi caso, los monstruos se alejan, pero no se desvanecen nunca. Murieron hace tiempo y están naciendo en el momento en que escribo.

El primero, anónimo y nunca atrapado, me marcó a los catorce años de edad, y desde entonces he renunciado a muchos buenos momentos en mi búsqueda de la verdad.

OAK PARK

Oigo a Terry Keating antes de verlo. Trabaja de batería y profesor de percusión, y su voz retumbante se debe con toda probabilidad a que tiene problemas de oído o la costumbre de gritarles a sus alumnos para que lo oigan. «¡Soy Terry!», grita. Levanto la vista del móvil mientras le espero, y veo a un tipo blanco de tamaño mediano con el flequillo castaño sobre la frente y un vaso grande de Starbucks. Lleva Levi's y una camiseta verde con la leyenda SHAMROCK FOOTBALL. Pero no me habla a mí. Cruza la calle hacia el número 143 de South Wesley Avenue, una casa de ladrillo en una esquina de Oak Park, en Illinois, donde hemos quedado. Le habla a un hombre de cincuenta y tantos años de edad que parece estar reparando un coche aparcado en el acceso al garaje de la casa. Ese hombre es alto, larguirucho, ligeramente encorvado, con el pelo antes moreno y ahora bastante cubierto de canas. Tiene lo que a veces se denomina cruelmente cara de cuchillo. No desprende la menor calidez.

Pero hay algo familiar en él. Guarda un gran parecido con la familia que vivía en la casa cuando yo era niña; había unos chicos más o menos de mi edad, y los conocía de verlos por ahí. Caigo en la cuenta de que debe de ser un hermano mayor y de que, o bien compró, o bien heredó la casa de sus padres.

El hombre mira a Terry sin reconocerlo. Veo que Terry ni se

inmota, y me sobreviene una sensación incómoda. Noto el instinto maternal de terciar, redirigir y acallar. Pero veo que Terry quiere hacerse un sitio en la memoria de ese hombre. Después de todo, son antiguos vecinos.

«¡Soy uno de los chicos que encontró el cadáver!», grita Terry.

El hombre mira fijamente a Terry desde el lateral del coche. No dice nada. Su expresión vacía es rotundamente hostil. Aparto la vista, dirigiendo la mirada hacia una diminuta estatua de la Virgen María ubicada en el ángulo noreste del jardín delantero.

Es la tarde del sábado 29 de junio de 2013, un día muy fresco y ventoso para mediados de verano en Chicago. Una manzana más allá, hacia el oeste, veo recortada sobre el cielo la torre de la iglesia católica de St. Edmund, la antigua iglesia de mi familia, donde fui a la escuela desde primero hasta tercero.

El hombre vuelve a trastear en el coche. Terry se desvía hacia la derecha. Me ve a unos treinta metros acera adelante. Animo el gesto al establecer contacto visual y saludo furiosamente con la mano como compensación de lo que acaba de ocurrir. Terry iba un año por delante de mí en St. Edmund. La última vez que recuerdo haberlo visto fue hace treinta y cinco años. No sé gran cosa de él aparte del reciente descubrimiento de que la misma noche de agosto de 1984 nos cambió a los dos la vida.

«¡Michelle! —grita mientras se acercaba hacia mí—. ¿Qué tal por Hollywood?».

Nos damos un torpe abrazo. Su forma de ser hace que me remonte de inmediato al Oak Park de mi infancia. Las vocales neutras de su fuerte acento de Chicago. El modo en que luego anuncia que tiene que salir «cagando leches». Tiene un mechón rebelde, las mejillas de un crudo tono rosado, y no es en absoluto artificioso. No guarda ningún mecanismo calculador que sirva de filtro entre pensamiento y habla. Comienza de inmediato.

«Pues bien, lo que ocurrió...», dice, llevándome de regreso hacia la casa.

Vacilo. Igual es miedo a la reacción ya contrariada del propietario de la vivienda. Igual es la sensación de que seguir andando nos podría ayudar a trasladarnos a aquella bochornosa noche de verano cuando aún montábamos en bici pero aún no habíamos probado la cerveza.

Miro hacia el sur, callejuela adelante.

«¿Por qué no seguimos el recorrido que hicisteis aquella noche?», le digo.

Oak Park bordea el West Side de Chicago. Ernest Hemingway, que se crio allí, hizo la famosa observación de que era una población de «amplios jardines y mentes estrechas», pero yo no tuve esa experiencia del lugar. Vivíamos en una casa victoriana de tres plantas con muchas corrientes de aire en una parcela de South Scoville, una calle sin salida en el centro de la ciudad. Más al norte quedaban la vivienda y el estudio de Frank Lloyd Wright, y también un acaudalado barrio de casas del estilo de las Grandes Llanuras donde vivían profesionales liberales empeñados en seguir estando a la moda. Mi amiga Cameron vivía en una de las casas de Wright. Su padrastro era un abogado que luchaba por los derechos civiles, y su madre, me parece, era ceramista. Me enseñaron lo que era la sal vegetariana y la palabra «kabuki». Recuerdo al padrastro recomendándonos a Cameron y a mí, que tendíamos hacia las blusas negras y la poesía confesional, que nos animáramos un poco yendo al cine a ver *Stop making sense*, la película concierto de Talking Heads.

Al sur de nosotros había sobre todo familias católicas irlandesas de clase obrera. Las casas siempre estaban unos cuantos grados más frías de lo debido, y las camas no tenían cabeceras. De vez en cuando, algún padre desaparecía con alguna chica de veinte años de edad y no se le volvía a ver el pelo, pero la gente no se divorciaba. Una amiga de la universidad que pasó las vacaciones de primavera de segundo curso con mi familia quedó convencida de que mi padre había hecho un poco de comedia cuando empezó a ponerme al día de los cotilleos del barrio. Los apellidos, dijo ella, eran exclusiva y desafiantemente irlandeses. Los Connelly. Los Flannery. Los O'Leary. Y así

sucesivamente. Una vez oí por casualidad a una hastiada madre católica irlandesa de la zona de Oak Park sortear una pregunta sobre mi familia. «¿Cuántos hijos tienen los McNamara?», le preguntaron.

«Solo seis», dijo.

Ella tenía once.

Mi familia tenía un pie plantado a cada lado de Oak Park. Mis padres eran nativos, miembros de la tribu a la que se denominaba comúnmente irlandeses del West Side. Se conocieron en el instituto. Mi padre tenía los dientes separados y era gracioso. Le gustaba reír. Mi madre era la hija mayor y abstemia de dos juerguistas irredentos. Le encantaba Judy Garland, y estuvo fascinada desde siempre por Hollywood. «La gente me decía que me parezco a Gene Tierney», me dijo una vez tímidamente. Yo no sabía quién era. Cuando vi la película *Laura* años después, me hechizó aquella misteriosa protagonista que tenía en común con mi madre la cascada de cabello castaño con reflejos dorados y los pómulos delicadamente cincelados.

La historia es que mis padres se conocieron cuando él llamó a la puerta de mi futura madre buscando, supuestamente, a un amigo suyo. Yo lo creo. Esa manera indirecta de aproximarse a los asuntos emocionales encajaba con ellos. Los dos tenían unos ojos enormes — mi padre, azules; mi madre, verdes— que expresaban con gran emoción lo que a menudo no podían expresar ellos.

Mi padre se planteó brevemente ser sacerdote mientras estudiaba en Notre Dame. Lo llamaban hermano Leo. Mi madre consideró a otros pretendientes, y barajó posibilidades alternativas de futuro apellido. Pero, el hermano Leo decidió que los seminaristas no bebían lo suficiente. El reverendo Malachy Dooley, amigo de ambos, ofició la boda el día después de Navidad de 1955. Mi hermana mayor, Margo, nació el mes de septiembre siguiente. Si alguien le tomaba el pelo a mi madre arqueando la ceja mientras hacía cálculos, a ella le ardían las mejillas. En el instituto, su apodo era el de Santurrona.

Después de estudiar derecho en Northwestern, mi padre entró a trabajar en el bufete Jenner y Block, en el centro. Siguió allí treinta y

ocho años. La mayor parte de los días empezaban para él en el porche delantero cubierto, con el *Chicago Tribune* en una mano y una taza de té en la otra, y acababan con un martini de Beefeater muy seco con hielo y un toquecito de limón. Cuando decidió dejar de beber, en 1990, lo anunció a su típica manera estrafalaria. Todos sus hijos recibimos una carta tipo mecanografiada. «A mi hijo/a preferido/a —comenzaba—: He decidido unirme a la Generación Pepsi». Luego aseguró que solo dos de sus hijos se creyeron su comunicado. Yo era una de los dos.

Mis hermanos llegaron en rápida sucesión, cuatro chicas y un chico; yo era la menor, nacida después de un intervalo de seis años. Mi hermana Mary Rita, la anterior, me llevaba demasiados años como para que fuese una auténtica compañera de juegos. Al volver la vista atrás, tengo la sensación de que nací en una fiesta que había empezado a decaer. Para cuando llegué, mis padres tenían sillones reclinables a juego. Nuestra puerta principal era parcialmente de vidrio, y desde allí se alcanzaba a ver la parte de atrás del sillón beis de mi madre en el salón. Cuando algún amigo de los hijos llamaba al timbre, ella alargaba la mano y hacía un gesto circular. «Da la vuelta», gritaba, indicándoles la puerta trasera abierta.

Las familias de nuestra manzana estaban unidas, pero los hijos eran todos de las edades de mis hermanos mayores. Iban por ahí en pandilla, y regresaban a casa al anochecer. Tengo un nítido recuerdo de lo que era ser adolescente en los años setenta porque pasé mucho tiempo con ellos. Mi hermana Kathleen, diez años mayor que yo, era y es la más extrovertida de la familia, y me llevaba por ahí como un juguete querido. Me acuerdo de ir en precario equilibrio en el sillín de su bici mientras ella pedaleaba hacia la tienda de comestibles Jewel, en Madison Street. Parecía conocerla todo el mundo. «¡Hola, Beanie!», gritaban, llamándola por su apodo.

En su primer año de secundaria, Beanie se encaprichó con locura de Anton, un chico rubio y callado que hacía atletismo. Me llevaba con ella a las competiciones. Nos escondíamos en lo alto de las gradas

y lo observábamos con disimulo. Recuerdo la expresión transida de amor de su cara mientras lo veíamos lanzarse hacia delante desde la línea de salida tras un estallido. Entonces no me di cuenta, pero las complejidades del instituto la estaban alejando de mí. Pronto estuve sentada y sola en lo alto de las escaleras de atrás que llevaban de la cocina a la primera planta, viendo a chicos adolescentes con patillas dando tragos de cerveza en nuestra mesa del desayuno mientras sonaba a todo trapo «The Joker», de la Steve Miller Band.

Todo el mundo en mi familia habla con reverencia fingida del día de 1974 cuando las hermanas Van —Lisa, de mi edad, y Kris, un año mayor— se mudaron enfrente.

«Gracias a Dios —me dicen con guasa—. No sé qué habríamos hecho contigo».

Muchos amigos íntimos de mis padres lo eran desde primaria o secundaria. Que hubieran mantenido lazos tan cercanos en un mundo cada vez más transitorio y con menos referencias fijas era motivo de orgullo para ellos, como es normal, pero también tenía el efecto, según creo, de aislarlos. Si se les sacaba de su zona de confort, se les notaba un poco incómodos. Me parece que los dos tenían un trasfondo de timidez. Gravitaban hacia personalidades más imponentes. Se servían del humor, a veces mordaz, para desviar la tensión. En especial, mi madre parecía estar siempre reprimiendo algo: emociones, expectativas. Tenía las manos pequeñas y pecosas y la costumbre de tirarse de los dedos cuando la situación se ponía desagradable.

No quiero dar una impresión equivocada. Son personas inteligentes y curiosas que empezaron a viajar por el mundo cuando se lo pudieron permitir. Mi padre litigó en un pleito, y lo perdió, ante el Tribunal Supremo en 1971, un caso que sigue estudiándose en las clases de derecho constitucional. Estaban suscritos a *The New Yorker*. Siempre mostraban interés en la cultura popular y en lo que se consideraba bueno, o guay. Mi madre accedió a que la llevaran a ver

Boogie Nights. («Voy a ver *Sonrisas y lágrimas* veinte veces seguidas para olvidarla», dijo.) Eran demócratas de Kennedy. «Políticamente progresistas —aseguraba mi madre—, pero socialmente conservadores». Mi padre llevó a mis hermanas mayores al centro para ver hablar a Martin Luther King cuando tenían ocho y diez años de edad. Votaron por Mondale en 1984. Pero, cuando yo tenía diecinueve años, mi madre me despertó al amanecer presa del pánico, agitando un puñado de píldoras desconocidas (para ella).

«Estás tomando la...», dijo.

«Son pastillas de fibra», repuse, y me volví a dormir.

Pero también es verdad que siempre tuvimos una relación tensa. Mi hermana Maureen recuerda que una vez volvió a casa cuando yo tenía unos dos años de edad y encontró a mi madre caminando de aquí para allá por el porche. «No sé si la loca soy yo —dijo, al borde de las lágrimas— o Michelle». Mi madre tenía cuarenta años por entonces. Había soportado a unos padres alcohólicos y sobrellevado la muerte de un hijo pequeño. Estaba criando a seis hijos sin ayuda. Seguro que la loca era yo. El apodo por el que me llamaba siempre, solo medio en broma, era la Brujilla.

Siempre nos buscábamos las cosquillas. Ella se cerraba en banda. Yo la fulminaba con la mirada. Ella garabateaba notas en sobres y los pasaba por debajo de la puerta de mi cuarto. «Eres engreída, insensata y grosera —decía una de las más sonadas, que concluía—, pero eres mi hija y, como es natural, te quiero mucho». Teníamos una cabaña de verano en el lago Míchigan, y recuerdo una tarde de niña en la que yo chapoteaba entre las olas mientras ella leía un libro en una silla en la playa. Vi que las olas eran justo lo bastante grandes como para permanecer sumergida y, luego, salir a coger aire un momento por detrás de la ola cuando esta estaba en lo más alto, ocultándome de la vista. Dejé que mi madre se incorporase y escudriñara el agua. Dejé que cerrara el libro. Dejé que se pusiera en pie. Dejé que corriera hacia

el agua disponiéndose a gritar. Y gritó. Solo entonces di un brinco y emergí a su vista como si tal cosa.

Ojalá hubiera sido más amable con ella. Solía tomarle el pelo porque ella no soportaba ver ciertas escenas de películas o programas de televisión. No soportaba escenas en las que alguien celebraba una fiesta y no acudía nadie. Evitaba las películas sobre vendedores sin suerte. Era la especificidad lo que me resultaba peculiar y gracioso; ahora lo veo como indicio de una persona profundamente sensible. Su padre fue un vendedor de éxito cuya carrera se fue al traste. Durante demasiado tiempo, ella fue testigo de los problemas de sus padres con el alcohol y de las insistentes gesticulaciones de jolgorio que los acompañaban. Ahora aprecio sus vulnerabilidades. Sus padres valoraban el éxito social, e hicieron caso omiso de los signos de inteligencia rápida e inquieta de mi madre. Ella se sentía frustrada. Podía ser negativa y cortante en sus comentarios, pero ahora que soy mayor me veo como un reflejo de su propia y poco valorada imagen.

Tenemos que hacernos valer frente a nuestras propias carencias en la vida, y ella se hizo el propósito de alentarme como no la habían alentado a ella. Recuerdo que me disuadió de presentarme a animadora en el instituto. «¿No quieres ser tú a quien animen?», comentó. Se emocionaba con cualquier éxito académico o literario. Cuando yo estaba en secundaria, me encontré con una carta que había empezado a escribirle hacía años a mi tía Marilyn, la hermana de mi padre, que era profesora de teología y arqueóloga experta. Mi madre buscaba consejo acerca del mejor modo de alentarme como joven escritora. «¿Cómo puedo estar segura de que no acabe escribiendo tarjetas de felicitación?», le preguntaba. Pensé en esa pregunta a menudo en los años siguientes, durante los muchos periodos en que hubiera estado encantada de que me pagasen por escribir textos de felicitación para Hallmark.

Pero yo percibía sus expectativas, su transferencia de esperanzas, y eso me molestaba. Ansiaba su aprobación, pero, al mismo tiempo, su interés en mí me sofocaba. Se enorgullecía de haber criado a una hija

decidida, pero, al mismo tiempo, se sentía ofendida por mis opiniones tajantes. No ayudaba mucho que mi generación estuviera tan interesada en el análisis y la deconstrucción, a diferencia de la suya. Mi madre no quería, o no podía, mirarse el ombligo de esa manera. Recuerdo haber hablado en una ocasión con mi hermana Maureen de los cortes de pelo tan sobrios que llevábamos todos de pequeños.

«¿No te parece que mamá intentaba desexualizarnos?», le pregunté. Maureen, con tres hijos, sofocó una risa mezclada con cierto enfado. «Espera a tener hijos, Michelle —dijo—. Los cortes de pelo sobrios no son desexualizadores. Son cómodos».

La víspera de mi boda por la noche, mi madre y yo tuvimos nuestra mayor pelea. Yo estaba en paro y a la deriva, ni escribía ni hacía gran cosa, y había dedicado mucho tiempo —demasiado, probablemente— a la boda. En la cena de ensayo, senté juntos a pequeños grupos de personas que no se conocían; lo único que les dije fue que todos tenían una cosa en común y debían averiguar de qué se trataba. Todos los comensales de una de las mesas habían vivido en algún momento en Minnesota. Los de otra eran todos entusiastas cocineros.

En mitad de la cena, mi madre se me acercó cuando yo iba al servicio. Había estado evitándola porque una amiga mía había cometido el error de decirme que al principio de la velada le había comentado a mi madre que me consideraba la mejor escritora que conocía. «Ay, ya lo sé. Yo también lo creo —dijo mi madre—. Pero ¿no crees que ya se le ha hecho tarde?». Sus palabras me dolieron, y estuvieron rondándome la cabeza toda la noche.

Vi por el rabillo del ojo que se me acercaba. Y parecía sonriente. Saltaba a la vista que estaba contenta con todo; aunque nunca se le había dado bien hacer elogios directos. Estoy segura de que creyó que estaba siendo graciosa. Indicó las mesas con un gesto.

«A ver si aprovechas el tiempo», dijo. Me volví y me encaré a ella con lo que estoy convencida de que era un semblante de pura ira.

«Déjame en paz —le espeté; se quedó de piedra e intentó explicarse, pero la atajé—. Aléjate de mí. Ahora».

Fui al servicio, me encerré en un reservado y me permití llorar durante cinco minutos; luego salí y fingí que todo iba bien.

A decir de todos, ella quedó destrozada por mi reacción. No hablamos nunca de ello, pero, poco después de mi boda, me escribió una larga carta en la que detallaba todas las cosas que la enorgullecían de mí. Después de eso reconstruimos poco a poco nuestra relación. A finales de 2007, mis padres decidieron hacer un crucero a Costa Rica. El barco iba a zarpar de un puerto al sur de Los Ángeles. Los cuatro — mi marido, Patton, mis padres y yo— cenamos la noche antes de que se hicieran a la mar. Nos reímos mucho, y los llevé al muelle por la mañana. Mi madre y yo nos dimos un fuerte abrazo de despedida.

Unos días después sonó el teléfono de la cocina a las cuatro de la madrugada. No me levanté. Luego volvió a sonar, pero habían colgado para cuando llegué. Oí el mensaje de voz. Era mi padre. Su voz sonaba estrangulada y casi ininteligible.

«Michelle —decía—. Llama a tus hermanos». *Clic.*

Llamé a mi hermana Maureen.

«¿No lo sabes?», preguntó.

«¿Qué?».

«Ay, Michelle —dijo—. Mamá ha muerto».

Mi madre, que era diabética, había tenido un grave trastorno en el barco debido a complicaciones de su enfermedad. La trasladaron en helicóptero a San José, pero ya era muy tarde. Tenía setenta y cuatro años de edad.

Dos años después, nació mi hija, Alice. Estuve inconsolable durante las dos primeras semanas. «Depresión posparto», les explicaba mi marido a los amigos. Pero no era la tristeza de la madre novata. Era tristeza por mi madre veterana. Con mi hija recién nacida en brazos, lo entendí. Entendí cómo es ese amor que te destroza, la sensación de responsabilidad que reduce el mundo a un par de ojos suplicantes. A los treinta y nueve años de edad, entendí por primera

vez el amor que me profesaba mi madre. Llorando histéricamente, casi incapaz de hablar, le ordené a mi marido que bajara a nuestro húmedo sótano y buscara la carta que mi madre me había escrito después de la boda. Pasó horas allá abajo. Volcó todas y cada una de las cajas. Sembró de papeles el suelo. No la encontró.



Poco después de la muerte de mi madre, mi padre, mis hermanos y yo fuimos al apartamento de mis padres en Deerfield Beach, en Florida, para revisar sus pertenencias. Olisqueamos prendas suyas que aún olían a perfume Happy de Clinique. Nos maravillamos de su infinita colección de bolsos, una obsesión de toda la vida. Cada cual se quedó algo suyo. Yo cogí unas sandalias rosas y blancas. Aún siguen en el armario.

Luego, los siete fuimos a cenar temprano al Sea Watch, un restaurante cercano y con vistas al océano. En mi familia somos muy dados a la risa, y estuvimos contando historias sobre mi madre que nos hicieron reír. Siete personas riendo a carcajadas montan inevitablemente una escena.

Una anciana de sonrisa desconcertada pasó por nuestra mesa cuando se marchaba.

«¿Cuál es el secreto?», preguntó.

«¿Cómo?», dijo mi hermano Bob.

«Para ser una familia tan feliz».

Nos quedamos boquiabiertos unos momentos. Nadie tuvo el coraje de decir lo que todos estábamos pensando, algo así como «es que acabamos de recoger las pertenencias de nuestra madre muerta». De modo que volvimos a deshacernos en estridentes carcajadas.

Mi madre era, y siempre será, la relación más complicada de mi vida.

Al escribir esto ahora, me llaman la atención dos verdades incompatibles que me causan dolor. Nadie se habría alegrado tanto

por este libro como mi madre. Y probablemente yo no habría sentido que tenía la libertad necesaria para escribirlo hasta que ella hubiese desaparecido.



Yo caminaba los mismos ochocientos metros hasta St. Edmund todos los días, a la izquierda por Randolph, a la derecha por Euclid, a la izquierda por Pleasant. Las chicas llevaban vestiditos de tela escocesa de cuadros grises y blusas blancas; los chicos, camisa de cuello y pantalones de color mostaza. La señora Ray, mi maestra de primero, tenía figura de reloj de arena y una tupida melena de color caramelo, y siempre estaba animada. Era como la actriz Suzanne Somers pastoreando a un montón de niños de seis años. Aun así, ella no es mi recuerdo más nítido de St. Edmund. Tampoco lo es, curiosamente, ninguna enseñanza católica ni nada del tiempo que pasé en la iglesia, aunque sé que hubo mucho tanto de lo uno como de lo otro. No, siempre tendré St. Edmund grabado en la mente con una imagen, la de un chico callado y obediente de pelo castaño tirando a rubio y orejas que le sobresalían un poco: Danny Olis.

Mis enamoramientos escolares eran extremadamente variables en cuanto al tipo físico y a la personalidad del chico, pero puedo decir con toda seguridad que todos tenían una cosa en común: se sentaban delante de mí en clase. Otras personas son capaces de desarrollar sentimientos por gente sentada a su lado y detrás de ellos, pero yo no. Eso requiere conectar con alguien demasiado directamente, y, a veces, incluso girar el cuello para establecer pleno contacto visual. Demasiado real. A mí nada me encantaba tanto como la nuca de un chico. Sobre la pizarra en blanco, yo podía hacer interminables proyecciones de la espalda encorvada de un chaval. Él podía estar allí sentado con la boca medio abierta o hurgándose la nariz, y yo ni me enteraba.

Para una proyccionista soñadora como yo, Danny Olis era

perfecto. No recuerdo que yo pensara que fuera un niño desgraciado, pero tampoco alcanzo a imaginar su sonrisa. Tenía mucho autodomínio para tratarse de un niño pequeño, y era ligeramente solemne, como si supiera algo que el resto de nosotros, críos con los dientes separados que aún creíamos en los cuentos de hadas, acabaríamos por averiguar. Era el Sam Shepard de nuestra clase de primero. Al nacer yo, me habían regalado un peluche del monito George el Curioso, y había algo en la cabeza redonda de duende de Danny y sus orejas de soplillo que me recordaba a mi muñeco George. Me dormía aferrándolo contra mi mejilla todas las noches. Mi amor por Danny fue una noticia bomba en nuestra casa. Revisando mis cosas viejas durante una mudanza, encontré una postal que me había escrito mi hermana Beanie durante su primer año en la Universidad de Iowa. «Querida Mish, te echo de menos. ¿Qué tal está Danny Olis?».

Me cambié de escuela, y fui al colegio público local William Beye. Allí iban mis mejores amigas, las hermanas Van, las que me salvaron de la soledad cuando se mudaron enfrente de mi casa. Quería estar con ellas. Y quería vestir como me apeteciera. Con el tiempo, prácticamente olvidé a Danny Olis. Mi George el Curioso desapareció junto con mis demás cosas de la infancia.

Una noche, en mi penúltimo año de instituto, una amiga me estaba ayudando a preparar una gran fiesta que iba a celebrar mientras mis padres estaban de viaje. Ella había estado yendo por ahí con unos chavales de Fenwick, el instituto católico para chicos de la zona, y me preguntó si podían venir algunos a la fiesta. Claro, dije. De hecho, me comentó con timidez que más o menos salía con uno de ellos.

«Más o menos», insistió.

«Qué bien —dije—. ¿Cómo se llama?».

«Danny Olis».

Abrí los ojos de par en par y proferí un sonido a medio camino entre risotada y chillido. Templé los nervios y respiré hondo, como se suele hacer cuando estás a punto de revelar un gran secreto.

«No te lo vas a creer —dije—, pero en la escuela estaba enamoradísima de Danny Olis».

Mi amiga asintió con la cabeza.

«Lo nuestro empezó en clase de música, porque la profesora os hizo cogeros de la mano», dijo.

Mi expresión confusa la instó a continuar.

«Él me lo ha contado», aseguró.

Yo no recordaba nada de que nos cogiéramos de la mano en ninguna clase de música. ¿Y él lo *sabía*? Según mis recuerdos, yo era la chica callada que se sentaba al fondo, detrás de él, observando fiel pero discretamente todos y cada uno de los movimientos de su cabeza. Ahora parecía que mi fijación había tenido la sutileza de un culebrón. Me moría de vergüenza.

«Bueno, es un chico muy misterioso», le dije, un poco irritada.

Ella se encogió de hombros.

«Para mí no», aseguró.

Esa noche se congregaron en mi jardín y hasta en la calle adolescentes con vasos de plástico. Bebí demasiada ginebra, y me dediqué a zigzaguear entre las multitudes de gente medio desconocida en mi propia casa. Había chicos con los que había salido y chicos con los que saldría. Alguien puso repetidamente el tema «Suspicious minds», en la versión de Fine Young Cannibals.

Toda la noche fui sumamente consciente de un chico callado de pelo tirando a rubio que estaba en el rincón de la cocina al lado de la nevera. Ahora el pelo le tapaba las orejas. Su cara había dejado de ser redonda y se veía más demacrada, pero en algún que otro vistazo rápido atiné a ver que seguía teniendo aquella expresión seria, críptica. Lo eludí toda la noche. No lo miré en ningún momento a los ojos. A pesar de la ginebra, yo seguía siendo la chica sentada al fondo del aula, observadora, nunca observada.



Veintiséis años después, una tarde de mayo, me disponía a cerrar el portátil cuando un tañido familiar anunció la llegada de un nuevo correo electrónico. Miré la bandeja de entrada. No soy muy constante gestionando los correos, y a veces (me avergüenza un poco reconocerlo) me lleva varios días o más contestar. Tardé un momento en identificar el nombre en la bandeja de entrada: Dan Olis. Hice clic en el mensaje con vacilación.

Dan, que ahora era un ingeniero que vivía en Denver, me explicó que le habían enviado un perfil mío publicado en la revista de antiguos alumnos de Notre Dame. El artículo, titulado «Sabuesa», informaba de que yo era autora del sitio web *True Crime Diary*, en el que se intenta resolver homicidios que no llegaron a cerrarse. El periodista preguntaba por el origen de mi obsesión con los asesinatos sin resolver, y citaba mi respuesta: «Todo esto empezó cuando tenía catorce años. Una vecina mía fue brutalmente asesinada. Un caso muy extraño. Había salido a correr, cerca de su casa. La policía no llegó a resolverlo. Todo el mundo en el barrio fue presa del miedo, y luego pasó página. Pero yo no pude. Tenía que esclarecer cómo había ocurrido».

Esa era la versión con gancho. Otra versión es la siguiente. La noche del 1 de agosto de 1984, yo estoy indeciblemente a gusto en la libertad herméticamente sellada del dormitorio del ático, en la segunda planta recién renovada de nuestra casa familiar. Todos mis hermanos han pasado parte de su adolescencia allí. Ahora me toca a mí. Mi padre detestaba el ático porque era una trampa mortal en caso de incendio, pero, para mí, un tsunami de emociones de catorce años que firmaba sus entradas en el diario «Michelle, la Escritora», es una gloriosa evasión. La alfombra es de pelo, de color naranja oscuro; los techos son inclinados. Hay una estantería sobre una pared que se abre como una puerta y da acceso a un trastero secreto. Lo mejor de todo es la enorme mesa de madera que ocupa la mitad del cuarto. Tengo un tocadiscos, una máquina de escribir y una ventanita con vistas al tejado de tejas de nuestros vecinos. Dispongo de un lugar para soñar.

Dentro de unas semanas empezaré a ir al instituto.

En ese mismo momento, a cuatrocientos cincuenta metros escasos de allí, Kathleen Lombardo, de veinticuatro años de edad, está haciendo *jogging* con su *walkman* por Pleasant Street. Hace una noche calurosa. Los vecinos que están en sus porches ven pasar a Kathleen a eso de las diez menos cuarto. Le quedan unos minutos de vida.

Recuerdo que oí a alguien subir a la primera planta —mi hermana Maureen, creo— y que escuché una conversación entre murmullos, una súbita inhalación. Luego, oí los pasos de mi madre yendo rápidamente a la ventana. Conocíamos a la familia Lombardo de St. Edmund. La noticia se propagó rápido. Su asesino la había arrastrado hasta la entrada de la callejuela entre Euclid y Wesley. Le cortó el cuello.

Yo no tenía interés especial en los crímenes más allá de haber leído algún libro del personaje Nancy Drew, una detective aficionada. Sin embargo, dos días después del asesinato, sin decírselo a nadie, fui al lugar donde habían agredido a Kathleen, que estaba cerca de nuestra casa. En el suelo vi trozos del *walkman* hecho pedazos. Los recogí. No sentí miedo, solo una curiosidad eléctrica, una corriente de fuerza indagadora tan sorprendente que recuerdo hasta el último detalle de ese momento: el olor a hierba recién cortada, la pintura marrón descascarillada de la puerta del garaje... Lo que se apoderó de mí fue el espectro de ese interrogante donde debería estar la cara del asesino. El vacío de su identidad me resultaba violentamente poderoso.

Los asesinatos sin resolver se convirtieron en una obsesión. Me dedicaba a acumular detalles siniestros y enigmáticos. Desarrollé una respuesta pavloviana a la palabra «misterio». Mi registro de préstamos de la biblioteca era un compendio bibliográfico de lo macabro y lo verídico. Cuando conozco a alguien y averiguo de dónde es, lo sitúo en mi mente según el crimen sin resolver más cercano. Si me dices que fuiste a la Universidad Miami, en Ohio, siempre que te vea pensaré en Ron Tammen, el luchador y bajista en la banda de jazz de la universidad que salió de su habitación en la residencia el 19 de

abril de 1953 —la radio puesta, la luz encendida, el libro de psicología abierto— y se desvaneció para no ser visto nunca más. Menciona que eres de Yorktown (Virginia), y te tendré relacionado para siempre con Colonial Parkway, el tramo de carretera que serpentea siguiendo el río York y en el que desapareció una pareja y otras tres fueron asesinadas entre 1986 y 1989.

Cuando rondaba los treinta y cinco años de edad, por fin me entregué a mi fascinación, y, gracias a la llegada de la tecnología de internet, nació mi sitio web de investigación casera, *True Crime Diary*.

«¿Por qué te interesa tanto el crimen?», me pregunta la gente, y siempre me remonto a aquel momento en la callejuela, teniendo en mis manos los fragmentos del *walkman* de una chica muerta.

Necesito ver su cara.

Él pierde su poder cuando conocemos su cara.

El asesinato de Kathleen Lombardo no llegó a resolverse.

Yo escribía sobre su caso de vez en cuando, y lo mencionaba en entrevistas. Incluso llamé a la Policía de Oak Park para comprobar algunos datos. La única pista de verdad era que unos testigos declararon haber visto a un afroamericano con camiseta y cinta en la cabeza amarillas que observaba con atención a Kathleen mientras ella corría. La policía desacreditó un rumor que recuerdo, según el cual unos testigos habían visto al asesino apearse del tren elevado y empezar a seguir a Kathleen. La intención del rumor era evidente: el asesino se había infiltrado entre nosotros procedente de alguna otra parte.

Los polis de Oak Park me causaron la clara impresión de que el caso era un callejón sin salida. Y era allí donde creía que había quedado la cosa, hasta aquel día en que el nombre de Dan Olis apareció en mi bandeja de entrada. En el correo que me envió, Dan había puesto copia a otra persona: Terry Keating. Reconocí vagamente el nombre como el de un chico que iba un año por delante de mí en St. Edmund. Resulta que Dan y Terry son primos carnales. Se ponían en contacto conmigo porque a ellos también les obsesionaba el asesinato

de Kathleen Lombardo, aunque por razones distintas y mucho más personales. En su correo electrónico, Dan decía «hola, qué tal estás», e iba directo al grano.

«¿Sabías que a Kathleen la encontraron unos buenos chicos de St. Edmund?», escribía.

La experiencia había sido espantosa y desconcertante para los chicos. Hablaban de ello a menudo, decía Dan, sobre todo porque estaban enfadados, ya que, en su opinión, la teoría más conocida y aceptada sobre lo que le había pasado a Kathleen aquella noche les parecía errónea. Estaban convencidos de conocer la identidad del asesino.

De hecho, se lo habían encontrado aquella noche.



Terry y Dan no solo son primos; de niños vivían en la misma casa. La familia de Dan ocupaba la planta baja; la de Terry, el primer piso; y su abuela, el piso superior. Terry y yo contemplamos la trasera de la antigua vivienda desde la callejuela.

«¿Cuántos erais?», le pregunto a Terry.

La casa debe de tener unos doscientos ochenta metros cuadrados como mucho.

«Once críos, tres adultos», dice.

Dan y Terry, que solo se llevaban un año, eran, y siguen siendo, íntimos.

«Aquel verano fue una época de auténtica transición para nosotros —explica Terry—. Unas veces robábamos cerveza y nos emborrachábamos. Otras veces hacíamos tonterías como cuando éramos niños».

Indica con un gesto la plataforma de cemento contigua al garaje en el patio trasero.

«Recuerdo que aquella noche jugábamos a hockey, o quizá a baloncesto». El grupo constaba de Terry, Danny, el hermano menor de

Danny, Tom, y dos amigos del colegio, Mike y Darren. Era poco antes de las diez. Alguien sugirió que fueran por la callejuela al White Hen, un pequeño supermercado en Euclid Avenue, a eso de manzana y media. Iban al White Hen constantemente, a veces tres o cuatro veces al día, a por un Kit Kat o una Coca-Cola.

Terry y yo vamos hacia el norte desde la casa. Él pasó tanto tiempo en esa callejuela de pequeño que atina a ver todos los pequeños cambios que ha sufrido.

«Antes estaba más oscura por la noche —dice—. Casi como una cueva. Las ramas asomaban más y colgaban».

Le llama la atención un árbol extraño en el patio trasero de un vecino. «Bambú —comenta—. ¿No es increíble?».

A poco menos de veinte metros de donde la callejuela desemboca en Pleasant Street, Terry se detiene. Una pandilla de chicos preadolescentes y adolescentes dándole a la lengua, como recuerda Terry que hacían, puede ser estridente. Se distraían haciendo el chorra. Ese lugar lo obsesiona. Mirando al frente se alcanza a ver la embocadura de la callejuela al otro lado de la calle.

«Si hubiéramos estado prestando atención, igual la habríamos visto pasar corriendo —señala—. Igual lo habríamos visto asaltarla y agarrarla».

Cruzamos la calle hasta el hueco detrás del número 143 de South Wesley Avenue. Los cinco chicos habían caminado juntos en línea recta. Danny iba a la derecha del grupo, recuerda Terry. Pone una mano en la verja de cerca del garaje y la sacude.

«Creo que es la misma verja, pero entonces estaba pintada de rojo», dice Terry.

Le pareció entrever una alfombra enrollada cerca de los cubos de basura. Las piernas de Kathleen eran muy pálidas, y, en la oscuridad, Terry las tomó por una alfombrilla de color claro. Entonces, Danny, que era quien más cerca estaba, gritó.

«¡Es un cuerpo!».

Terry y yo miramos fijamente el lugar en el garaje donde Kathleen

estaba tendida boca arriba. Fue evidente de inmediato que le habían cortado el cuello. Había un charco de sangre en torno a sus pies. El olor era horrible. Lo más probable es que fueran gases del estómago, supone Terry ahora. Darren, un «chico delicado», según lo describe Terry, retrocedió lentamente hacia el garaje de enfrente con las manos en la cabeza y los ojos desorbitados. Tom echó a correr hacia la puerta trasera más cercana, pidiendo ayuda a gritos.

Es a continuación donde el relato aceptado del asesinato de Kathleen Lombardo diverge del recuerdo de Terry y Dan. Ellos recuerdan que Kathleen aún mostraba signos vitales, pero que murió en los minutos transcurridos entre que la encontraron y llegó un enjambre de policías. Recuerdan que los inspectores les dijeron que debían de haberse cruzado con el tipo.

Recuerdan a un hombre que apareció por la callejuela casi simultáneamente a su hallazgo del cadáver de Kathleen. Era alto y parecía de ascendencia india. Vestía una camisa de lino abierta hasta el ombligo, pantalones cortos y sandalias.

«¿Qué pasa aquí?», preguntó.

Terry dice que ese hombre no miró en ningún momento en dirección al cadáver.

«Hay alguien herido. Tenemos que llamar a la policía», le gritó Mike al hombre, que negó con la cabeza.

«No tengo teléfono», dijo.

El caos de la escena empaña la siguiente secuencia de acontecimientos. Terry recuerda que llegó un coche patrulla, conducido por un escéptico policía de uniforme con bigote que preguntó en tono sarcástico dónde estaba el cadáver. Recuerda el cambio de tono y la urgente llamada por radio para pedir ayuda cuando el poli vio a Kathleen. Recuerda al compañero del agente, un tipo más joven, quizá incluso en periodo de prácticas, apoyado en el lateral del coche, vomitando.

Recuerda a Darren contra la pared del garaje, las manos todavía en la cabeza, meciéndose adelante y atrás. Y luego un asedio de luces y

sirenas como Terry no había visto nunca ni ha vuelto a ver.

Siete años después, Terry compartió casualmente coche para ir a un concierto con un tal Tom McBride, que vivía a escasas puertas del escenario del asesinato. Terry y Tom habían sido enemigos de niños, del modo en que los críos lo son cuando no se conocen y van a escuelas distintas. Tom, recuerda Terry, era de la «pública», como decían los chicos católicos. Pero Terry descubrió que, en realidad, Tom era muy buen tipo. Charlaron toda la noche.

«¿No fuiste tú uno de los chicos que encontró aquel cadáver?», preguntó Tom.

Terry dijo que lo era. Tom entornó los ojos.

«Yo siempre creí que fue cosa de alguien del barrio».

A Terry le vino a la cabeza una imagen, el hombre de la camisa de lino abierta, lo extraño de que no mirase el cadáver de Kathleen. El hecho de que les preguntase que qué ocurría allí, cuando saltaba a la vista que era algo horrible.

A Terry se le hizo un nudo en el estómago.

«¿Qué aspecto tenía?», preguntó Terry.

Tom se lo describió. Alto. De la India. Un auténtico bicho raro.

«¡Estaba allí mismo cuando la encontramos!», aseguró Terry.

Tom palideció. No se lo podía creer. Recordaba con claridad cómo, en el clamor tras el descubrimiento del cadáver, el vecino, que parecía recién duchado y vestido con un albornoz, apareció por la puerta de atrás para mirar los coches de policía. Se volvió hacia Tom y su familia, que habían salido al porche trasero.

«¿Dijo algo?», preguntó Terry.

Tom asintió.

«Dijo: “¿Qué pasa aquí?”».



No atraparon nunca al asesino. Y esos trozos de *walkman* roto que recogí en el escenario del crimen siguen tintineando en mi cabeza

treinta años después mientras conduzco un coche de alquiler por Capitol Avenue, en Sacramento. Giro al este, hacia las afueras, hasta que se convierte en Folsom Boulevard. Continúo por Folsom, paso por delante de la Universidad Estatal de Sacramento (la Sac State) y del Centro Psiquiátrico Sutter, por delante de los descampados vacíos y los robles dispersos. A mi derecha corre en paralelo la Línea Dorada, un tranvía que va desde el centro hasta Folsom, cuarenta kilómetros hacia el este. Es una ruta histórica. Las vías se usaban antaño para el Ferrocarril del Valle de Sacramento, construido en 1856, la primera línea de tren de vapor que unía la ciudad con los campos mineros de las Sierras. Cruzando Bradshaw Road, veo dos carteles que dicen CASA DE EMPEÑOS y BAR DEPORTIVO 6 POCKET. Al otro lado de la carretera hay tanques de almacenamiento de petróleo detrás de un cercado de malla metálica oxidada. He llegado a mi destino. Donde todo empezó: la ciudad de Rancho Córdova.

SACRAMENTO, 1976-1977

En los años setenta, los chicos que no vivían aquí lo llamaban Rancho Cambodia. El río Americano divide en dos la zona oeste del condado de Sacramento, y Rancho Córdova, en la ribera sur, está separado de los barrios más frondosos y elegantes situados en la otra orilla del río. El área tuvo su origen en una concesión mexicana de cinco mil acres de tierra de cultivo. En 1848, después de que James W. Marshall, cincuenta kilómetros río arriba, viera escamas relucientes de metal en el desagüe de un molino y anunciara «lo he encontrado», los dragados en busca de oro se cernieron sobre Rancho Córdova, dejando inmensos montones de piedras de río a su paso. Durante un tiempo, aquello fue terreno de viñedos. La Base Mather de la Fuerza Aérea se inauguró en 1918. Pero fue la guerra fría lo que de verdad cambió Rancho Córdova. En 1953, Aerojet, el fabricante de motores de propulsión para cohetes y misiles, abrió allí su sede, y con ella llegó el auge de las urbanizaciones para sus empleados, con las sinuosas carreteras de la ciudad (Zinfandel Drive, Riesling Way) de pronto asfaltadas y pulcramente divididas en modestas parcelas con casas en serie de una planta. La familia de todo el mundo parecía estar relacionada con el ejército o con Aerojet.

Un elemento más peligroso estaba al acecho. Un hombre que se crio en La Gloria Way a mediados de los años setenta recuerda el día

que desapareció el heladero que trabajaba en las inmediaciones de la Escuela de Primaria de Córdoba Meadows. Resulta que el tipo de pelo largo, barba poblada y gafas de espejo de piloto que vendía helados a los críos también vendía LSD y cocaína a una clientela distinta, y los polis se lo llevaron. Los relatos de la gente que creció en Sacramento en los setenta suelen estar trufados de esta clase de anécdotas, una mezcla de dulzura y miedo, postales de ciudad pequeña con un presentimiento en el envés.

Los días calurosos de verano, nos bañábamos en el río Americano, recuerda una mujer; luego, otro recuerdo, este de ir corriendo por los caminos junto al río y toparse con un campamento de indigentes entre la densa maleza. Se decía que algunas zonas del río estaban encantadas. Un grupo de chicas adolescentes pasaban el rato en Land Park y veían a chicos sin camisa encerar sus coches; iban a Days on the Green, en Oakland, el festival Lollapalooza de aquella era, a ver a los Eagles, Peter Frampton o Jethro Tull. Conducían hasta el dique de Sutterville Road y bebían cerveza. La noche del 14 de abril de 1978 estaban en el dique bebiendo cuando un convoy de coches patrulla, con las sirenas ululando, pasó a toda prisa por la carretera, más abajo. El desfile era interminable. «No había visto nunca nada parecido, ni lo he vuelto a ver», dijo una de las adolescentes, ahora una mujer de cincuenta y dos años de edad. El Violador de la Zona Este, o VZE —el hombre que yo pasaría a denominar el Asesino del Golden State— había vuelto a actuar.

Yendo por Folsom Boulevard, giré a la izquierda por Paseo Drive en dirección al corazón residencial de Rancho Córdoba. Este lugar significaba algo para él. Cometió aquí su primera agresión, y siguió volviendo. Hacia noviembre de 1976, había ya nueve agresiones en seis meses en el condado de Sacramento que fueron atribuidas al Violador de la Zona Este; cuatro de ellas tuvieron lugar en Rancho Córdoba. En marzo de 1979, cuando llevaba un año sin actuar y parecía que había desaparecido de una vez por todas, volvió a Rancho Córdoba una última vez. ¿Era su hogar? Eso creen algunos

investigadores, sobre todo los que trabajaron en el caso al principio.

Voy hasta el lugar de su primera agresión, una casa sencilla de una sola planta en forma de «L», de unos noventa metros cuadrados, con un tocón de árbol limpiamente talado en el centro del jardín. Fue aquí donde se efectuó la primera llamada, a las cinco de la madrugada del 18 de junio de 1976. Una mujer de veintitrés años hablaba por el aparato como mejor podía desde donde estaba tendida en el suelo, con las manos atadas tan fuerte que se le había cortado la circulación. Sheila* se había arrastrado de espaldas hasta el teléfono de la mesilla de noche de su padre, lo había tirado al suelo y había buscado el 0 con los dedos. Llamaba para denunciar una violación en su domicilio.

Ella quería hacerles entender que la máscara era rara. Era blanca y de un material áspero, como de punto de aguja, con agujeros para los ojos y una abertura hacia la mitad, pero le quedaba muy ceñida a la cara. Cuando Sheila abrió los ojos y lo vio en el umbral del dormitorio, creyó que estaba soñando. ¿Quién lleva pasamontañas en Sacramento en junio? Parpadeó y asimiló mejor la imagen. Medía en torno a uno ochenta, con musculatura moderada, y llevaba camiseta de manga corta azul marino y guantes de lona grises. Otro detalle, tan poco natural que debía de habersele extraviado del subconsciente: un par de piernas pálidas con pelo oscuro. Las partes encajaron en el aire y formaron un todo. El hombre iba sin pantalones. Tenía una erección. El pecho le subía y le bajaba, exhalaciones de lo real.

Se lanzó sobre la cama de Sheila y le puso la hoja de un cuchillo de diez centímetros contra la sien derecha. Ella subió la ropa de cama por encima de la cabeza como para ahuyentarlo. Él se la arrancó de las manos. «Como hagas un solo movimiento o ruido, te clavo este cuchillo», susurró.

Le ató las muñecas detrás de la espalda con una cuerda que llevaba consigo; luego, se las volvió a atar con un cinturón de tela rojo y blanco que encontró en el armario de Sheila. Le metió unas braguitas blancas de nailon en la boca a modo de mordaza. Ya existían indicios del comportamiento que pasaría a ser tan reconocible. Se untó

el pene con aceite para niños antes de violarla. Revolvió la casa y la registró de arriba abajo; ella oyó el golpeteo de las pequeñas arandelas que servían de asas en las mesitas del salón cuando abría los cajones. Hablaba en un susurro gutural, con las mandíbulas apretadas. Un corte de dos centímetros y medio cerca de la ceja derecha le sangraba donde le había puesto el cuchillo para ordenarle que no hiciera ningún ruido.

El sentido común, y cualquier poli, te dirá que el violador sin pantalones es un simple mirón adolescente que acababa de pasar del delito menor al delito grave concebido con crudeza. El canalla que monta el numerito sin pantalones tiene problemas para controlar sus impulsos y no tardará en ser detenido. Su mirada fija sin duda le ha valido el estatus de friki en el vecindario. En un abrir y cerrar de ojos, la poli lo despertará a puntapiés en casa de su preocupada madre. Pero a este canalla sin pantalones no lo trincaron.

Existe algo que yo considero la paradoja del violador listo. Roy Hazelwood, antiguo experto en perfiles del FBI especializado en depredadores sexuales, habla de ello en el libro *The evil that men do* («El mal que hacen los hombres»), coescrito con Stephen G. Michaud: «La mayoría de la gente no tiene problema en vincular la inteligencia con un robo complejo. Pero la tortura/violación es un acto depravado con el que no consiguen identificarse ni remotamente. Por tanto, se resisten a reconocerles su inteligencia a criminales semejantes. Es así incluso en el caso de los agentes de policía».

Si se presta más atención, los métodos del violador de Sheila revelan la actuación de una mente calculadora. Tuvo cuidado de no quitarse los guantes en ningún momento. En las semanas previas a la agresión, Sheila recibió llamadas en las que nadie habló del otro lado de la línea, como si alguien controlara sus horarios. En abril tuvo la sensación de que la seguían. Veía una y otra vez un coche mediano y oscuro de fabricación norteamericana. Pero era curioso que, aunque estaba segura de que era el mismo coche, nunca consiguiera distinguir al conductor.

La noche de la agresión, una pila para pájaros había sido trasladada hasta un lugar bajo un poste de teléfono en el jardín de atrás, evidentemente como punto de apoyo. Pero el cable telefónico solo estaba medio cortado, indicio del torpe titubeo de un primerizo, como el clavo torcido de un aprendiz de carpintero.

Cuatro meses después, Richard Shelby estaba en una acera de Shadowbrook Way, en Citrus Heights.

Según las normas del Departamento del Sheriff de Sacramento, Shelby no debería haber tomado parte en ese ni en ningún otro caso. No debería haber llevado uniforme siquiera. Shelby conocía las normas —para trabajar en el Departamento del Sheriff de Sacramento en 1966 había que tener los diez dedos de las manos enteros—, pero había aprobado el examen teórico y las pruebas físicas, y decidió probar suerte. La suerte le había sonreído; incluso el hecho de que le faltara buena parte del dedo anular de la mano izquierda había sido un golpe de suerte. Tendría que haberlo partido por la mitad el disparo perdido de la escopeta de un cazador. Los médicos le dijeron que había estado cerca de poder perder la mano entera.

Cuando el examinador se fijó en el dedo de Shelby, interrumpió la entrevista. Shelby fue despachado sin miramientos. No ingresaría en el Departamento del Sheriff de Sacramento (DSS) después de todo. El rechazo le dolió. Durante toda su vida, Shelby había oído hablar a su familia con admiración de un tío que era sheriff en Oklahoma. Quizá fuera una señal. De todos modos, él quería trabajar en un condado menos poblado. Yolo, o Placer. Los espacios abiertos del Valle Central eran el paisaje de su juventud. Durante los veranos había trabajado al aire libre en los ranchos y las granjas del este del condado de Merced. Se bañaba desnudo en los canales. Cazaba conejos y perdices en las faldas de las colinas de la Sierra Nevada. La carta del DSS informándole de que «no había superado las pruebas» llegó una semana después. Luego, al día siguiente, le llegó otra carta. En esta se le decía dónde y cuándo presentarse a trabajar.

Shelby pidió una explicación. Vietnam empezaba a ser un tema

importante de las noticias. En febrero de 1965, el reclutamiento mensual era de tres mil soldados; la cifra había aumentado a treinta y tres mil para octubre. Empezó a haber manifestaciones por todo el país, volviéndose gradualmente más violentas. Cada vez había menos jóvenes disponibles. El DSS vio a Shelby como un fenómeno nuevo y relativamente raro. Se había alistado en la Fuerza Aérea hacía más de una década, trece días después de cumplir los diecisiete años de edad, y cumplido su periodo de servicio. Tenía un título universitario en derecho penal. Estaba casado. Y pese a que le faltaba medio dedo, escribía más rápido a máquina que la secretaria del sheriff. Cambiaron las normas en lo que a la longitud de los dedos se trataba. Shelby entró a trabajar el 1 de agosto de 1966. Continuó durante veintisiete años.

El DSS no era ni de lejos un sitio impecable por entonces. Todos se disputaban un coche patrulla con un flexo y una tablilla de clip sujetapapeles en el salpicadero. En la armería seguía habiendo metralletas de la década de los veinte. Las sirenas estaban en el techo de los vehículos; los polis que los conducían tienen que llevar ahora audífonos. Las divisiones especializadas como la de delitos sexuales no existían. Uno era especialista con experiencia de primera mano si alguna vez contestaba el teléfono y lo reclamaban en el escenario de una violación. Por eso se encontraba Shelby en la acera de Shadowbrook Way la mañana del 5 de octubre de 1976.

Un sabueso que seguía un rastro lo había llevado hasta ese lugar. El rastro empezaba en la ventana del cuarto de un niño, seguía por encima de una verja y a través de un campo de malas hierbas, e iba a parar a la acera. Shelby llamó a la puerta más cercana y miró hacia la casa de la víctima, al otro lado del descampado, a unos setenta metros. Procuró ahuyentar su malestar.

Una hora y media antes, poco después de las seis y media, Jane Carson estaba acurrucada en la cama con su hijo de tres años cuando oyó que se encendía y se apagaba una luz, y que, luego, alguien corría por el pasillo. Su marido se había ido a trabajar poco antes. «¿Jack,

eres tú? ¿Se te ha olvidado algo?».

Entró por la puerta un hombre con pasamontañas de color marrón verdoso.

«Cállate, quiero tu dinero, no te haré daño», dijo.

A Shelby le llamó la atención la precisión con que había actuado el hombre. Entró en la casa por la ventana del cuarto del hijo instantes después de que se fuera el marido de Jane. Habían sido víctimas dos semanas antes de un robo muy poco habitual en el que el ladrón se llevó unos diez anillos suyos pero se dejó olvidadas las joyas robadas antes a unos vecinos. El ladrón también había entrado y salido por la ventana del cuarto de su hijo. El mismo tipo, pensó Shelby. Un ladrón metódico y paciente.

La violación de Jane acabaría siendo la quinta agresión atribuida al Violador de la Zona Este, pero fue la primera en la que trabajaron Shelby y Carol Daly, dos inspectores que llegarían a quedar inextricablemente vinculados con la serie. Daly, una inspectora con experiencia en crímenes sexuales, era la persona ideal para llevar a cabo las entrevistas con las víctimas. Sus habilidades sociales le permitirían ascender meteóricamente a sheriff adjunta. Shelby, en cambio, tendía a mosquear a la gente. Solía llamar a colegas para que se ocuparan de los interrogatorios de sospechosos, porque los suyos muchas veces acababan en caos. Siempre andaba dándose cabezazos con «el cuarto piso», los jefazos. Sus problemas no se debían tanto a la arrogancia como a la mera franqueza. Carecía de tacto. Una infancia vagando por un paisaje llano en el que apenas había gente podía privarle a uno de adquirir ciertas aptitudes de comunicación. «Siempre me ha faltado capacidad para tener tacto», dice.

Aquel mes de octubre hubo tres agresiones más en rápida sucesión. Al principio, muchos colegas suyos pensaron que el responsable era un agresor en serie sin identificar conocido como el Violador Madrugador, pero Shelby sabía que se enfrentaban a un tipo más inteligente y extraño que el Madrugador. Eran tiempos anteriores a la elaboración de perfiles criminales, anteriores a que empezaran a

ser habituales términos como «firma» o «comportamiento ritual». Por entonces, los investigadores podían hablar de «la presencia», «la personalidad» o «el olor del acto». A lo que se referían era a la disposición precisa y peculiar de detalles, tan nítida como un olor: la experiencia de *déjà vu* en el escenario del crimen. Estaba la constancia de la descripción física, claro. Era blanco, de unos veinte años, uno ochenta de estatura y constitución atlética mediana. Siempre llevaba una especie de máscara. Un susurro forzado, furioso. Los dientes apretados. Cuando se enfadaba, su voz se volvía más aguda. Pene pequeño. Tenía un modo de comportarse extraño: su voz sonaba a menudo apresurada, pero sus ademanes, no. Abría un cajón y permanecía unos minutos mirándolo en silencio. Los informes de merodeadores avistados en el vecindario en torno a la época de una agresión solían incluir el detalle de que el merodeador, al percatarse de que lo habían visto, se iba de la zona con aire relajado. «Sin la menor prisa», dijo un testigo.

Tenía necesidades psicosexuales específicas. Les amarraba a las víctimas las manos a la espalda, a menudo atándoselas y volviéndoselas a atar varias veces, en ocasiones con diversos materiales. Les ordenaba que lo masturbaran con las manos atadas. No las magreaba nunca. Cuando empezó a agredir a parejas, se llevaba a la mujer al salón y cubría la televisión con una toalla; la iluminación parecía importante. Le excitaba el interrogatorio sexual. «¿Qué estoy haciendo?», le preguntó a una víctima con los ojos vendados mientras se masturbaba con crema de manos que había encontrado en la casa. «¿Es como la del capitán?», le preguntó a Jane; su marido era capitán de la Fuerza Aérea. Le advirtió «cállate» por lo menos cincuenta veces, según dijo Jane, pero, cuando la estaba violando, planteó otras exigencias, regañándola igual que un director a una actriz. «Échale un poco de emoción —le ordenó—, o voy a usar el cuchillo».

Era atrevido. En dos ocasiones entró en casas y siguió adelante sin inmutarse aunque se diera cuenta de que las víctimas lo habían visto y

marcaban frenéticas el número de la policía. Los niños no le molestaban. Nunca les hizo daño físico, aunque ataba a los mayores y se los llevaba a otra habitación. Dejó al hijo de Jane, de unos dos años de edad, en el suelo del cuarto durante la agresión. El niño se durmió. Cuando despertó, se asomó a la cama. El VZE se había ido. Su madre estaba atada con tiras de toallas rasgadas y amordazada con un paño para lavarse. El pequeño tomó las ligaduras por vendas.

«¿Se ha ido el médico?», balbució.



Shelby estaba familiarizado con la brutalidad de los perversos que llevaban pasamontañas, pero le inquietaba lo entregado que parecía este al reconocimiento del terreno. Eso era poco habitual. Las llamadas sin decir nada. El merodeo previo. Los robos. El VZE sabía cómo apagar las luces exteriores incluso cuando estaban conectadas a un temporizador. Sabía dónde estaba situado un mecanismo para abrir el garaje que no era nada fácil de localizar. Los interrogatorios que llevó a cabo Shelby sugirieron que el sospechoso no solo había estudiado a Jane sino también a sus vecinos, fijándose en dónde podía estacionar el vehículo, a qué horas sacaban los vecinos la basura y se iban a trabajar.

The Sacramento Bee citaría un año después a Carol Daly, la compañera de Shelby ese día, diciendo sobre el caso: «El típico violador no se ciñe a planes tan elaborados». Eso estaba pensando Shelby mientras se encontraba en la acera con el sabueso, mirando la casa de Jane al otro lado del descampado. También le preocupaba otro detalle. El agresor le había clavado en el hombro a Jane un cuchillo de cocina. Jane tuvo la sensación de que no quería hacerle daño, de que la herida fue un accidente. Shelby no estaba tan seguro. Supuso que el tipo reprimía la necesidad de infligirle más dolor; hasta que lo atraparan, el ansia iría en aumento.

Así fue. El sospechoso empezó a hacer chasquear unas tijeras junto

a los oídos de las víctimas, les amenazaba con cortarles los dedos del pie, uno por cada vez que se movieran. Apuñalaba la cama al lado de donde estaban. El tormento psicológico le hacía crecerse. «No me conoces, ¿verdad? —le susurró a una víctima, llamándola por su nombre—. Fue hace demasiado para que lo recuerdes, ¿no? Ha pasado mucho tiempo. Pero yo te conozco». Siempre les hacía creer que se había ido de la casa, y, luego, justo cuando se les relajaba un poco el cuerpo y empezaban a palparse las ligaduras con los dedos entumecidos, les daba un susto con un ruido o un movimiento súbito.

Después de la agresión a Jane Carson en octubre, corrieron por la comunidad los rumores de que había un violador en serie suelto, pero el Departamento del Sheriff pidió a la prensa local que no hiciera públicos los crímenes por temor a que el hecho de verse expuesto a la luz pública ahuyentara al sospechoso de la zona este, donde esperaban contenerlo y atraparlo. Shelby, Daly y sus colegas de la unidad de investigación continuaron siguiendo pistas con discreción. Se pusieron en contacto con supervisores de presos en libertad condicional. Hicieron averiguaciones sobre repartidores, lecheros, conserjes y enmoquetadores. Dejaron tarjetas de visita en puertas del barrio y siguieron chivatazos que llegaban, por lo general sobre jóvenes que miraban demasiado, o se quedaban en la calle hasta las tantas, o eran, como comentó un soplón sobre su hermano menor, «amanerados». Le taparon los ojos a Jane y le pusieron grabaciones de las voces de dos sospechosos. Ella estaba tumbada en la cama; le temblaban los brazos. «No es él», dijo. Escudriñaron tiendas de empeños en busca de los objetos robados, y estuvieron en House of Eight, un *sex-shop* en Del Paso Boulevard, preguntando por clientes a los que les iba el *bondage*. Investigaron una pista sobre un hombre que pagaba al Departamento de Vehículos Motorizados (DVM) por información sobre matrículas de mujeres, y luego siguieron su coche. Lo interrogaron delante de su casa, donde repararon en que se quedó de pie muy cerca del desagüe, demasiado despistado como para darse cuenta de que la corriente de agua le estaba estropeando sus elegantes

zapatos de cuero. No era el VZE, pero lograron que el DVM dejara de permitir la práctica de adquirir información privada. Fueron testigos de sonrojos, parpadeos, cruces de brazos y repeticiones de preguntas en un claro intento de ganar tiempo. Nada de ello condujo hasta el VZE.

Mientras tanto, la falta de comunicados oficiales hizo que mutaran los cotilleos en la comunidad. Si la policía no estaba informando al público sobre las violaciones, decían esos rumores, era porque los detalles resultaban demasiado horribles como para repetirlos. Les mutilaba los pechos a las mujeres. Esos rumores no eran ciertos, pero el silencio de la prensa suponía que nadie los refutaba en público. La tensión alcanzó su grado máximo el 18 de octubre, cuando el VZE cometió dos agresiones en veinticuatro horas. Una de las víctimas, una ama de casa de treinta y dos años de edad y con dos hijos, vivía en Kipling Drive, en Carmichael, uno de los barrios más acomodados de la zona este. Hubo quien especuló que el VZE, hartado de no aparecer en la prensa, estaba haciendo incursiones en los barrios más elegantes para asegurarse la repercusión. Dio resultado. Quinientas personas asistieron a una reunión del ayuntamiento sobre prevención del crimen en la Escuela Primaria Del Rayo el 3 de noviembre. Shelby y Daly se turnaron ante el micrófono con incomodidad para intentar contestar preguntas acaloradas y nerviosas sobre el VZE.

La mañana siguiente, *The Sacramento Bee* publicó un artículo del periodista de sucesos Warren Holloway con el titular: «Se busca a un hombre como sospechoso de ocho violaciones». El silencio de la prensa se había terminado.

Quizá fuera una coincidencia, pero la noche del 10 de noviembre, el mismo día que el *Bee* publicó un artículo de seguimiento («El Violador de la Zona Este... El miedo se adueña de vecindarios tranquilos»), un hombre con capucha de cuero entró en una casa de Citrus Heights por la ventana y sorprendió a una chica de dieciséis años que veía la televisión sola en el estudio. La señaló con un cuchillo y le hizo una advertencia espeluznante: «Si haces un solo movimiento,

tú guardarás silencio para siempre y yo desapareceré en la oscuridad».

Esta vez, el VZE sacó a la víctima de la casa y la llevó por un terraplén hasta una zanja de drenaje de unos siete metros y medio de ancho por tres de largo, por la que caminaron unos ochocientos metros hacia el oeste, hasta un viejo sauce. Poco después, la chica recorrería el mismo trayecto con Shelby y otros inspectores; cerca del árbol estaban amontonados los cordones cortados, los Levi's hechos jirones y las braguitas verdes. La chica dijo que no la había violado. Obtener información de gente después de una agresión violenta es complicado, sobre todo cuando, como Shelby, uno es un tosco hombre de cierta edad de un metro noventa y la víctima es una adolescente a punto de sucumbir a la zozobra emocional. Les miras a los ojos y les planteas la pregunta difícil. Quizá creas la respuesta o quizá no. Preguntas luego, sin hacer tanto hincapié, tal vez mientras estás hablando de alguna otra cosa. Repiten la respuesta anterior. No puedes hacer más.

Quizá el VZE la había tomado por otra persona. «¿No vas al Colegio Universitario American River?», le preguntó. Cuando ella contestó que no, le apretó el cuchillo contra el cuello y se lo preguntó de nuevo. Ella volvió a decir que no. La chica les contó a los inspectores que se parecía a una vecina que había ido al Colegio Universitario American River, una universidad local. Pero otra vez se apreciaba esa extraña elección del momento oportuno. Ella solo iba a estar sola en la casa un lapso breve. Sus padres habían ido al hospital a ver a su hermano, y ella había quedado en salir con su novio esa misma noche. Antes de llevarla a la zanja de drenaje, el VZE había vuelto a colocar con cuidado la mosquitera en la ventana por la que había entrado y apagado la televisión y las luces de la casa, como si supiera que iban a volver pronto y no quisiera que cundiese la alarma.

La chica hizo su aportación al catálogo cada vez mayor de detalles sobre el VZE contando los que ella vislumbró en la oscuridad por entre una venda que le cubría los ojos. Zapatos negros de puntera

cuadrada. Una linterna pequeña, tan pequeña que desaparecía en el interior de su mano izquierda. Pantalones militares de faena. Mientras ella seguía atada, él subía una y otra vez por la ladera oeste del terraplén y miraba hacia algo, dijo la chica. Arriba y abajo. Como inquieto. Shelby ascendió por el terraplén. Iban, como siempre, minutos u horas detrás de él. Podías posar el pie sobre las huellas de ese tipo, pero, sin saber qué lo había llevado hasta ese lugar, tu perspectiva no era más que la de un pringado, escudriñando como bobo el horizonte en busca de algún indicio. Maleza crecida y enmarañada. Cercas. Jardines traseros. Demasiado. No lo suficiente. A la casilla de salida.

La capucha de cuero que describió la chica le llegaba al VZE hasta debajo del cuello de la camisa, y tenía ranuras para los ojos y la boca; a Shelby le recordó a las capuchas que llevaban los soldados bajo el casco. Acudió a empresas que vendían materiales de soldadura en busca de nombres de clientes. No dio ningún resultado. Entre tanto, los teléfonos no dejaban de sonar en el Departamento del Sheriff, y la gente seguía aportando nombres. Los inspectores intentaban investigar a todos. Descartaron a tipos por tener los pies grandes, el pecho hundido, barriga, barba, un ojo izquierdo vago, cojera, plantillas ortopédicas o una cuñada que aseguraba en confianza haberse bañado una vez desnuda con el hermano menor de su marido y haber visto que tenía el pene grande.

El 18 de diciembre, el VZE agredió a otra adolescente, esta vez en Fair Oaks. Hubo dos víctimas más en enero. «El violador ataca de nuevo por 12.^a vez en 10 meses», decía el titular de la edición del 24 de enero de 1977 de *The Sacramento Bee*. Una cita de un inspector del sheriff que permanecía en el anonimato transmitía el frágil hastío que empezaba a ser la tónica habitual: «Fue exactamente como todas las demás».



La mañana del 2 de febrero de 1977, una mujer de treinta años estaba atada, amordazada y con los ojos vendados en su cama, en Carmichael. Después de escuchar un buen rato y no oír nada, consiguió quitarse la mordaza y hablar con su hija de siete años, que le pareció que estaba en la habitación. «¿Estás bien?», le preguntó. Su hija la hizo callar. «Mamá, no hables». De repente, alguien presionó por un momento el colchón donde estaba la mujer; era él, como para indicarle que seguía allí. Durante varios minutos, la mujer permaneció con los ojos abiertos de par en par pero cegados por la venda de felpa naranja y blanca, oyéndolo respirar en algún sitio cercano.

Los hipnotistas obtuvieron detalles sobre avistamientos sospechosos. Los inspectores buscaron: una moto blanca y negra con alforjas de fibra de vidrio; un coche negro con el tubo de escape muy ruidoso, posiblemente un antiguo coche patrulla de California; una camioneta blanca sin ventanillas laterales; a un motero llamado Don con patillas de hacha y un bigote poblado... Una mujer llamó para informar sobre el empleado de una tienda de comestibles local. El hombre, según dijo ella en tono cómplice, tenía el pene «muy áspero, como si lo hubiera usado a morir».

Desesperados por encontrar huellas dactilares, los inspectores recurrieron a un método de transferencia por vapores de yodo para obtener huellas latentes de la piel humana; Carol Daly tuvo que encargarse de soplar un fino polvillo a través de un tubito sobre los cuerpos desnudos de las víctimas. Nada. Pero hubo pequeños logros. En febrero, una mujer de Carmichael forcejeó con el VZE para quitarle el arma. Él la golpeó en la cabeza. Cuando Shelby y Daly examinaron la cabeza de la víctima vieron una mancha de sangre en su pelo a unos cinco centímetros de la herida. Daly cortó el cabello ensangrentado y lo envió al laboratorio forense para que obtuvieran el grupo sanguíneo. La sangre de la víctima era del grupo B. Esta mancha, que se determinó pertenecía al VZE, era A positivo.



[NOTA DEL EDITOR: la siguiente sección se elaboró a partir de las notas de Michelle.]

Eran en torno a las diez y media de la noche del 16 de febrero de 1977. La familia Moore* estaba tranquilamente en su casa de Ripon Court, en el barrio de College-Glen de Sacramento. Douglas, de dieciocho años de edad, se sirvió un trozo de tarta en la cocina mientras su hermana de quince años, Priscilla, veía la tele en el salón. De pronto, un ruido inesperado dio al traste con la normalidad de su tarde de entre semana: un estrépito procedente del jardín trasero. Era la barbacoa eléctrica de la familia. Alguien había saltado la cerca y chocado con ella.

Mavis Moore encendió la luz del patio y miró por entre las cortinas justo a tiempo de ver una figura que corría por el jardín de atrás. Douglas, impulsivamente, fue a perseguirlo, y su padre, Dale, cogió una linterna y lo siguió por la puerta lateral.

Dale fue quedando rezagado mientras veía cómo su hijo corría tras el hombre rubio que merodeaba por su jardín trasero; cruzaron Ripon Court y llegaron al hueco entre dos viviendas vecinas, donde el merodeador desapareció por encima de la verja. Douglas lo siguió, y, cuando estaba llegando a lo alto de la verja, resonó un fuerte estallido. Dale vio a su hijo caer de espaldas sobre la hierba.

«Me han disparado», gritó Douglas, mientras su padre lo atendía. Hubo otro disparo, sin consecuencias. Dale apartó a Doug de la línea de fuego.

Llegó una ambulancia y trasladó de inmediato al muchacho al hospital. La bala le había entrado por el estómago y dejado múltiples orificios en los intestinos, la vejiga y el recto.

Conforme la policía iba puerta por puerta hablando con los vecinos, sus libretas empezaron a llenarse de detalles sorprendentemente similares a las descripciones que oirían los inspectores cuando

entrevistaron a la gente después de una agresión del VZE: algunos vecinos oían ruidos en los patios, como si alguien acabara de saltar la cerca; un vecino oyó que alguien caminaba sobre su tejado; encontraban tablas de cercas rotas a patadas y cancelas abiertas. Una secuencia progresiva de ladridos de perros parecía indicar la dirección del acechador fantasma. En general, los vecinos del área habían denunciado incidentes con merodeadores y robos en las semanas anteriores a la noche en que resultó herido Moore.

Y todas las declaraciones de los testigos, incluida la de Doug Moore, apuntaban a una familiar serie de características: hombre blanco de entre veinticinco y treinta años, entre uno ochenta y uno ochenta y tres metros, con piernas musculosas y pelo rubio hasta el cuello, vestido con cazadora, gorro de punto, pantalones Levi's de pana y zapatillas deportivas.

Entre las pistas recogidas se apreciaba la típica disonancia, una pista interesante en potencia que igual no tenía la menor relación con el incidente que culminó con los disparos contra Doug Moore, y que, aunque la tuviera, no parecía aportar mucha información concreta: un conserje que había acabado su turno en la cercana Escuela Thomas Jefferson se cruzó con un par de individuos que pasaban el rato delante de un edificio del campus. Uno le preguntó la hora cuando pasaba y el otro parecía estar ocultando algo —quizá una radio— bajo el abrigo.

Los dos aparentaban tener dieciocho o diecinueve años de edad, y medían en torno a uno ochenta metros. Por lo visto, uno era un mexicano con pelo moreno hasta los hombros, vestido con cazadora azul y Levi's, mientras que el otro era un hombre blanco con ropas idénticas.

El conserje, que llevaba siete años trabajando en el centro de estudios, estaba muy familiarizado con los que acostumbraban a pasar el rato en el campus después de la jornada lectiva. No había visto nunca a ninguno de los dos.

El VZE volvió a actuar la madrugada del 8 de marzo, en Arden-Arcade. *The Sacramento Bee* publicó un artículo sobre la agresión en el que se decía que «la violación podría estar relacionada con la serie». El periodista informaba de que «la víctima estaba separada de su marido y tenía un hijo pequeño que, ese lunes por la noche, estaba en otro lugar. El Violador de la Zona Este nunca había cometido una agresión mientras había un hombre en la casa, aunque alguna vez había habido niños». Si alguna vez hubo dudas de que el VZE leía lo que decía la prensa sobre él, estas se despejaron después de la publicación del artículo. Su siguiente víctima fue una adolescente, pero, a partir de entonces, se centró en parejas heterosexuales, once seguidas; y, desde ese momento, las parejas siguieron siendo el principal objetivo de sus agresiones.

El 18 de marzo, el Departamento del Sheriff recibió tres llamadas de teléfono entre las cuatro y cuarto y las cinco de la tarde. «Soy el VZE», dijo una voz de hombre, que rio y colgó. La segunda llamada fue una repetición de la primera. Luego, la tercera: «Soy el Violador de la Zona Este. Ya he estado acechando a mi siguiente víctima y no podéis atraparme».

Esa noche, en Rancho Córdova, una chica de dieciséis años que había vuelto a casa de su trabajo a media jornada en un Kentucky Fried Chicken dejó la bolsa donde llevaba la cena en la encimera de la cocina y cogió el teléfono para llamar a una amiga. Sus padres se habían ido de viaje, y tenía intención de quedarse a dormir en casa de esa amiga. La llamada había emitido un tono y medio cuando un hombre con pasamontañas verde salió del cuarto de sus padres con un hacha pequeña levantada por encima de la cabeza.

Esta vez, la víctima pudo verle un poco mejor la cara al VZE, porque llevaba un pasamontañas con una abertura en el centro. Obedeciendo a la corazonada de que el VZE era un joven vecino de Rancho Córdova, Shelby y Daly reunieron un montón de anuarios

escolares del barrio y observaron a la víctima mientras los ojeaba. Se detuvo en una página del anuario del Instituto Folsom de 1974. Le entregó el libro a Shelby, señalando la foto de un chico. «Este se parece muchísimo». Investigaron los antecedentes del joven. Inestabilidad, confirmado. Rareza, sí. Trabajaba en una gasolinera en Auburn Boulevard. Escondieron a la víctima en la parte trasera de un coche sin distintivos policiales y le hicieron observarlo a un metro escaso mientras este llenaba el depósito de gasolina. No fue capaz de identificarlo de manera concluyente.



Las casas tenían diferentes distribuciones. Unas víctimas eran jóvenes adolescentes que aferraban cojines contra el estómago y, con semblante dolorido y confuso, negaban con la cabeza cuando les preguntaban si sabían lo que era alcanzar el «clímax». Otras tenían en torno a treinta y cinco años de edad, se acababan de divorciar o separar de su segundo marido, estaban matriculadas en clases de belleza y frecuentaban clubes para solteros. Pero, para los inspectores a los que habían sacado de la cama en plena madrugada, los escenarios se repetían con una similitud aturdidora. Cordones cortados sobre una alfombra de pelo. Profundas marcas rojas en las muñecas. Señales de fisgoneo en los marcos de las ventanas. Armarios de la cocina abiertos. Latas de cerveza y cajas de galletitas saladas dispersas por patios traseros. Estaba el sonido de una especie de bolsa, del crujir del papel o de una cremallera al abrirse mientras él robaba joyas grabadas, carnés de conducir, fotos, monedas y, de vez en cuando, billetes, aunque el robo a todas luces no era lo que le motivaba, ya que pasaba por alto otros objetos de valor, y lo que se llevaba —como una atesorada alianza arrancada violentamente de un dedo hinchado— era encontrado a menudo tirado en algún lugar cercano.

El 2 de abril añadió un giro a su método, un giro que seguiría

utilizando. La primera pareja que fijó como objetivo despertó deslumbrada por el intenso brillo de una linterna de lente cuadrada. Él susurró hoscamente que tenía un arma («un calibre 45 con catorce balas»), y le lanzó un pedazo de bramante a la mujer, ordenándole que atara a su novio. Una vez atado el hombre, el VZE le puso un platillo y una taza sobre la espalda. «Como oiga que hace ruido la taza o chirría el somier, mato a tiros a todo el mundo en la casa», susurró. A la mujer le comentó en un momento dado: «Estuve en el ejército, y follé mucho mientras estaba allí».

Se habló con frecuencia de que el VZE tenía alguna relación con el ejército. Había cinco instalaciones militares en un radio de una hora en coche desde Sacramento; solo la Base Mather de la Fuerza Aérea, contigua a Rancho Córdova, tenía un personal de unos ocho mil empleados. Estaba su predilección por el verde de camuflaje, y alguna descripción de botas negras de estilo militar anudadas con cordones. Varias personas que se lo encontraron, incluidas algunas con experiencia militar, tuvieron la sensación de que su postura autoritaria y su actitud inflexible recordaba a alguien que había formado parte de las fuerzas armadas. «El truco del platillo y la taza», como pasó a conocerse un sistema de alarma tan poco común, les parecía a algunos una técnica propia de la guerra en la jungla.

También había que tener en cuenta el hecho mortificante de que los estaba superando tácticamente. Seguía en libertad. El Departamento del Sheriff pidió prestadas cámaras de las copas de los árboles que normalmente eran usadas por el Departamento Forestal del Estado para atrapar a pirómanos. Agotaron el presupuesto para horas extras enviando patrullas de paisano a vagar por los barrios que frecuentaba el VZE. Tomaron prestados binoculares de visión nocturna del ejército y detectores de movimiento utilizados en Vietnam. Aun así, seguía ahí mismo, pasando inadvertido, un hombre cuya máscara era su aspecto corriente.

El Departamento del Sheriff pidió la colaboración de un coronel del ejército con preparación en técnicas de las Fuerzas Especiales para

ayudarles a entender las tácticas del VZE. «El objetivo principal del adiestramiento es la paciencia —les explicó el coronel—. Una persona con preparación especial es capaz de permanecer en la misma posición durante horas si es necesario sin moverse en absoluto». La sensibilidad al ruido del VZE —a menudo apagaba los aparatos de aire acondicionado o calefacción para oír mejor— era una de las aptitudes que desarrollaba el personal de las Fuerzas Especiales. Lo mismo podía decirse de los cuchillos, los nudos y la planificación de múltiples vías de escape. «Puede utilizar y utilizará cualquier lugar para ocultarse —dijo el coronel—. Búsquenlo en el lugar donde más improbable sea que haya un ser humano, es decir, debajo de un retrete exterior, en medio de unas zarzas». El coronel reiteró: tengan presente la paciencia. Cree que tiene más resistencia que cualquier otro, y que los perseguidores se darán por vencidos antes que él.

Shelby se preguntaba si no lo habrían atrapado por alguna otra razón. Se fijó en que fueron apostadas patrullas de paisano en un barrio que frecuentaba, pero, esa noche, el VZE actuaba en otra parte. Parecía estar más al tanto de los procedimientos policiales que el ciudadano de a pie. Siempre llevaba guantes, y aparcaba fuera del perímetro policial estándar. «¡Alto!», le gritó una vez a una mujer cuando intentó escabullirse de él. Shelby no fue el único que lo sacó a relucir. La idea también rondó a otros miembros del Departamento del Sheriff. ¿Era uno de ellos?

Una noche, Shelby fue a investigar un soplo sobre un merodeador. La mujer que llamó pareció sorprendida cuando Shelby llamó a la puerta y se presentó. Ella pensó que ya había allí un agente antes de llegar Shelby, a quien le dijo que habría jurado oír el sonido de una radio de la policía justo delante de la casa.

«Dejará que los perseguidores se le acerquen a un centímetro sin llegar a moverse», les había advertido el coronel.

Para finales de abril, el recuento de víctimas ascendía a diecisiete. El VZE llevaba una media de dos víctimas al mes. Para cualquiera que estuviera atento al tema, y la mayoría de la gente lo estaba, aquel

asunto iba mal.

Entonces empezó mayo.



El Departamento del Sheriff aceptó el ofrecimiento de una vidente que aseguró poder identificar al VZE. Entonó cánticos, y comió carne picada cruda. Luego, se plantearon elaborar un «gráfico de biorritmos» del VZE, pero les dijeron que no daría resultado sin su fecha de nacimiento. En torno a la medianoche del 2 de mayo, poco más de dos semanas después de la última agresión, una mujer de treinta años de edad de La Riviera Drive oyó un golpe fuera, el mismo ruido que hacían sus hijos cuando saltaban la verja desde la parte del dique, al otro lado al patio. Fue a la ventana, pero no vio nada. El súbito destello de una linterna, el primer indicio de peligro, los sobresaltó a ella y a su marido, comandante de la Fuerza Aérea, en torno a las tres de la madrugada.

Dos días después, un hombre con pasamontañas beis y chaqueta azul oscuro parecida a un chaquetón de la Marina estadounidense, se abalanzó desde la oscuridad contra una joven y su compañero de trabajo cuando iban hacia el coche de ella, aparcado en el sendero de acceso a la casa de él, en Orangevale. Ambos casos tenían un aire familiar. Las llamadas en las que nadie hablaba hechas de antemano. El truco del platillo y la taza. La inquietante sucesión, en uno de los casos, de una violación brutal y una incursión en la cocina para comer galletitas Ritz. Ambas parejas declararon a los inspectores que el VZE parecía adiestrado para mostrarse duro, como un actor malo que tomaba aire a bocanadas para parecer furioso y desquiciado. La mujer de Orangevale aseguró que el agresor pasó en el cuarto de baño varios minutos; a ella le dio la impresión de que estaba hiperventilando allí dentro.

«El Violador de la Zona Este agrede a la 20.^a víctima en Orangevale», decía el titular del *Bee* al día siguiente.

Cada vez había más presión en el Departamento del Sheriff. Jefes que por lo general no daban palo al agua empezaron a poner manos a la obra con enorme inquietud. Solo era mayo, y su presupuesto para horas extras ya casi se había agotado de cara al resto del año. Estaban hasta el cuello de llamadas que no llevaban a ninguna parte sobre exnovios y empleados de obras públicas que revisaban el alumbrado. El remoloneo y el tomar café ociosamente en vasos de plástico desapareció de las sesiones informativas diarias, sustituido por las caminatas de aquí para allá y las piernas inquietas. Los investigadores miraban los mapas e intentaban predecir su siguiente agresión. Tenían la sensación de que actuaría en la zona en torno a Sunrise Mall, en Citrus Heights; llegaban de allí informes sobre merodeadores y allanamientos.

En torno a la una menos cuarto de la noche del 13 de mayo, una familia de Merlindale Drive, no muy lejos de Sunrise Mall, oyó algo en el tejado. Los perros que había en los patios adyacentes empezaron a ladrar. Un vecino llamó a la familia a eso de la una para decirles que ellos también habían oído «algo» arrastrándose por su tejado. Los coches de policía llegaron en cuestión de minutos; el supuesto merodeador del tejado había desaparecido.

Empezó a arraigar la incredulidad. Un pasillo de unos quince kilómetros que sigue el curso del río Americano hacia el este, hasta la zona no incorporada del condado de Sacramento, estaba asediado. Ya nadie necesitaba contexto. No se decía: «¿Te has enterado?». Porque te habías enterado. La expresión «este tipo» pasó a ser «él». Los profesores de la Universidad Estatal de Sacramento dejaron de impartir asignaturas, y las clases enteras se dedicaban a hablar del VZE y a sonsacar detalles a cualquier alumno que tuviera nueva información.

La relación de la gente con la naturaleza cambió. La llovizna invernal y la densa niebla de la espadaña, ese tiempo que infundía pavor, había dejado paso a una calidez deliciosa, a paisajes verdes como recién lavados y tachonados de pétalos de camelias rojas y

rosadas. Pero la admirada abundancia de árboles de Sacramento, los fresnos de Oregón y los robles azules que flanqueaban el río, se veía ahora de otra manera; lo que antes era un frondoso dosel se había convertido ahora en un manto acechante. Se apoderó de todo el mundo la necesidad de podar. Los vecinos de la zona este cortaron ramas de árboles y arrancaron arbustos alrededor de sus casas. Reforzar las puertas correderas de vidrio con pasadores no era suficiente. Eso quizá le impidiera entrar, pero querían algo más; querían privarle por completo de lugares donde esconderse.

Para el 16 de mayo, una eclosión de focos recién instalados iluminaba la zona este igual que un árbol de Navidad. En una casa ataron panderetas a todas las puertas y ventanas. Guardaban martillos bajo las almohadas. Entre enero y mayo se vendieron casi tres mil armas de fuego en el condado de Sacramento. Mucha gente prefería no dormir entre la una y las cuatro de la noche. Había parejas que dormían por turnos, uno siempre de vigilancia en el sofá del salón, con el rifle apuntando hacia la ventana.

Solo a un loco se le ocurriría entrar otra vez en acción.

El 17 de mayo fue el día en que todos contuvieron la respiración y esperaron a ver quién moriría después. Esa mañana habían despertado con la noticia de que el VZE había actuado por cuarta vez en lo que iba de mes, la vigésima primera agresión que se le atribuía en menos de un año; las víctimas más recientes, una pareja en el barrio de Del Dayo, informaron a la policía de que había amenazado con matar a dos personas esa misma noche. En un periodo de veinticuatro horas, entre el 17 y el 18 de mayo, el Departamento del Sheriff de Sacramento recibió 6169 llamadas telefónicas, casi todas en relación con el Violador de la Zona Este.

Los agentes respondieron a la llamada a las 3.55 de la madrugada del 17 de mayo. La víctima masculina, de treinta y un años de edad, estaba delante de su casa con pijama azul claro y un trozo de cordón

blanco colgando de la muñeca izquierda. Hablaba enfadado, en una mezcla de inglés e italiano. «A qué viene tanta prisa —les dijo a los agentes—. Ya se ha ido. ¡Venga, entren!». Cuando Shelby llegó al escenario, reconoció al hombre de inmediato. El mes de noviembre anterior, cuando Daly y él habían hablado sobre el VZE en una concurrida reunión del ayuntamiento, aquel hombre se había puesto en pie y criticado la investigación. Shelby y él habían cruzado unas palabras acaloradas. El incidente había tenido lugar hacía seis meses, y quizá fuera una coincidencia, pero esa relación reafirmó la impresión de que el VZE era lo bastante atrevido como para asistir a actos orientados hacia su propia detención, de que se fundía con los demás, que observaba, recordaba y destacaba en un cierto tipo de paciencia malévol.

La agresión, justo al lado de American River Drive, en Del Dayo, en las proximidades de una depuradora de aguas, era similar a las anteriores, aunque esta vez, al igual que la comunidad, el VZE estaba de un ánimo especialmente nervioso. Tartamudeaba; no parecía que lo fingiera. Y quería transmitir un mensaje, un mensaje que prácticamente le escupió a la víctima femenina con furia excitada. «Esos cabrones, esos cerdos..., ¿me oyes? No he matado nunca, pero ahora voy a matar. Quiero que les digas a esos cabrones, esos cerdos, que voy a volver a mi apartamento. Tengo un montón de televisiones. Voy a oír la radio y ver la tele, y si oigo algo sobre esto, voy a salir mañana por la noche y matar a dos personas. Va a morir gente».

Pero al marido, que estaba atado en otra habitación, le dio un mensaje ligeramente distinto. «Diles a esos putos cerdos que esta noche podría haber matado a dos personas. Si no veo que hablan de eso todos los periódicos y las televisiones, mañana por la noche mataré a dos personas».

Devoró unas galletitas Cheez-It y medio melón cantalupo antes de irse.

La ciudad se encontró al despertar un estridente titular en *The Sacramento Bee*: «El Violador de la Zona Este comete su 77.^a agresión.

¿Habrá más víctimas esta noche?». El artículo informaba de que el Departamento del Sheriff, tras consultar a un grupo de psiquiatras locales, había llegado a la conclusión de que, seguramente, el VZE era un «esquizofrénico paranoide» y que, con toda probabilidad, era «presa de un pánico homosexual por estar (físicamente) infradotado». El detalle del estar inadecuadamente dotado se repetía varias veces en el artículo. Nadie podía saber con seguridad si era o no la clase de repercusión que buscaba el VZE, y ni tan siquiera si buscaba repercusión en absoluto, como tampoco podía saber nadie si cumpliría su amenaza de matar a dos personas.

Mayo de 1977 fue el mes en que se instalaron barrotes de hierro y se empezó a montar vigilancia durante toda la noche; un grupo de trescientos hombres del barrio patrullaba el condado de Sacramento en camionetas provistas de radios de banda ciudadana. Se atornillaron duras planchas acrílicas tras puertas y ventanas. Los pestillos volvían a estar de moda. Los empleados que iban a revisar los contadores llevaban tarjetas de identificación a la vista y se anunciaban repetidamente, y en voz bien alta, cuando entraban a los patios de la gente. Los pedidos de focos para jardines traseros pasaron de diez al mes a seiscientos. Una carta a *The Sacramento Union*, típica de la época: «Antes abríamos la ventana por la noche para que entrara aire fresco. Ya no. Sacábamos a pasear al perro al anochecer. Ya no. Mis hijos se sentían a salvo y seguros en su propia casa. Ya no. Antes, todos dormíamos sin despertarnos por cualquier ruido nocturno. Ya no».

Por entonces, Shelby se encontraba en el sur de Sacramento en un coche sin distintivos policiales junto a otro inspector y en una misión diurna de vigilancia. Estaban orientados hacia el este, y a su izquierda había una calle corta donde, hacia mitad de la manzana, estaban jugando un partido de fútbol americano. Pasó por su lado un coche que iba hacia el este muy lentamente. La velocidad del coche era poco habitual, pero lo que de verdad le llamó la atención a Shelby fue la atención extrema con que el conductor observaba el partido. Shelby se fijó mejor en los jugadores; eran todos chicos salvo la *quarterback*, una

joven con pelo largo, de unos veinte años. Unos minutos después volvió el mismo coche, avanzando muy poco a poco, el conductor mirando fijamente otra vez a los jugadores. Shelby tomó nota de la marca y el modelo del coche. Cuando el vehículo pasó por tercera vez, anotó la matrícula y la comunicó por radio. «Si vuelve a pasar, lo paramos», le dijo Shelby a su compañero. Pero fue la última vez que pasó el conductor, un tipo rubio de cuello escuálido con poco más de veinte años. Lo que permanece en la memoria de Shelby es su ferviente concentración. Eso y que, unos días después, el VZE actuaría en el sur de Sacramento por primera vez, a más o menos un kilómetro y medio de allí; el escenario del crimen sería el último en el que trabajaría Shelby antes de que lo retirasen del caso y lo reasignaran.

La matrícula del coche no estaba registrada.



Los que llevan mucho tiempo viviendo en Sacramento hacen gala de una independencia orgullosa, como de no andarse con tonterías, que yo misma he llegado a reconocer. Una vez concerté una entrevista para desayunar en el hotelito donde me alojaba en el centro. El marido de la mujer a quien iba a entrevistar, ebanista, la acompañó a la reunión. Yo ya había pedido mi desayuno, un *parfait* de yogur deconstruido que servían en un tarrito de conserva con una cucharilla antigua de plata. Animé a mis invitados a que tomaran algo, pero, cuando la camarera se volvió hacia el marido, él negó amablemente con la cabeza y sonrió. «Me he preparado yo mismo el desayuno esta mañana». Yo tenía literalmente una cucharilla de plata en la boca cuando lo dijo.

Si lo comento es solo para que cobren sentido ciertas cosas. Por ejemplo, dos días después de la agresión del 17 de mayo, un dentista de la zona anunció públicamente que iba a aportar 10.000 dólares a la recompensa (que ahora ascendía a 25.000) y que, junto con otro empresario, iba a formar la patrulla ciudadana de VVZE (Vigilancia

contra el Violador de la Zona Este). Cientos de vecinos de la zona asistieron a una concentración y, con radios de banda ciudadana, empezaron a patrullar la zona este en sus coches toda la noche. El sheriff adjunto manifestó su consternación por el hecho en un artículo del *Bee* del 20 de mayo; en esencia, su mensaje era: no lo hagan, por favor. La búsqueda ciudadana continuó como si tal cosa, acompañada por el ruido y el foco de un helicóptero de vigilancia cedido por la Patrulla de Carretera de California y que describía círculos incesantemente en las alturas.

Otro ejemplo: un artículo de *The Sacramento Union* del 22 de mayo, titulado «Dos víctimas recuerdan al Violador de la Zona Este», citaba a Jane usando un pseudónimo; había suficientes detalles como para que si el VZE lo leía, supiera de quién se trataba, lo que da un cariz más extraordinario si cabe a lo que dijo.

«Me sentiría defraudada si alguien le volara la cabeza. Yo les pediría que por favor apunten más abajo», declaró.

Ese viernes 27 de mayo por la mañana, inicio del fin de semana del Día de los Caídos, Fiona Williams* hizo algunas labores de casa y, luego, llevó a su hijo Justin, de tres años de edad, al Jumbo Market de Florin Road para hacer la compra. Después lo dejó en casa de la canguro, y luego fue a una consulta con el optometrista. Recogió el cheque del sueldo en la biblioteca, donde trabajaba a media jornada, lo ingresó en el banco y compró algunas cosas más en Penney's. Después fue a buscar a Justin a casa de la canguro y fueron a cenar al Mel's Coffee Shop. Cuando volvieron a casa, nadaron un rato en la piscina. Cuando ya anochece, Fiona regó el jardín delantero, todavía en bañador, mientras Justin correteaba por ahí.

Por supuesto, Fiona era consciente de lo que estaba ocurriendo en la zona este; los canales de noticias locales propagaban la histeria todas las noches. Pero no estaba necesariamente en alerta máxima. Después de todo, era el Violador de la Zona Este. No había actuado

nunca en el sur de Sacramento, el barrio donde vivía Fiona en una casa nueva con su marido, Phillip, y Justin. Pero, aun así, el VZE les rondaba la cabeza. Phillip trabajaba de supervisor en la depuradora de aguas de Del Dayo. Las víctimas más recientes, la pareja agredida el 17 de mayo, vivían a unos metros escasos de las instalaciones. Phillip hacía el turno de tarde, de modo que, cuando llegó al trabajo, sus colegas le pusieron al tanto de la multitudinaria presencia policial que había allí delante. El VZE le había apuntado al marido agredido a la cabeza con una pistola. «Calla, si dices una palabra más te mato, ¿lo entiendes?».

Phillip no conocía a la pareja agredida; eran unos desconocidos ocultos tras unos coches de policía, eran el tema de los cotilleos a media voz en el trabajo. Pero no tardaría en conocerlos.

Cuando Phillip volvió a casa del trabajo en torno a las doce y media de la noche, Fiona y Justin estaban dormidos. Se tomó una cerveza y vio la tele un rato; luego, se acostó junto su mujer y se durmió. Unos veinte minutos después, Fiona y él se despertaron al mismo tiempo, y se buscaron en la cama, es decir, empezaron a tontear. Unos minutos después, en el dormitorio, un leve ruido como un roce los sobresaltó. Entonces se abrió la puerta corredera de vidrio que daba al patio y entró un hombre que llevaba un pasamontañas rojo. Que la pareja supiera al instante de quién se trataba no atenuó el susto. Era una sensación irreal, como si un personaje de cine más grande que la vida misma, alguien a quien acabaras de ver en televisión, saliera de entre las cortinas y empezara a hablarte. Llevaba una linterna en la mano izquierda. Empuñaba con la derecha lo que parecía una pistola del calibre 45 que tendió hacia el haz de la linterna para enseñársela.

«Si no os quedáis perfectamente inmóviles, os mato a todos —dijo—. Te mataré a ti. La mataré a ella. Mataré a vuestro pequeño».

Le lanzó un trozo de cuerda a Fiona y le ordenó que atara a Phillip. Luego, el VZE la ató a ella. Amenazó y rebuscó, desplazando el haz de luz de la linterna por el dormitorio con movimientos bruscos. Puso

una pila de platos encima de la espalda de Phillip y, luego, llevó a Fiona al salón.

«¿Por qué haces esto?», le preguntó ella.

«¡Cállate!», siseó.

«Lo siento», dijo llevada por un impulso al oír que le gritaban.

«¡Cállate!».

La tiró de un empujón al suelo del salón, donde había extendido unas toallas. Después de violarla varias veces, dijo: «Quiero que les digas una cosa a los putos polis. La última vez se liaron. Dije que mataría a dos personas. No voy a mataros. Si esto aparece en la tele o en la prensa mañana, mataré a dos personas. ¿Estás escuchando? ¿Me oyes? Tengo televisiones en mi apartamento, y las estaré viendo. Si esto sale en las noticias, mataré a dos personas».

Cuando mencionó las televisiones en el apartamento, a Fiona le vino a la cabeza la imagen de Lyndon B. Johnson en el Despacho Oval viendo los tres televisores que tenía al lado de su mesa, una secuencia que se emitía a menudo en las noticias en la década de los sesenta. El VZE tartamudeaba perceptiblemente en las palabras que empezaban por ele. Respiraba compulsivamente, con inhalaciones bruscas y sonoras. Ella casi esperó que lo estuviera fingiendo, porque, en caso contrario, se diría que era un peligroso desquiciado.

«Mi mamá se asusta cuando esto sale en las noticias», dijo entre resoplidos.

Eran poco más de las cuatro de la madrugada cuando el primer agente entró por la puerta abierta del patio trasero y avanzó con indecisión hacia la mujer que le llamaba. Estaba tendida boca abajo en el suelo del salón, desnuda, con las muñecas y los tobillos atados por detrás con cordones de zapatos. Un desconocido con pasamontañas acababa de pasar una hora y media aterrorizando a Fiona y a su marido. La violó con brutalidad. Fiona medía un metro sesenta escaso, y pesaba cincuenta y cinco kilos: era un suspiro de mujer. Era originaria de Sacramento, y tenía una forma de ser seca y práctica, una resistencia clarividente que contradecía su constitución menuda.

«Bueno, supongo que el Violador de la Zona Este es ahora el Violador de la Zona Sur», comentó.*

Shelby llegó a la casa amarilla con ribete marrón a las cinco de la madrugada. Un técnico forense había tendido bolsas de plástico en el suelo donde se había producido la violación para preservar las pruebas. En el patio de atrás había tirada una botella verde de vino y dos envases de salchichas, a unos cinco metros de la puerta. Shelby acompañó al sabueso y su rastreador cuando el perro olisqueaba el patio trasero hasta un arriate en el ángulo noreste, donde encontraron unas huellas.

La autopista 99 pasaba justo al lado de la casa; donde el perro perdió el rastro, en un lugar del arcén de los carriles en dirección norte, había rodadas de neumático de lo que parecía ser un coche pequeño de fabricación extranjera, quizá un Volkswagen escarabajo. Un técnico sacó una cinta métrica. Las rodadas medían 131 centímetros de centro a centro.

Justo después de la agresión, cuando los investigadores, libretas en mano, le pidieron a Fiona que rebuscara entre sus recuerdos, lo único que atinó a señalar que le hubiera parecido mínimamente curioso esa noche fue la puerta del garaje. Había estado yendo y viniendo de la casa al garaje haciendo la colada, y estaba segura de haber cerrado la puerta lateral de acceso a este. Cuando volvió a entrar una de las veces, la puerta estaba abierta. Lo achacó al viento. La cerró y echó la llave. Solo llevaban tres semanas viviendo en la casa, y aún se estaban adaptando a sus contornos y peculiaridades. Era una vivienda que hacía esquina, y disponía de cuatro dormitorios y una piscina de obra en el patio trasero. Una imagen que seguiría reconcomiendo a Fiona era la de un hombre que había allí el día en que la inmobiliaria realizó una jornada de puertas abiertas para posibles compradores; ese hombre estaba a su lado mientras contemplaban la piscina al mismo tiempo. No sabía por qué le había causado impresión. ¿Estaba demasiado cerca de ella? ¿Se quedó más de la cuenta? Intentó en vano recordar su cara, pero era un espacio en blanco. Un hombre, nada

más.

La autopista 99 discurre adyacente a la casa, separada de esta por unos treinta y tantos metros de terreno y una hilera de coníferas de tamaño considerable; justo detrás de esa casa, al otro lado de una escuálida verja metálica, había un solar vacío. Fiona empezaría a ver el espacio abierto a su alrededor de una manera diferente; lo que antes era una agradable extensión vacía pasó a ser un punto de acceso vulnerable. No formaba parte de su plan original, pero, después de lo que les ocurrió aquel fin de semana del Día de los Caídos, Phillip y ella hicieron un gasto de 3000 dólares que no podían permitirse en levantar un muro de ladrillo alrededor de su nueva casa.

Shelby se fijó en el cartel de «Vendida» de la inmobiliaria en el porche delantero. Una de las líneas más importantes de la investigación era intentar dar con un vínculo común entre todas las víctimas. Los inspectores daban a las víctimas cuestionarios detallados y examinaban con cuidado sus respuestas. Entre las áreas de interés más expresadas estaban los estudiantes y la educación, los profesionales médicos y los militares. Se observó que varios frecuentaban la misma pizzería. Pero el patrón más recurrente de respuesta era, con diferencia, el mercado inmobiliario. En casa de Jane, escenario de la primera agresión que investigó Shelby, en octubre de 1976, este vio un cartel de la inmobiliaria Century 21 justo en la casa de enfrente. Varias víctimas tenían en común que acababan de mudarse, iban a cambiar de domicilio o estaban al lado de nuevas viviendas a la venta. A medida que una década dejaba paso a la siguiente y el caso se tornaba más complejo, el factor inmobiliario iría aflorando de manera constante, aunque su importancia —si la tenía— seguiría siendo turbia, al menos justo hasta el momento en que una agente inmobiliaria que tenía que visitar una casa en venta la encontró cerrada y tuvo que usar la llave que la inmobiliaria guardaba en la caja de seguridad colgada del pomo de la puerta para entrar, topándose allí con la última víctima conocida del VZE, una chica preciosa, irreconocible una vez muerta.

Después de la agresión contra Fiona y Phillip el fin de semana del Día de los Caídos, el VZE desapareció de Sacramento durante el resto del verano. No volvería hasta octubre. Para entonces, Shelby ya no seguía en el caso y había sido reasignado como patrullero. Sus roces con los jefazos habían empezado a darse de manera más abierta. Los casos con mucha repercusión mediática son imanes para la política jerárquica, y a Shelby nunca se le había dado bien esa dinámica. Cuando ascendió a inspector, en 1972, su jefe, el teniente Ray Root, tenía una filosofía flexible y proactiva. Había que salir y captar informadores, les instaba Root, y descubrir delitos que igual no se denunciarían nunca; había que desarrollar casos propios en vez de esperar a que se los encargaran. Esa filosofía encajaba con el temperamento de Shelby. Mostrar interés en las ideas de sus jefes por amabilidad, no. El traslado no le molestó, insiste. Estaba estresado de tanto buscar al violador. Agotado de tanta lucha interna. Trabajar en un caso mediático como el del VZE suponía estar sometido a un escrutinio constante, y a Shelby le enfurecía sentirse vigilado; en su interior perduraba el recuerdo de aquel joven orgulloso y esperanzado delante del tribunal de reclutamiento del Departamento del Sheriff, rechazado porque decidieron que no tenía todas las partes necesarias.

En los días posteriores a la agresión, Fiona se sorprendió tartamudeando tal como lo había hecho el VZE. Carol Daly organizó una reunión de las víctimas femeninas en la casa de una de ellas. Fiona recuerda comentarios entre murmullos, del tipo: «Lo llevas muy bien»; «Yo estuve cinco días sin salir de casa». Daly les puso un par de grabaciones de voces masculinas, pero Fiona no recuerda que ninguna de las víctimas las reconociera. Durante cierto tiempo a partir de entonces, ella adoptó una actitud irracional respecto de la seguridad personal. Por la noche se negaba a ir hasta el fondo de la casa, donde estaba el dormitorio, hasta que llegaba Phillip. A veces guardaba un arma cargada debajo del asiento del conductor del coche. Se daba

cuenta de que tenía un exceso de energía de tipo ansiosa, y una noche, cuando la estaba aprovechado para pasar el aspirador con furia, se fundió un fusible y toda la casa y el patio trasero quedaron a oscuras. Se puso histérica. Sus vecinos, una amable pareja de ancianos que sabían lo que había ocurrido, acudieron de inmediato y cambiaron el fusible.

No mucho después de la agresión, Phillip aprovechó un descanso del trabajo para ir a casa de otras víctimas y presentarse. No se lo contó a Fiona hasta años después, pero el otro marido y él quedaban por las mañanas a primera hora para ir por ahí en coche, escudriñando jardines y solares vacíos. Aceleraban. Reducían la velocidad. Buscaban el contorno de una figura escabulléndose entre los setos. Los dos hombres estaban unidos por un vínculo que se daba por sobreentendido. Pocos experimentarían lo que habían vivido ellos, pocos entenderían la ira desgarradora de estar tumbado boca abajo en una cama, atado y amordazado, mientras tu mujer gimotea en otra habitación. Perseguían a un hombre cuyo rostro no conocían. Eso daba igual. El acto de seguir adelante con las manos desatadas, de hacer algo físicamente, era lo único que importaba.



Un fragmento de un artículo publicado el 28 de febrero de 1979 en la cadena ahora extinta de semanarios de las zonas residenciales conocida como la Hoja Verde puede ayudar a hacerse una idea de cómo era Sacramento en los años setenta. «Se avecinan tres juicios por violación» es el titular, con el destacado: «Se cuestiona la repercusión». El primer párrafo dice: «La oficina del defensor público intentará demostrar que la repercusión en torno al Violador de la Zona Este hace que sea imposible que tres hombres acusados de múltiples violaciones tengan un juicio justo en el condado de Sacramento».

En febrero de 1979, el Violador de la Zona Este llevaba diez meses

sin actuar en el condado de Sacramento. Todo indicaba que había seguido su camino y ahora merodeaba por el Este de la Bahía. Sin embargo, el artículo describe cómo la oficina del defensor público estaba llevando a cabo encuestas telefónicas entre los habitantes de Sacramento, intentando calibrar «hasta qué punto existe un aura de miedo en esta comunidad por causa del Violador de la Zona Este». A la oficina del defensor público le preocupaba que la predominante mala fama del VZE intoxicara a los posibles miembros del jurado, que estos condenaran a sus clientes —los llamados Violadores de Woolly, Midday y City College— con la oblicua intención de castigar al agresor aún no identificado cuyo apodo seguía causando tanto horror que muchos de los que recibían la llamada de los encuestadores, al oír la pregunta, no pasaban de las palabras «el Violador de la Zona Este» antes de colgar.

Quizá ayude a entender cómo era Sacramento en los setenta el hecho de saber que, en un artículo sobre tres violadores en serie a la sombra de un cuarto, ni siquiera se menciona a un quinto violador en serie que seguía en libertad. El Violador Madrugador actuó en Sacramento desde 1972 hasta principios de 1976, cuando por lo visto desapareció. En su haber tenía cuatro años de allanamientos y agresiones sexuales y en torno a cuarenta víctimas, y, aun así, en Google solo aparecen referencias a él en relación con el VZE.

Una mujer me escribió un correo electrónico sobre una ocasión en que estuvo cerca de quien cree que era el Violador de la Zona Este cuando era una adolescente. Una amiga y ella habían tomado un atajo al instituto de Arden-Arcade, un barrio en la zona este del condado de Sacramento. Recuerda que aquella mañana hacía frío, y cree que era otoño o invierno de 1976-1977. Decidieron ir por un camino de cemento que seguía el curso de un arroyo, y resultó que iba a parar al patio trasero de una casa, vallado y con una puerta de acceso cerrada. Cuando se dieron media vuelta había un hombre plantado a unos seis metros de ellas. Llevaba un pasamontañas negro que le cubría toda la cara salvo los ojos. Las miró, dejando una mano dentro de la chaqueta.

La muchacha, pensando con rapidez, buscó el cierre de la puerta de la verja y la abrió. Las dos amigas accedieron entre gritos al patio trasero. Los propietarios de la casa, alertados por el alboroto, salieron y las hicieron pasar al interior. Recuerda que la entrevistaron unos investigadores por aquel entonces. Esa mujer me escribía para decirme que el hombre enmascarado tenía una constitución diferente a la que yo describía en mi artículo de periódico sobre el VZE. El hombre con el que se encontró era sumamente musculoso, aseguraba la mujer. «Lo bastante como para ejercer una violencia desmesurada».

Le remití el correo a Shelby, ahora jubilado del Departamento del Sheriff de Sacramento. «Probablemente sí vio al VZE — me contestó—. Aunque, de todos modos, la descripción de la musculatura encaja a la perfección con Richard Kisling».

¿Richard Kisling? Busqué a Kisling: otro violador en serie radicado en la zona de Sacramento que, al igual que el VZE, llevaba pasamontañas y ataba a los maridos mientras violaba a las esposas.

El de Sacramento no era un problema aislado. Los índices de delincuencia de Estados Unidos muestran un incremento constante en lo que respecta a crímenes violentos en las décadas de los sesenta y los setenta y que alcanza su punto máximo en 1980. *Taxi Driver* se estrenó en febrero de 1976; esta cruda y violenta película fue aclamada como una perfecta representación de su época, cosa que no sorprendió a nadie. Muchos policías jubilados con los que hablo, de Sacramento pero también de otros lugares, recuerdan en general los años que van de 1968 a 1980 como un periodo especialmente espantoso. Y, a diferencia de otros lugares, Sacramento, una ciudad construida por pioneros que vadearon ríos y cruzaron montañas nevadas para llegar allí, es conocida por su pétreo instinto de supervivencia.

Mi intención no es declarar una plaga, sino subrayar la prominencia de un individuo: en una ciudad habitada por vecinos duros de pelar e infestada de delincuentes violentos, destacaba un depredador.

Quizá un detalle permita hacerse una idea de cómo era

Sacramento en la década de los setenta y también de lo que suponía el VZE: cuando le he comentado a alguien de allí que estoy escribiendo sobre un violador en serie de Sacramento, nunca me ha preguntado sobre cuál de ellos.

VISALIA

[NOTA DEL EDITOR: el capítulo siguiente se elaboró a partir de las notas de Michelle y los primeros borradores de «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), un artículo que escribió Michelle para la revista Los Angeles, publicado originalmente en febrero de 2013 y revisado y completado después online.]

Un viernes por la mañana a finales de febrero de 1977, Richard Shelby estaba sentado a su mesa en el Departamento del Sheriff del condado de Sacramento cuando sonó su teléfono. Al otro lado de la línea estaba el sargento Vaughan de la Policía de Visalia. Vaughan creía tener información que podía resultar útil para su investigación sobre el VZE.

Desde abril de 1974 hasta diciembre del año siguiente, Visalia se había visto asolada por una avalancha de extraños robos cometidos por un joven delincuente al que apodaron el Saqueador y que actuó hasta ciento treinta veces en un periodo de menos de dos años, pero no se había registrado ninguna actividad desde diciembre de 1975, y la serie de agresiones del VZE comenzó en Sacramento solo seis meses después. Más aún, parecía haber multitud de similitudes entre los dos delincuentes. Quizá mereciera la pena explorar esa posibilidad.

El Saqueador era tan prolífico como extraño. A menudo entraba en varias casas una misma noche: a veces cuatro, a veces cinco, en una ocasión hasta una docena. El Saqueador se centraba repetidamente en los cuatro mismos barrios residenciales. Prefería los objetos personales como las fotografías y las alianzas, y pasaba por alto cosas de más valor. Los investigadores se fijaron en que parecía tener predilección por la crema para las manos.

Pero era un perverso con un ramalazo malvado, y al parecer tenía una cuenta pendiente con la «unidad familiar». Si había fotos de la familia por ahí, las rompía o las escondía, haciendo pedazos unas veces los marcos y otras robándolas enteras. Pringaba de zumo de naranja de la nevera la ropa del armario, como un mocoso con malas pulgas. Destrozaba la vivienda a conciencia. Ese parecía ser su principal objetivo con el allanamiento, de ahí su apodo. Por añadidura, cogía el dinero de los lugares donde estaba escondido y lo dejaba encima de la cama. Se limitaba a robar baratijas y joyas personalizadas, huchas de cerdito y sellos de ahorro Blue Chip. Desenchufaba electrodomésticos y radiodespertadores. Le gustaba coger un solo pendiente del par. El Saqueador albergaba rencor más que de sobra.

El elemento sexual de los robos del Saqueador era evidente en su tendencia a hurgar entre la ropa interior femenina, dejándola a menudo tirada por ahí o dispuesta con cuidado. En un caso, amontonó las prendas en una cuna. Otra vez, dispuso ordenadamente la ropa interior del hombre en una línea por el pasillo que iba del dormitorio al cuarto de baño. Tenía un don para saber dónde encontrar cualquier cosa en la casa que pudiera servir de lubricante, con particular afinidad por la crema de manos Vaseline Intensive Care. También era astuto; casi siempre dejaba más de una vía de huida abierta, de modo que si los propietarios llegaban antes de que hubiera acabado, tuviese múltiples opciones de salida. Disponía su

propio sistema de alarma colocando objetos como frascos de perfume o botes de espray en las manillas de las puertas.

La noche del 11 de septiembre de 1975, la trayectoria criminal del Saqueador dio un giro espeluznante.

Eran en torno a las dos de la madrugada. La hija de dieciséis años de edad de Claude Snelling, profesor de periodismo en el College of the Sequoias, despertó y se encontró a un hombre a horcajadas sobre ella, tapándole firmemente la boca con una mano enguantada. Tenía un cuchillo contra su cuello. «Vas a venir conmigo, no grites o te rajo», susurró el intruso del pasamontañas con voz áspera. Cuando ella empezó a ofrecer resistencia, sacó una pistola: «No grites o te pego un tiro». La hizo salir por la puerta de atrás.

Snelling, alertado por el ruido, salió corriendo al patio.

«¡Eh!, ¿qué haces, adónde llevas a mi hija?», gritó.

El intruso apuntó y efectuó un disparo que alcanzó a Snelling en la parte derecha del pecho y le hizo dar la vuelta. Disparó de nuevo, y el proyectil le dio a Snelling en el lado izquierdo, atravesándole el brazo antes de perforarle el corazón y los dos pulmones. Volvió a la casa dando traspiés y en cuestión de minutos había muerto. El agresor le dio a su víctima tres patadas en la cara antes de salir huyendo. Era un hombre blanco, de alrededor de un metro ochenta y dos, con «ojos furiosos», declaró a la policía la joven que iba a ser su víctima.

Las pruebas de balística revelaron que la pistola usada en el crimen era una Miroku del calibre 38 robada por el Saqueador diez días antes. Los investigadores también averiguaron que, en febrero de ese año, Claude Snelling había vuelto a casa y se había encontrado a un mirón agazapado tras la ventana de su hija. Persiguió al sujeto, pero lo perdió en la oscuridad.



Las pruebas señalaban rotundamente al Saqueador. La presencia policial en el turno de noche se incrementó con unidades destinadas a

operaciones de vigilancia nocturna. Una vivienda de especial interés era una casa que había sido robada tres veces en West Kaweah Avenue, en una zona donde había actuado a menudo el Saqueador. El 10 de diciembre, el inspector Bill McGowen sorprendió al Saqueador delante de la casa; el sospechoso saltó una verja y el policía emprendió la persecución. Cuando McGowen efectuó un disparo de advertencia, el sospechoso hizo un gesto de rendición.

«Ay, Dios mío, no me haga daño —chilló con voz curiosamente amanerada y aflautada—. ¿Ve? ¡Tengo las manos en alto!».

El hombre con cara de niño se volvió un poco y sacó furtivamente un arma del bolsillo de la chaqueta, disparando a continuación contra McGowen. McGowen cayó de espaldas y, de pronto, todo se sumió en la oscuridad. La bala había alcanzado la linterna del agente.



El 9 de enero de 1976, los inspectores de policía de Visalia Bill McGowen y John Vaughan se levantaron temprano y condujeron tres horas hacia el sur hasta Parker Center, la jefatura de la Policía de Los Ángeles en el centro de la ciudad. McGowen se había visto cara a cara recientemente con un delincuente cuya capacidad para eludir a las autoridades desafiaba las leyes de la lógica, y cuya captura, podría decirse, tenía sobre ascuas a la Policía de Visalia en su totalidad. Su encuentro con el Saqueador se consideraba un avance importante en el caso, así que se dispuso que una unidad especial de investigación de la Policía de Los Ángeles sometiera a hipnosis a McGowen, con la esperanza de obtener nuevos detalles.

En Parker Center, los dos inspectores de Visalia se reunieron con el capitán Richard Sandstrom, director de la unidad de hipnosis de la Policía de Los Ángeles. Le pidieron a Sandstrom que les informara de los detalles. McGowen dibujó un diagrama del barrio residencial donde tuvo lugar su enfrentamiento con el Saqueador. Un dibujante de la policía bosquejó un retrato robot según las aportaciones de

McGowen. El grupo se reunió luego en la sala 309. Dejaron encima de la mesa, delante de McGowen, el esquema y el retrato robot. A las 11.10 horas dio comienzo la sesión de hipnosis.

Sandstrom alentó en voz queda a McGowen para que se relajara. Este descruzó las piernas, abrió los puños y empezó a respirar más profundamente. Le hicieron recordar al inspector lo ocurrido hacía un mes, la noche del 10 de diciembre de 1975. Aquella noche se habían desplegado media docena de agentes en el vecindario en torno al Instituto Mt. Whitney, unos en ubicaciones fijas y ocultas, otros a pie, y uno en un vehículo sin distintivos. El objetivo de la operación coordinada era «detectar y detener» a su mayor adversario, el Saqueador de Visalia.

La víspera por la noche, McGowen había recibido una llamada de especial interés. La persona que llamaba se identificó como la señora Hanley,* de West Kaweah Avenue. Quería informar de unas huellas de pisadas. ¿Recordaba McGowen lo que le había dicho acerca de que debía estar atenta a las huellas? Lo recordaba.

En julio, la hija de diecinueve años de los Hanley, Donna,* se había encontrado a un desconocido con pasamontañas en su patio trasero. Al informar del incidente, McGowen le aconsejó que revisara el patio periódicamente en busca de pisadas y le avisara si veía alguna. Bueno, pues las había visto.

Sobre la base de esta información, McGowen recibió el encargo de vigilar la vivienda la noche siguiente.

En su silla del Parker Center, bajo la dirección del hipnoterapeuta, la mente de McGowen se remontó a aquella noche.

Escogió apostarse en un garaje con salida hacia la calle en el 1505 de West Kaweah Avenue. Tenía la sensación de que el Saqueador podía volver al domicilio de los Hanley, donde se habían observado huellas de calzado deportivo bajo la ventana del cuarto de Donna.

A las siete de la tarde, McGowen inició su sencilla operación de vigilancia. Dejó la puerta del garaje abierta. Apagó todas las luces. Se sentó en la oscuridad, mirando la casa de los vecinos por una ventana

lateral, pero permaneciendo atento a si pasaba alguien por delante del garaje. Transcurrió una hora. No había el menor movimiento. Transcurrió media hora más.

Entonces, hacia las ocho y media, pasó por delante de la ventana una figura agazapada. McGowen esperó. La figura apareció ante el umbral del garaje y miró alrededor. A McGowen se le pasaron por la cabeza distintas posibilidades. ¿El propietario de la vivienda? ¿Otro agente? Pero sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y atinó a ver que la figura iba vestida de negro y llevaba un gorro de punto.

McGowen observó cómo la figura se desplazaba por el lateral del garaje hacia la parte posterior de la estructura. El sujeto tenía un cuerpo desgarbado, de proporciones extrañas. McGowen salió y lo siguió, alumbrándolo con la linterna mientras el tipo manipulaba una puerta lateral.

Vaughan, su compañero, tomaba notas mientras McGowen, hipnotizado, relataba lo que ocurrió entonces. El enfrentamiento por sorpresa. La persecución hasta el jardín de atrás. El grito como de mujer.

«¡Ay, Dios mío! ¡No me haga daño!».

«¿Era una mujer?», le preguntó Sandstrom, el hipnotizador, a McGowen.

«No», contestó.

McGowen tenía la linterna Kel-Lite fija sobre la figura que huía de él y le gritó repetidamente que se detuviera. El Saqueador parecía histérico, venga a gritar «¡Ay, Dios mío! ¡No me haga daño, no me haga daño!» una y otra vez, correteando de aquí para allá hasta que al final saltó por encima de una cerca baja y pasó a un jardín adyacente. McGowen sacó el revólver de servicio de la funda e hizo un disparo de advertencia al suelo. El Saqueador se paró en seco y se dio la vuelta. Levantó la mano derecha en ademán de rendición.

«Me rindo —dijo con voz trémula—. ¿Ve? Mire, tengo las manos en alto».

Recordar ese momento bajo hipnosis sumió a McGowen en un

trance más profundo. Se fijó en la cara iluminada por el haz de su linterna.

«Un bebé. Redondo. Un bebé de aspecto suave».

«Ni siquiera se afeita».

«Piel muy clara. Terso. Redondo. Cara de bebé».

«Bebé».

Delante de la cerca, McGowen debía de estar entusiasmado. La agotadora búsqueda de dieciocho meses había tocado a su fin. Estaba a escasos segundos de atrapar a un criminal que había logrado permanecer tan astutamente invisible que más de un agente se preguntaba si no estarían persiguiendo a un fantasma. Pero el Saqueador de Visalia era real. Y era un mal tipo. Sin embargo, aun así, su malvado adversario no resultaba muy intimidante en persona. Un cobarde, pensó McGowen, un cobarde retorciéndose mientras le suplicaba entre gemidos agudos que no le hiciera daño. McGowen no tenía intención de hacérselo. Era un hombre religioso, un policía chapado a la antigua que se ceñía a las reglas. Lo que le alegraba era saber que la pesadilla había terminado. El bicho raro había caído. McGowen se dispuso a saltar la cerca para detenerlo.

Pero el Saqueador, en ademán de claudicación, había levantado únicamente la mano derecha. Con la mano izquierda sacó un revólver del bolsillo de la chaqueta e hizo un disparo apuntando sin el menor asomo de duda al pecho de McGowen. Por fortuna, McGowen sostenía la linterna con el brazo extendido delante de sí, más por la memoria muscular de su entrenamiento policial que otra cosa. La bala alcanzó la lente. La fuerza del impacto hizo caer de espaldas a McGowen. Su compañero, alertado por el tiro, acudió a la carrera al patio trasero y vio a McGowen inmóvil en el suelo. Creyendo que había sido abatido, corrió hacia donde pensaba que había huido el Saqueador, pidiendo ayuda por radio al mismo tiempo. De pronto oyó movimiento a su espalda. Se volvió de golpe. Era McGowen. Tenía la cara tiznada de quemaduras de pólvora. El ojo derecho se le había puesto rojo. Por lo demás, estaba ileso.

«Se escapa», dijo McGowen.

Setenta agentes de tres organismos distintos acordonaron un área de seis manzanas cuadradas. Pero nada. El hombre aninado de constitución extraña huyó y desapareció en la noche —una polilla engullida por la oscuridad— dejando un calcetín lleno de monedas de coleccionista y joyas, y dos librillos de sellos Blue Chip.

El relato de McGowen sobre el aspecto característico del Saqueador y su extraño comportamiento encajaba con las declaraciones de anteriores encuentros a corta distancia que habían tenido otros vecinos de Visalia con su casi omnipresente Mirón.

Decidieron que no salía nunca durante el día. Hasta ese punto era pálido. A los pocos que lo habían entrevisto les llamó la atención su tez. Es difícil tener un tono de piel como de vientre de pez en Visalia, una población rural en el área central de California donde se alcanzan temperaturas de cerca de 40 °C en verano. Para entender por qué su palidez lo hacía inusual, hay que tener en cuenta que Visalia está densamente poblada por descendientes de los refugiados de la época de la Gran Sequía de la década de los treinta. Los originarios de Visalia siguen un reloj interno establecido por la naturaleza. Recuerdan las inundaciones épicas. Prevén las sequías. Se recuestan contra la camioneta y ven caer ceniza procedente de incendios forestales que arrasaron chaparrales y árboles madereros a sesenta kilómetros de allí. La intemperie no es un concepto, sino un hecho puro y duro. Los daños causados por el sol son una forma de transmitir conocimiento y confianza. Dicen: entiendo lo importante que es proteger con setos un limonero; sé que «cortar algodón» significa podar las malas hierbas de los algodoneiros con azada; he bajado por el río St. John en un neumático, con el polvo alcalino de mis pies disolviéndose en el agua del color del café desleído.

Su palidez no transmitía semejante familiaridad local. Era poco común y, por lo tanto, sospechosa. Sugería una vida de ermitaño

dedicada a maquinar. Sus perseguidores de la Policía de Visalia no sabían quién era ni dónde se ocultaba. Sabían que merodeaba por la noche. Tenían una idea bastante precisa de lo que le hacía salir.

Para las chicas adolescentes que cerraban las cortinas de su dormitorio, era poco más que un destello entre las sombras. Un parpadeo extraviado de luz que les hacía detenerse un instante. Pero era difícil ver con claridad por la noche. En algún momento del invierno de 1974, Glenda,* una chica de dieciséis años que vivía en West Feemster, estaba echando las cortinas cuando casualmente bajó la vista y vio un objeto marmolado con forma de luna entre los arbustos. Llevada por la curiosidad, subió la ventana de guillotina de su cuarto para verlo mejor. El objeto en forma de luna le sostuvo la mirada con un destornillador aferrado en la mano izquierda.

Sin más, desapareció. Donde habían estado dos ojillos duros, solo había oscuridad. Resonaron ruidos de animal en fuga, como si alguna criatura de cola musculosa huyera de la luz. Susurraron los arbustos. Se oyeron golpes sordos contra cercas. El correteo dejó de oírse poco a poco, pero eso daba igual. Un grito de socorro ahogó todo lo demás. Por entonces, en 1974, los negocios cerraban las puertas a las nueve de la noche, y los únicos alborotos se daban principalmente entre hombres reunidos en torno a canales de riego discutiendo por los derechos sobre el agua. Pero aquel sonido era inconfundible cuando se oía. Las películas no captan el efecto del acontecimiento real. Es imposible reproducirlo en un estudio. Las conversaciones se interrumpen. Se vuelven las cabezas. Los tímpanos laten de miedo, pues nada indica tanto terror como el grito violento y desenfrenado de una adolescente en plena noche.

La palidez del desconocido no era su único rasgo inquietante. Una semana después del incidente del merodeador, el novio de Glenda, Carl,* la esperaba delante de su casa. Era un anochecer de principios de otoño, todavía hacía calor, ya casi había oscurecido. La casa de Glenda era similar a las demás del vecindario de clase media cerca del Instituto Mt. Whitney, en el suroeste de Visalia: de una sola planta,

construida con materiales sólidos en la década de los cincuenta; de unos 140 metros cuadrados, no especialmente grande. Carl estaba sentado en el césped, su presencia quedaba ensombrecida en contraste con el resplandor de la ventana panorámica radiantemente iluminada en la parte delantera de la casa. Desde su posición medio oculta en el jardín, Carl vio a un hombre salir de un sendero que bordeaba el canal al otro lado de la calle. El individuo caminaba sin prisas, pero se detuvo al reparar en algo. Carl siguió su mirada absorta hasta la ventana, donde Glenda, vestida con una camiseta sin espalda ni mangas y unas bermudas, hablaba con su madre en la sala de estar. El hombre se dejó caer sobre las rodillas y las manos.

Carl había estado en casa de Glenda cuando ella vio al merodeador delante de su cuarto; lo había perseguido hasta el jardín de un vecino antes de perderlo en la oscuridad. Sabía que tenía ante sí al mismo hombre. Ni siquiera saberlo pudo haberlo preparado para lo que ocurrió entonces. A cuatro patas, como magnetizado por lo que veía tras la ventana, el hombre empezó a gatear al estilo militar hacia la casa de Glenda.

Carl permaneció inmóvil a cobijo de la oscuridad. Dejó que el hombre avanzara hasta los setos delanteros. Era evidente que no tenía la menor idea de que Carl se encontraba allí. A fin de causar la máxima impresión tenía que elegir el momento preciso para hablar. Carl esperó a que el hombre se hubiera incorporado un poco y estuviera escudriñando la ventana por encima de los setos.

«¿Qué hace aquí?», gritó Carl.

El hombre refulgó sobresaltado. Gritó algo ininteligible y salió corriendo presa del pánico, casi como si de un vodevil se tratara. Glenda había descrito al merodeador como rechoncho. Era más bien corpulento, confirmó Carl, con los hombros encorvados y las piernas robustas. Corría de una manera extraña y no especialmente rápida. La persecución terminó de pronto cuando el hombre giró a la izquierda y se metió por el hueco de una casa vecina que estaba cerrado con una verja lateral. Carl se plantó a la entrada del hueco, cortándole el paso.

El hombre estaba atrapado. La iluminación de la calle permitió a Carl observar de cerca al acechador de su novia. Medía en torno a uno ochenta y dos, pesaba unos ochenta u ochenta y cinco kilos, tenía las piernas cortas y gruesas y los brazos regordetes. Era rubio y llevaba el pelo greñado y repeinado. Tenía naricilla de botón. Sus orejas eran pequeñas y carnosas, los ojos, entornados. Le colgaba un poco el labio inferior. Tenía la cara redonda e inexpresiva.

«¿Qué hacía mirando por la ventana de mi novia?», preguntó Carl.

El hombre apartó la vista.

«¡Vaya, Ben, parece que el chico nos ha pillado!», dijo con voz sonora, excitado, como si se dirigiera a un cómplice a su lado.

Allí no había nadie.

«¿Quién es? ¿Qué hace aquí?», preguntó Carl.

Al no obtener respuesta, se acercó más.

«Déjame en paz — dijo el hombre —. Lárgate».

Hablaba en tono lento y apagado, con un deje de Oklahoma.

Carl dio otro paso adelante. El hombre reaccionó metiendo la mano en el bolsillo. Vestía una cazadora de algodón marrón con puños de punto; era un estilo que gozaba de popularidad años antes pero ya había pasado de moda.

«Déjame en paz — repitió, tajante —. Lárgate».

Carl se fijó en un bulto en el bolsillo donde tenía la mano el hombre. Tardó una fracción de segundo en darse cuenta de lo que era; cuando lo hizo, su instinto le ordenó retroceder. Fue una sensación sumamente extraña y perturbadora ver por un instante el tenebroso sistema de circuitos en funcionamiento tras la máscara de ojos impávidos. El simplón de cara redonda con ropa pasada de moda y acento soso de patán de Oklahoma era, según ponía en evidencia el gesto de sacar lo que con toda probabilidad era un arma escondida, alguien distinto por completo. Carl se hizo a un lado. Cuando pasó junto a él reparó en que tenía la cara pálida y sorprendentemente tersa; a Carl no le cupo duda de que tenía por lo menos veinticinco años, pero llamaba la atención que para ser un hombre que, como

decían en Visalia, «había llegado a la mayoría de edad», no parecía tener necesidad de afeitarse.

Carl vio al individuo irse en dirección norte por Sowell Street. Se volvía cada pocos segundos para cerciorarse de que Carl no lo estaba siguiendo. Incluso entonces, pese al lenguaje corporal nervioso que denotaba recelo y miedo, el rostro redondo y pálido del hombre seguía inerte, terso e inexpresivo como un huevo.

Hace más tiempo aún, en septiembre de 1973, Fran Cleary* tuvo un extraño encuentro delante de su domicilio en West Kaweah Avenue. Cuando entraba en el coche, oyó un ruido, y al levantar la vista reparó en un hombre de pelo rubio claro y cara redonda y suave que salía de su jardín trasero. Mientras iba al trote hacia la calle, se fijó en Cleary y se volvió de cintura para arriba al mismo tiempo que gritaba «¡Ya nos veremos, rubia!» antes de salir corriendo hacia el norte por una carretera perpendicular y perderse de vista. Fran le contó a su hija de quince años, Shari,* el incidente, y esta reveló que había visto a alguien que encajaba con su descripción mirándola por la ventana del dormitorio hacía una semana. El merodeador las acosaría durante dos meses, visitando el domicilio por última vez en octubre.

Entre 1973 y principios de 1976, otras muchas adolescentes y mujeres jóvenes del barrio se toparon con un mirón que coincidía con la misma descripción.

Pero, una vez que se publicó en la prensa local un retrato robot basado en el encuentro de Bill McGowen con el Saqueador a mediados de diciembre de 1976, no volvió a actuar en Visalia nunca más.



Y, aun así, la investigación sobre el Saqueador seguía adelante a toda máquina. Para que un caso de delitos en serie aún sin resolver avance, hay que remontarse a su inicio. Se revisan los primeros informes utilizando un punto de vista retrospectivo, a modo de lupa. Se vuelve

a establecer contacto con los testigos y las víctimas. A veces, los recuerdos nublados pueden cobrar nitidez. De vez en cuando sale a la luz una pista que se había pasado por alto. Alguien recuerda un incidente del que a lo mejor no se dio parte de manera oficial. Igual se dispone de un nombre, pero no de un número. Se hacen llamadas.

Los inspectores de Visalia que se pusieron en contacto con las autoridades de Sacramento en 1977 observaron al menos una docena de similitudes entre los dos delincuentes. Entre ellas: ambos cometían desvalijamientos. Ambos robaban baratijas y joyas personalizadas y pasaban por alto objetos más valiosos. Ambos abordaban a sus víctimas de manera similar, se les ponían encima a horcajadas mientras dormían y les tapaban la boca con una mano. Ambos usaban artículos del hogar para improvisar un sistema de alarma. Ambos tenían un método similar de allanamiento, sirviéndose de una palanca para desportillar la jamba de la puerta y forzar el pestillo de golpe. Ambos saltaban verjas; ambos medían en torno a uno ochenta; ambos cogían bolsos del interior de la vivienda y dejaban tirado el contenido fuera. Era una lista convincente. Los investigadores de Visalia estaban convencidos de haber dado con algo.

Alguien del Departamento del Sheriff del condado de Sacramento comparó las dos listas y vio diferencias irreconciliables. Para empezar, seis de los nueve factores del *modus operandi* no coincidían. Las huellas de calzado diferían. Diferían incluso los números de pie. El VZE no robaba sellos de ahorro Blue Chip. Y las descripciones físicas eran distintas en lo fundamental. Después de todo, las descripciones del Saqueador indicaban un aspecto muy característico: un bebé enorme con dedos y extremidades cortos y la tez tersa y pálida. Al VZE se le describía como un individuo de complexión entre media y esbelta al que una víctima había llegado al extremo de calificar de «enclenque». En los meses de verano, parecía bronceado. Aunque el Saqueador hubiera adelgazado, era poco probable que cambiara de figura hasta tal punto.

Visalia se mostró en desacuerdo y acudió a la prensa. En julio de

1978, *The Sacramento Union* publicó un artículo en el que se defendía la posibilidad de que hubiera un vínculo y se criticaba la estrechez de miras el Departamento del Sheriff del condado de Sacramento. Al día siguiente, el Departamento del Sheriff contraatacó en la prensa, denunciando al *Union* por su irresponsabilidad periodística y acusando a la Policía de Visalia de buscar publicidad y de estar desesperados.

La Policía de la ciudad de Sacramento, no obstante, siguió abierta a la posibilidad de que hubiera una relación. Richard Shelby también indagó en ese sentido de vez en cuando. El Departamento del Sheriff de Sacramento pidió a empresas locales de servicios públicos listas de empleados que se hubieran trasladado desde el área de Visalia entre diciembre de 1975 y abril de 1976. Encontraron a dos. Ambos fueron descartados posteriormente.

Cuarenta años después, la opinión oficial continúa dividida, aunque en términos más amistosos. Ken Clark, actual investigador jefe de Sacramento, cree que las dos series son obra del mismo criminal. El FBI coincide con él. El investigador jefe de Contra Costa, Paul Holes, no está de acuerdo. Alguien endomorfo no se convierte por arte de magia en ectomorfo, se apresura a señalar Holes.

CONDADO DE ORANGE, 1996

Roger Harrington se formó una opinión que mantuvo con firmeza, a pesar de las desagradables implicaciones. En un artículo de octubre de 1988 aparecido en la revista *Orange Coast*, ocho años después del asesinato de su hijo y su nuera, se le citaba diciendo que estaba convencido de que el móvil tenía que ver con el pasado de Patty, no con el de Keith. Solo llevaban casados unos meses. Patty parecía tener un pasado intachable, pero ¿hasta qué punto la conocían en realidad? Un detalle le hacía estar seguro de que la pareja debía de conocer al asesino: el edredón. El asesino se había tomado la molestia de taparles la cabeza con el cubrecama.

«El que lo hizo los conocía, y lamentó haberlo hecho», declaró Roger a la revista.

En otros tiempos, los casos sin resolver se esclarecían gracias a una llamada de teléfono inesperada: el tono estridente de un teléfono de disco giratorio que revelaba una confesión en el lecho de muerte o a alguien con datos verificables que aportar. Pero el teléfono no sonó nunca para Keith y Patty Harrington ni Manuela Witthuhn. En cambio, el golpe de suerte llegó en forma de tres tubos de cristal guardados en sobres de color salmón que llevaban quince años en el mismo sitio.

De poca gente podía esperarse que acogiera la noticia de un avance

en la investigación con tanto entusiasmo como de Roger Harrington. El rostro anónimo del asesino de su hijo dominaba amplios espacios vacíos de su mapa mental. La reseña de la revista *Orange Coast* sobre su búsqueda del asesino de Keith y Patty termina con una cita tan franca como lúgubre.

«Por eso sigo viviendo: no quiero irme hasta que lo descubra».

Los tres tubos gracias a los que se hizo un avance hacia la resolución del misterio se abrieron y analizaron en octubre y noviembre de 1996. Para diciembre, con los resultados en la mano, los investigadores del Sheriff del condado de Orange estaban listos para telefonar a las familias. Pero Roger Harrington no llegó a recibir la noticia. Había fallecido año y medio antes, el 8 de marzo de 1995.

De haber seguido vivo, Roger habría averiguado algo más sobre los antecedentes del asesino; habría descubierto que se equivocaba con respecto al motivo por el que habían tapado las cabezas de su hijo y su nuera con el cubrecama. No fue por remordimiento. La última vez que el asesino mató a golpes a una pareja, lo había dejado todo perdido: no quería que la sangre de Keith y Patty lo salpicara.

Un domingo de 1962 por la mañana, un repartidor de periódicos británico encontró un gato muerto en la orilla de la carretera. El chico, de doce años de edad, metió el gato en su bolsa y se lo llevó a casa. Fue en Luton, una ciudad a cincuenta kilómetros escasos al norte de Londres. Como tenía tiempo libre antes de comer, el chico dejó el gato en la mesa del comedor y empezó a diseccionarlo con instrumental casero, que incluía un escalpelo hecho con una horquilla aplastada. Se propagó por la casa un hedor que repugnó a la familia del chico. De haber estado vivo el gato cuando fue eviscerado, la anécdota podría formar parte del relato de la vida del asesino en serie Ted Bundy. Casualmente, el chico en cuestión era un científico en ciernes, y llegaría a ser el mayor adversario de los asesinos en serie, el creador de su kriptonita. Se llama Alec Jeffreys. En septiembre de 1984, Jeffreys descubrió las huellas genéticas o perfiles de ADN; al hacerlo, cambió para siempre la ciencia forense y la justicia penal.

La primera generación de la tecnología de análisis de ADN distaba tanto de las técnicas actuales como un ordenador Commodore 64 de un teléfono inteligente. Cuando el Laboratorio Forense del condado de Orange empezó a incorporar análisis de ADN a principios de los años noventa, un criminalista tardaba hasta cuatro semanas en elaborar un caso. La muestra biológica que se analizaba tenía que ser considerable —una mancha de sangre del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, por ejemplo— y encontrarse en buen estado. Ahora, una rociada de células epiteliales puede revelar la huella genética de alguien en cuestión de horas.

En Estados Unidos, la Ley de Identificación del ADN de 1994 establecía la autoridad del FBI para mantener una base de datos nacional, y así nació el sistema CODIS (iniciales en inglés de sistema de índice combinado de ADN). El mejor modo de explicar cómo funciona el CODIS hoy en día es imaginarlo como la cúspide de una enorme pirámide de ciencia forense. En la parte inferior de la pirámide hay cientos de laboratorios forenses locales por todo el país. Los laboratorios toman muestras anónimas de ADN de escenarios de crímenes, junto con muestras de cierto sospechoso que se han recogido, y las introducen en sus bases de datos; en California, las muestras introducidas se añaden a la base de datos de manera automática todos los martes. El estado también es responsable de la recogida de muestras de ADN en cárceles y tribunales. Luego, las bases de datos del estado toman todas las muestras recogidas y las someten a un proceso de verificación y una comparación intraestatal. Después, las muestras pasan al escalafón nacional para formar parte del CODIS.

Rápido. Eficiente. Exhaustivo. Pero no lo era tanto a mediados de los años noventa, cuando empezaron a desarrollarse las bases de datos. Los laboratorios forenses recurrían entonces al análisis RFLP (pronunciado «rif-lip», según las siglas en inglés de polimorfismos de longitud de fragmentos de restricción) para obtener huellas genéticas, un proceso laborioso que al final corrió la misma suerte que el

mensáfono. Pero el laboratorio del condado de Orange siempre tuvo reputación de ir por delante. Un artículo del 20 de diciembre de 1995 publicado en el *Orange County Register*, titulado «El objetivo del fiscal del distrito: los fantasmas de asesinatos pasados», explicaba que los fiscales locales, en coordinación con inspectores y criminalistas, estaban remitiendo por primera vez pruebas de ADN de casos sin resolver al nuevo laboratorio del Departamento de Justicia de California en Berkeley, donde había archivados perfiles de ADN de cuatro mil criminales violentos conocidos, muchos de ellos delincuentes sexuales. La base de datos de ADN de California estaba dando sus primeros pasos, y el condado de Orange la ayudaba a crecer.

Seis meses después, en junio de 1996, el condado de Orange logró su primera «correspondencia en frío», una coincidencia entre pruebas de ADN recogidas en el escenario de un crimen y el ADN de un criminal conocido en la base de datos. La primera correspondencia en frío fue extraordinaria; identificó a un preso llamado Gerald Parker como el asesino en serie de cinco mujeres. La sexta víctima de Parker estaba embarazada, y sobrevivió a la agresión, pero no así el feto, plenamente desarrollado. El marido de la víctima embarazada, cuyas heridas tuvieron como resultado una grave pérdida de memoria, había pasado dieciséis años en la cárcel condenado por esa agresión. Fue absuelto y liberado de inmediato. A Parker le quedaba un mes para ser puesto en libertad cuando se obtuvo aquella prueba de la correspondencia en frío.

Los miembros del personal del Departamento del Sheriff y del Laboratorio Forense del condado de Orange se quedaron pasmados. ¡Era la primera vez que enviaban ADN a la incipiente base de datos estatal y ya habían resuelto seis asesinatos! Parecía que el cielo se había despejado en el Almacén de Pruebas, siempre de un gris opresivo, y ahora la luz brillaba sobre la monotonía de las cajas de cartón. Durante décadas habían languidecido allí antiguas pruebas aún intactas. Cada caja era como una cápsula del tiempo. Bolso con

ribetes. Blusa bordada. Artículos de vidas marcadas por muertes violentas. La sección de casos sin resolver de un Almacén de Pruebas está impregnada de decepción. Es la lista de tareas pendientes que nunca se acaba.

Pero ahora todo el mundo se frotaba las manos pensando en las posibilidades. Era una sensación embriagadora trabajar con la idea de que se podía descubrir a un hombre culpable a partir de una mancha en una colcha hecha de retazos de percal de 1978, de que se podía revertir el flujo de poder. Si cometes un asesinato y luego te desvaneces, lo que dejas a tu paso no es solo dolor, sino ausencia, un vacío supremo que se impone a todo lo demás. El asesino sin identificar siempre está girando un pomo detrás de una puerta que no se abre nunca. Pero ese poder se esfuma en el momento en que lo conocemos. Averiguamos sus secretos banales. Vemos cómo lo conducen, esposado y sudoroso, a una sala de tribunal intensamente iluminada mientras alguien sentado varios palmos más arriba lo mira con gesto adusto, hace sonar un mazo y pronuncia, por fin, todas y cada una de las sílabas de su nombre.

Nombres. El Departamento del Sheriff necesitaba nombres. Las cajas abandonadas en el Almacén de Pruebas estaban llenas a rebosar. Bastoncillos de algodón conservados en tubos. Ropa interior. Sábanas blancas baratas. Cada centímetro de tejido y cada milímetro de hilo de algodón albergaba una promesa. Había otras posibilidades más allá de hacer detenciones inmediatas. Quizá los perfiles de ADN que se obtenían a partir de las pruebas no coincidieran con un criminal conocido en la base de datos, pero perfiles de casos diferentes podían coincidir entre sí, poniendo en evidencia a un asesino en serie. La información podía centrar una investigación. Insuflarle energía. Tenían que seguir adelante.

El personal del laboratorio forense hizo cálculos. Entre 1972 y 1994, el condado de Orange investigó 2479 homicidios y esclareció 1591, dejando casi 900 casos sin resolver. Se desarrolló una estrategia para reexaminar casos abiertos. Se daría prioridad a los homicidios que

involucraban agresiones sexuales, porque esos asesinos tendían a ser criminales reincidentes y dejaban a su paso el tipo de material biológico que se presta a la obtención de huellas genéticas.

Mary Hong era uno de los criminalistas sobre quienes recayó la tarea de concentrarse en casos sin resolver. Jim White habló con ella en privado. Quince años después, no había olvidado sus antiguas sospechas.

«Harrington —dijo—. Witthuhn».

Los nombres no le decían nada a Hong, que no trabajaba en el laboratorio en la época de los asesinatos. White la instó a dar prioridad a esos dos casos. «Siempre pensé que era el mismo tipo», le dijo White.

Quizá sea de ayuda una breve explicación no muy técnica de la obtención de huellas genéticas. El ADN, o ácido desoxirribonucleico, es la secuencia molecular que define a cada ser humano como único. Todas y cada una de las células del cuerpo (salvo los glóbulos rojos) tienen un núcleo que contiene ADN. Un científico forense que quiera elaborar un perfil genético extraerá primero el ADN disponible de una muestra biológica —semen, sangre, cabello— y luego la aislará, amplificará y analizará. El ADN consiste en cuatro unidades que se repiten, y es la secuencia exacta de esas unidades lo que nos diferencia entre nosotros. Es algo así como un código de barras humano. Los números del código de barras representan marcadores genéticos. En los primeros tiempos de la tipificación de ADN, solo se podían desarrollar y analizar unos pocos marcadores. Hoy en día hay trece marcadores estándar en el CODIS. La probabilidad de que dos individuos (excepto gemelos idénticos) tengan el mismo código de barras humano es aproximadamente de una entre mil millones.

A finales de 1996, cuando Mary Hong fue a buscar los kits de pruebas de violación de Harrington y Witthuhn al Almacén de Pruebas, la obtención de huellas genéticas estaba sufriendo cambios

muy emocionantes. La base de datos estatal seguía usando el proceso tradicional, el RFLP, pero este requería usar ADN en abundancia, el cual no podía estar degradado en absoluto. No era idóneo para casos antiguos sin resolver. Pero el Laboratorio Forense del condado de Orange había integrado recientemente una técnica nueva, la PCR-STR (siglas en inglés de reacción en cadena de la polimerasa con análisis de repetición en tándem), que era mucho más rápida que el RFLP y constituye el pilar de los análisis forenses hoy en día. La diferencia entre el RFLP y la PCR-STR es como la que hay entre copiar números a mano y usar una fotocopidora Xerox de alta velocidad. La PCR-STR funcionaba especialmente bien en casos pendientes en los que las muestras de ADN podían ser minúsculas o haberse degradado con el paso del tiempo.

Uno de los primeros ejemplos de cómo la ciencia forense resuelve un asesinato aparece en un libro titulado en inglés *The washing away of wrongs* («La enmienda de los errores»), publicado hacia 1247 por Song Ci, un juez de instrucción e investigador chino. El autor relata la historia de un campesino brutalmente asesinado a golpes de hoz. El magistrado local, incapaz de hacer avances en la investigación, convoca a los hombres del pueblo para que se reúnan con sus hoces; les da instrucciones de que dejen las hoces en el suelo y retrocedan unos pasos. El sol cae a plomo. Se oye un zumbido. Moscas de color verde metálico descienden en un enjambre caótico y luego, como en respuesta a una alarma colectiva, se posan en una hoz, infestándola mientras las demás hoces permanecen intactas. El magistrado sabía que los rastros de sangre y tejidos humanos atraían a las moscardas. El propietario de la hoz cubierta de moscas agachó la cabeza, avergonzado. El caso se había resuelto.

Los métodos ya no son tan rudimentarios. Los insectos se han sustituido por la centrifugadora y el microscopio. El ADN masculino sin identificar que se extrajo de los kits de pruebas de violación de Harrington y Witthuhn fue sometido a las herramientas más precisas del laboratorio forense: restricción enzimática, tinto fluorescente,

termociclador. Pero, en realidad, los avances forenses son solo la manera más novedosa de atraer a una moscarda hasta una hoz ensangrentada. El objetivo es el mismo que en la China rural del siglo XIII: establecer la culpabilidad por medio de la certeza celular.

Hong se presentó en la puerta de Jim White, que estaba sentado a su mesa.

«Harrington —dijo ella—. Witthuhn».

White levantó la vista con expectación. Los criminalistas como Hong y White son personas metódicas. Tienen que serlo. Los abogados defensores siempre ponen en duda su trabajo ante los tribunales. A menudo aportan conclusiones generales («un objeto contundente»), lo que causa tensión con los policías, que les acusan de un exceso de cautela para guardarse las espaldas. Polis y criminalistas se necesitan mutuamente, pero son de temperamento muy diferente. A los polis les va la acción. Son gente de rodillas inquietas con mesas cubiertas de documentos que tienden a evitar. Quieren estar sobre el terreno. Tienen asimilado el comportamiento de los tipos malos a modo de memoria muscular; si se acercan a un individuo y de pronto se gira hacia la derecha, por ejemplo, lo más probable es que oculte un arma. Saben qué droga deja quemaduras en las huellas dactilares (el *crack*) y cuánto puede sobrevivir alguien sin pulso (cuatro minutos). Se abren paso trabajosamente entre el caos, acostumbrados a las mentiras y las miserias. El oficio inflige laceraciones. A su vez, el policía se vuelve lacerante. Cuando más lacerante se ha tornado su actitud, en el momento en que la oscuridad lo ha impregnado igual que un tinte impregna el agua, recae sobre él la tarea de consolar a los padres de una chica muerta. Para algunos polis, el movimiento pendular desde el caos al consuelo se vuelve cada vez más difícil, y abandonan la parte de la compasión por completo.

Los criminalistas orbitan en torno al caos protegidos de este por el látex. El laboratorio forense es un lugar donde rigen la aridez y el rigor. No hay lugar para las bromas contundentes. Los policías lidian con la turbiedad de la vida; los criminalistas la cuantifican. Pero estos

últimos también son seres humanos. Los detalles de los casos que investigan se les quedan en la cabeza. La mantita de bebé de Patty Harrington, por ejemplo. Incluso de adulta dormía con su mantita blanca todas las noches, frotando con los dedos sus bordes de seda para sentirse más segura. Encontraron la mantita entre ella y Keith.

«El mismo tipo», dijo Hong.

Jim White se permitió esbozar una sonrisa antes de volver al trabajo.

Unas semanas después, cuando 1996 tocaba a su fin, Hong estaba sentada a su mesa escaneando una plantilla de Excel en el ordenador. La hoja era una recopilación de los en torno a veinte casos sin resolver en los que se habían obtenido con éxito perfiles genéticos del sospechoso. La gráfica cruzaba referencias de números de caso y nombres de víctimas con los perfiles, que consistían en cinco *loci* de PCR, o marcadores genéticos, usados entonces para la tipificación de ADN. Por ejemplo, bajo el marcador «THO1» podía verse el resultado «8,7», y así sucesivamente. Hong sabía que los perfiles de los casos Harrington y Witthuhn coincidían. Pero a medida que recorría con la vista la hoja, otro perfil la hizo detenerse en seco. Releyó la secuencia varias veces y la comparó con las de los casos Harrington y Witthuhn para cerciorarse. No se lo estaba imaginando. Era la misma.

La víctima era una chica de dieciocho años llamada Janelle Cruz cuyo cadáver se había descubierto en la vivienda de su familia en Irvine el 5 de mayo de 1986. Nadie había planteado nunca que el caso Cruz pudiera estar relacionado con los casos Harrington o Witthuhn, pese a que Cruz vivía en Northwood, la misma subdivisión de residencia de Witthuhn, y sus casas distaban tres kilómetros escasos. No era solo el lapso de más de cinco años. Ni que Janelle fuera una década más joven que Patty Harrington y Manuela Witthuhn. Ella era distinta.

IRVINE, 1986

[NOTA DEL EDITOR: el siguiente capítulo se elaboró a partir de las notas de Michelle.]

La breve vida de Janelle Cruz no fue menos trágica que su muerte. Su padre biológico había desaparecido del panorama hacía mucho tiempo. Janelle había pasado por una penosa serie de padrastros y sustitutos, la mayoría de los cuales abusaron de ella de distintas maneras. Su madre estaba más entregada a las juergas y la droga que a criarla, o por lo menos así lo veía Janelle.

Se mudó en muchas ocasiones: de Nueva Jersey a Tustin, a Lake Arrowhead, a Newport Beach y, finalmente, a Irvine.

A los quince años de edad, el padre de su mejor amiga la drogó y la violó cuando había ido a pasar la noche con ella. Janelle se lo contó a su familia, y se enfrentaron al hombre, que era soldado en la base cercana de la Marina. Él lo negó. Cuando la familia de Janelle insistió, envió a unos soldados compañeros suyos para que intimidasen a la familia de modo que dejaran correr el asunto. El delito no se denunció.

En los años siguientes, Janelle empezó a rebelarse. Se vestía de negro. Se volvió introvertida. Empezó a hacerse cortes. Tomaba

cocaína, no tanto para divertirse como para perder peso. Su madre la envió a varios lugares, desde un campamento de la YMCA al programa de formación Job Corps en Utah, pasando por una breve estancia en un psiquiátrico.

Obtuvo el diploma de secundaria en Job Corps y volvió a Irvine, donde se matriculó en algunas asignaturas en la universidad local mientras mantenía relaciones sexuales rotatorias con diversos hombres, sobre todo con hombres unos cuantos años mayores que ella. Empezó a trabajar como camarera en el restaurante Bullwinkle's, un establecimiento de entretenimiento familiar al estilo Chuck E. Cheese que llevaba el nombre del alce protagonista de *Las aventuras de Rocky y Bullwinkle*.

El lema de Irvine, según se dice en broma, es «dieciséis códigos postales, seis planos de distribución». O «Irvine: tenemos sesenta y dos palabras para decir beis». Janelle vagaba por su entorno monocromo en una especie de aturdimiento aquejado de altibajos y caracterizado por la búsqueda incesante. La sacudida que buscaba, el amor, nunca llegó.

El 3 de mayo de 1986, su madre y su padrastro se fueron de vacaciones a Cancún.

La noche siguiente, un compañero de trabajo de Bullwinkle's acompañó a Janelle a casa cuando ella le dijo que, con sus padres de viaje, se sentía sola. Se sentaron en el suelo de su cuarto; ella le leyó unos poemas suyos. Esperanzado por el interés romántico que tenía en ella, el chico se quedó mientras ella le ponía una grabación de tres cuartos de hora de una sesión de terapia en la que despotricaba sobre su desastre de familia. Los sobresaltó un ruido de afuera, como de una cancela o una puerta al cerrarse. Janelle miró a escondidas por la ventana y cerró las contraventanas. «Creo que solo son unos gatos», dijo Janelle, mientras miraba por la ventana. Un rato después, volvió a oírse un ruido, estaba vez procedente de la zona del garaje.

Janelle le restó importancia una vez más. «Debe ser de la lavadora».

Su compañero de trabajo, tras caer en la cuenta de que el día siguiente era laborable, se marchó poco rato después. Janelle se despidió con un abrazo amistoso.



Linda Sheen* abandonó su mesa de la inmobiliaria Tarbell la tarde del 5 de mayo con intención de ir a ver una casa en Irvine para un posible comprador. La propiedad, situada en el número 13 de Encina, era una casa de una sola planta con tres dormitorios y dos cuartos de baño que llevaba varios meses a la venta. Seguía habitada por su propietaria, junto con sus cuatro hijos —incluidas dos hijas adultas— y su marido. Era una casa que parecía prácticamente indistinguible de tantas otras en la comunidad de Northwood, como la del número 35 de Columbus, a kilómetro y medio de allí, donde una ama de casa de veintinueve años había sido golpeada hasta morir en su cama cinco años antes en un crimen sin esclarecer que cayó enseguida en el olvido.

La casa del número 13 de Encina lindaba por detrás con un parque, y era la penúltima al fondo de una calle sin salida, cerrada por un alto seto con una abertura en el centro que daba a una propiedad sin urbanizar que marcaba el final de la civilización: kilómetros de naranjales y campos abiertos aislaban Northwood de las cercanas Tustin y Santa Ana. Solo diez años antes, esos mismos naranjales habían cubierto las tierras sobre las que la casa del número 13 de Encina y el vecindario que la rodeaba estaban ahora. Dos décadas después, los naranjales restantes dejaron paso casi por completo al desarrollo urbanístico, pavimentando todo el terreno hasta las otras dos poblaciones con un gigantesco centro comercial y urbanizaciones de casas similares.

Sheen llegó al número 13 de Encina y llamó al timbre. Aunque había un Chevette beis aparcado en el camino de acceso, no percibió ningún movimiento en la casa, conque llamó otra vez. Silencio de

nuevo, igual que esa tarde cuando había telefoneado a la casa sin tener respuesta. Tuvo que acceder a la caja de seguridad de la inmobiliaria, anclada al pomo de la puerta, para sacar la llave de la casa y poder entrar.

Miró alrededor y se fijó en que la luz del comedor estaba encendida. En la cocina había un envase de leche en la mesa del desayuno. Un periódico estaba abierto por la sección de ofertas de empleo. Dejó una tarjeta de visita en la mesa del comedor y fue al cuarto de estar, donde contempló el patio trasero por la puerta corredera de cristal. Vio varias sillas de patio y una hamaca con una toalla tendida encima. Fue al dormitorio principal y giró el pomo, pero estaba cerrado. El segundo dormitorio parecía el de un niño, y, cuando Sheen entró en el último cuarto, al final del pasillo, vio el cuerpo de una joven inerte en la cama, con una manta cubriéndole la cabeza.

Linda Sheen notó que la recorría una sacudida de miedo. Sintió que igual no estaba sola en la casa. Quizá estuviera en el lugar equivocado en el peor momento, viendo algo que no debería ver. Le pareció que la mujer no dormía, sino que estaba inconsciente —tal vez por una sobredosis— o muerta. Sheen salió disparada del número 13 de Encina y volvió a su oficina, donde informó a su jefe, Norm Prato,* de lo que había descubierto. Él le dijo que llamara otra vez al domicilio. Lo hizo, dos veces. No contestó nadie.

Linda y Norm pusieron al tanto de la situación a sus colegas Arthur Hogue* y Carol Nosler,* de Century 21, que se encargaba de la venta de la vivienda. La pareja se pasó con escepticismo por el número 13 de Encina, y al entrar encontró, en efecto, el cuerpo de una joven, indiscutiblemente muerta. Hogue llamó a la policía e informó de que habían hallado a una joven con la cabeza aplastada.

El agente de la Policía de Irvine Barry Aninag fue el primero en personarse en el escenario. Cuando entraba en la casa, lo abordó de inmediato Arthur Hoghe, que salió de la cocina y anunció con tono de urgencia: «Hay un cadáver en el dormitorio. Hay un cadáver en el

dormitorio».

Lo repitió unas cuantas veces mientras Aninag iba hacia el dormitorio situado al fondo. En la cama estaba el cadáver desnudo de una mujer joven a la que más tarde se identificaría como Janelle Cruz. Estaba fría al tacto, y no tenía pulso. El cadáver se encontraba boca arriba, con el pecho y la cara cubiertos por una sábana en la que había una gran mancha oscura donde debía de estar la cabeza de la víctima. Aninag retiró poco a poco la sábana que se pegaba tercamente a la cara de la víctima, revelando una enorme herida en la frente, hematomas en la nariz y una auténtica máscara de sangre. Le habían saltado tres dientes. Dos ellos se encontraron entre su cabello.

Entre las piernas había escamas de un fluido reseco, que los análisis de laboratorio identificarían como semen. Se hallaron diminutos mechones de fibras azules, lo que indicaba que alguien había rasgado alguna clase de tejido mientras estaba encima de ella.

Se encontraron huellas de calzado deportivo en el lado este de la casa. No se encontraron ligaduras ni armas en el escenario.

Más adelante se llegó a la conclusión de que había desaparecido una pesada llave inglesa roja que había estado en el patio trasero.

Los sondeos llevados a cabo por la policía entre los vecinos no arrojaron apenas ninguna pista útil. Un representante de una empresa de limpieza de cristales había estado repartiendo folletos amarillos de publicidad la víspera del asesinato. Un niño del vecindario dijo que oyó cómo habían matado a golpes a la chica del número 13 de Encina, y avisó a la policía de que había visto un bate de béisbol roto en un campo cercano. Lo siguieron hasta allí. Un caracol iba dejando su rastro baboso por la superficie del bate, que estaba casi intacto. La hierba crecía encima. Era evidente que llevaba tiempo allí.

Un vecino oyó que el Chevette de Janelle, que tenía un tubo de escape especialmente ruidoso, llegaba a eso de las once y cuarto; una media hora después, su compañero de trabajo se habría ido de la vivienda. Oyó que se paraba el motor y se cerraba una de las portezuelas.

A las cuatro y las cinco y media de la madrugada, dos vecinos distintos observaron que la residencia estaba «excesivamente iluminada».

La hermana de Janelle, Michelle, estaba de vacaciones en Mammoth cuando recibió la llamada: «Han asesinado a Janelle».

No se oía demasiado bien. Michelle repitió totalmente incrédula lo que le había parecido entender: «¡¿Que Janelle se ha casado?!».

La segunda vez las palabras le llegaron con más claridad.

El investigador jefe Larry Montgomery y sus colegas empezaron a indagar las actividades de Janelle, descubriendo una letanía de hombres jóvenes que pasaron por su vida en los días anteriores a su asesinato. Estaba Randy Gill,* del campamento de la YMCA, que se acostaba con Janelle y la telefoneó la noche que fue asesinada. Tenía un problema con la bebida, según decían. Janelle rompió con él dos semanas antes de su asesinato. Estaba Martin Gomez,* un expresidiario que conoció a Janelle en un trabajo anterior y mantuvo una relación de carácter sexual con ella a la que Janelle puso fin cuando empezó a volverse obsesivo y controlador. Y Philip Michaels,* un socorrista con el que Janelle había empezado a salir y estuvo con ella la víspera de que fuera asesinada. Él también se acostaba con Janelle, aunque al principio lo negó.

Y luego, los David: David Decker,* que conoció a Janelle en el campamento de la YMCA cuando era monitor y ella campista, y que la había visto por última vez dos días antes de que muriera; David Thompson* (no confundir con Ron Thomsen,* el último chico que la vio con vida), que también trabajaba con ella en Bullwinkle's; y Dave Kowalski,* otro novio, que fue a ver a Janelle a casa el día de su muerte y le dijo que la quería. Le regaló como prueba de su cariño un reloj de pulsera Seiko que se halló junto a su cadáver.

También estaban los bichos raros y aquellos que no encajaban en ninguna categoría, como Bruce Wendt,* un friki que había ido a casa de Janelle poco antes de su asesinato. Janelle lo tenía en su agenda con la anotación: «Capullo, gilipollas, cabronazo, maricón».

Y luego estaba el que confesó.



Tom Hickel* volvía del cine a casa en su camioneta con su amigo Mike Martinez* en el asiento del acompañante. Por el camino, Martinez se volvió de pronto hacia él y dijo: «Tengo que desahogarme». Hickel no fortaleció el ánimo lo suficiente para lo que le contó a continuación.

«La maté yo —dijo Martinez como si se quitara un peso de encima—. Yo maté a Janelle».

Parecía serio por completo.

«¿Sabes ese trasto de acero que tengo?».

«No sé qué es ese “trasto” de acero que dices», respondió Hickel.

«Da igual —continuó Martinez—. Solo quería ver si tenía agallas para matar. La cosa empezó en el cuarto de baño, y primero forcejeé con ella. La golpeé con ese trasto de acero».

Hickel le preguntó cómo se había sentido.

Martinez se lo dijo:

«No sientes nada. Te sientes normal».

Hickel procuró ocultar la piel de gallina.

«Quería saber si tendría agallas para matar a Jennifer* —explicó Martinez—. Me da igual si me caen veinticinco años de cárcel. Aquí no hay pena de muerte. Maté a Janelle, y pagaré por ello».

Martinez le contó a Hickel que había estado en casa de Janelle una semana antes de su muerte. Conoció a sus padres. Se enteró de que iban a irse de viaje y Janelle se quedaría sola en casa.

«Compré una escopeta de un cañón en Big Five —le dijo Martinez en confianza—. Voy a usarla para llevarme por delante a Jenny, porque tiene que morir».

Hickel siguió haciendo de tripas corazón para no reaccionar.

«Me entregaré a la policía después de hacerlo —prometió—. Lo voy a hacer en sábado».

No dijo qué sábado.

Antes de ir cada uno por su camino, Martinez le dijo a Hickel que lo de que había matado a Janelle era una broma.

«Solo quería ver lo que hacías».

Lo que hizo Hickel fue ir a la policía, para la que Martinez no era un desconocido, desde luego. Lo habían detenido previamente por posesión de marihuana en grado de tentativa, robo en establecimiento comercial, robo en vivienda y agresión con lesiones; además, Martinez había intentado suicidarse en dos ocasiones, una de ellas ingiriendo líquido desatascador Drano. Las acusaciones de robo en vivienda y agresión con lesiones se derivaron de un incidente con Jenny, la novia que Martinez tenía intención de matar.

Y, casualmente, Martinez repitió esa secuencia de delitos justo la noche antes de que Janelle fuera asesinada. A la una de la noche, Martinez irrumpió borracho en el apartamento de Jennifer por la puerta corredera de vidrio y se encaró con ella, exigiendo que le dijera por qué había pasado de él cuando se cruzaron en un restaurante Carl's Jr. la semana anterior. Martinez le declaró su amor a Jennifer, y acto seguido arremetió contra sus creencias religiosas. Ella le rogó que se marchara. Él no le hizo caso. Su expresión impávida no permitía ver que la hubiese oído siquiera.

«¿Por qué no me llamaste?», le preguntaba Martinez una y otra vez.

Luego, se fue de la habitación. Creyendo que se había marchado, Jennifer bajó con cuidado las escaleras, solo para encontrárselo en la cocina. Tenía un cuchillo y estaba cortando un trapo a tiras. Pensando que tenía intención de atarla, ella empezó a gritar. La cogió y le tapó la boca con la mano, a la vez que la arrastraba hasta el dormitorio y la cama. Ella chilló y se resistió, logrando expulsarlo del apartamento. Aunque solo un momento.

Cuando volvió en busca de sus llaves, Jennifer empezó a gritar de nuevo y le ordenó que se fuera. Él la empujó contra el sofá y la golpeó dos veces en la boca y una en la cabeza. Luego se marchó por fin.

El 21 de junio, Mike Martinez fue detenido cerca de su domicilio

en Garden Grove.

En el coche de policía, camino de la comisaría, Martínez insistió: «Me habría entregado. Tom me tendió una trampa. Yo no lo hice. ¡No es justo! ¿Por qué yo?».

Empezó a despotricar. «¿Ahora ya tienen pruebas suficientes para encerrarme o qué? Seguro que no, porque yo no... Hace tres años que no veo a Janelle».

«Probablemente tienen pruebas suficientes de todos modos — continuó Martínez—. Soy mexicano, claro. No tengo ni cinco. No puedo costearme un abogado. Me tocará uno de oficio. Me dirán que acepte cumplir quince o veinte años. Lo más probable es que me caiga homicidio en primer grado, con premeditación. Eso serán veinticinco años. ¿De qué me van a acusar, por cierto? ¿En primer grado o en segundo grado? No es justo. ¿Por qué me han detenido?».

Había una grabadora en marcha. Los polis le dejaron desvariar. Se cavaría su propia tumba.

«Vale, estoy en esta situación, el caso es que parece homicidio en primer grado con premeditación, ¿verdad? Muchos inocentes, sobre todo negratos y mexicanos como yo, somos los que pagamos el pato. Por lo menos deberían tomar muestras de sangre. Ver si soy inocente, y atrapar luego al que lo hizo. Si soy inocente, ¿puedo demandar a Tom? No creo que vaya a librarme. Creo que Montgomery usará todo lo que tenga y eso será suficiente».

Una vez en comisaría, un técnico de los Laboratorios Gold Coast tomó muestras de sangre de Martínez. Un miembro del equipo forense le ayudó a recoger muestras de pelo.

A principios de julio, fueron remitidos a Montgomery los resultados de los análisis de sangre de Michael Martínez, que quedó descartado como sospechoso.

También se descartó al compañero de trabajo. Aún faltaba un año para que hiciera su debut en el escenario forense la obtención de perfiles de ADN, pero los avances en serología —el análisis del suero sanguíneo y otros fluidos corporales— ya permitían a los

investigadores hacer ciertas averiguaciones.

El asesino de Janelle poseía una estructura genética poco común. Era no secretor, un individuo que no segrega antígenos característicos de su grupo sanguíneo en los fluidos corporales como la saliva, el semen, etc. Los no secretores son en torno al veinte por ciento de la población. Su PGAM (fosfoglicerato mutasa), una enzima proteica, también era de un tipo poco habitual. Un científico del Laboratorio Forense del condado de Orange informó a un investigador del caso Cruz de que la combinación de las características del asesino de no secretor y tipo PGAM solo coinciden en aproximadamente el uno por ciento de la población.

No tendría influencia en su aspecto físico. Su salud y su comportamiento no se verían afectados. Sencillamente tenía marcadores raros.

Los investigadores agradecieron los resultados forenses, pero necesitaban un nombre y una cara. Estaban seguros de que la respuesta estaba en el entorno inmediato de Janelle. Persistía la teoría de que el autor era uno de los jóvenes de su vida.



Diez años después, Martinez y todos los demás novios y amigos que formaban parte del círculo de Janelle fueron eliminados de manera concluyente cuando se obtuvo el perfil de ADN de su asesino. No coincidía con el de ninguno de los sospechosos previos. En cambio, concordaba con un asesino sin identificar responsable de otros tres asesinatos.

Mary Hong posee la imparcialidad propia de un científico y no se sorprende fácilmente. Pero la coincidencia de los casos Harrington, Witthuhn y Cruz hizo mella en su serenidad. Se quedó mirando la hoja de Excel con los ojos abiertos de par en par.

«Es increíble», dijo frente a la pantalla del ordenador.

VENTURA, 1980

El Departamento del Sheriff formó una unidad especial de casos pendientes para ocuparse de la súbita llegada de nuevas pistas. Los miembros del CLUE (siglas en inglés de Organismo Policial del Condado para la Resolución de Elementos Pendientes) empezaron a revisar expedientes de casos antiguos en enero de 1997. Mientras tanto, Mary Hong envió por fax el perfil de ADN del caso Harrington/Witthuhn/Cruz a cientos de laboratorios forenses de todo el país. No hubo respuesta.

El investigador Larry Pool fue transferido al CLUE desde la unidad de crímenes sexuales en febrero de 1998. Pool es un veterano de la Fuerza Aérea con firmes convicciones. Su perspectiva moral carece de matices grises. Adora a Dios y aborrece la blasfemia. Cuando les preguntan a los policías por su parte preferida del trabajo, la mayoría recuerdan las ocasiones en que trabajaron como infiltrados, la adrenalina que se dispara cuando uno libera la parte más oscura de su inconsciente sin tener la menor idea de lo que le espera a la vuelta de la esquina. Pool no había trabajado nunca como infiltrado. Cuesta imaginar que pudiera hacerlo. Una vez interrogó a un asesino en serie en el corredor de la muerte de otro estado acerca de una mujer desaparecida en el sur de California que la policía sospechaba que había asesinado él. Pool le sugirió al asesino que le dijera dónde

encontrar el cadáver. Era lo correcto. Para su conciencia. Para la familia de la mujer. El asesino empezó a tantear si podía negociar, comentando que en las cárceles de California había mejores condiciones. ¿Quizá se podría arreglar que lo trasladaran a cambio de información?

Pool recogió la documentación y se levantó de la mesa.

«Morirás aquí», dijo, y salió por la puerta.

Los casos sin resolver encajaban con él. Eran incógnitas que otros policías de carácter más crispado, los que se morían de ganas de derribar una puerta a patadas, seguramente no resolverían nunca. Pool podía resolverlas. Era un insomne al que le gustaba «dar una orden» a su cerebro, rumiar un reto de investigación en el fondo de su mente hasta que, en algún momento, quizá lavándose los dientes o al montarse en el coche, le venía a la cabeza una respuesta. Los polis a pie de calle podían sentarse con un padre que acababa de quemar viva a su familia y hablar con él como si fueran colegas que están tomándose unas cervezas en un partido de béisbol; aceptaban cierto grado de ambigüedad moral, o al menos fingían aceptarlo. Para alguien como Pool, que no era capaz de eso, los casos pendientes eran perfectos. Era un veterano con doce años de antigüedad en el Departamento del Sheriff, pero relativamente inexperto en la investigación de homicidios. Su nuevo encargo consistía en una caja de cartón que contenía tres casos (Harrington, Witthuhn y Cruz). Dentro había cuatro vidas robadas. Un monstruo sin rasgos. Pool se propuso seguir sus propias órdenes mentales hasta que lo encontrase.

Pool se fijó en el número de un caso de la Policía de Ventura garabateado al margen de uno de los informes del expediente de Harrington. Llamó e hizo indagaciones. Le dijeron que era el caso de Lyman y Charlene Smith. Un caso célebre en Ventura. Lyman era un famoso abogado. Estaba a punto de llegar a juez de un tribunal superior. Charlene era su despampanante exsecretaria, convertida en segunda esposa. El 16 de marzo de 1980, Gary Smith, el hijo de doce años del primer matrimonio de Lyman, fue en bicicleta a la casa de su

padre para segar el césped. La puerta de la calle no estaba cerrada con llave. La alarma de un reloj despertador lo llevó a asomarse al dormitorio principal. Había fragmentos de corteza de árbol esparcidos por la moqueta de tono dorado. A los pies de la cama había un leño estrecho. Las dos figuras bajo las mantas eran los cadáveres de su padre y su madrastra.

Los investigadores estaban hasta el cuello de pistas. La casa de los Smith en lo alto de una colina con vistas a Ventura Harbor era una elegante fachada que escondía inestabilidad y dramas. Aventuras amorosas. Negocios no precisamente limpios como una patena. Se centraron rápidamente en un amigo y antiguo socio empresarial de Lyman llamado Joe Alsip. Alsip había ido a ver a los Smith la noche anterior a sus asesinatos; sus huellas dactilares estaban en una copa de vino. Peor aún, su párroco le dijo a la policía que Alsip prácticamente le había confesado sus crímenes. Alsip fue detenido. La policía y la fiscalía fueron a la vista preliminar rebosantes de confianza. Les agradó en especial comprobar que el abogado defensor de Alsip era Richard Hanawalt, a quien conocían sobre todo por defender con éxito a conductores borrachos. Tenía debilidad por las metáforas disparatadas y los comentarios irrelevantes.

«Durante la hora del almuerzo me he preguntado de pasada cuál era la definición de “firme” —anunció un día ante la sala del tribunal donde se juzgaba a Alsip; y acerca de los relatos opuestos sobre el caso dijo—: Poco a poco esto empieza a desenrollarse igual que una larga alfombra a la entrada de un hotel».

Lo que creían era que las torpes gracias de Hanawalt ocultaban un bombazo. Un chivatazo anónimo le había instado a investigar el pasado del párroco. Encontró antecedentes, que se remontaban a varias décadas atrás y cruzaban el país desde Indiana hasta Washington, según los cuales el sacerdote había pedido protección policial y había intentado inmiscuirse en investigaciones en circunstancias extrañas. El sargento Gary Adkinson, uno de los principales investigadores del caso Smith, había previsto para sus

adentros la poca fiabilidad del sacerdote, y se horrorizó cuando Hanawalt empezó a desmontar su versión alegremente. El jefe le había facilitado al párroco una radio de la policía después de que este insistiera en que había recibido amenazas de muerte tras delatar a Alsip. Una tarde se oyó la voz jadeante y aterrada del sacerdote por la radio. «¡Está aquí! ¡Viene a por mí!», gritó. Adkinson estaba por casualidad en el cruce de Telegraph y Victoria, a una manzana de la casa del cura, y acudió de inmediato. El párroco se encontraba en el umbral de la puerta de la calle, sujetando la radio como un bobo contra el pecho, desolado de ver que Adkinson aparecía tan pronto.

«Se ha ido», dijo en voz queda.

En su alegato final, Hanawalt también logró describir el escenario del crimen como un espeluznante cuadro viviente que más parecía obra de un psicópata anónimo que de un conocido de los Smith. Estaban los detalles de las cuerdas de las cortinas a modo de ataduras, los tremendos golpes en la cabeza con el leño, el que no hubiera ninguna luz encendida en la casa, lo cual sugería que el violento encuentro podía haber ocurrido en la oscuridad total. Y la ventana del cuarto de baño. Alguien asomado allí podía ver con claridad el dormitorio. A escasos metros de la ventana había un montón de leña del que el asesino cogió el leño de medio metro.

Después de la vista preliminar, el fiscal del distrito del condado de Ventura puso en libertad a Joe Alsip por falta de pruebas. El equipo de investigación volvió a la casilla de salida. Estaban divididos. La mitad creía que el asesino conocía a los Smith; la otra mitad pensaba que era un crimen al azar de motivación sexual. El expediente de los Smith estuvo durante años en un estante de la zona de trabajo de los investigadores; después de una década, fue relegado al Almacén de Pruebas.

Larry Pool explicó a la Policía de Ventura que el Departamento del Sheriff del condado de Orange tenía un caso de homicidios en serie en el que había implicadas cuatro víctimas y que presentaba similitudes con el de los Smith. Les pidió que enviaran cualquier prueba que aún

tuvieran sobre los Smith al Laboratorio Forense del condado de Orange. Mary Hong abrió el paquete remitido por la Policía de Ventura; dentro había un par de portaobjetos de vidrio. Se le cayó el alma a los pies. Las muestras que se toman por rutina con bastoncillos de algodón como parte de un kit para violaciones se frotran contra portaobjetos de vidrio, porque los portaobjetos facilitan la búsqueda de esperma bajo el microscopio. Pero por lo general los bastoncillos también se incluyen en el kit para recoger pruebas. Un criminalista siempre procura trabajar con tanto material biológico como sea posible.

El 17 de febrero de 1998, Pool recibió el informe de Hong. Había podido obtener un perfil de ADN a partir del semen en los portaobjetos. Lyman Smith podía descartarse como procedencia de la muestra.

La huella genética coincidía con los perfiles de los casos Harrington, Witthuhn y Cruz.

Algunos de la vieja guardia de la Policía de Ventura se negaban a creerlo. El inspector Russ Hayes, uno de los principales investigadores del caso Smith, fue entrevistado en un episodio del programa *Cold Case Files* («Expedientes abiertos») que se emitió unos años después. «Creo que me quedé de piedra», recordó respecto a la coincidencia de ADN. Su desconfianza de la tecnología, propia de alguien chapado a la antigua, le impedía dar crédito al hallazgo.

«No podía creerlo —dijo Hayes—. No me lo creía».

Hayes recordaba su teoría de que el asesino estaba delante de la ventana del cuarto de baño en el lado norte de la casa, el lugar desde el que alcanzaba a ver el dormitorio de Lyman y Charlene, y se enfureció por algo que vio, un acto íntimo, con toda probabilidad.

«Pensaba que era alguien próximo a ellos. Pensaba que era alguien que vio algo por esa ventana, mirando el interior del dormitorio. Y que sencillamente lo puso furioso, empujándolo a entrar y hacer lo que hizo».

Seguramente, Hayes estaba en lo cierto respecto de la posición

delante de la ventana. Y en lo de la ira. Pero no en lo de la familiaridad. Charlene Smith no era más que la última sustituta desafortunada de las mujeres lascivas y desdeñosas —madre, colegiala, exmujer— que formaban un círculo de desaprobación en torno al asesino en sus ensoñaciones, cuya cacofonía de desprecio lo obligaba siempre a hincar la rodilla; el acto de coger el leño fue excitación convertida por alquimia en odio, un cruel castigo impuesto por un solo juez: su cerebro corroído.



El recuento de bajas ascendía a seis. Casi con veinte años de retraso, estaban averiguando los métodos del agresor. Cómo se adaptaba. Y que movilidad tenía. El seguimiento de los crímenes adoptó el cariz del seguimiento de una plaga, la búsqueda de la víctima cero. ¿Dónde estaba antes de Ventura? Alguien recuperó los viejos artículos de prensa, los que planteaban que no solo podrían estar relacionados los casos de Ventura y Orange, sino también los de Santa Bárbara. «La policía dice que los dobles asesinatos podrían estar relacionados», rezaba el titular de la edición del 30 de julio de 1981 del *Santa Ana Register*. Cerca de veinte años después, los tres condados volvieron a contrastar información. Había algunas desemejanzas —dos de las víctimas masculinas de Santa Bárbara habían muerto a tiros cuando, al parecer, ofrecieron resistencia— pero existían demasiados paralelismos para descartar un vínculo. Merodeos y observación furtiva. Agresiones por la noche contra víctimas de clase media que dormían. Agresiones a golpes. Ligaduras cortadas y preparadas de antemano para llevarlas al escenario del crimen. Huellas de calzado deportivo. Muchos aspectos que estaban presentes en un par de asesinatos dobles en una ciudad sesenta kilómetros al norte.

[NOTA DEL EDITOR: la investigación de Ventura fue sin lugar a dudas la más

laberíntica de todas las que se llevaron a cabo por separado. Michelle tenía previsto cubrirla con más detalle, pero Ventura aparece menos representada en el libro por la demora que sufrió su búsqueda del expediente del caso, sumamente difícil de obtener.

En 2014, Michelle abonó al Tribunal del condado de Ventura 1400 dólares por copias impresas de las actas de las vistas preliminares del juicio de Joe Alsip. Hubo que fotocopiar las 2806 páginas a partir de microfilm. Michelle recordaría más adelante cómo el secretario la miró con una mezcla de confusión y desdén cuando le entregó el enorme volumen de material de archivo recién impreso.

Leer las transcripciones, que estaban llenas de incitantes alusiones a puntos mucho mejor documentados en los informes oficiales solo llevó a Michelle a codiciar mucho más el expediente de Ventura. En enero de 2016, por fin echó mano al expediente cuando tomó prestadas tres docenas de cajas de material sobre el Asesino del Golden State del Departamento del Sheriff del condado de Orange. Había leído buena parte de la información —centrada sobre todo en la pista errónea de Joe Alsip— antes del momento de su muerte, pero no tuvo tiempo de urdir la narración.

La serie de Colleen Carson «The Silent Witness» («El testigo mudo»), publicada en el Ventura County Star en noviembre de 2002, es una excelente referencia sobre la investigación en torno a los Smith y el caso contra Joe Alsip.]

GOLETA, 1979

[NOTA DEL EDITOR: algunas partes del capítulo siguiente se han redactado a partir de borradores de «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), artículo publicado por Michelle en la revista Los Angeles en febrero de 2013.]

El hombre abordó a Linda* cuando se iba a trabajar por la mañana. «Mi perro fue acuchillado en su patio trasero anoche», dijo. Era un hombre joven, de poco más de veinte años, con rasgos de duende, y un tanto hiperactivo. Señaló el puente peatonal que cruzaba el arroyo a unos setenta metros de donde estaban, en Berkeley Road, en Goleta. Él y su perro, Kimo, habían venido desde allí, según le explicó, yendo Kimo sin atar, y él, paseando tranquilamente detrás. Goleta es una ciudad dormitorio con reputación de ser segura, aburrida incluso, pero poca gente se atrevería a cruzar el arroyo de San José a solas por la noche. El estrecho barranco desciende desde las montañas cubiertas de chaparras por la ladera este de la ciudad y está cubierto por árboles enormes y frondosos: sicomoros, alisos y eucaliptos, con la corteza parecida al papel agrietado, como si le hubieran lanzado zarpazos. No hay farolas, y los únicos sonidos son las pisadas y los roces de animales invisibles en busca de comida.

Pero Kimo era un perro grande y protector, una mezcla de sesenta kilos de pastor alemán y malamute de Alaska. Al hombre nunca se le había pasado por la cabeza que le pudiera ocurrir algo a ese perro. Cuando dejaba atrás el puente peatonal y accedía al barrio residencial, vio que Kimo salía disparado entre la casa de Linda y la de su vecino de al lado. Algo debía de haberle llamado la atención. Kimo era curioso. Desde el punto de vista del hombre, en la manzana de las parcelas 5400 de Berkeley Road reinaba la tranquilidad. Hasta la década de los sesenta, Goleta era un mar de bosques de nogales y limonares, y en ciertas zonas, sobre todo las adyacentes al arroyo, se podía experimentar cómo debían de ser los tiempos en que no había motores que acelerasen ni dispositivos electrónicos que emitieran zumbidos; no había más que una oscuridad callada que lo cubría todo y algunas luces dispersas de casas de estilo ranchero de una sola planta. Una tabla de surf encima de una furgoneta Volkswagen en algún sendero de acceso era el único indicio de que aquello era una zona residencial de las afueras en California a principios de otoño de 1979.

Un gañido afilado rompió el silencio. Instantes después, Kimo volvió a aparecer. El perro regresó con paso vacilante hasta la acera y se derrumbó a los pies de su amo, que le dio la vuelta y vio cómo le manaba sangre de un largo tajo en el vientre.

Kimo sobrevivió. Después de llamar frenéticamente a varias puertas, el hombre pudo acceder por fin a un teléfono y pedir ayuda. Un veterinario de urgencia cerró la herida con setenta puntos de sutura, dejándole a Kimo una cicatriz desde el esternón hasta el final del vientre. Pero el hombre seguía sin tener claro el origen de la herida. Linda lo entendió. El trabajo podía esperar. Pidió ayuda a su vecino de al lado y los tres registraron cuidadosamente los jardines lateral y trasero en busca de objetos afilados, como una cuchilla de cortacésped o un trozo de verja rota, que pudieran haberle causado el corte al perro. No encontraron nada. Era raro. También era extraño que el jardín delantero de Linda estuviera encharcado. En torno al

momento en que Kimo resultó herido, por lo visto alguien había abierto la manguera y la había dejado así.

Linda no llegó a averiguar el nombre del dueño del perro, que le dio las gracias amablemente y se marchó. Ella se olvidó en buena medida del incidente hasta que, en julio de 1981, otro hombre la abordó delante de su casa para hacerle una pregunta. Habían cambiado muchas cosas en el año y medio desde que Kimo resultara herido. Se habían acordonado viviendas con cinta amarilla en el vecindario tres veces, cosa poco habitual en un área tan pequeña — menos de cinco kilómetros cuadrados— y tan hogareña que los agentes llamaban a los adolescentes a los que expulsaban con regularidad de los huertos de aguacates por fumar hierba por el afectuoso sobrenombre de «la pandilla de ojos rojos».

Era el condado de Santa Bárbara, emplazamiento del rancho de vacaciones de 688 acres del presidente Reagan y lugar de retiro popular entre los diletantes adinerados con inclinaciones *hippies*, donde se podía ir en chanclas todo el día o actuar en la representación de un rodeo, donde se podía disfrutar de la arquitectura española históricamente preservada sin la intromisión de vallas publicitarias chillonas (tras una larga campaña encabezada por líderes cívicos con preocupaciones estéticas se aprobó su prohibición). Desde 1950 hasta 1991, las únicas paradas en la autopista 101 en los 700 kilómetros, por lo demás despejados, desde Los Ángeles a San Francisco eran cuatro semáforos en Santa Bárbara; dependiendo de a quién se dé crédito, era porque los residentes temían que una gran autopista estorbaría sus vistas del océano, o bien porque querían que los turistas frecuentaran los negocios locales, o porque pensaban que había que animar a la gente a detenerse y contemplar la vida, y ¿qué mejor sitio para hacerlo que Santa Bárbara, la Riviera americana, enclavada entre una escarpada cadena montañosa y el océano Pacífico? ¿Quién no iba a querer detenerse en un semáforo en mitad del paraíso? La respuesta, al final, fue que nadie quería. Había numerosos accidentes, el tráfico en fin de semana era un constante embotellamiento, y la

contaminación por efecto de los motores al ralentí se volvió inmensa.

Los investigadores creían saber qué noche descubrió el criminal que tenía que andarse con cuidado. Creían saber la noche que lo cambió. El primer crimen con el que podían vincularlo, aquel a partir del cual ya no era necesario rebobinar más: el 1 de octubre de 1979. Menos de una semana después de que Kimo fuera acuchillado. Esa fue la noche en que una pareja de Goleta que vivía en Queen Ann Lane despertó para encontrarse con la luz cegadora de una linterna y los susurros proferidos entre dientes apretados de un hombre joven. La mujer recibió órdenes de amordazar a su novio. A continuación, el intruso la ató a ella. Hurgó por ahí, abriendo cajones y cerrándolos de golpe. Maldiciendo. Amenazando. Pidiendo dinero pero sin centrarse en obtenerlo. Llevó a la mujer hasta el cuarto de estar, donde la obligó a tenderse en el suelo boca abajo, poniéndole unos pantalones de tenis en la cabeza para taparle los ojos. Ella le oyó ir a la cocina. Le oyó canturrear para sí mismo.

«Voy a matarlos, voy a matarlos, voy a matarlos».

A resultas de la adrenalina, un arrebató permitió a la mujer liberarse de las ataduras y salir gritando por la puerta de la calle. Su novio, atado en el dormitorio, pudo salir dando brincos al jardín trasero. Cuando oyó que se acercaba el intruso, se dejó caer al suelo y rodó hasta quedar oculto detrás de un naranjo, eludiendo por los pelos el haz de linterna que lo buscaba.

El vecino de al lado de la pareja era un agente del FBI. Alertado por los gritos de la mujer, salió justo a tiempo para ver a un hombre que pasaba pedaleando furiosamente en una Nishiki plateada de diez marchas que había robado. Camisa Pendleton. Vaqueros. Funda de cuchillo. Calzado deportivo. Un contorno borroso de pelo castaño. El agente lo persiguió en su coche; sus faros iluminaron al ciclista unas manzanas más adelante, en San Patricio Drive. Cuando lo rozó el haz de luz, el sospechoso se deshizo de la bicicleta y saltó la verja entre

dos casas.

La pareja no pudo ofrecer más que una descripción general. Hombre blanco. Pelo moreno por encima del cuello de la camisa. Entre uno ochenta y dos y uno ochenta y cinco de estatura. Alrededor de veinticinco años de edad, suponían.

Después de aquello, ninguna de sus víctimas viviría para volver a describirlo.



Los cadáveres estaban en el dormitorio.

La mañana del 30 de diciembre de 1979, los ayudantes del sheriff del condado de Santa Bárbara respondieron a una llamada de auxilio hecha desde el número 767 de Avenida Pequeña, el apartamento del doctor Robert Offerman, cirujano osteopático. Los amigos íntimos de Offerman, Peter y Marlene Brady,* llegaron para jugar un partido de tenis con él y con su nueva novia, Alexandria Manning, y se encontraron una puerta corredera de cristal abierta en el apartamento. Entraron y llamaron a Offerman, pero no hubo respuesta. Peter cruzó la sala de estar y miró pasillo adelante hacia el dormitorio.

Hay una «chica desnuda encima de la cama», le dijo a su esposa.

«Vámonos», repuso Marlene, que no quería interrumpir nada. Fueron hacia la salida.

Pero después de unos pasos, Peter se detuvo. Algo no encajaba. ¿No habían llamado a Offerman a gritos? Dio media vuelta y regresó al dormitorio para fijarse mejor.

Cuando llegaron los agentes, Marlene Brady estaba en la entrada llorando.

«Hay dos muertos ahí dentro», dijo.

Debra Alexandria Manning estaba en el lado derecho de la cama de agua, con la cabeza vuelta hacia la izquierda, las muñecas atadas a la espalda con cuerda de nailon blanco. Offerman estaba de rodillas a los pies de la cama; tenía un trozo de la misma cuerda en la mano. Las

marcas en la puerta indicaban que el agresor había utilizado un destornillador para forzar su entrada en la casa, probablemente en mitad de la noche cuando la pareja dormía. Enseñándoles una pistola, quizá sugirió que había ido a robarles: se encontraron dos anillos propiedad de Manning escondidos entre el colchón y el somier.

Seguramente, el agresor le lanzó la cuerda a Manning y le ordenó que atase a Offerman, cosa que hizo, aunque no muy fuerte. Los investigadores creen que, en un momento dado, quizá después de que el criminal acabara de atarle las muñecas a Manning, Offerman se liberó de sus ataduras e intentó ofrecer resistencia.

Unos vecinos declararon que, hacia las tres de la madrugada, oyeron una serie de disparos, que vino seguida de una pausa y, luego, de otro tiro. Offerman recibió tres disparos en la espalda y el pecho. Manning tenía una sola herida en la parte superior izquierda de la nuca.

El libro en la mesilla de noche de Offerman era *Your perfect right: a guide to assertive behavior* («Tu perfecto derecho: manual de comportamiento asertivo»), de Robert E. Alberti. Eran vacaciones de Navidad. En la puerta principal colgaba una guirnalda con flores rojas. Había un pino en una maceta en la entrada. Cuando las autoridades procesaban el escenario del crimen, rodearon los huesos de un pavo envueltos en celofán que habían dejado tirados en el patio. Llegaron a la conclusión de que, en algún momento, el asesino había abierto el frigorífico y se había comido los restos de la cena de Navidad del doctor Offerman.

Fuera quien fuese el asesino, esa noche había emprendido una caza ansiosa. Los investigadores observaron las huellas con dibujo de estrellas de las zapatillas deportivas Adidas que había dejado al dar vueltas en torno al apartamento de Offerman. Vieron el arriate de flores pisoteado en el número 769 de Avenida Pequeña, la vivienda desocupada de al lado. En el interior había indicios de que habían entrado en la casa, sobre todo en el cuarto de baño, donde había un trozo de cuerda de nailon.

Llegaron denuncias de saqueos y allanamientos en el vecindario en las horas previas a los asesinatos. Cuando una pareja que vivía en Windsor Court, a unos ochocientos metros escasos del apartamento de Offerman, llegó a su casa hacia las diez y cuarto, vieron a un hombre que atravesaba corriendo el cuarto de estar hacia la puerta de atrás. Cuando entraron, le oyeron saltar la verja trasera. Lo único que pudieron decir con seguridad es que era un hombre blanco con gorro de pescador oscuro y chaqueta oscura. Le había asestado un golpe brutal en el ojo a su caniche.

En los días posteriores a los asesinatos, los investigadores siguieron descubriendo trozos de cuerda de nailon en diversos lugares: en un camino de tierra que bordeaba el arroyo de San José, en un jardín de Queen Ann Lane. Pero no podían saber con seguridad cuándo habían dejado la cuerda en Queen Ann Lane; unas puertas más allá vivía una pareja que había eludido por poco correr la misma suerte que Offerman y Manning hacía dos meses. Estaba todo allí, en los informes policiales. Cuerda de nailon. Marcas en la puerta forzada. Huellas de calzado deportivo Adidas.

GOLETA, 1981

Lo que más recuerda Debbi Domingo de la última vez que habló con su madre, Cheri, es que no hablaron. Gritaron. Era el domingo 26 de julio de 1981, pleno verano en Santa Bárbara. La neblina costera, con su olor a eucalipto húmedo, se había difuminado. El océano Pacífico se estaba calentando, y una incitante sucesión de olas coronadas de espuma blanca avanzaba hacia la arena suave y la interminable línea de palmeras de treinta y tantos metros. Adolescentes bronceados de cabello lacio y musculatura natural se dirigían hacia el agua con las tablas y andando con un paso elástico que los de la zona llamaban «andares de surfista». Era la época mágica en Santa Bárbara, y Debbi, cuando no estaba en su trabajo a media jornada en el cine Granada, quería disfrutarla. Le encantaba la energía de East Beach, sobre todo jugar a voleibol. Pero había un inconveniente, razón por la que Debbi apretó el freno de su bicicleta de diez marchas delante de un teléfono público en State Street esa tarde. Sacó unas monedas del bolsillo de los vaqueros recortados. Su madre contestó. Debbi fue directa al grano.

«Tengo que ir a por el bañador», dijo.

La respuesta glacial de su madre la sorprendió.

«No», repuso Cheri.

Un chispazo de ira ardió en los ojos de Debbi. Agarró con fuerza el auricular y lo golpeó. Madre e hija estaban otra vez donde lo habían

dejado.

Había sido cuatro días antes, y ocurrió a la vuelta de la esquina del número 1311 de Anacapa Street, en una casita sin pretensiones que albergaba la sede del Refugio de Crisis Klein Bottle, una organización para adolescentes con problemas. Debbi se había presentado allí a mediados de julio, como una fugitiva en bicicleta con el bolso hecho a toda prisa y un sistema bien desarrollado para detectar las normas y la mejor manera de incumplirlas. Pero Klein Bottle no era precisamente un centro con grandes medidas de seguridad. Bastaba con ver la abundancia de helechos en maceteros colgantes de macramé. Era el momento álgido de *El drama del niño dotado*, de Alice Miller, un superventas de autoayuda que aspiraba a poner de manifiesto las sutiles deficiencias parentales que subyacen incluso en las familias de apariencia más funcional. Miller instaba a sus lectores a «averiguar su propia verdad» acerca de posibles abusos en la infancia; al hacerlo, contribuyó a propagar la moda de la terapia de grupo. Los consejeros de Klein Bottle tomaban té en tazas de loza, y les aseguraban a los adolescentes con dificultades de comunicación que ningún sentimiento era demasiado banal o vergonzoso como para callárselo.

Además de las tareas asignadas, había una norma en la casa: los chicos podían ir y venir a su antojo, pero tenían que firmar un documento que los comprometía a participar en las sesiones de terapia. El personal dispuso que Cheri y Debbi se reunieran con un consejero para que las ayudase a resolver sus problemas.

Las Domingo debían de parecer un caso óptimo para la mediación. Ninguna de las dos era una drogadicta de mirada vidriosa, desfigurada por los estragos de la presión y el rechazo. Todo lo contrario. Madre e hija eran bellezas de rasgos delicados. Lucían estilos playeros parecidos: poco maquillaje, sandalias huaraches, tops con dibujos y vaqueros. Debbi se adornaba el pelo con alguna trenza o una boina ladeada. Cheri tenía treinta y cinco años de edad, y era una doble de Natalie Wood delgada como una sífide, con una actitud agradable y sensata debida a su trabajo de directora de oficina. Debbi

era de figura más voluptuosa; sus ojos azules, grandes como los de la mayoría de los adolescentes, prestaban más atención a lo inmediato que al largo plazo. Ambas irradiaban buena salud y la calma propia de alguien seguro de sí mismo.

Llegó el momento de la reunión. Se cruzaron los saludos de rigor y todo el mundo tomó asiento. En cuanto Debbi y Cheri se acomodaron en el sofá, posándose como dos pájaros en un cable, estallaron. Para entonces, sus batallas se caracterizaban por la furia y por un lamentable enconamiento en el que los únicos cambios de postura consistían en quién se mostraba incrédula y quién se ofendía. No hacía falta animarlas. Límites. Normas. Novios. Falta de respeto. Debbi no recuerda si el consejero era hombre o mujer. Solo recuerda gritos y una tercera presencia indefinida en la sala; alguien que, es de suponer, había visto de todo, pero que exudaba ineficacia con gesto estupefacto. Al final, Debbi se marchó de repente, tal como había hecho en otras ocasiones, una tormenta morena de chica pedaleando con sus pertenencias apretujadas en un bolso. En dos semanas cumpliría los dieciséis.

Cheri veía cómo la ciudad estaba engullendo a su hija, y eso le preocupaba. Santa Bárbara era cautivadora. Engañaba. Reinaba la promesa del amor, y el peligro potencial quedaba disimulado. Después de que un terremoto de diecinueve segundos destruyera buena parte del centro de Santa Bárbara en 1925, la ciudad fue reconstruida de acuerdo con un estilo colonial español unificado: paredes enlucidas de blanco, tejados poco inclinados de tejas rojas, hierro forjado. Autoridades municipales con interés en la preservación se cercioraban de que se construyesen edificios bajos y no se pusiesen grandes letreros. El lugar tenía un aire de acogedora población pequeña. Todos los días, durante treinta y dos años, un inmigrante griego, «el hombre de las palomitas», vendía molinetes y palomitas en su camioneta a los pies del muelle de Stearns. El olor a jazmín de floración nocturna entraba por las ventanas abiertas las noches calurosas. El rumor del océano ayudaba a conciliar el sueño.

Pero la inestabilidad estaba al acecho. Había un trasfondo andrajoso. La recesión había obligado a cerrar muchos negocios en el centro. Todavía no existía una ley que prohibiera beber en el tramo inferior de State Street; por la noche, borrachos tambaleantes hablaban a gritos entre algún que otro descanso para mear y vomitar. Los clubes de música estaban cambiando. Los estilos folk y disco habían pasado de moda, sustituidos por el punk más furioso. La prensa local informaba de que un desconocido que llamaba por teléfono amenazaba a los niños de entre once y quince años que contestaban con que iban a morir. Otro individuo que telefoneaba, quizá el mismo hombre, amenazaba a mujeres con hacerles daño a sus maridos si no accedían a sus deseos. Los polis locales apodaron al friki sin identificar «nuestro jadeador».

Había un semáforo en el cruce entre State Street y la autopista 101, una de las muchas carreteras generales que cruzaban California de norte a sur, y, durante más de una década, un colorido desfile de *hippies* se plantaba allí con carteles haciendo autostop para llegar a lugares como San Diego o Eureka. Era una tradición tan arraigada en Santa Bárbara que en la gasolinera Texaco tenían rotuladores para que los autostopistas hicieran sus pancartas.

Pero, de un tiempo a esta parte, era difícil no darse cuenta de que, a pesar de las túnicas y las panderetas del Verano del Amor, los *hippies* ya no eran jóvenes. De cerca, se veían curtidos no solo por el viento y el sol, sino por diversos grados de derrota que habían apagado la luz de su mirada. Había menos carteles indicando lugares de destino. Algunos, sencillamente, se dedicaban a dar vueltas por ahí todo el día.

La buganvilla de color magenta de Santa Bárbara disimulaba hasta cierto punto las grietas finísimas que la recorrían. Cheri esperaba que Debbi no sufriera ningún percance por ahí. El cerebro de toda madre gira en torno al rosario de cosas horribles que pueden pasarle a su hijo. Rara vez ocurre lo contrario. ¿Por qué tendría que ocurrir? Sobre todo en el caso de los adolescentes, que al ver a sus padres primero

como dioses y luego como seres humanos los consideran temporalmente un obstáculo, una puerta de lo más molesta que no acaba de ceder.

No, era Debbi quien, según el lenguaje utilizado en Klein Bottle, «corría riesgo». La historia rara vez acaba bien para la chica adolescente que huye de casa. Esta vez, sí.

No estar en casa le salvó la vida a Debbi Domingo.

Cheri sabía que sus dificultades con Debbi no eran más que una mala racha, un bache en el camino, y que al final resolverían sus diferencias. Se reirían de ello cuando la propia Debbi tuviera una hija adolescente. Pero, mientras tanto, necesitaba soluciones. Era una directora de oficina a la que todo el mundo describía como «gallina madre», que, al parecer, no podía hacer de madre de su propia hija ni dirigirla.

«¿Cómo te las apañas?», le preguntó Cheri a su mejor amiga, Ellen,* mientras estaban en el jacuzzi de Ellen en su patio trasero tomando vino. Ellen tenía tres chicas de acogida, todas adolescentes, viviendo con ella y con su marido. Chicas que nacieron adictas a la droga. Abandonadas en portales. Cheri se maravillaba de lo bien que se portaban.

«Disciplina», contestó Ellen.

Tal como lo veía Ellen, Cheri había empezado muy tarde a intentar meter en cintura a Debbi. Había sido demasiado permisiva. Ellen exigía saber dónde estaban sus hijas en todo momento. Las chicas sabían que, si se saltaban clases, Ellen o su marido, Hank, se plantarían en la escuela con un cartel identificándose como el canguro de la que había hecho novillos. El riesgo de la mortificación social las mantenía a raya.

Cheri, por el contrario, le había dado a Debbi mucha cuerda. Se mostraba paciente cuando Debbi se saltaba la hora de llegada o no la llamaba para decir dónde estaba. Cheri era una persona sensata y optimista por naturaleza; creía que el comportamiento de Debbi era

típico de una adolescente, y era reacia a mostrarse tajante. Decía que esa fase acabaría por pasar. Cheri solo tenía diecinueve años cuando nació Debbi, y en tiempos más felices, cuando madre e hija se probaban ropa juntas en el centro comercial o comían en su restaurante preferido, el Pancho Villa, les encantaba que los desconocidos las tomaran por hermanas. Se echaban a reír al oírlo. Los desconocidos caían en la cuenta de su error. Claro que no eran hermanas. Eran amigas.

Era por eso que, en los meses de la cada vez mayor tensión, cuando Debbi gritaba «¡Me traen sin cuidado las normas! ¡Me estás destrozando la vida!», la respuesta de Cheri, si bien era cierta, tenía un tenor manso: «Pero la madre soy yo».

El pistoletazo de salida para que emprendieran la trayectoria de colisión fue el divorcio. Cheryl Grace Smith conoció a Roger Dean Domingo, técnico en electrónica en la Guardia Costera, dos años mayor que ella, cuando estaba en secundaria. Se casaron poco después de que Cheri cumpliera los dieciocho años, el 19 de septiembre de 1964, en San Diego. Debbi nació el mes de agosto siguiente. Casi justo un año después, llegó un hijo, David. Roger dejó la Guardia Costera y pasó a ser pastor metodista, y luego maestro en un colegio para niños de doce a catorce años. En 1975, la familia se mudó a Santa Bárbara.

Debbi recuerda los doce primeros años de su vida bajo una cálida luz ambarina. Cheri repartiendo galletitas de azúcar caseras. Almuerzos de pícnic en el parque de Nojoqui Falls. Le encantaba tener padres jóvenes de esos que no te observaban desde el banco del parque, sino que te encaramaban a las barras para trepar y que subían por las rocas detrás de ti en la playa. Cheri y Roger eran personas en buena forma física que se habían criado al sol, y se notaba en su actitud. «No sabía lo que era el cinismo hasta que llegué a secundaria», dijo Debbi.

En algún momento por el camino empezó a haber tensión entre Cheri y Roger. Hay un informe de 1157 páginas del Departamento del Sheriff del condado de Santa Bárbara, en buena parte dedicado a los

detalles de la vida de Cheri; en la página 130 se interroga a Roger sobre su matrimonio, en concreto sobre su vida social en Santa Bárbara. Recuerda los pícnicos al aire libre. Les gustaba ir a Solvang, dice, un pintoresco pueblo temático danés cerca de allí. A mitad de la conversación cambia el pronombre de «nosotros» por el de «ella». A Cheri le gustaba bailar. Le gustaba «ir de fiesta». No queda claro si las comillas son de Roger o del interrogador. Pero dan a sus palabras un toque acusador. Cheri no era drogadicta ni abusaba del alcohol; la palabra «fiesta» probablemente hace referencia a una inclinación. Roger se contentaba con una cesta de mimbre y una manta sobre la hierba; en algún momento, Cheri quiso más. Se separaron en diciembre de 1976.

Roger regresó a San Diego, y Debbi y David dividían el tiempo entre las dos ciudades. Debbi vio en la ruptura familiar una oportunidad. Empezó a volver a sus padres el uno contra el otro. Ponía a prueba los límites. Hacía caso omiso de las reglas de casa. A la menor muestra de autoridad paterna, hacía el equipaje y anunciaba que se iba a vivir con el otro progenitor. Estuvo de aquí para allá como una pelota de pimpón durante varios años, viajando de San Diego a Santa Bárbara, cambiando de centro educativo por lo menos media docena de veces, en ocasiones a mitad de curso. Para julio de 1981, sus antes buenas calificaciones habían caído en picado. Estaba colada por un novio mayor que ella, de San Diego, lo cual tanto Cheri como Roger, que rara vez estaban de acuerdo en nada, pensaban que era mal asunto.

Una adolescente desafiante en la flor de su rebelión puede hacer temblar a la familia más estable, conque no fue de ayuda precisamente que la vida de Cheri también estuviera bajo presión y en proceso de cambio. En junio, con la crisis económica, ella y Ellen perdieron sus empleos en Trimm Industries, una pequeña empresa que fabricaba mobiliario para ordenadores. Cheri dio un empujón a su búsqueda de trabajo alquilando una máquina de escribir IBM Selectric para pulir sus currículos. Luego, para más inri, decidió mudarse.

Durante varios años, Cheri y los niños, cuando no estaban en San Diego con su padre, vivieron en una casa de invitados alquilada en Montecito. Pero, en mayo, la prima del padre de Cheri, conocida en la familia como tía Bárbara, llamó para decir que iba a poner a la venta su casa de Goleta y mudarse a Fresno. ¿Querían vivir en la casa Cheri y los niños hasta que alguien la comprara?

Tía Bárbara vivía en Toltec Way, una calle sin salida en un área tranquila y frondosa del noreste de Goleta, contigua al arroyo de San José. La casa, con tejas de madera al estilo de Cape Cod, tenía una segunda planta añadida encima del garaje y contraventanas. Para los vecinos, era «el granero grande rojo». Lo que llevó a Cheri a decidirse fue la mera coincidencia de que Ellen vivía en una casa que quedaba a tiro de piedra en diagonal en Toltec Drive.

A principios de junio, Cheri y los niños, con la ayuda de una empresa de mudanzas, trasladaron sus pertenencias hasta el número 449 de Toltec Way. Los eucaliptos formaban una densa cortina. La quietud, más que apacible, parecía una exigencia de la naturaleza, pero la tranquilidad no amansó a Debbi. La marcha estaba en la zona de Mesa de Santa Bárbara o con sus amigos de antes en Montecito. Todo parecía provisional. Temporal. Un agente inmobiliario se encargaría de enseñar la casa en los días de puertas abiertas. Un cartel en el jardín delantero decía PROPIEDADES INMOBILIARIAS SANTANA / A LA VENTA. Debbi echaba de menos la mala influencia de su novio de San Diego y sus llamadas de teléfono dejaban unas facturas tremendas. Unas semanas después de mudarse, tras una bronca explosiva con Cheri, metió lo que pudo en un bolso, se montó en la bici y se largó.

Casi todas las noches, Cheri cruzaba la calle hasta la casa de Ellen, y las dos amigas abrían una botella de vino y se metían en el jacuzzi. Hablaban de las peleas de Cheri con Roger por causa de la pensión alimenticia. La búsqueda de trabajo. El amor. Cheri había empezado a experimentar con anuncios en páginas de contactos y servicios profesionales de citas. Había pasado por algunas citas en restaurantes del centro. Un hombre llamó a la oficina buscando a Cheri, y dejó el

misterioso nombre de «Marco Polo». Cheri rio al recibir el mensaje, pero no reveló nada. Ellen sabía que Cheri quería volver a casarse, que su amiga, cosa un poco sorprendente en una divorciada, era una romántica a la antigua usanza que anhelaba esa imagen del amor en plan postal vaporosa: la pareja radiante caminando de la mano por la playa al atardecer.

Cheri se mostraba circunspecta respecto al hombre que más cerca había estado de ganarse su corazón desde el divorcio. Ellen no lo había conocido porque la relación databa de antes de que Ellen se hiciera amiga de Cheri, pero lo espió una vez entrando en la oficina donde trabajaba Cheri. Era mucho más joven que Cheri, guapísimo, alto y de constitución inmaculada, con una buena mata de pelo moreno. Lo único que sabía Ellen era que habían mantenido una relación por temporadas durante años, pero Cheri había decidido hacía poco que se había terminado. Era hora de seguir adelante.

Las dos mujeres hablaban sobre todo de los problemas de Cheri con Debbi. Muéstrale tu amor siendo estricta, decía Ellen. Que haya consecuencias.

«Ponte firme», le aconsejó.

Eso exactamente hizo Cheri cuando Debbi la llamó cuatro días después tras su encontronazo en Klein Bottle. Debbi tenía una idea en la cabeza, y no era una disculpa ni una rama de olivo, sino un traje de baño. Se lo había dejado en la casa de Toltec.

«Tengo que ir a por el bañador», dijo.

«No», repuso Cheri.

«¿Qué?».

«He dicho que no», insistió Cheri.

«¡Es mi bañador!».

«¡Es mi casa!».

Debbi aulló furiosa por teléfono. Cheri respondió a gritos. La gente que pasaba por State Street aminoró el paso, percibiendo una escena.

A Debbi le traía sin cuidado lo que pensarán los curiosos. Le temblaba el cuerpo de ira. Lo peor que se le ocurrió le salió de la boca con una fuerza salvaje.

«¡Por qué coño no desapareces de mi vida!», gritó. Colgó el auricular de un golpetazo.

El día siguiente, a eso de las dos y media de la tarde, Debbi recibió una llamada en la casa de un amigo donde estaba pasando la noche. El que llamaba era un compañero de trabajo de Debbi en el cine Granada. La amiga de su madre, Ellen, había telefoneado al cine buscando a Debbi, y le había dejado el mensaje de que la llamara de inmediato. Debbi cobró ánimo para la inevitable sensación de culpa que le provocaría Ellen por la manera en que estaba tratando a su madre. Las primeras palabras de Ellen no sorprendieron a Debbi en absoluto. Se la imaginó allí plantada, con una mano en la cadera, los labios fruncidos en ademán de censura.

«Tienes que venir a casa», dijo Ellen.

«No pienso ir a casa —respondió Debbi—. Ni pensarlo».

Ellen y Debbi tienen recuerdos distintos de lo que se dijo exactamente a continuación, pero las dos coinciden en que Debbi entendió enseguida que tenía que ir de inmediato. Era urgente. Debbi iba sentada en el asiento delantero de la furgoneta Volkswagen de su amigo en el trayecto hasta allí, con toda suerte de posibilidades invadiéndole la mente. Lo que más recuerda de cuando llegó a Toltec Way es la cinta amarilla del escenario del crimen, cómo acordonaba no solo la propia calle, sino también la segunda casa en el lado oeste. El granero grande rojo. La casa de tía Bárbara.

Qué raro era ver a docenas de personas arremolinadas en aquella calle sin salida, por lo general vacía. Agentes de uniforme. Inspectores de traje. Los medios de comunicación. El barullo tenía un cariz de estrés y confusión. Gente que se movía aprisa, que se juntaba y luego daba media vuelta, que buscaba información con expresión crispada. Hicieron pasar a Debbi por debajo de la cinta de la mejor manera que pudieron. Ella atravesó el clamor como aturdida.

«¡Por qué coño no desapareces de mi vida!».

El corazón le dio un vuelco cuando vio el coche de su madre, un Datsun 280ZX marrón, aparcado en el camino de entrada.

Y luego reconoció otro vehículo, un Camaro blanco con dos franjas de coche de carreras, aparcado delante de la casa.

«¿Dónde está Greg? —preguntó Debbi, a nadie en concreto; lo buscó con la vista, alzando cada vez más la voz—. ¡Quiero hablar con Greg!».

En la calle sin salida, la gente se quedó inmóvil y se volvió hacia ella al unísono; era una muchedumbre de cejas arqueadas. Repetían dos palabras acercándose a ella, una armonía extraña y punzante que agudizó el trance como de sueño en el que flotaba Debbi mientras se abría paso hacia el lugar donde esperaba que estuviera su madre.

«¿Qué Greg? ¿Qué Greg? ¿Qué Greg?».

[NOTA DEL EDITOR: la siguiente sección se ha reconstruido a partir de los apuntes de Michelle y de un artículo titulado «Writer's Cut» («La versión del escritor») que publicó en la edición digital de la revista Los Angeles como continuación de «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), artículo suyo aparecido en la misma publicación en febrero de 2013.]

Greg era Gregory Sanchez, un programador informático de veintisiete años de edad que conoció a Cheri Domingo a finales de la década de los setenta, cuando los dos trabajaban en Burroughs Corporation. Estuvieron saliendo por temporadas de 1977 a 1981, y dejaron y retomaron su relación tantas veces que, cuando finalmente rompieron, Debbi dio por sentado que no era más que otra pausa.

Greg tenía ocho años menos que Cheri, y a veces se notaba. Era un hombre que se preocupaba por serlo. Montaba en moto. Conducía un Camaro con franjas de coche de carreras. Hacía de entrenador en las

ligas infantiles de béisbol y fútbol americano, y tenía en casa una habitación equipada con todos los componentes imaginables de alta fidelidad. Greg estaba en forma, y siempre vestía bien. Al igual que Cheri, se cuidaba mucho. Tenían en común cierta meticulosidad. Ninguno de los dos había tenido mucho mientras crecía, y, en consecuencia, cuidaban bien lo que tenían. Durante cuatro años, la trayectoria de su relación fue sin duda circular. Ella esperaba que madurase. Él esperaba que Debbi se relajara. Al final, se hartaron. Los dos empezaron a salir con otros.

En junio de 1981, Burroughs Corporation anunció que iba a cerrar su sucursal de Santa Bárbara. Sanchez planeó un viaje a la costa Este en busca de oportunidades laborales en la sucursal de Florida. El mes siguiente, mientras Debbi estaba alojada en el refugio Klein Bottle, Greg se puso en contacto con ella y la invitó a comer.

Greg y Debbi habían sido íntimos. Él era como de la familia. No una figura paterna, pues tenía una edad a medio camino entre la de Cheri y la de Debbi, sino más bien algo parecido a un hermano mayor. Era divertido y la trataba bien. Le gustaba llamarla Debra D.

«Greg, no me llamo Debra», le recordaba ella.

«No pasa nada, Debra D —le tomaba el pelo él—. No te preocupes».

Mientras comían hamburguesas esa tarde de mediados de julio, Greg le dio a Debbi la noticia de que se mudaba a Florida. Le explicó que quería que lo supiera por él, en vez de enterarse más tarde, porque sabía que la destrozaría. No se quedó mucho menos alicaída al oírlo directamente de sus labios.

«Le he pedido matrimonio a tu madre un montón de veces —dijo él con resignación—. No se casará nunca conmigo».

Cheri se consideraba muy mayor para Greg, un razonamiento que a Debbi le parecía ridículo.

Lo que no sabía Debbi era que Greg ya estaba viéndose con otra.

Había conocido a Tabitha Silver* en mayo. Los dos vivían en la misma urbanización, y Greg había salido con su amiga íntima

Cynthia.* Cynthia seguía siendo amiga de Greg, y al final le presentó a Tabitha. Empezaron a salir, y su relación avanzó deprisa. En apenas tres semanas, Greg se maravillaba —no sin cierta inquietud— de la rapidez con que lo suyo había empezado a ir en serio.

Pero no era un buen momento. Las vidas de ambos estaban en un estado de transición. Tabitha iba a comenzar los estudios de odontología en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) en otoño, y, entre tanto, se había ido de Santa Bárbara y había vuelto a su hogar en San Diego a pasar el verano. La situación laboral de Greg estaba en el limbo, y él se estaba planteando mudarse a Florida.

«No es el mejor momento en mi vida para comprometerme», le dijo Greg.

«¿Y cuándo lo será? —repuso Tabitha—. ¿Cuando estés a dos metros bajo tierra?».

Greg regresó de Florida el 23 de julio y telefoneó a Tabitha de inmediato. Había decidido que iba a quedarse en California después de todo. Florida estaba muy lejos de su familia y de sus amigos. Cuando solo faltaban unos días para que ella cumpliera los años, la invitó a pasar el fin de semana en Santa Bárbara.

Ella fue ese sábado, y pasaron el día juntos. Él le insinuó una propuesta de matrimonio. La noche siguiente, Tabitha se presentó en la puerta de su apartamento. Él la sorprendió con un cambio de planes: iba a pasar la velada con una amiga en lugar de con ella.

Esa amiga era Cheri Domingo.

Un vecino de Cheri Domingo oyó un disparo, seguido de una voz en mitad de la noche, una mujer que hablaba con alguien en tono controlado e impasible y decía algo así como «Tómatelo con calma». Eso fue con toda probabilidad lo último que dijo Domingo en su vida.

Los investigadores desarrollaron más adelante la teoría de que el roce característico de la puerta del dormitorio contra la moqueta alertó a Sanchez de que había un intruso. Por lo visto había peleado con el asesino.

Un inspector familiarizado con el caso recordaba la voz de la

mujer, con una firmeza como para reconducir la situación, que oyó el vecino por casualidad. «Ella lo cabreó», dijo.

Esta vez, el asesino se llevó las ligaduras. Se estaba adaptando, eliminando pruebas.



El lunes por la mañana, un agente inmobiliario llegó al 449 de Toltec Way para enseñar la propiedad a un posible comprador y a su familia. Entró en la casa con su propia llave, y, al acceder al dormitorio principal, descubrió los cadáveres de un hombre y una mujer. Hizo salir de inmediato de la vivienda a los clientes y llamó a la policía.

Las dos víctimas estaban desnudas. El cuerpo de Sanchez estaba medio metido en el armario, postrado boca abajo. El asesino le había tapado la cabeza con un montón de ropa arrancada del perchero superior. Cerca del cadáver había una linterna; las pilas tenían huellas dactilares de Sanchez, lo que indica que procedía de la casa.

Sanchez había recibido un disparo en la mejilla, probablemente mientras forcejeaba con el agresor o se resistía. Esa herida no era mortal. Las veinticuatro heridas traumáticas, infligidas con un instrumento desconocido, sí lo eran. Domingo estaba boca abajo en la cama en un charco de sangre. La habían matado a golpes con el mismo instrumento. Estaba cubierta con un edredón a juego con el papel pintado. Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda como si la hubieran atado. Las marcas de ligaduras en las muñecas corroboraban esta idea.

Los investigadores encontraron un ventanuco abierto en el cuarto de baño de invitados de abajo. Habían retirado la mosquitera y la habían escondido entre los arbustos, detrás de un enebro. Aunque la ventana era muy pequeña para que entrase por ella un hombre adulto, dedujeron que el autor había metido el brazo por ella y abierto la puerta exterior del cuarto de baño.

Los agentes que procesaban el escenario del crimen se fijaron en

los contornos de dos herramientas que habían sido retiradas de un estante polvoriento con útiles de jardinería en el pasillo. Uno era claramente de una llave inglesa. La herramienta que había dejado el otro contorno fue identificada luego por el exmarido de Cheri como un instrumento de jardinería llamado obturador de césped. Ni el obturador ni la llave inglesa llegaron a ser localizados.

La policía fue puerta por puerta hablando con la gente del vecindario. El vecino de al lado dijo haberse despertado a eso de las dos y cuarto debido a unos perros que ladraban. Su esposa y él miraron por la ventana. No vieron nada preocupante, y volvieron a acostarse.

Dos chicos de trece años de edad dijeron a la policía que estaban paseando por el barrio a eso de las diez menos cuarto de la noche cuando vieron a alguien detrás de un árbol grande a una manzana del escenario del crimen. Les pareció que el individuo era un hombre, pero no estaban seguros; entre las sombras, no era más que una mera silueta oscura.

Len y Carol Goldschein* informaron de que habían salido a pasear esa noche y tuvieron un encuentro extraño. A las diez y media aproximadamente, cuando iban hacia el oeste por University Drive, se fijaron en que un desconocido parecía seguirlos, y estaba cada vez más cerca. Cuando doblaron hacia Berkeley Road, el sujeto cruzó la calle y siguió caminando en paralelo a ellos.

El hombre era blanco, de en torno a veinte años, de uno ochenta y cinco más o menos, complexión esbelta y pelo muy rubio y liso que le llegaba hasta el cuello. Iba recién afeitado. Vestía una camisa estilo Ocean Pacific y pantalones azul claro, de pana o, quizá, de tela vaquera.

Alrededor de las once de esa misma noche, Tammy Straub* y su hija Carla* hacían *jogging* por Merida Way cuando vieron a un joven sospechoso con un pastor alemán que miraba el garaje de una de las casas. Estaba totalmente inmóvil, de espaldas a ellas, como si se hubiera quedado de piedra. Aparentaba veintitantos o treinta años de

edad, medía más o menos un metro ochenta y era fornido. Tenía el pelo rubio y vestía pantalones de tenis blancos o beis y camisa de color claro. Después se elaboró un retrato robot.

Los inspectores descubrieron que, en la tarde de la víspera de los asesinatos, la agente inmobiliaria Cami Bardo* había mostrado el «granero grande rojo» a posibles clientes en una jornada de puertas abiertas. Mientras estaba ocupada con otro grupo, entró un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad, y, sin decir palabra, empezó a explorar la casa. Antes de que ella pudiera interrumpir la conversación que mantenía, el hombre se fue.

Una vez terminada la visita, Bardo inspeccionó la casa y se fijó en unos fragmentos de metal en la cocina. Al volver la vista atrás, cayó en la cuenta de que podían corresponderse con los de un dispositivo de cierre de la puerta trasera de la casa.

Bardo describió al extraño visitante de la jornada de puertas abiertas como un hombre de intensos ojos azules y cabello corto castaño claro con rizos y reflejos por efecto del sol. Estaba bronceado, medía en torno a uno ochenta y llevaba una camiseta verde cocodrilo y Levi's desgastados. Se reunió con el dibujante del Sheriff de Santa Bárbara y se hizo un retrato robot.

Al principio, la policía se planteó la posibilidad de que hubieran entrado unos traficantes de droga en la casa y asesinado a la pareja, pero quienes conocían a las víctimas dijeron que esa idea era ridícula. Ninguno de los dos consumía drogas. Entonces, los inspectores pusieron en su punto de mira al exmarido de Cheri. Después de apretarle las tuercas despiadadamente, investigaron su coartada. Encajaba.

Con el paso de los años, los vecinos de la zona apodaron al fantasma responsable de la frustrada agresión y los dos asesinatos dobles como el Asesino del Arroyo. Puesto que ninguna de las parejas estaba casada, hubo quien especuló con que el asesino era un fanático religioso que quería castigar a quienes consideraba que vivían en pecado. Mientras tanto, los investigadores de Santa Bárbara seguían

convencidos de que el asesino era un canalla local llamado Brett Glasby.

Glasby, a quien los investigadores de Santa Bárbara identificaron como posible sospechoso en 1980, era un matón local famoso por su crueldad y su temperamento violento. Nadie tenía nada bueno que decir de él. Era un cabronazo de primera. Glasby, ladrón consumado, estaba tangencialmente relacionado con la víctima Robert Offerman: él y unos delincuentes a los que frecuentaba fueron los principales sospechosos de la salvaje paliza que recibió un conserje que trabajaba en el edificio de oficinas de Offerman. Glasby vivía en el área investigada y también tenía acceso a un Smith & Wesson del calibre 38, el mismo tipo de arma utilizado en los homicidios de Offerman y Manning. Pero los análisis de balística descartaron el arma, y ninguna prueba física llegó a relacionar a Glasby con alguno de los crímenes.

El propio Brett Glasby fue asesinado, junto con su hermano Brian, en 1982. Los dos estaban de vacaciones en México cuando fueron a la playa de San Juan de Alima para lo que creían que iba a ser una transacción de droga. Una vez allí, les robaron y los mataron a tiros en lo que resultó ser una trampa. El Departamento del Sheriff de Santa Bárbara sostenía que Glasby era probablemente el autor de los dobles homicidios de Offerman/Manning y Sanchez/Domingo, y se ciñó a esa conclusión incluso después de que la unidad de casos pendientes del condado de Orange vinculase el *modus operandi* de los crímenes con el del Acechador Nocturno Original, cuyo último delito conocido fue cometido en 1986, cuatro años después de la muerte de Glasby.

En 2011, años después de intentos que no condujeron a nada, se obtuvo con éxito una huella de ADN a partir de material genético degradado que se recuperó de una manta en el escenario del crimen de Sanchez/Domingo. Este establecía un vínculo concluyente entre los casos del Violador de la Zona Este y el Acechador Nocturno Original.

Al igual que Joe Alsip, Brett Glasby resultó no ser más que otra pista falsa.

Nadie le dijo nunca a Debbi Domingo que quizá el asesino de su madre se había cobrado otras víctimas. Solo lo averiguó a principios de la década de 2000, cuando los programas de crímenes reales empezaron a ofrecer perfiles de los casos del Acechador Nocturno Original. Para entonces, Debbi trabajaba de vigilante de prisión en Texas, desintoxicada después de casi una década de adicción a la metanfetamina. Su vida había descarrilado por completo después del asesinato de su madre.

Ese día de julio, cuando Debbi, con quince años de edad, se enteró de la muerte de Cheri, llamó a su abuela y le dijo que su madre había muerto.

«Debbi —respondió su abuela—, no está bien que hagas esas bromas».

Se mudó a San Diego casi de inmediato. Su familia materna fue desapareciendo poco a poco de su vida. Poco después de la muerte de su madre, oyó una conversación familiar que la obsesionaría. «Linda —le dijo su abuela a su tía—. Cómo me alegro de que no murieras tú. No sé qué haría si hubieras sido tú».

Con los años, Debbi ha intentado ponerse en contacto con su abuela y su tía, esperando retomar su relación. Ellas no han respondido nunca.

CONDADO DE ORANGE, 2000

Los veteranos del Departamento del Sheriff del condado de Orange estaban acostumbrados a ver el ceño fruncido de Larry Pool, las fotos de las víctimas clavadas en el tablón de anuncios de su cubículo, las carpetas acumulándose a su alrededor como una fortaleza inhóspita.

«Ese tipo está muerto —le decían rotundamente a Pool, como si repitieran el resultado de un partido de baloncesto de anoche—. O cumpliendo cadena perpetua. Esos tipos no se detienen nunca».

«Esos tipos» eran los sociópatas, los asesinos en serie, los monstruos. Los llamaras como los llamases, la opinión más aceptada era que los criminales en serie sumamente violentos no dejaban de matar hasta que les obligaba a ello la muerte, la incapacidad o la cárcel. El objetivo de Pool había actuado por última vez en 1986. Corría el año 2000.

«¿Por qué le das tanta importancia?», le pinchaban los veteranos a Pool. Esa actitud le molestaba. Hacía que se inflamara su sentido de la rectitud, y lo reafirmaba en una convicción que guardaba para sí mismo: iba a atrapar a ese tipo.

En Santa Bárbara no se usaba todavía el ADN, pero el *modus operandi* del crimen era tan claro que Pool lo incluyó en aquella serie de asesinatos junto con Cruz. Del 1 de octubre de 1979 al 5 de mayo de 1986, diez cadáveres, dos supervivientes. El alcance del caso daba

mucho con lo que trabajar a los investigadores. Decidieron posponer cualquier contacto con los medios de comunicación hasta que hubieran agotado las pistas. No querían que el asesino recelara. Pool coincidía con los veteranos en que un tipo tan prolíficamente violento bien podía estar cumpliendo condena en alguna parte por un delito grave. Revisó expedientes de detención. Mirones. Merodeadores. Ladrones. Violadores. Exhumaron el cadáver de un expreso en Baltimore. Nada de nada.

Pool mantenía activada en la cabeza la orden de búsqueda. Un día se remontó a la primera autopsia a la que había asistido, hacia el final de su formación en la Academia de Policía. Sacaron el cadáver de la bolsa y lo tendieron sobre la mesa de acero. El hombre fallecido medía uno ochenta y cinco metros, tenía el pelo moreno y era musculoso. Y estaba atado de pies y manos. Llevaba zapatos de mujer, medias de nailon, bragas y un sujetador con relleno. La causa de la muerte era envenenamiento con tolueno; había estado esnifando pegamento de un calcetín mientras se entregaba a alguna clase de experiencia autoerótica. Pool vio que había eyaculado en las bragas. La imagen le causó impresión a Pool, tan puritano. Al volver la vista atrás, se preguntó si quizá su asesino experimentaría a veces atándose cuando no disponía de una víctima. Hizo memoria, y situó la autopsia en octubre de 1986, cinco meses después del último asesinato.

Recuperó el historial del tipo atado de pies y manos. No tenía antecedentes delictivos; no había relación alguna con los escenarios de los otros crímenes. Lo habían incinerado. «Si era el tipo que cometió los asesinatos —pensó Pool—, lo llevamos claro». Pool recabó los informes del juez de instrucción del 5 de mayo al 31 de diciembre de 1986 en todos los condados del sur de California, y empezó a revisarlos a fondo. No surgió ninguna pista. Pasado un tiempo, acudir a los medios no parecía tan mala opción.

La edición del 1 de octubre de 2000 del *Orange County Register* publicó el primer artículo sobre el vínculo del ADN: «El ADN podría señalar al asesino en serie de la zona», decía. La semblanza de Pool

mencionaba que tenía noventa y tres carpetas con material sobre el caso en su despacho.

«Nuestro asesino es el “Acechador Nocturno” original», declaró Pool.

Solo tenía intención de puntualizar que los crímenes de su asesino eran anteriores a los de Richard Ramirez, alias el Acechador Nocturno, que aterrorizó el sur de California entre 1984 y 1985, pero, para gran disgusto suyo, el confuso apodo arraigó. A partir de entonces sería el Acechador Nocturno Original.

El artículo comenzaba con la especulación en torno a dónde podía estar el asesino. Muerto. Entre rejas. Planeando el siguiente asesinato. No se hacían conjeturas sobre su pasado. En privado, muchos investigadores del condado de Orange sospechaban que el asesino procedía de Goleta, pues fue allí donde empezaron los asesinatos. Un colega de Pool, Larry Montgomery, fue hasta allí y pasó unos días haciendo preguntas a maestros de primaria, jubilados y en activo, del barrio en torno al arroyo de San José; les interrogó acerca de si recordaban a jóvenes problemáticos a los que hubieran dado clase a mediados de los años sesenta, chicos que los preocuparan por motivos como que torturasen a animalillos. Larry regresó con varios nombres, pero los investigaron y habían llegado a ser personas maduras convencionales.

La agresión del 1 de octubre de 1979 tenía algunos elementos juveniles que sugerían la posibilidad de que fuera un maleante de la zona. La bicicleta de diez marchas robada. El cuchillo de cocina cogido en el interior de la casa. Pero otras pistas, pasadas por alto en aquel momento, sugerían que tenía experiencia adquirida en algún otro lugar, no entre la bruma de marihuana de las pandillas de surfistas, que le daban mucho a la lengua pero no cometían apenas delitos, sino en una situación de aislamiento, retirada pero compulsiva: la alienación canalizada hacia la técnica criminal pura y dura. Aquella noche no se limitó a abrir con una palanca la cerradura de la casa de la pareja. Arrancó el marco de la puerta y lo lanzó por encima de la

verja.

¿Y el hecho, asimismo, de que, yendo en una bicicleta de diez marchas, fuera capaz de escapar de un agente armado del FBI que lo perseguía en coche, con una flota de ayudantes del sheriff en camino? Stan Los, el agente del FBI que lo persiguió, tendría que encajar más adelante pullas de los polis locales por no haberle disparado. A Los le molestaban las bromas, pero seguía defendiendo su actuación. Lo único que tenía era a una mujer gritando y un hombre blanco normal y corriente en bicicleta que aceleraba cada vez que Los le gritaba o le tocaba la bocina. Carecía del contexto necesario para disparar.

Los no era adivino. No podía haber predicho, cuando el individuo dejó tirada la bici en la acera y se fue corriendo por entre el 5417 y el 5423 de San Patricio Drive saltando la verja, que la siguiente vez que saldría a colación, el tipo estaría más curtido, sus nudos serían más apretados, y ya no necesitaría canturrear para darse ánimos; sería un asesino hecho y derecho. La noche de la persecución, pedaleaba para escapar de Los, evidentemente, pero también iba a toda velocidad hacia algo más, un estado de ánimo en el que las trivialidades cotidianas desaparecían y las fantasías compulsivas que chapoteaban en los márgenes de sus pensamientos salían a la superficie y cobraban fuerza.

Los no podía haber disparado. Eso no quiere decir que no reconstruya de vez en cuando los acontecimientos de aquella noche, los segundos perdidos volviendo a arrancar el coche, los giros de 180 grados, la figura sobre la bici a cincuenta metros escasos, fusionándose con el margen derecho de las luces de su coche, cómo los faros parecían hacer las veces de una especie de orden. La bici tirada en el suelo. El hombre corriendo. Si Los hubiera tenido la capacidad de prever en qué se convertiría el tipo, habría apuntado con su 38 especial y lo habría abatido allí mismo.

Todo el mundo coincidió en que el 1 de octubre de 1979 fue el momento decisivo, la noche en que un asesino en ciernes dio el paso definitivo.

El merodeador misterioso acabaría centrándose en un barrio hacia el noreste en torno a la intersección de Cathedral Oaks y Patterson, en un radio de cinco kilómetros cuadrados. Las tres agresiones de Santa Bárbara se producirían en lugares adyacentes al arroyo de San José, un riachuelo que nace en las montañas cubiertas de laurel y serpentea a través del este de Goleta antes de desembocar en el Pacífico. El tramo del arroyo que discurre por las zonas residenciales de las afueras es un sueño a lo Huckleberry Finn de piedras cubiertas de moho, columpios de cuerda y colillas de delincuentes, y está cubierto por un dosel de árboles. Al contemplar los escenarios del crimen en un mapa de Goleta, a Pool le llamó la atención cómo el asesino se ceñía al arroyo igual que si de un cordón umbilical se tratara.

Las agresiones de Goleta también eran dignas de atención por otro motivo. El control era el código escogido por este criminal. Eran las ataduras. Los ataques relámpago. Quizá fuera un perdedor que pasaba inadvertido durante el día pero se hacía valer así en las casas donde irrumpía, una máscara estática que imponía el horror. A veces dejaba leche y pan en la encimera de la cocina: el psicópata daba a entender que tenía tanta confianza en sí mismo como para estar ocioso.

Aun así, este maestro del crimen había perdido el control en Goleta. Actuó tres veces allí, y tres veces fueron desbaratados sus planes. Nunca fue capaz de agredir sexualmente a las víctimas femeninas; en el primer ataque, ella escapó, y en el segundo y el tercero, los hombres ofrecieron resistencia y murieron a tiros. Probablemente le preocupó que los disparos alertaran a la policía, conque se apresuró a matar a las víctimas femeninas y huyó.

Seguir en sentido inverso el desarrollo depredador del asesino era como ver una película de terror hacia atrás, pero era importante rebobinar. «Un criminal es más vulnerable en su historial que en su futuro», escribe David Canter, destacado psicólogo forense, en su libro *Criminal shadows* («Sombras criminales»). Canter cree que la clave para resolver una serie de crímenes es averiguar lo que ocurrió antes del

primero en lugar de establecer hacia dónde fue el autor después del más reciente. «Es posible que, antes de cometer el crimen, ni él mismo supiera que lo iba a hacer —escribe Canter—, conque quizá entonces no fue tan cuidadoso como más adelante».

De que más adelante sería cuidadoso no cabe duda. Se dedicaba a observar. Hacía cálculos. Véase, por ejemplo, Ventura. Actuó en múltiples ocasiones en los condados de Santa Bárbara y Orange, pero solo una en Ventura. ¿Por qué? La detención de Joe Alsip por los asesinatos de los Smith fue una noticia bomba. ¿Por qué arriesgarse a cometer otro doble homicidio en Ventura, planteando dudas en torno a la culpabilidad de Alsip, cuando el pobre desgraciado estaba a punto de cargar con las culpas?



El que los tres allanamientos ocurrieran en Goleta, una población del condado de Santa Bárbara menos elegante y de desarrollo más reciente, no evitó que el Departamento del Sheriff intentara mantener los crímenes en secreto. Como la mayoría de las instituciones longevas, el Departamento del Sheriff de Santa Bárbara había desarrollado una cultura organizativa, y tenía reputación de cultivar el aislamiento y el secretismo. A un inspector se le podía erizar el vello de la nuca por lo que veía en un escenario del crimen, pero su puesto le exigía mantener la cara de póker ante la galería. Desde luego esa era la impresión que intentaba transmitir el inspector del Sheriff O. B. Thomas la tarde del viernes 31 de julio de 1981 cuando empezó a sondear el vecindario del número 449 de Toltec Way, cinco días después de que fuera el primero en responder a la llamada de auxilio efectuada desde allí. Sondear consiste en llamar a la puerta de los vecinos y preguntarles si presenciaron algún incidente o vieron algo poco habitual o sospechoso. No había necesidad de sembrar el pánico entre la gente. Thomas planteaba las preguntas, pero no revelaba gran cosa sobre lo que había ocurrido. Por su expresión, nadie sabría lo que

él había presenciado.

Linda vivía a una manzana de Toltec Way. Cuando el inspector Thomas llamó a su puerta y sacó la libreta, desencadenó un recuerdo. A ella le vino a la cabeza el perro herido, el jardín encharcado y la curiosa ausencia de algún objeto afilado en su patio trasero o el de su vecino que hubiera podido causarle el tajo al animal. Se lo contó al inspector Thomas, quien le preguntó si recordaba la fecha del incidente. Linda hizo memoria y, luego, consultó la agenda. El 24 de septiembre de 1979, dijo.

La importancia de la fecha les quedó clara de inmediato. Era una semana antes de la primera agresión. Los inspectores sabían muy poco acerca del sospechoso que buscaban, al margen de lo que les había dicho un testigo que lo había visto huir en la penumbra: era un hombre blanco adulto. No sabían qué lo había llevado hasta ese tranquilo enclave de viviendas construidas en serie, pero sí sabían otras cosas. Llevaba cuchillo; lo había dejado caer al huir del primer escenario. Era un merodeador nocturno; habían seguido las huellas que dejaba al ir de casa en casa en busca de sus víctimas. Y le gustaba el arroyo. Quizá se servía de la maleza y el manto de árboles para moverse sin ser visto. Igual tenía un pasado por allí, había jugado de niño entre las piedras cubiertas de musgo y los columpios de cuerda. Por la razón que fuera, las huellas de calzado y las ligaduras preparadas de antemano que había dejado señalaban su presencia allí. Y las tres casas que había allanado tenían una característica en común: estaban cerca del arroyo.

Desde donde estaban, Linda y el inspector Thomas alcanzaban a ver la maraña de árboles y la cerca blanca de madera que bordeaban el arroyo. Allí estaba el puente peatonal del que había surgido Kimo aquella noche, su radar alertado por algo que se movía en la oscuridad y que no debería estar allí. Empezaba a quedar claro lo que probablemente ocurrió a continuación. El perro salió corriendo entre las casas para husmear, y el merodeador, sorprendido y sin duda molesto, le lanzó una cuchillada para que se alejara. Igual se manchó

de la sangre de Kimo y usó la manguera de Linda para limpiársela. A menudo había indicios de su presencia en un vecindario antes de actuar, detalles pequeños, inquietantes, que solo se entendían en retrospectiva.

Años más tarde, después de la invención de Google Earth, investigadores de casos pendientes crearon un mapa digital y una cronología detallando el violento rastro del sospechoso por California. Unos iconos de chincheta color amarillo intenso a lo largo del arroyo de San José representan los lugares donde actuó en el noreste de Goleta. El barrio no ha cambiado mucho en treinta y cinco años. Si se cierra más el zoom se ve el jardín trasero donde se advirtió su presencia por primera vez gracias al gañido de un perro en la noche. La profundidad de sus huellas de calzado indica que a menudo permanecía en la misma posición durante largos periodos, pegado a una pared o agazapado en un jardín. Es fácil imaginarlo plantado en el jardín trasero a oscuras mientras Kimo gimotea allí delante, su dueño llama a las puertas y, luego, se acerca el retumbo de un coche para llevárselos. La quietud vuelve a adueñarse de la noche. Él se desliza entre las casas, abre la manguera para lavarse las salpicaduras de las zapatillas y, después, se escabulle, dejando a su paso minúsculos riachuelos de sangre aguada que desaparecen entre la hierba.

CONTRA COSTA, 1997

«¿Qué quiere decir VZE?», preguntó Paul Holes.

John Murdock se quedó descolocado un momento. Hacía años que no oía ese acrónimo.

«¿Por qué?», indagó Murdock.

Estaban sentados uno a cada lado del pasillo en un vuelo a un congreso de la Asociación de Criminalistas de California. Era 1997. Murdock se había jubilado recientemente de su puesto de jefe del laboratorio forense de la Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa. Su especialidad eran las armas de fuego y las marcas de herramientas. Cuando estaba cerca de los treinta años de edad, Holes había entrado a trabajar como ayudante criminalista del sheriff poco después de obtener una licenciatura en bioquímica por la Universidad de California en Davis (UC-Davis). Empezó en toxicología forense, pero enseguida se dio cuenta de que su pasión era la investigación del escenario del crimen. Entonces, su curiosidad hizo que se le quedara pequeño el microscopio. Empezó a acompañar a los investigadores; él era un investigador de casos pendientes atrapado en un laboratorio forense. Le gustaba frecuentar el Almacén de Pruebas, sacar cajas de casos sin resolver. Lo que encontraba eran historias, declaraciones, fotografías, reflexiones incompletas garabateadas en los márgenes por un investigador distraído. Las ambigüedades no existen en el

laboratorio. Los expedientes de casos pendientes están plagados de ellas. Los enigmas lo atraían.

«Paul, eso no es cosa tuya», le reprendía más de un criminalista. A él le daba igual. Poseía el generoso talento de un Eagle Scout para mostrarse agradable mientras hacía exactamente lo que quería. Y lo que él quería, se dio cuenta, era ser investigador. Esperaba el momento de dar el salto a esa división cuando surgiera la oportunidad.

Pese a su diferencia de edad, Murdock y Holes reconocieron tener algo en común: destacaban como científicos, pero lo que les cautivaba eran las historias. Todos los días, después de acabar su trabajo en el laboratorio, Holes se sentaba a revisar antiguos expedientes de casos, abrumado y fascinado por los oscuros caminos del comportamiento humano. Los casos pendientes se le quedaban en la memoria. Tenía la falta de tolerancia con la incertidumbre propia de los científicos. Tras devorar infinidad de cajas de casos sin resolver, reparó en un patrón; los informes más meticulosos del escenario de un crimen los firmaba siempre la misma persona: John Murdock.

«He visto VZE escrito en grandes letras rojas en unas carpetas guardadas aparte en un archivador», le explicó Holes a Murdock.

Holes no había profundizado aún en esos expedientes, pero era evidente que los habían guardado aparte con un cuidado especial, casi como algo sagrado.

«VZE son las iniciales del Violador de la Zona Este», explicó Murdock.

Sin duda tenía el nombre catalogado en la cabeza, su importancia en absoluto atenuada por el paso del tiempo.

«Ese no lo conozco», confesó Holes.

Durante el resto del vuelo, a treinta mil pies de altitud, Murdock le contó la historia a Holes.

Era un merodeador calentorro. Apenas llamó la atención de la poli al principio. A mediados de julio de 1976, ese tipo apareció en el dormitorio de una joven en el este de Sacramento haciendo «el

bailecito sin pantalones», vestido con camiseta y nada más. Cuchillo en mano. Amenazas entre susurros. Desvalijamiento. La violó. Fue violento, pero, en 1976, en Sacramento había depredadores frikis más que de sobra. El pasamontañas y los guantes sugerían cierta inteligencia, pero los exhibicionistas son por lo general adolescentes colocados a los que sus madres acaban por llevar a comisaría cogidos por el cogote.

Aquello no volvió a ocurrir. Hubo más violaciones. Veintidós en once meses. Sus métodos eran característicos e invariables. Al principio se presentaba como un mero ladrón para que las víctimas se mostraran sumisas. Las mujeres, como objetos amordazados, actuando de acuerdo con sus especificaciones. Las manos y los pies atados y vueltos a atar, a menudo con cordones de zapatos. Agresiones sexuales que curiosamente evitaban los pechos y los besos. El saqueo como estimulación. Subiendo alegremente las apuestas a medida que la zona este de Sacramento era presa del pánico a gran escala. Se cebaba con parejas dormidas. Apilaba platos sobre la espalda del hombre atado, amenazando con matar a la esposa o la novia si oía caer los platos. El Violador de la Zona Este era el hombre del saco en el dormitorio, el desconocido que sabía demasiado: la distribución de las casas, el número de hijos, los horarios de trabajo. El pasamontañas y la voz áspera impostada sugerían un *alter ego*, pero ¿de quién?

En el Departamento del Sheriff de Sacramento chocaban con muros. Chocaban con fuerza. Detenían a los mismos jóvenes blancos una y otra vez. No era el indicado. O quizá lo era. Ahí estaba el problema. Todos los investigadores del Grupo Operativo del VZE tenían su propia imagen mental del rostro del sospechoso, pero no había dos iguales. Era un porrero rubio con casaca militar. Un mormón en moto. Un elegante agente inmobiliario de tez aceitunada.

Carol Daly era la investigadora jefe de ese grupo operativo. Para la vigésima segunda violación, después de otro desplazamiento al hospital a las tres de la mañana con una víctima afligida, la sorprendió

un pensamiento turbio. «Quiero a mi marido. Odio a los hombres».

Lo que impedía al investigador Richard Shelby conciliar el sueño por la noche eran los repetidos informes verosímiles en torno a un merodeador sospechoso que, cuando alguien lo veía, se iba «andando como si nada».

El bicho raro de los cojones iba sin prisas.

La comunidad empezó a vislumbrar el miedo en los ojos de los ayudantes del sheriff. El VZE estaba al acecho en las cabezas de la gente. En todas ellas. El anochecer provocaba un temor colectivo. Parecía imposible que nunca lo hubieran pillado. La ley de las probabilidades acabaría haciendo que lo cogieran, pero ¿quién era el pringado que iba a quedarse esperando?

Entonces, tan misteriosamente como había aparecido en el este de Sacramento, desapareció, después de un reinado de terror de dos años, de 1976 a 1978.

«Vaya —exclamó Holes—. Y luego, ¿qué pasó?».

Murdock recordó que Holes tenía unos diez años de edad por entonces, y que fue ajeno a la parálisis en masa que causó aquello, con sus giros, falsas esperanzas y callejones sin salida. Su única relación con el caso era que había visto unos expedientes en los que alguien había escrito en rojo VZE.

«Reapareció en la zona del Este de la Bahía —continuó Murdock—. Vino a nosotros».

Holes empezó a preguntar a amigos y colegas mayores sobre el VZE, y le sorprendió lo omnipresente que había sido el caso. Todo el mundo tenía alguna historia. Su sheriff adjunto recordaba los helicópteros dando vueltas en lo alto, los reflectores errantes iluminando las tranquilas subdivisiones. Un profesor de la UC-Davis dijo que su primera cita con su mujer fue como parte de las patrullas nocturnas para prevenir violaciones. Uno de sus colegas de trabajo le dijo en confianza a Holes que su hermana fue una de las víctimas.

Entre octubre de 1978 y julio de 1979, después de que el agresor se desvaneciera del norte de California, se dieron once casos del VZE en

el área del Este de la Bahía y su periferia, incluidos dos en San José y uno en Fremont. Intentar hacer progresos veinte años después era descorazonador. Los departamentos de policía locales se ocuparon de algunos casos. Todos los organismos, incluidos los del condado de Sacramento, habían destruido las pruebas que tenían. Eso era un procedimiento rutinario en los Almacenes de Pruebas. Los casos habían prescrito. Por suerte, la CCCSO (siglas en inglés de la Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa), donde trabajaba Holes, había conservado sus pruebas. Los expedientes con el acrónimo VZE escrito en rojo no se habían preservado por una casualidad; ayudantes de la CCCSO, desmoralizados en su día, se cercioraron de que quedaran allí. Era lo contrario a colgar una placa de distinción al mérito policial. El VZE era su fracaso. Si el cerebro humano, como aseguran los expertos, es el ordenador más potente del mundo, la vieja guardia quería que sus expedientes, en lugar bien visible, llamaran la atención de alguno de esos jóvenes ordenadores inquietos, lo antes posible y a fondo. A veces, los casos difíciles no eran más que una carrera de relevos.

«Siempre atrapamos a los idiotas», decían los polis. Podían marcar noventa y nueve de cada cien casillas con esa clase de detenciones. Esa casilla sin marcar, no obstante, podía sacarte de quicio hasta el punto de causarte la muerte prematura.



En julio de 1997, Holes empezó a sacar los kits de pruebas de violación relacionados con el VZE del Almacén para ver qué se podía extraer de ellos. El laboratorio forense de la CCCSO no estaba tan adelantado como otros laboratorios de California. Su programa de ADN era relativamente nuevo. Aun así, daba la impresión de que tres kits podían ofrecer material suficiente para elaborar un perfil rudimentario. Holes supuso que, aunque el *modus operandi* del VZE era característico y no había muchas dudas de que las agresiones del

norte de California estaban relacionadas, si lograba demostrar con certeza científica que un solo hombre era el autor de los tres casos de la CCCSO de los que el VZE era sospechoso, la investigación podría ser resucitada. Tendrían ocasión de buscar a antiguos sospechosos y tomarles muestras de ADN.

El proceso de amplificación del ADN llevó un tiempo, pero cuando se obtuvieron los resultados, confirmaban la coincidencia. El mismo hombre, tal como se había predicho, era responsable de los tres casos del condado de Contra Costa. Ahora, Holes tenía un perfil genético básico del VZE que iría siendo más preciso a medida que el laboratorio adquiriera mejor equipamiento. Empezó a indagar en los expedientes de los casos en sí, lo que había dejado de lado mientras se concentraba en la ciencia. Identificó las pautas del VZE. Escoger vecindarios en los que merodear para obtener información. Llamar a las víctimas por teléfono. Prepararse tácticamente.

Holes elaboró una lista de nombres de antiguos sospechosos, y, luego, localizó al inspector jubilado Larry Crompton. Crompton había sido miembro del Grupo Operativo del VZE de la CCCSO en el momento crítico de la serie de casos. Por el número de veces que aparecía el nombre de Crompton en los informes, Holes dedujo que era el líder de facto. O bien había sido un trabajador incansable, o bien se tomaba los casos muy a pecho.

Ponerse en contacto con inspectores jubilados en relación con un caso antiguo puede arrojar resultados muy distintos. Unos se sienten halagados. Muchos se muestran un tanto molestos. Están haciendo cola en la farmacia para que les den la medicación para el corazón. Están instalando tapones de drenaje en el tablón de aparadura del barco de pesca. Tu amable entusiasmo representa la pérdida de unos minutos de su jornada.

Crompton contestó la llamada de Holes como si hubiera estado hablando del VZE en ese momento (es posible que hubiera estado hablando del VZE durante años), y como si esa grata llamada inesperada fuese una continuación natural de una conversación en

curso en el hogar de los Crompton.

Crompton nació en Nueva Escocia, y parece uno de esos rancheros altos, delgados y de semblante honrado en los que John Wayne hubiera confiado en uno de sus westerns. Tiene una manera de hablar un tanto curiosa y entrecortada; nunca titubea, solo hace declaraciones breves y llenas de seguridad a las que les vendría bien un poco más de aire.

Holes quería saber si Crompton recordaba a algún antiguo sospechoso que destacara y mereciera la pena volver a interrogar. Así era, y le dio unos nombres a Holes sin demasiado entusiasmo. Lo que de verdad quería Crompton, según se vio, era que Holes explorase una vieja corazonada suya que sus superiores le habían impedido investigar en su momento.

La cooperación jurisdiccional es como mucho irregular en la actualidad, pero, a finales de la década de los setenta, era patentemente pésima. El teletipo de la policía y las fuentes de chismorreos eran las únicas maneras que tenían los polis de oír hablar de casos de otros organismos. El VZE desapareció de la zona del Este de la Bahía en verano de 1979. Los jefes de Crompton casi se pusieron a bailar de alivio. Crompton fue presa del pánico. Sabía que el tipo estaba intensificando su actividad, que necesitaba ver más terror en los ojos de sus víctimas para disfrutar; las amenazas de matar a sus víctimas, antes más forzadas, eran más severas, pero también más naturales, como si cada vez tuviera menos inhibiciones. Crompton estaba preocupado. Desinhibirse no era precisamente lo que necesitaba el VZE.

A principios de 1980, Crompton recibió una llamada de Jim Bevins, un investigador del Departamento del Sheriff de Sacramento con quien había trabado amistad trabajando en la Fuerza Operativa del VZE. Bevins intentaba apartarse del caso. La presión que ejercía sobre él acabó con su matrimonio. Pero quería decirle a Crompton que estaba oyendo rumores de que Santa Bárbara tenía un par de casos, uno de ellos de homicidio, que llevaban la marca del VZE. Crompton

les telefoneó.

Se pusieron a la defensiva. «Aquí no hay nada de eso», le dijeron.

Varios meses después, en un congreso de formación de todo el estado, Crompton se sentó casualmente junto a un investigador del Sheriff del condado de Santa Bárbara. Se pusieron a charlar de cosas sin trascendencia. Crompton se hizo el tonto. Fingió que quería hablar de trabajo.

«¿Qué se sabe de aquel doble homicidio de hace no mucho?», preguntó.

No dejó que su rostro revelara el escalofrío que sintió mientras escuchaba los detalles.

«Ya te digo, Paul —dijo Crompton—. Llama al sur. Empieza por Santa Bárbara. Tengo entendido que allí aparecieron algo así como cinco cadáveres».

«Eso haré», prometió Holes.

«Sé que es él», aseguró Crompton, y colgó.

Veinte años después de los casos, Holes llamó a Santa Bárbara, y también se encontró con que se cerraban en banda. El Departamento del Sheriff negó tener ningún caso que se pareciera al que él describía. Pero, hacia el final de la conversación, el inspector al otro lado de la línea, o bien recordó algo, o bien decidió no seguir dándole largas al asunto.

«Pruebe en Irvine —le aconsejó—. Me parece que tienen algo parecido».

La llamada de Holes a Irvine lo condujo hasta el Departamento del Sheriff de Irvine, lo cual lo puso en contacto con la criminalista Mary Hong, del laboratorio forense. Holes le explicó que recientemente habían obtenido un perfil de ADN de un hombre blanco sin identificar conocido como el Violador de la Zona Este, o VZE, que cometió cincuenta agresiones sexuales en el norte de California de 1976 a 1979. Los investigadores del VZE siempre sospecharon que se había

desplazado hacia el sur y cometido más crímenes allí. Holes le recitó de un tirón una descripción rápida de su *modus operandi*. Vivienda de una sola planta de clase media o media alta. Allanamientos nocturnos. Parejas dormidas. Los ataba. Violaba a la mujer. Robaba alguna que otra cosa, sobre todo joyas personalizadas que tenían algún significado para la víctima en lugar de objetos más valiosos. El pasamontañas que usaba dificultaba la identificación física, pero las pruebas indicaban un número 42 de calzado, sangre del grupo A, no secretor.

«Se parece mucho a nuestros casos», observó Hong.

En el momento en que hablaron Holes y Hong, sus laboratorios usaban diferentes técnicas de tipificación de ADN, ya que el condado de Orange había sido de los primeros en adoptar la tipificación STR. Pudieron comparar un gen, el DQA1, que coincidía, pero no tenían nada más que contrastar. El laboratorio de Contra Costa tampoco cumplía todavía los requisitos para el CODIS, lo que suponía que no podían acceder a las bases de datos estatales o nacionales. Hong y Holes acordaron seguir en contacto y ponerse al tanto de sus averiguaciones cuando el laboratorio de Contra Costa estuviera preparado.



Los laboratorios forenses financiados por el gobierno padecen todos los altibajos económicos que se puedan imaginar. Los cargos electos saben que reducir las fuerzas policiales no les granjea mucha popularidad, conque los recortes suelen recaer sobre puestos que llaman menos la atención, como los científicos forenses. El material de laboratorio no es barato, y a menudo los directores de laboratorio tienen que presentar solicitudes una y otra vez para obtener lo que necesitan.

Lo que en parte explica por qué al laboratorio de Contra Costa, históricamente pobre, le llevó un año y medio ponerse a la altura del

laboratorio del condado de Orange. En enero de 2001, cuando Contra Costa tuvo listo su equipo de tipificación STR, Holes pidió a un colega suyo, Dave Stockwell, que volviera a analizar las muestras de ADN del caso del VZE para ver si el perfil del delincuente seguía siendo el mismo en los tres casos. Stockwell le informó de que así era.

«Llama a Mary Hong del condado de Orange —le dijo Holes—. Ahora tenemos la misma tecnología. Contrástalo con el suyo».

Stockwell y Hong compararon por teléfono los marcadores.

«Sí», dijo Hong cuando Stockwell leyó uno de los marcadores del VZE.

«Sí», respondió Stockwell a uno de los de ella.

Stockwell volvió al despacho de Holes.

«Coinciden a la perfección».

La noticia apareció en los medios el 4 de abril de 2001. «El ADN vincula violaciones de los años setenta con casos de asesinatos en serie», decía el titular del *San Francisco Chronicle*. Nadie había avisado a las víctimas supervivientes de violación de que iba a salir la noticia, conque muchas se llevaron un sobresalto al abrir el periódico matinal en el desayuno. Ahí estaba, en la primera plana de *The Sacramento Bee*: «Se encuentra una nueva pista sobre una serie de violaciones: décadas después, el ADN vincula al Violador de la Zona Este con crímenes en el condado de Orange».

Más increíble para muchas de aquellas víctimas fue ver a los inspectores en la primera página del *Bee*. Richard Shelby y Jim Bevins. Shelby, alto, hosco, áspero, el tipo de la memoria impecable y las penosas aptitudes sociales al que otros compañeros intentaban impedirle que interactuara con la gente. Y Jim Bevins, al que sus compañeros le tomaban el pelo llamándole Ojos de Pudín. Nadie gozaba de más aprecio que Bevins. Incluso cuando lo veías venir a paso firme desde cincuenta metros, saltaba a la vista que era el tipo al que enviaban a frenar la escalada y solucionarlo todo.

Y ahí estaban, en primera plana, ahora ancianos. Veinticinco años son muchos vividos como poli. Se notaba el exceso de kilometraje. Sus

expresiones insinuaban algo. ¿Vergüenza? ¿Pena? Especulaban acerca de lo que estaría haciendo ahora su némesis. Shelby apostaba por el manicomio. Bevins suponía que habría fallecido.

Holes sorteó las llamadas de los periodistas, y disfrutó del entusiasmo durante unos días. Pero, aunque en privado seguía creyendo que la investigación era su vocación, a él lo habían ascendido a supervisor criminalista. Y tenía obligaciones. Estaba casado y tenía dos hijos pequeños. No disponía de tiempo para dedicarse a las diez mil páginas de expedientes de casos que unificaba la nueva coincidencia del ADN. Era una cantidad insólita de pruebas. El optimismo entre quienes trabajaban en el caso estaba por las nubes. ¿Perfil de ADN? ¿Sesenta casos por todo el estado de California? Se peleaban por ver quién lo interrogaría primero cuando consiguieran meterlo en la sala.

Larry Pool, del condado de Orange, era el hombre clave designado. Para Pool, la noticia de la coincidencia del ADN fue estupenda pero también abrumadora, como si hubiera pasado los dos últimos años en una habitación pequeña y familiar solo para descubrir que era el anexo de un gran almacén.

Seguía soportando el menosprecio de policías curtidos que insistían en que el monstruo estaba muerto. Los asesinos en serie con motivación sexual no se detienen a menos que los detengan; quizá algún honrado propietario lo mató a tiros durante un robo. No pierdas el tiempo, le decían.

Siete meses después, Pool quedaría resarcido por unas noticias procedentes del noroeste pacífico. En noviembre de 2001, la atención de los medios se centró en otro asesino en serie sin identificar que había permanecido casi dos décadas inactivo y al que algunos creían muerto desde hacía tiempo: el Asesino de Green River, en el estado de Washington. Resultó que el prolífico asesino de prostitutas estaba vivo y coleando en una zona residencial de las afueras de Seattle; se llamaba Gary Ridgway. ¿Su razón para aflojar el ritmo? Se había casado.

«Me atrapó la tecnología», dijo Ridgway a los polis, lo que podría ser el equivalente verbal de hacer una peineta, ese gesto de desprecio de levantar el dedo corazón. Tenía razón. Engañó a los polis durante años distendiendo el rostro y atenuando la luz de su mirada. Es imposible que este imbécil sea un diabólico asesino en serie, pensaban, y siempre, pese a que cada vez había más pruebas, lo dejaban ir.

El 6 de abril de 2001, dos días después de que llegaran a los medios las novedades que vinculaban al Violador de la Zona Este con el Acechador Nocturno Original, sonó el teléfono en una casa de Thornwood Drive, en el este de Sacramento. Contestó una mujer de poco más de sesenta años de edad. Llevaba casi treinta años viviendo en la casa, aunque había cambiado de apellido.

«¿Sí?».

La voz era grave. Hablaba lentamente. Lo reconoció de inmediato.

«¿Recuerdas cuando estuvimos jugando?».

SEGUNDA PARTE

SACRAMENTO, 2012

[NOTA DEL EDITOR: la siguiente sección es un extracto de un primer borrador del artículo de Michelle «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), publicado en la revista Los Angeles en febrero de 2013.]

La mujer sentada delante de mí en el despacho de un conflictivo instituto de secundaria en el este de Sacramento era una desconocida. Pero nadie lo habría pensado a juzgar por los términos taquigráficos de conversación que empezamos a usar nada más vernos, la versión VZE/AN original en el idioma klingon.

«¿El robo con paliza al perro en el setenta y cuatro?», pregunté.

La mujer, a quien llamaré la Asistente Social, se volvió a anudar la gruesa cola de caballo y tomó un sorbo de una lata de bebida energética Rockstar. Tiene «casi sesenta», con penetrantes ojazos verdes y una voz brumosa. Me había recibido en el aparcamiento moviendo los brazos por encima de la cabeza con entusiasmo. Me cayó bien de inmediato.

«No creo que esté relacionado», dijo.

El robo de 1974 en Rancho Córdova es uno de esos incidentes recién descubiertos que les encanta analizar a los miembros del «foro», es decir, el foro de mensajes del programa *Cold Case Files* de la

cadena A&E sobre el VZE/AN original, del que la Asistente Social es uno de los líderes de facto. He llegado a apreciar su meticulosidad sobre el caso, pero al principio me desmoralizó. Hay más de mil temas y veinte mil mensajes.

Llegué a ese foro más o menos un año y medio después de devorar, prácticamente de una sentada, el libro *Sudden terror* («Terror súbito»), de Larry Crompton, que es, lisa y llanamente, una avalancha de detalles sobre el caso, rebotante de la incorrección política de la década de los setenta y curiosamente conmovedor en su modo de describir los remordimientos que acechan a un policía con los pies en el suelo. La abundancia de información disponible sobre el caso me dejó pasmada. Hay más de una docena de libros dedicados a la noche del 25 de diciembre de 1996, en la que fue asesinada JonBenét Ramsey. Pero ¿sobre el VZE/AN original? Era un caso que abarcaba una década, en todo un estado, que cambió las leyes sobre ADN en California,* que incluía a sesenta víctimas, una serie de extraños comentarios del sospechoso en los escenarios del crimen («Os voy a matar como maté a aquellos de Bakersfield»), un poema supuestamente escrito por él («El ansia de excitación») e incluso su voz en una cinta (una breve pulla entre susurros, grabada por un dispositivo colocado por la policía en el teléfono de una víctima), y, aun así, solo había al respecto un libro, autopublicado y difícil de encontrar.

Cuando accedí al foro sobre el VZE/AN original por primera vez, me llamó la atención de inmediato la labor de colaboración abierta tan competente y exhaustiva que se estaba llevando a cabo allí. Sí, hay tipos raros, incluido un individuo bienintencionado que insiste en que Ted Kaczynski, el terrorista conocido como Unabomber, es el VZE/AN original (no lo es). Pero buena parte de los análisis son de primera categoría. Un colaborador habitual llamado PortofLeith, por ejemplo, ayudó a descubrir el hecho de que el calendario académico de la Universidad Estatal de Sacramento de los años que estuvo en activo el VZE presenta una correlación con sus crímenes. Hay mapas

elaborados por miembros que lo detallan todo, desde las ubicaciones de los escenarios del crimen, pasando por lugares donde fue visto por testigos, hasta el sitio donde se le cayó un guante de motocross ensangrentado en Dana Point. Cientos de mensajes diseccionan sus posibles vinculaciones con el ejército, el negocio inmobiliario y la medicina.

Los detectives que van tras el VZE/AN original tienen aptitudes, y están dispuestos a utilizar a fondo esas aptitudes para atraparlo. Quedé con un licenciado en ciencias informáticas en un Starbucks de Los Ángeles para hablar sobre la persona en la que estaba interesado. Antes de reunirnos, recibí un dossier de siete páginas que incluía notas al pie, mapas y fotos de anuario del sospechoso. Reconocí que el sospechoso parecía prometedor. Un detalle conocido que preocupaba al licenciado era el número de calzado de su sospechoso (el número de calzado del VZE, un 41 o 42, era ligeramente más pequeño que la media para un hombre).

Los miembros de foros tienden a ser un colectivo paranoide y aficionado a usar pseudónimos, y, como quizá no sea de extrañar en gente que dedica mucho tiempo a discutir sobre asesinatos en serie en internet, entre ellos se dan conflictos de personalidad. La Asistente Social hace las veces de mediadora entre los investigadores de Sacramento y la comunidad del foro, lo que fastidia a algunos colaboradores, que la acusan de hacer alusiones a informaciones confidenciales y luego cerrarse en banda cuando se le pide que las comparta.

Que de vez en cuando tiene nueva información para compartir es indiscutible. El 2 de julio de 2011, la Asistente Social colgó un dibujo de una pegatina que, según dijo, se vio en un vehículo sospechoso cerca del escenario de una de las violaciones de Sacramento.

«Posiblemente era de la Base Aeronaval de North Island, pero no está confirmado y no hay registro oficial. ¿Le suena a alguien del foro? Espero que descubramos su procedencia».

Descubramos, en plural. Cuanto más me dejaba atrapar por el foro,

más evidente empezó a resultarme la presencia curiosa pero inconfundible de las fuerzas policiales. Los detectives de la Red, atraídos por un caso con décadas de antigüedad, cada uno por sus propias razones íntimas e idiosincrásicas, eran los que perseguían al asesino con sus portátiles, pero los investigadores los dirigían sutilmente.

La Asistente Social me llevó a dar un paseo en coche por los lugares más interesantes relacionados con el VZE, alrededor del laberinto de modestas casas de estilo ranchero colindantes con la antigua Base Mather de la Fuerza Aérea, por los barrios más grandes y frondosos de Arden-Arcade y Del Dayo. Ella empezó a trabajar de manera informal con investigadores de Sacramento hacía unos cinco años, según me dijo.

«Vivía por aquí en el momento crítico», dijo. Era una madre joven por entonces, y recuerda que el terror alcanzó un nivel casi enervante en torno a la decimoquinta violación.

Los barrios del este de Sacramento por los que iba de caza el VZE/AN original no se construyeron para causar sensación. Conté una manzana entera en la que todas las casas eran de color beis. El ambiente calmo y prudente se contradice con las cosas tan horribles que ocurrieron aquí. Doblamos por Malaga Way, donde, el 29 de agosto de 1976, el tintineo de las campanillas de viento y el intenso olor a loción para después del afeitado despertaron a una niña de diez años. Había un hombre enmascarado delante de la ventana de su cuarto, hurgando en el ángulo superior izquierdo con un cuchillo.

«Pensar en esto es meterse en un lugar muy oscuro», dijo la Asistente Social. Entonces, ¿por qué lo hacía?

Hacía años, ella había estado haciendo zapeo una noche en la cama cuando se topó con el final de un episodio del programa *Cold Case Files*. Se incorporó presa del horror, impulsada por una sensación de reconocimiento. «Ay, Dios mío — pensó —, se convirtió en un asesino».

La reconcomía un recuerdo incómodo de aquel periodo, y se puso en contacto con un inspector del Departamento de Policía de

Sacramento para ver si era todo producto de su imaginación. No lo era. Le confirmó que, antes de que se hiciera pública la afición del VZE a telefonar a las víctimas, ella había denunciado en tres ocasiones a un individuo que le hacía llamadas obscenas, un acosador que, según dijo, «lo sabía todo sobre mí». Ahora está convencida de que quien la llamaba era el VZE/AN original.

El río Americano destellaba azul a lo lejos. Cree estar llamada «espiritualmente» a ayudar a resolver el caso, me dijo la Asistente Social.

«Pero he aprendido que tienes que andarte con ojo, tienes que cuidarte. O puede consumirte».

¿Puede? Durante las últimas cuatro horas no habíamos hablado de nada que no fuera el VZE/AN original. Cuando su marido se da cuenta de hacia dónde dirige ella la conversación en las cenas con amigos, le da una patadita por debajo de la mesa y le susurra: «No empieces». Una vez pasó una tarde entera rastreando hasta el último detalle que pudo sobre un miembro del equipo de waterpolo de 1972 del Instituto de Secundaria Río Americano, solo porque en la foto del anuario aparecía un joven esbelto de pantorrillas gruesas (una supuesta característica del VZE/AN original en un momento dado). Una vez comió con un sospechoso y, luego, se guardó su botellín de agua para obtener su ADN. En los archivos policiales, a menudo los nombres de los sospechosos se introducen empezando por el apellido, y en uno de mis momentos más bajos y confusos, empecé a investigar sobre un tal «Lary Burg», antes de que mis ojos y mi cerebro se realinearan y reconocieran en ese nombre la palabra *burglary*, «allanamiento de morada» en inglés.

Ahora tengo un grito alojado permanentemente en la garganta. Cuando mi marido, para no despertarme, entró de puntillas en nuestro dormitorio una noche, me levanté de la cama de un salto, cogí la lámpara de la mesilla e intenté golpearle. Por suerte, no le di. Cuando vi la lámpara tirada en el suelo del cuarto por la mañana, recordé lo que había hecho y me estremecí. Luego, busqué a tientas

dónde había dejado el portátil y continué con mi estudio talmúdico de los informes policiales.

Sea como fuere, no me reí de la amable advertencia de la Asistente Social de que no me obsesionara. Asentí. Accedí a fingir que estábamos dando vueltas en torno a una madriguera en lugar de estar introduciéndonos en sus profundidades.

En el interior de la madriguera se unió a nosotras un hombre de treinta años del sur de Florida a quien voy a llamar el Chico. El Chico tiene una licenciatura en cine y, según ha insinuado, una relación más bien problemática con su familia. Al Chico le interesan los detalles. Hace poco dejó de ver una reposición de *Harry el sucio* en la tele por cable porque, «después de los títulos de crédito iniciales [el formato de visualización] cambió del panorámico 2.35:1 al recortado 1.78:1». Es listo, meticulado y, de vez en cuando, brusco. También es, en mi opinión, la mayor esperanza amateur del caso.

La mayoría de la gente familiarizada con el caso del VZE/AN original está de acuerdo en que una de las mejores pistas es su rastro geográfico. Solo hay un número determinado de hombres blancos nacidos entre, pongamos, 1943 y 1959 que vivieran o trabajaran en Sacramento, el condado de Santa Bárbara y el condado de Orange entre 1976 y 1986.

Pero solo el Chico ha dedicado casi cuatro mil horas a extraer datos, rebuscando todas y cada una de las posibilidades en sitios web, desde Ancestry.com hasta USSearch.com. Posee, por cortesía de eBay, un ejemplar del Callejero de Sacramento R. L. Polk de 1977. Tiene la guía telefónica del condado de Orange de 1983 informatizada en su disco duro.

Mi primera corazonada de que el trabajo del Chico era de gran calidad la tuve al empezar a interesarme por el caso, cuando, después de darme cuenta por sus mensajes en el foro de que parecía saber lo que se hacía, le envié un correo electrónico acerca de un posible sospechoso que había descubierto. Ahora he llegado a entender que entusiasmarse con un sospechoso se parece mucho a ese primer

arrebato de amor estúpido en una relación, en el que, pese a las alarmas imprecisas, uno sigue adelante convencido de que se trata de la persona idónea.

Yo tenía a mi sospechoso prácticamente esposado. Pero el Chico me llevaba un año de investigación y varias bases de datos de ventaja. «Hace tiempo que no hago nada con ese nombre», me contestó. En el correo electrónico incluía la imagen de un pardillo con chaleco de punto, la foto de penúltimo año de carrera de mi sospechoso. «No está entre mis primeras opciones», escribió el Chico.

Más adelante recalcó lo delicada que es la evaluación de sospechosos señalando que, basándose solo en el historial geográfico y la descripción física, un buen sospechoso de ser el VZE/AN original sería Tom Hanks. (A quien, para que quede claro, se podría eliminar ya solo por la agenda de rodaje de la serie *Amigos del alma*.)

La primavera pasada estuve de vacaciones en Florida con mi familia, y aproveché para quedar con el Chico en persona en una cafetería. Es atractivo, de aspecto elegante, con pelo castaño claro, y se expresa muy bien, lo que hace de él un candidato improbable a ser un explorador compulsivo de datos con los que no tiene ninguna conexión. No tomó café, pero fumó un Camel Light tras otro. Charlamos un poco sobre California y el mundo del cine; me contó que una vez fue a Los Ángeles solo para ver el montaje del director de su película preferida, *Hasta el fin del mundo*, de Wim Wenders.

Sobre todo, hablamos de nuestra obsesión común. El caso es tan complejo y difícil de explicar a la gente que siempre me siento aliviada en presencia de alguien que conoce sus entresijos. Los dos estábamos un poco perplejos y cohibidos por nuestra propia inquietud. Hacía poco, en un banquete de boda, el novio interrumpió una conversación entre su madre y el Chico, que es un viejo amigo. «¡Cuéntale lo de tu asesino en serie!», le sugirió el novio al Chico antes de seguir su camino.

Yo siempre pienso, como le dije, en esos experimentos que demuestran que los animales en cautividad prefieren tener que buscar

la comida a que se la den sin más. La búsqueda es el interruptor que desencadena el chute de dopamina. Lo que no menciono es lo incómodo que me ha resultado darme cuenta de hasta qué punto nuestra búsqueda frenética constituye un reflejo del comportamiento compulsivo —los arriates de flores pisoteados, los arañazos en las mosquiteras, las llamadas anónimas— del individuo que buscamos.

Algo que dijo como de pasada Jeff Klapakis, inspector del Departamento del Sheriff del condado de Santa Bárbara, me permitió ver mi fascinación con menos extrañeza. Estábamos sentados en la «sala de operaciones» del VZE/AN original, que compartía con un compañero, una pequeña oficina abarrotada de receptáculos de plástico llenos a rebosar de expedientes antiguos. Por encima de su hombro derecho, yo veía un mapa de Google Earth tamaño póster de Goleta con los lugares de los dobles homicidios señalados: los separaban diecinueve meses, pero apenas un kilómetro. El arroyo de San José describía un meandro por mitad del mapa; el tapiz de sus enormes árboles era un refugio para el VZE/AN original.

Le pregunté a Klapakis qué le hizo abandonar la jubilación para trabajar en el caso. Se encogió de hombros.

«Me encantan los enigmas», dijo.

El Chico se refería a eso mismo cuando redactó una breve explicación para cualquier investigador que se cruzase con sus pesquisas. «Es imposible explicar brevemente su interés —escribió refiriéndose a sí mismo en tercera persona—, más allá de decir que gira en torno a una gran pregunta con una respuesta sencilla, y que está obligado a averiguar la respuesta».

Al final, el Chico compartió conmigo su principal logro, lo que él denomina la «Lista de Referencia», un documento de 111 páginas con los nombres y la información de unos dos mil hombres, incluidos fecha de nacimiento, historial de domicilios, antecedentes penales e incluso fotos cuando estaban disponibles. Su rigurosidad —tiene hasta índice— me dejó boquiabierto. Hay anotaciones bajo algunos nombres («defensor acérrimo del ciclismo» y «Pariente: Bonnie») que parecen

absurdas a menos que uno sepa, como nosotros, mucho más de lo necesario acerca de un asesino en serie posiblemente fallecido que actuó por última vez cuando Reagan era presidente.

«En algún momento, yo tendré que alejarme de todo esto y seguir adelante con mi vida —me escribió el Chico en un correo electrónico—. Lo irónico es que, cuanto más tiempo y dinero invierto en este esfuerzo tan poco práctico (y para la mayoría, inexplicable), en mejores condiciones estoy para seguir haciéndolo, de modo que quizá alcance a identificar por fin a ese cabrón y justificar así todo lo invertido».

No todo el mundo admira a los detectives del foro ni sus esfuerzos. Hace poco, un agitador empezó a despotricar sobre lo que describió como aspirantes a polis con una obsesión retorcida y patética. Los acusó de ser unos entrometidos sin preparación y con un interés enfermizo por la violación y el asesinato.

«UN DETECTIVE EN PLAN WALTER MITTY», escribió.

Para entonces, ya estaba convencida de que uno de esos Mitty probablemente resolvería este asunto.

ESTE DE SACRAMENTO, 2012

Lo que ven: faros en un descampado detrás de su casa donde no debería haber coches. Un hombre con camisa blanca y pantalones oscuros que entraba por un agujero en la verja de un vecino a las tres de la madrugada. Puertas forzadas. Un haz de linterna en la cerca de un vecino a las tres de la madrugada. Un hombre que salía de una zanja de desagüe y se escabullía hacia el jardín trasero de al lado. Cancelas que antes estaban cerradas y ahora abiertas. Un hombre de cabello oscuro con chándal azul bajo un árbol en la acera de enfrente, mirándolos. Huellas misteriosas en el jardín. Un hombre que aparecía de repente entre los arbustos y se montaba de un brinco en una bicicleta. Más luces de linterna en ventanas de dormitorios. La mitad inferior de un hombre vestido con pantalones de pana marrón y zapatillas de deporte corriendo por el lateral de la casa para esconderse detrás de una maceta. Un empleado del censo en la puerta que quería saber cuánta gente vive en la casa en un año en que no se está elaborando el censo. El vecino, un hombre de treinta y cuatro años de edad, que sale de la casa dando brinco en ropa interior, con los brazos y las piernas atados, pidiendo ayuda a gritos a las dos de la madrugada.

Lo que oyen: perros ladrando. Pasos pesados en el senderillo de piedra de lava. Alguien que desgarrar la mosquitera. Un golpe sordo

contra el aparato de aire acondicionado. Alguien que trata de forzar la puerta corredera de vidrio. Roces en el lateral de la casa. Una llamada de auxilio. Un forcejeo. Disparos. El grito prolongado de una mujer.

Nadie llama a la policía.

Estas son las observaciones *a posteriori* que arrojan las indagaciones puerta por puerta de la policía. Algunas veces, cuando los agentes pasan por los domicilios de los vecinos a hacer preguntas, les enseñan una mosquitera rajada o una luz de porche destrozada. Al leer los informes policiales, al principio me pareció peculiar la falta de iniciativa de los vecinos. Al final, llegué a bordear la obsesión. Algunos casos de comportamiento sospechoso que no se habían denunciado se correspondían con el que se observó en el momento crítico del pánico ocasionado por el Violador de la Zona Este en Sacramento.

«Merodeaba constantemente por esos barrios. ¿Cómo es que no informó de ello más gente?», le pregunté a Richard Shelby. A primera vista, Shelby tiene el aspecto rudo que cabría esperar de un poli jubilado de unos setenta y cinco años de edad que vive en el quinto pino del condado de Placer. («Vivimos en el campo, en un lugar tan apartado que almacenamos el combustible en bidones», me contó.) Es alto y cauteloso. Tiene una nariz como la de W. C. Fields y, naturalmente, le falta la mitad del dedo anular izquierdo, la lesión aquella que a punto estuvo de impedirle ingresar en el Cuerpo. Pero se aprecia cierta ternura en él, por la camisa azul claro, por la voz tan sumamente queda que apenas la oía, por la manera en que, a la hora del almuerzo, cuando la camarera le dijo que no tenían limonada, no frunció el ceño, sino que sonrió, con suavidad, y murmuró: «Entonces, té con hielo». Shelby, que tuvo lo que él mismo reconoce como una carrera accidentada en el Departamento del Sheriff de Sacramento, dejó el caso temprano, en otoño de 1976, y estuvo entre los primeros que llegaron a la conclusión de que tenían un violador en serie entre manos.

«Informar, ¿de qué? —preguntó Shelby—. Es de noche. Va vestido

todo de negro. Se escabulle entre los setos. ¿Qué iban a ver?».

«Me refiero a lo que salió a relucir cuando la policía sondeó el barrio. Lo que reconocieron abiertamente haber visto u oído los vecinos», señalé.

Me obsesionaba en especial una frase anotada durante un sondeo policial de la zona en torno a Malaga Road y El Caprice en Rancho Córdoba, el 1 de septiembre de 1976, después de la tercera violación. «Varios vecinos declararon que oyeron los gritos, pero no salieron a mirar».

En enero de 1977, un hombre que vivía justo al sur del río Americano y cuya casa había sufrido un robo hacía poco entrevió a un joven que miraba a escondidas por la ventana de su vecina de al lado. Tosió para dar a entender al mirón que lo habían visto; el desconocido se fue corriendo. El gesto parecía casi educado. Una semana después, una mujer de veinticinco años que vivía una manzana al norte pasó a ser la undécima víctima. Estaba embarazada de cinco meses.

Quizá la reticencia a llamar a la policía fuera emblemática de la década de los setenta, le sugerí a Shelby. Empecé a hablar de algo relacionado con el sentimiento de desarraigo después de Vietnam, pero Shelby negó con la cabeza. No tenía una respuesta, pero no era eso. Para él, la pasividad de los vecinos no era más que uno de los errores en un caso plagado de ellos, desde tener a los superiores preocupados por chorradas políticas hasta un par de patrullas cruciales en coche por el lugar equivocado que el mismo Shelby reconoce que hizo, pasando por lo que le dijo un operador telefónico de la policía a una familia que llamó para informar de que habían encontrado un bolso de lona en sus setos que contenía una linterna, un pasamontañas y unos guantes, y cuyas instrucciones fueron: «Tírenlo».

Shelby vive ahora unos cincuenta kilómetros al norte de Sacramento, en el campo, donde puede hacer, como dice él, «cosas de granjero, sobre todo». Pero quedamos a comer en su antiguo territorio, en el barrio donde hace treinta y seis años patrullaba por las

sinuosas calles aledañas al río, con las luces del salpicadero atenuadas, orientado únicamente por el chisporroteo de la radio e impulsado por la esperanza de que tomaría la curva correcta y sus faros alumbrarían a un joven de uno ochenta con pasamontañas. Shelby no volvió a toparse con ningún otro criminal como el Violador de la Zona Este en toda su carrera. En los tejados, seguían encontrando pequeños objetos que había robado a sus víctimas. Por alguna razón, los lanzaba allí. Luego, después de que mucha gente llamara para decir que había oído golpes extraños en el tejado, Shelby se dio cuenta de que el tipo no lanzaba los objetos sino que se le caían de los bolsillos; se arrastraba por allí arriba.

Shelby es uno de esos individuos orgullosamente francos que apartan la mirada justo antes de decir algo duro, indicio de la ternura que albergan en el fondo. El lugar para comer lo había elegido él, pero se notaba que a sus ojos ese barrio siempre sería el lugar donde se vio superado por los pasos titubeantes de un rival, «ese cabrón sociópata», cuya madriguera de *voyeur*, delatada por un montón de colillas y unas huellas de calzado en zigzag, encontró una vez bajo un frondoso árbol cerca de Northwood Drive. Otra presencia imprecisa que los vecinos observaron pero no llegaron a denunciar.

«La gente dice que era muy listo —comentó Shelby, que apartó de súbito la mirada—. La verdad es que muchas veces no le hacía falta serlo».

Cuando empecé a investigar de cara a escribir un reportaje sobre el VZE/AN original que le había propuesto a la revista *Los Angeles*, mientras estaba en Sacramento llegó a mis manos un lápiz de memoria con más de cuatro mil páginas de antiguos informes policiales informatizados. Obtuve el lápiz de memoria en un trueque a la antigua usanza, de esos en los que ninguna de las dos partes confía en la otra, de modo que, con los brazos alargados y sosteniéndonos la mirada, accedimos de manera simultánea a desprendernos de nuestra

mercancía para que la cogiera el otro. Yo tenía en mi poder un CD muy difícil de encontrar de la videograbación de una entrevista de dos horas con una persona periférica pero muy importante relacionada con uno de los homicidios del sur de California. Me desprendí de él sin pensármelo dos veces; tenía una copia en casa.

Estos intercambios clandestinos, fruto de alianzas furtivas forjadas a partir de la obsesión común con un asesino en serie sin rostro, eran habituales. Detectives online, inspectores jubilados e inspectores en activo: participaba todo el mundo. Recibí más de un correo electrónico con el enunciado de asunto «*quid pro quo*». Creía, igual que ellos, que yo y solo yo sería capaz de detectar lo que nadie había visto. Para hacerlo, necesitaba verlo todo.

La ambiciosa exploradora que llevo dentro se moría de ganas de conectar el lápiz de memoria al portátil de regreso en el hotel. En cada semáforo, llevaba la mano al bolsillo superior de la mochila para cerciorarme de que seguía ahí el minúsculo rectángulo. Me alojaba en el hotel Citizen de J Street, en el centro. Me habían gustado las fotos en internet de las ventanas de vidrio emplomado y el papel pintado de rayas de color mostaza. El área de recepción tenía estanterías para libros a modo de paredes. La mesa de recepción estaba ornamentada y pintada de rojo oriental.

«¿Cómo describiría este estilo?», le pregunté al recepcionista cuando me estaba registrando.

«Una mezcla de biblioteca de Derecho y burdel», dijo.

Luego descubrí que el arquitecto del edificio, George Sellon, también había diseñado San Quintín.

Una vez en mi habitación, me puse de inmediato el albornoz blanco almidonado del hotel. Bajé los estores y desconecté el móvil. Vertí una bolsa de ositos de gominola del minibar en un vaso y lo dejé al lado de la cama, donde me senté cruzada de piernas ante el portátil. Tenía delante de mí un insólito lapso de veinticuatro horas sin interferencias o distracciones: ni manitas manchadas de pintura pidiendo que las lavase, ni marido hambriento y preocupado que

apareciera en la cocina para preguntar por la cena. Introduje el lápiz de memoria. Con la mente en modo revisión de correos y el dedo índice en la flecha para desplazar la pantalla hacia abajo, empecé no tanto a leer como a devorar.

Los informes policiales se leían como historias relatadas por robots. Son lacónicos y bien delimitados, con apenas espacio para el juicio o la emoción. Al principio me resultó atrayente la sencillez. Estaba segura de que su nombre, despojado de detalles superfluos, saldría a relucir. Me equivocaba. El formato conciso de los informes es engañoso. Asimilados por acumulación, hasta los detalles más concisos parecían pasar a formar parte de una masa indistinguible. Había fragmentos que se despegaban del pelotón, provocando sacudidas de intenso sentimiento que no siempre veía venir: la madre, de treinta y ocho años de edad y recién separada, que se arrastra por el suelo en la oscuridad para coger la sierra de juguete de su hijo e intenta usarla en vano para cortar las ataduras de sus manos hinchadas; la chica de trece años de edad atada en la cama y que, después de que el violador se haya ido de la habitación, le dice a su querido perro: «¿Por qué no has hecho nada, so bobo?». El perro la empuja suavemente con el hocico. Ella le dice que se tumbe y se duerma. Él obedece.

Las horas desaparecieron sin dejar rastro. Las gominolas se acabaron. Mi habitación estaba en la décima planta, justo encima de una carpa en la que se celebraba un banquete de boda. Había pasado al entrar junto a las damas de honor de verde espuma marina que posaban para fotos en el vestíbulo, y ahora empezó a sonar la música. Era estrepitosa. Descolgué el auricular para llamar a recepción. ¿Qué se supone que iba a decir? Algo así como: «¿Pueden cortarse un poco con la alegría?». Colgué. Lo cierto era que estaba inquieta por efecto del azúcar, el hambre y todo el tiempo que había pasado a solas en la oscuridad empapándome de una historia de terror de cincuenta capítulos narrada en una voz inerte de esas que adoptan los funcionarios de Tráfico. Tenía los ojos sensibles a causa del brillo de la

pantalla, y más secos que si me los hubiera succionado el dispositivo del retrete de un avión. «Celebration», de Kool and the Gang, no era la mejor banda sonora para mi estado de ánimo.

La ciudad de Sacramento está ubicada en el extremo norte del Valle Central de California, en la confluencia de los ríos Sacramento y Americano, y se planificó teniendo en cuenta el descenso de las aguas. Se trata de que el agua sobrante, ya sea pluvial o de escorrentía, discurra río abajo hacia el delta de California y el océano. Solo lo sé porque las zanjas de desagüe y los canales recubiertos de hormigón aparecen con frecuencia en los informes policiales. Es evidente desde el principio, por las huellas, las pruebas, los movimientos sospechosos que se habían observado e incluso el que el Violador de la Zona Este trajera a una víctima hasta aquí, que venía por estos pagos, que, como una criatura subterránea, esperaba oculto bajo tierra a que oscureciera. Me vino a la cabeza una secuencia emblemática de la película *La mujer y el monstruo*, de 1954, cuando la bióloga marina Kay, interpretada por la hermosa actriz Julie Adams, se lanza del barco de la expedición a la laguna negra y, desde un punto de vista subacuático, vemos emerger a la aterradora criatura humanoide de entre una maraña de algas para quedar debajo de ella, como un reflejo de su imagen, hipnotizada. Cabría esperar que viera al monstruo y se revoliera de pánico, pero este pasa inadvertido, salvo por el momento en que una de sus zarpas palmeadas y recubiertas de escamas le roza el pie y ella lo aparta un poco, como extrañada.

El Violador de la Zona Este acechaba a individuos, pero, después de leer los informes de la policía, también me pareció evidente que acechaba vecindarios, a menudo atravesando el laberinto subterráneo de canales y zanjas de desagüe de Sacramento. Prefería las casas de una sola planta, por lo general la segunda a partir de la esquina, cerca de un área verde: un campo abierto, un parque. Antes de la agresión, había indicios de merodeo y allanamiento en los domicilios alrededor del de la víctima. Faltaban pequeñas cosas de escaso valor, a veces objetos personales. La incidencia de llamadas anónimas aumentaba

drásticamente en un radio de cuatro o cinco manzanas justo antes de un ataque. Estaba reconociendo el terreno. Estudiaba a la gente, averiguaba cuándo estaban en casa. Su método parecía ser el de escoger un barrio, centrarse en media docena de posibles víctimas y quizá incluso darles prioridad a unas y no a otras. Maximizaba las opciones y pulía las tareas preliminares; así, cuando llegaba la noche de la misión, sus necesidades nunca quedaban insatisfechas.

Eso influyó en que hubiera mujeres que, gracias a un cambio de horario o a la suerte, no se convertirían en víctimas, pero que, como el objeto de la obsesión de la criatura que surcaba la laguna, a veces notaban un roce aterrador.

Los vecinos, en las escasas cinco o seis frases que se les asignaba en los informes de los sondeos policiales, ofrecen evocadores haikus de una cierta época y un cierto lugar. Cuando los abordan para hacerles preguntas, acaban de volver de la disco, o de una sesión doble en el autocine donde proyectaban *Terremoto y Aeropuerto 77*, o del gimnasio Jack LaLanne. Informan de la desaparición de dos cazadoras de mujer de talla media, una de gamuza marrón, la otra de cuero. Una chica vio a un hombre sospechoso de aspecto semejante al *disc jockey* conocido como «Wolfman Jack». Los vendedores que iban puerta por puerta — de aspersores, de la empresa de limpieza Fuller Brush, de fotografías personales, de servicios de pintura— eran una presencia casi constante por aquel entonces. En un vecindario, todo el mundo parecía estar saliendo a trabajar a las cinco de la madrugada. Esta gente se fijaba especialmente en los coches «relucientes» de modelos nuevos. En otros barrios, sobre todo el norte del río Americano, la única persona que estaba en casa para responder las preguntas de los agentes podía ser la canguro interna. Esos barrios recelaban de los coches «sucios», los coches con abolladuras laterales que eran «un trasto» o que estaban «hechos polvo».

En abril de 1977, un chico subió a hombros a su hermana menor. Desde allí arriba, ella vio de pronto a un merodeador en el jardín de su vecina, un hombre blanco con ropa oscura agazapado entre los

arbustos. Cuando el merodeador se dio cuenta de que lo habían visto, echó a correr y saltó varias verjas. Un mes después, esa vecina, una camarera joven, despertó a su marido a las cuatro de la madrugada. «He oído algo. He oído algo», dijo. Se encendió una linterna en el umbral de la puerta de su dormitorio. Luego, ella declaró a la policía que creyó al VZE cuando amenazó con matarla, y se quedó tendida, atada en la oscuridad, preguntándose lo que se sentiría al ser atravesada por una bala.



Leyendo los informes de Sacramento, se puede ver cómo va cambiando la percepción pública de que hay un violador en serie suelto. En las primeras doce agresiones o así, esa percepción es entre nula y escasa; luego, los medios se hacen eco de la noticia, y los cotilleos y la paranoia aumentan. Para cuando ha transcurrido un año desde el inicio de las agresiones, las víctimas relatan cómo las despertó una linterna y pensaron: «¡Ay, joder! Es él». Según les dijeron a los investigadores, esas víctimas reaccionaron de cierta manera sobre la base de rumores que habían oído sobre el Violador de la Zona Este, por ejemplo, encogiéndose de miedo, porque les habían dicho que al VZE le gustaba que las víctimas estuvieran aterradas. En cuanto ha transcurrido más o menos un año, el motivo de la pasividad de los vecinos ya no es la inconsciencia o la inercia, sino una mentalidad de encastillamiento. Ven algo y cierran las puertas, apagan las luces y se refugian en el dormitorio con la esperanza de que no vaya a por ellos. «Tenía miedo», reconoció una mujer. Entonces, ¿por qué no llamó a la policía? Mi cabeza era un borboteo de «¿qué hubiera pasado si...?».

Ellos no estaban pensando en sus vecinos, pero el VZE sí. Parte de la emoción del asunto para él, según creo yo, era una especie de entretenimiento de unir los puntos que jugaba con la gente. Sustrajo dos paquetes de tabaco Winston a la primera víctima, por ejemplo, y los dejó delante de la casa de la cuarta víctima. Dejó unas joyas de

bisutería robadas a una vecina hacía dos semanas en el domicilio de la quinta víctima. La víctima número veintiuno vivía a tiro de piedra de una depuradora de aguas; uno de los trabajadores de la planta, que vivía a doce kilómetros de allí, se convirtió en la siguiente víctima. Pastillas o balas robadas a una víctima se encontraban después en el patio de un vecino. Algunas víctimas tenían apellidos o empleos en común.

Era una demostración de poder, una señal de omnipresencia. No estoy en ninguna parte y al mismo tiempo estoy en todas partes. Quizá no creas que tienes algo en común con un vecino, pero lo tienes: yo. Soy la presencia apenas percibida, el vínculo moreno, rubio, fornido, esbelto, visto desde atrás o atisbado en la penumbra que continuará vinculándoos aunque no os prestéis atención unos a otros.

Me fui de Sacramento de mal humor. No había dormido bien. Los invitados a la boda, de resaca, abarrotaban el vestíbulo del hotel cuando intentaba salir. En el aeropuerto, pasé por delante de una escultura gigante de un conejo rojo que, de algún modo y de tan absorta como estaba, no había visto a la llegada. El gran conejo de aluminio, de diecisiete metros de largo y 4500 kilos está suspendido de unos cables y parece abalanzarse hacia el área de recogida de equipajes. Busqué «conejo aeropuerto Sacramento» en el iPhone mientras esperaba a embarcar. Un artículo de Associated Press decía que el artista Lawrence Argent había recibido el encargo de crear una pieza emblemática para la nueva terminal, que se inauguró en octubre de 2011.

«Quería elaborar la idea de algo que ha venido del exterior e irrumpido en el edificio», comentó Argent.

LA CODA DE LOS GEMELOS

[NOTA DEL EDITOR: la siguiente sección es un extracto de un primer borrador del artículo de Michelle «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), publicado en la revista Los Angeles en febrero de 2013.]

El día después de que comprara los gemelos, llamé al Chico. Le dije que había encargado que hicieran la entrega al día siguiente.

«¿En un apartado de correos?», preguntó el Chico.

«Bueno, no», reconocí.

Entonces se me pasó por la cabeza una posibilidad ridícula: que el VZE/AN original revendiera los gemelos al establecimiento donde casualmente trabajaba introduciendo las direcciones de los clientes; sin duda sospecharía de alguien que pagara cuarenta dólares más para que le entregaran de un día para otro sus gemelos de ocho dólares.

Lo mejor que podía hacer, qué duda cabía, era dejar los gemelos en manos de los investigadores del VZE/AN original. El riesgo estribaba en que les molestara que hubiese tomado esta suerte de iniciativa no autorizada. Casualmente, yo había concertado mi primer encuentro con Larry Pool en el condado de Orange. Decidí que si tenía la sensación de que la entrevista iba bien, le contaría la historia y le

entregaría los minúsculos gemelos de oro en su bolsita cuadrada con autocierre.

El problema era que, de entre todos los investigadores, Pool era el que me generaba más inquietud a la hora de tener una entrevista. Lo habían descrito como inaccesible y un tanto distante. Sabía que llevaba trabajando en el caso los últimos catorce años. Había contribuido decisivamente, junto con el hermano abogado de la víctima Keith Harrington, a que se aprobase la Propuesta 69: la Ley de Perfil de ADN, Delitos Pendientes y Protección de la Inocencia, que en 2004 estableció una base de datos de ADN de todos los criminales en California. Ahora, el Departamento de Justicia de California tiene el banco de datos de ADN en funcionamiento más importante del país.

Pool y Harrington estaban convencidos de que expandiendo la base de datos de ADN sin duda atraparían al VZE/AN original. Su decepción cuando no ocurrió tal cosa, según se me insinuó, fue tremenda. Había imaginado a Larry Pool como un poli inflexible e impasible encerrado en una habitación apenas iluminada, con las paredes recubiertas de retratos robot del VZE/AN original.

Un hombre agradable pero un tanto formal que llevaba gafas con montura metálica y una camisa de cuadros rojos me saludó en el vestíbulo del Laboratorio Informático y Forense Regional del condado de Orange. Nos sentamos en una sala de reuniones. Era el agente que estaba de guardia en el laboratorio informático ese día, y cuando algún colega asomaba la cabeza y decía algo, Pool respondía con un sucinto: «Recibido».

Me pareció que era un orador atento y comedido, una de esas personas cuyo exterior estoico disimula lo generosas que son a la hora de aportar nuevos puntos de vista. Cuando conocí a Larry Crompton, me quedó claro que el inspector jubilado se tomó a pecho su incapacidad para resolver el caso. Le impedía conciliar el sueño por las noches, confesó Crompton, y no dejaba de preguntarse: «¿Qué pasé por alto?».

Pool no transmitía esa misma angustia. Al principio lo tomé por

engreimiento. Luego me di cuenta de que era esperanza. Todavía no ha terminado, ni mucho menos.

Estábamos concluyendo nuestra conversación. Me pareció que era de los que dan prioridad al procedimiento, y decidí que no le haría gracia la historia de los gemelos. Pero, al final, cedí; no sé por qué. Empecé a hablar muy rápido y a hurgar en la mochila. Pool escuchó sin dejar que su cara revelase nada. Le pasé los gemelos por encima de la mesa de reuniones con un gesto torpe. Cogió la bolsita y la examinó con mucho cuidado.

«¿Para mí?», preguntó, impávido.

«Sí», dije.

Se permitió esbozar una levísima sonrisa.

«Creo que te quiero», dijo.



Para cuando regresé a mi casa en Los Ángeles, Pool ya había localizado a las víctimas y les había enviado por correo electrónico una imagen de los gemelos en alta resolución. Al principio, los gemelos habían sido de un pariente fallecido, y las víctimas los tuvieron en su posesión solo una breve temporada antes de que se los robaran. Parecían los mismos gemelos, pero las víctimas mostraron cautela porque quizá meramente «querían que fuesen los mismos». Se pusieron en contacto con otro pariente que estaba más familiarizado con las joyas. Un par de días después, Pool me llamó para darme la noticia: no eran los mismos gemelos.

Me llevé una decepción; Pool parecía tan tranquilo. «Ya no me emociono tanto como antes», me había comentado. Hacía una década, cuando seguía reciente la conmoción de la coincidencia de ADN entre el VZE y el AN original, tenía a su disposición todos los recursos de investigación. Una vez, un helicóptero del Departamento del Sheriff del condado de Orange fue a Santa Bárbara solo para recoger un bastoncillo con una muestra de ADN de un sospechoso que estaba

bajo vigilancia activa en aquel entonces. Pool se desplazó a Baltimore para exhumar un cadáver. Eso fue antes del trágico 11S, y recuerda cómo algunas partes del sospechoso iban guardadas en su equipaje de mano.

Al final, la financiación destinada a casos pendientes se agotó. Reasignaron a los investigadores. Y Pool dejó de implicarse emocionalmente tanto con cada novedad. Incluso el retrato robot del VZE/AN original colgado encima de la mesa de Pool es deliberado y realista: muestra al sospechoso con pasamontañas.

«¿Sirve de algo? —dijo Pool—. No. Pero sabemos que tenía ese aspecto».

Me enseñó el montón de correo que sigue recibiendo con soplos de gente, incluido un papel con una fotocopia del carné de conducir de un hombre y las palabras «Este es el VZE/AN original». (Ese hombre del carné es muy joven, demasiado como para ser un sospechoso viable.)

A lo largo de los años se ha investigado a ocho mil sospechosos, calcula Pool; varios cientos de ellos han sido sometidos a comprobaciones de ADN. En un estado del sur, a un sospechoso le hicieron un segundo análisis de ADN al no quedar satisfechos con la calidad de la muestra la primera vez. Cuando Pool se cruza con un sospechoso especialmente enigmático, su respuesta seca es siempre la misma.

«Hay que descartarlo».

Pese a sus reservas, Pool tiene motivos para ser optimista con el caso; de hecho, todos aquellos que han sobrellevado los altibajos del misterio del VZE/AN original coinciden en que el péndulo oscila ahora en sentido ascendente.

LOS ÁNGELES, 2012

Estaba espantada. Tal y como habíamos hecho durante años, habíamos invitado en torno a una docena de adultos y cuatro niños menores de diez años, y el martes tenía que entregar el segundo borrador de mi artículo de siete mil palabras. Unos días antes, había enviado correos pidiendo auxilio, breves y sinceras súplicas de ayuda que esperaba fueran atendidas. «Panecillos. Mantequilla». Era jueves, día de Acción de Gracias, una festividad que siempre me provoca nostalgia del Medio Oeste. Pero hacía un día insólitamente soleado y fresco, una de esas tardes de otoño en California en las que, si te concentras en la rebeca gris de tu amiga, el bocado de tarta de calabaza en el paladar y los retazos de comentarios de la Liga Nacional de Fútbol de fondo, casi logras olvidarte de la buganvilla y los bañadores puestos a secar en los respaldos de las sillas; puedes imaginar que vives en algún lugar donde las estaciones cambian de verdad. Pero yo estaba fuera de quicio. Me moría de impaciencia. Le había dado más importancia de lo necesario a que Patton hubiera comprado un pavo pequeño. Cuando cada convidado fue diciendo sus motivos para estar agradecido, yo olvidé la festividad por un momento y cerré los ojos, pensando un deseo. Después de cenar, los niños se amontonaron en el sofá a ver *El mago de Oz*. Yo me quedé fuera. Los niños pequeños tienen emociones a lo grande, y yo tenía

que refrenar las mías.

El sábado siguiente, Patton se ocupó de Alice, y yo me acomodé en mi despacho de la primera planta para revisar y escribir. A las cuatro de la tarde, sonó el timbre de la puerta. Recibimos muchas cosas por correo, y, de hecho, ese día ya había abierto la puerta un par de veces y firmado albaranes de entrega. Me irritó que me interrumpieran otra vez. Por lo general, no hago caso, y dejo que depositen el paquete en la puerta. Normalmente, solo para asegurarme, me acerco a la ventana del dormitorio y echo un vistazo, y sí, veo la espalda del empleado de FedEx, y nuestra verja de entrada cerrándose a su paso.

No sé qué me hizo levantarme esta vez, pero bajé unos peldaños de nuestra escalera curvada y grité: «¿Quién es?». No contestó nadie. Fui a la ventana del dormitorio y miré. Un joven afroamericano esbelto con camisa rosa y corbata se marchaba de nuestra casa. Me dio toda la sensación de que era un adolescente; quizá lo vi de perfil un momento. Supuse que estaría vendiendo suscripciones a alguna revista puerta por puerta, y dejé caer la cortina. Volví a trabajar y no pensé más en ello.

Unos cuarenta y cinco minutos después, me levanté y cogí las llaves del coche. Había hecho planes para cenar temprano con Patton y Alice en uno de nuestros restaurantes preferidos del barrio. Me aseguré de haber cerrado las puertas y fui hacia el coche, aparcado en la calle. Cuando había llegado hacia la mitad del camino de acceso, vi por el rabillo del ojo la figura de un joven hacia mi izquierda que caminaba muy lentamente de espaldas a mí delante de la casa de al lado.

No estoy segura de si me habría fijado de no haber sido por su lenguaje corporal tan insólito. Se quedó quieto por completo cuando salí a paso decidido de la casa. Era un chico afroamericano, no el mismo que había llamado a nuestra puerta, pero vestido de un modo similar con camisa azul pastel y corbata. Siguió con el cuerpo inmóvil y alargó el cuello levísimamente en dirección a mí. Vacilé. Volví a pensar en adolescentes que vendían suscripciones a revistas y me

pregunté si me estaría sopesando como posible cliente. Pero sabía que era algo más extraño que todo eso. Su lenguaje corporal era muy raro. Me monté en el coche y me fui, y por el camino saqué el móvil para llamar a la policía. Marqué los dos primeros números. Pero ¿qué iba a decir? ¿Un chaval negro sospechoso? Parecía racista y exagerado. Descarté la llamada. No estaban haciendo nada abiertamente delictivo. Aun así, pisé el freno y di un volantazo hacia la izquierda para hacer un rápido giro de 180 grados de regreso a nuestra casa. No podían haber transcurrido más de cuarenta y cinco segundos, pero ninguno de los dos chicos seguía en la calle. El crepúsculo iba mermando la visibilidad. Supuse que habrían llamado a otro timbre para soltar el rollo de la revista y los habrían invitado a pasar. Me dirigí hacia el restaurante.

La noche siguiente estaba arriba cuando oí que sonaba el timbre y cómo Patton le abría a alguien la puerta. «¡Michelle!», me llamó. Bajé. Había venido Tony, nuestro vecino de al lado.

Tony era el primer vecino que habíamos conocido cuando compramos la casa hacía dos años y medio. Por entonces aún no nos habíamos mudado, y yo estaba en la casa con nuestro contratista, hablando de las obras de renovación, cuando un hombre atractivo de unos cuarenta años se asomó a la puerta y se presentó. Tengo el recuerdo de que era sociable y un tanto modesto. El propietario anterior había sido un ermitaño, y Tony no había visto nunca el interior de la casa. Tenía curiosidad. Le invité a que pasara y echara un vistazo. Por su actitud extrovertida supuse que acabaríamos siendo amigos, como tendemos a imaginar cosas cuando pensamos en la vida en un entorno nuevo. Me contó que se había divorciado hacía poco y que su hija adolescente iba a vivir con él y a ir a un instituto católico femenino de la zona. Tenía alquilada la casa de al lado.

Pero nuestra relación, aunque siempre cordial, no llegó a transformarse en una amistad. Nos saludábamos con la mano y, de vez en cuando, hablábamos de cosas sin trascendencia. Cuando nos mudamos, Patton y yo hablamos de que deberíamos celebrar una

fiesta en el patio trasero y conocer a todos los vecinos. Teníamos buenas intenciones, y seguíamos hablando de ello, pero luego lo dejábamos correr. Siempre había obras en la casa, o uno de los dos estaba de viaje. Sin embargo, cuando la pelota de Alice pasaba por encima de la verja a su jardín, Tony y su hija siempre tenían el detalle de devolvérsela. Cuando encontré una cría de paloma en la acera, delante de su casa, y le hice un nido con una cesta de mimbre y hojas y la sujeté a una rama de árbol, Tony salió y me sonrió. «Qué buena eres», dijo. Me caía bien. Pero nuestras interacciones se reducían a la idas y venidas de la casa, a momentos en que sacábamos a pasear al perro o nos las teníamos que ver con las discusiones de las niñas. Mi despacho de la primera planta da a su casa; nos separa una distancia de apenas cinco metros. Me he acostumbrado a los ritmos de sus vidas. A media tarde oigo su puerta principal, y la hija de Tony, que tiene una voz preciosa, se pone a cantar. Siempre tengo intención de decirle la voz tan preciosa que tiene. Siempre se me olvida.

Tony había venido a nuestra casa porque quería decirnos que la víspera le habían robado.

«Creo que sé lo que ocurrió», dije, y le indiqué con un gesto que se sentara en el sofá de nuestra sala de estar.

Le expliqué que llamaron al timbre, y que no hubo respuesta, y le conté lo que vi luego. Asintió; la pareja de ancianos de al lado habían visto a los mismos chavales sacando bolsas de la casa de Tony. Entraron por la ventana de la cocina y desvalijaron la vivienda por completo. Los polis le dijeron que es una treta habitual entre las bandas de ladrones de poca monta los fines de semana largos. Llaman a ver si hay alguien en casa; si no contesta nadie, entran.

«No son más que iPads y ordenadores —dijo Tony—. Pero no puedo dejar de pensar qué habría pasado de haber estado en casa mi hija sola. ¿Qué habría pasado entonces?».

Al pronunciar la palabra «hija» le tembló la voz. Se le llenaron los ojos de lágrimas. A mí también.

«No tienes que dar explicaciones —dije—. Es una intromisión

terrible».

Alargué el brazo y apoyé mi mano en la suya.

«Michelle escribe libros de género criminal», comentó Patton.

Tony se mostró sorprendido.

«Ni siquiera sé a qué os dedicáis», dijo.

A partir de ahora, nos aseguramos los tres, velaríamos unos por los otros. Nos avisaríamos cuando fuéramos a irnos de viaje. Seríamos mejores vecinos, prometimos.

Esa misma noche seguí dándole vueltas a los acontecimientos de los últimos días. Pensé en lo íntimo de ese momento en la sala de estar, en la inesperada emoción que compartimos con Tony.

«Ni siquiera sabemos cómo se apellida», le comenté a Patton.



Tengo un ritual nocturno con Alice, que tiene problemas para conciliar el sueño y sufre pesadillas. Todas las noches, antes de dormir, me llama para que vaya a su habitación.

«No quiero tener una pesadilla», dice.

Le retiro el pelo rubio de la cara, le pongo la mano en la frente y la miro directa a sus ojazos castaños.

«No vas a tener ninguna pesadilla», le digo, con enunciación nítida y segura.

La tensión abandona su cuerpo, y se duerme. Salgo de la habitación, con la esperanza de que lo que he prometido aunque no tengo ningún control sobre ello sea cierto.

Eso hacemos. Todos nosotros. Hacemos promesas de protección bienintencionadas que no siempre podemos cumplir.

«Cuidaré de ti».

Pero, luego, oyes un grito, y decides que son unos adolescentes haciendo el tonto. Un hombre joven que salta una verja está tomando un atajo. El disparo a las tres de la madrugada es un petardo o el tubo de escape de un coche. Te incorporas en la cama un instante por el

sobresalto. Si te levantas, lo que te espera es el suelo frío y duro, y quizá una conversación que probablemente no lleve a ninguna parte; así que te derrumbas sobre la almohada caliente y te vuelves a dormir.

Luego te despiertan las sirenas de la policía.

Esta tarde he visto a Tony paseando su perrazo blanco y le he saludado cuando me bajaba del coche, mientras rebuscaba las llaves de casa y recordaba algo que tenía que hacer.

Sigo sin saber cómo se apellida.

CONTRA COSTA, 2013

CONCORD

La historia de la ciudad de Concord, en el condado de Contra Costa (California), está relacionada con Satanás y con varios malentendidos. Cuenta la leyenda que, en 1805, unos soldados españoles que perseguían a un grupo de nativos americanos evangelizados a su pesar acorralaron a estos cerca de un bosquecillo de sauces en lo que hoy es Concord. Los nativos se refugiaron entre la espesura de los árboles, pero, cuando los soldados se lanzaron a la carga para atraparlos, habían desaparecido. Los españoles, asustados, llamaron a la zona monte Diablo, según la acepción de «monte» como terreno cubierto de matorrales y árboles, o «bosque». Con el paso de los años, se adoptó la terminología inglesa más convencional de *mountain* o *mount* y los recién llegados transfirieron el nombre al pico de 1173 metros de altura que domina el paisaje del Este de la Bahía, que se convirtió en Mount Diablo. En 2009, un vecino llamado Arthur Mijares presentó una solicitud federal para que se cambiara el nombre por el de Mount Reagan. El nombre del Diablo le parecía ofensivo.

«No soy más que un hombre normal y corriente que cree en Dios», declaró a *Los Angeles Times*. Mijares no logró su objetivo, pero no tenía por qué haberse preocupado. Concord está cincuenta kilómetros al

este de San Francisco, y bien ocupados hasta el último de ellos. Si lo que antes había era un siniestro terreno sin cultivar, este fue allanado con buldóceros y sembrado de pequeños comercios tremenda e intencionadamente insulsos. Delante de mi hotel está el centro comercial Willows, una enorme extensión de restaurantes y comercios de franquicias de una dejadez preocupante: Old Navy, Pier One Imports y Fuddruckers. Prácticamente todo aquel a quien le hablo de Concord menciona la comodidad de su estación del BART, la red de metro del Este de la Bahía. «En veinte minutos te plantas en Berkeley», dicen.

Paul Holes y yo hemos quedado en que me recogerá a la entrada de mi hotel a las nueve de la mañana. Me va a llevar a hacer un recorrido por los escenarios de los crímenes en el condado de Contra Costa. Por la mañana ya estamos rondando los 30 °C, y hace un día abrasador del que es el mes más caluroso del año en el Este de la Bahía. Un Taurus plateado llega justo a tiempo, y se apea un hombre en buena forma y esmeradamente vestido, con el pelo rubio y una insinuación de bronceado veraniego, el cual me saluda por mi nombre. No había visto nunca a Holes en persona. Durante nuestra última conversación por teléfono, se lamentó con jovialidad de que el cachorro de labrador de su familia no le deja dormir por la noche, pero, por su aspecto, cualquiera diría que no ha tenido nunca ni una sola preocupación en la vida. Ronda los cuarenta y cinco años y tiene un rostro tranquilo y afable y andares de deportista. Sonríe con calidez y me da un firme apretón de mano. Pasaremos las ocho horas siguientes hablando de violaciones y asesinatos.

Holes no es policía en el sentido estricto de la palabra, claro; es criminalista, jefe del laboratorio forense de la Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa, pero ha pasado mucho tiempo rodeado de polis, y me recuerda a ellos. Cuando digo polis me refiero específicamente a los inspectores. Después de pasar suficientes horas con ellos, he observado algunas cosas sobre los inspectores. Todos huelen ligeramente a jabón. Nunca he conocido a un detective con el

pelo grasiento. Todos mantienen el contacto ocular de un modo excelente y exhiben una actitud corporal envidiable. La ironía no es nunca su tono preferido. Los juegos de palabras los incomodan. Los buenos crean largos vacíos en la conversación que tú llenas de manera reflexiva, una estrategia de interrogatorio que, con mi lamentable tendencia al cotorreo, me permitió ver lo fácil que es dar pie a una confesión. Carecen de elasticidad facial; o, más bien, la contienen. No he conocido nunca a un inspector que hiciera muecas. No se arredran ni abren los ojos de par en par. Yo no dejo de poner caras raras. Me casé con un humorista. Muchos amigos míos trabajan en el mundo del espectáculo. Estoy rodeada constantemente de expresiones mayúsculas, razón por la que percibo de inmediato en su ausencia entre los inspectores. Mantienen una impassibilidad agradable pero intensa que admiro. He intentado imitarla, pero no me sale. He llegado a reconocer cambios sutiles pero discernibles en esa impavidez: los ojos se entornan, la mandíbula se tensa fugazmente, por lo general al oír una teoría que descartaron hace mucho tiempo. Cae un velo. Pero nunca dejan ver la mano que llevan. Nunca te dicen: «Esa posibilidad ya la investigamos hace una eternidad». En cambio, asimilan tus palabras y te dejan con un educado: «Ah».

Tanto en su discreción como en prácticamente todo lo demás, los inspectores se diferencian de la gente del espectáculo. Los inspectores escuchan. Están llevando a cabo una evaluación. Los artistas solo evalúan para calcular la influencia que ejercen sobre los presentes. Los inspectores se enfrentan a tareas concretas. Una vez pasé una hora oyendo a una actriz amiga mía analizar un texto de tres frases que hería sus sentimientos. Al final, percibo las grietas en el barniz del inspector, pero en un primer momento su compañía supone un inesperado alivio, algo así como abandonar una sombría fiesta de actores en la que resuenan las conversaciones competitivas para unirse a un grupo de decididos Eagle Scouts a la espera de su próximo desafío. No era nativa en la tierra de los que se tomaban las cosas muy al pie de la letra, pero disfrutaba mi estancia en ella.

La primera agresión del VZE en el Este de la Bahía tuvo lugar en Concord, en un lugar que queda a solo diez minutos de mi hotel. Holes y yo prescindimos de la charla trivial y nos zambullimos directamente en el caso. La primera pregunta más evidente es qué trajo al VZE aquí. ¿Por qué dejó de actuar en Sacramento y, en octubre de 1978, se corrió una juerga de casi un año en el Este de la Bahía? Ya conozco la teoría más habitual. Holes también. No se la traga.

«No creo que se fuera de Sacramento por miedo», asegura.

Quienes defienden la teoría de que «se fue por miedo» señalan que el 16 de abril de 1978, dos días después de que el VZE agrediera a una canguro de quince años de edad en Sacramento, la policía hizo públicos los retratos robot mejorados de dos sospechosos del homicidio de los Maggiore, un caso sin resolver en el que una pareja joven había sido misteriosamente abatida a tiros mientras paseaban al perro. Después de que se hicieran públicos los retratos robot, el VZE dejó de actuar en Sacramento; solo se le atribuiría otra violación en el condado de Sacramento, y no se produciría hasta un año después. Hay quien piensa que uno de los retratos del caso Maggiore debía de ser inquietantemente fiel.

Holes no lo tiene tan claro. Ha estudiado y tiene muchos conocimientos sobre elaboración de perfiles geográficos, una variante de la cartografía criminal analítica que tiene como objetivo determinar el área de residencia más probable de un delincuente. A finales de la década de los setenta, igual los polis se reunían en torno a un mapa marcado con chinchetas y se dedicaban a hacer especulaciones ociosas. Pero, hoy en día, el perfilado geográfico es una especialidad por derecho propio, con algoritmos y *software*. Cuando se trata de crímenes predatorios, suele haber una «zona de seguridad» en torno a la residencia de un criminal; los objetivos dentro de esa zona resultan menos deseables porque se percibe un nivel de riesgo más elevado asociado a actuar tan cerca de casa. En los crímenes en serie, los expertos en perfiles geográficos analizan los lugares de los ataques a fin de identificar la zona de seguridad, la franja en torno al centro de

la diana donde vive el delincuente, porque los criminales, como todo el mundo, siguen rutinas predecibles.

«He leído muchos estudios sobre cómo los criminales en serie seleccionan a sus víctimas —dice Holes—. Lo hacen en el transcurso habitual de su vida. Pongamos por caso que eres un ladrón en serie y vas en coche a trabajar como una persona normal todos los días. Tienes un punto de anclaje en casa y un punto de anclaje en el trabajo. Pero están prestando atención. Están como nosotros aquí —Holes indica con un gesto el cruce donde nos hemos detenido— y se fijan, ya sabes, esa de ahí puede ser una buena urbanización».

La distribución geográfica de las agresiones en Sacramento sigue unas pautas completamente distintas a las del Este de la Bahía, señala Holes, y eso es significativo.

«En Sacramento, va de aquí para allá, pero se ciñe a las zonas residenciales de las afueras del noreste y el este. Los expertos en perfiles geográficos denominan a esa clase de individuo “merodeador”. Extiende su radio de acción a partir de un punto de referencia. Pero una vez que se muda aquí, se convierte en una persona que se traslada cada día de casa al trabajo. Es evidente que va y viene por la ruta 680».

La Interestatal 680 es una autopista de unos 110 kilómetros de norte a sur que atraviesa la zona central del condado de Contra Costa. La mayoría de las agresiones del VZE en el Este de la Bahía tuvieron lugar cerca de la I-680, la mitad de ellas a kilómetro y medio o menos de una salida. En un mapa de perfil geográfico elaborado por profesionales, vi los casos del Este de la Bahía representados por una serie de circulitos rojos, casi todos justo a la derecha, o el este, de la 680, gotas rojas que surcaban una vena amarilla.

«Es algo que se percibe cuando conduces de aquí para allá por la 680 —dice Holes—. Creo que está ampliando su radio de acción porque han cambiado las circunstancias de su vida. No me sorprendería que siguiera viviendo en Sacramento, pero que ahora fuese y volviese del trabajo y aprovechara estar fuera de su

jurisdicción para atacar».

Ante su mención de la palabra «trabajo», aguzo el oído. Por la correspondencia por correo electrónico que mantenemos de un tiempo a esta parte, he notado que Holes sigue alguna pista interesante en relación con la posible profesión del VZE, pero no quiere entrar en detalles concretos. Incluso ahora me da largas, anticipándose a mi pregunta.

«Ya llegaremos a eso».

Holes no se crio aquí. No era más que un chaval en 1978. Pero lleva veintitrés años trabajando en la Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa, y ha estado infinidad de veces en los escenarios de los crímenes. También ha indagado sobre el aspecto que tenía la zona por aquel entonces. Ha obtenido permisos. Estudiado fotografías por satélite. Hablado con vecinos. Posee un mapa mental del área en torno a octubre de 1978, que superpone al actual conforme vamos avanzando. Aminora la velocidad y señala una calle sin salida. Las casas están situadas justo detrás de la vivienda donde tuvo lugar la primera agresión del VZE en Concord.

«Esas no estaban ahí entonces —señala Holes—. Era un descampado».

Paramos y aparcamos junto a una casa que hace esquina en un tranquilo barrio residencial. En una foto adjunta al primer expediente del Este de la Bahía se ve a una atractiva pareja con su hija de un año; la niña lleva un gorrito de cumpleaños a lunares y un vestido de verano, y los padres tienen cada cual una mano en la pelota que sostienen ante ella, que se supone que es uno de sus regalos. La niña sonrío al fotógrafo, los padres, a la cámara. Mes y medio después de que se tomara la foto, el 7 de octubre de 1978, el marido despertó al notar que algo le tocaba el pie. Abrió los ojos, sorprendido al ver que se cernía sobre él una figura con pasamontañas oscuro.

«Solo quiero dinero y comida, nada más. Os mataré si no hacéis lo que diga». El intruso tenía una linterna en la mano izquierda y un revólver en la derecha.

Holes señala la ventana del comedor por la que, hace treinta y cinco años, se coló el VZE para, luego, llegar hasta los pies de la cama de la pareja. No le hizo nada a la niña, que durmió durante todo el calvario.

La casa, construida en 1972, es una estructura de una sola planta en forma de «L» que ocupa un terreno de más o menos unos mil metros cuadrados, como las demás casas de la manzana. Me llama la atención lo mucho que se parece la vivienda a los otros escenarios del crimen que he visto. Se la podría coger y trasladar a cualquiera de los demás vecindarios.

«Es el mismo tipo de casa, eso desde luego», le comento a Holes. Él asiente.

«En muy pocos vecindarios donde actuó había casas de dos plantas —observa—. Tiene mucho sentido si sabes que las víctimas están durmiendo. En las casas de dos plantas hay una sola subida y una sola bajada. Es más fácil quedar acorralado en esa situación. También es más fácil ver lo que está ocurriendo en una casa de una planta, yendo de una ventana a otra. Y, si estás merodeando, saltando verjas y cruzando patios, es más probable que alguien te vea desde la primera planta que desde la planta baja».

El marido, bajo hipnosis, recordó que cuando su mujer y él llegaron a casa hacia las 23.15 horas de la noche de la agresión, vieron a un joven plantado cerca de una camioneta aparcada en la bocacalle junto a su domicilio. La camioneta tenía forma de caja, y estaba pintada en dos colores, blanco sobre verde agua. El joven aparentaba veintitantos años, y era blanco con el pelo moreno, de estatura y peso medios; se encontraba cerca del ángulo posterior derecho del vehículo, inclinado, como si comprobara el estado de un neumático. Un fragmento de una imagen, una de entre los centenares que medio asimilamos de pasada todos los días. Me imagino al marido en una silla, recordando y analizando una instantánea que en retrospectiva se torna crucial. O no. Ahí radicaba la locura del caso: el peso incierto de todas y cada una de las pruebas.

«En este caso, lo asombroso es la sofisticación de la manera en que irrumpió en la casa —dice Holes—. Parece que probó con la puerta lateral. Está haciendo incisiones cerca del picaporte. Abandona la tarea por el motivo que sea. Va a la parte delantera. Hay una ventana en el comedor. Abre un pequeño orificio en la ventana para descorrer el pestillo y entra por ahí».

«No sé nada de robos. ¿Era bueno?».

«Era bueno», asegura Holes.

Permanecemos en el ambiente caldeado del coche, y Holes va enumerando las virtudes estratégicas del agresor. Los sabuesos, las huellas de calzado y las rodadas de neumático permitieron a los investigadores constatar su astucia a la hora de elegir rutas. Si había un solar en construcción cerca, aparcaba allí, pues la densidad de vehículos de paso le permitía esconderse a plena vista; la gente daba por sentado que tenía algo que ver con las obras. Se aproximaba hasta la casa por un lado pero luego seguía un camino distinto para escapar, de modo que no lo vieran ir y venir y, así, fuera menos probable que lo recordaran.

Perros que por lo general ladraban no le ladraban a él, lo que indica que debía de condicionarlos de antemano con comida. Tenía la insólita costumbre de poner una manta sobre una lámpara o una televisión sin sonido cuando llevaba a las víctimas femeninas al salón con objeto de tener suficiente luz para ver pero no tanta como para llamar la atención en el exterior. Y la planificación previa. La pareja de la casa de la esquina dijo que, cuando volvieron a su domicilio, se fijaron en que la puerta del estudio del marido estaba cerrada, lo que era poco habitual, y la puerta de la calle no estaba cerrada con llave, como creían haberla dejado. Se preguntaban si ya estaría en la casa en ese momento, quizá escondido entre los abrigos en el armario del vestíbulo, esperando a que sus murmullos se atenuaran y se apagara la luz de la rendija a sus pies.

Hay una pausa en mi conversación con Holes, una pausa que he llegado a prever en las discusiones sobre el caso. Es un instante de

baja intensidad. La fluctuación verbal es similar a ese momento en que has hablado más de la cuenta de un ex, te contienes y haces una pausa para dejar claro que el ex en cuestión es, naturalmente, un despreciable cabrón.

«Se le da muy bien cometer *su* crimen —señala Holes—, pero no baja haciendo rápel por el lateral de un edificio. No hace nada que sugiera que tiene una preparación especial».

Los padres de Holes son de Minnesota, y su manera de hablar conserva el deje animado del Medio Oeste, pero, cuando dice que el VZE no era especialmente hábil, su voz pierde impulso, y suena poco convincente y poco convencido. Pasamos a la siguiente fase identificable del análisis de un caso: el debate interno.

«Los tiene bien puestos. El VZE. Ahí está el asunto —dice Holes con la mandíbula apretada, cosa muy poco habitual en él—. Lo que lo diferencia de otros delincuentes es que entra en la casa. Mira el Asesino del Zodíaco, por ejemplo. En muchos aspectos, sus crímenes eran bastante cobardes. Caminos apartados por donde paseaban enamorados. Desde lejos. Cuando entras, subes las apuestas. Y las subes aún más cuando hay un hombre en la casa».

Hablamos de cómo pasa por alto a las víctimas masculinas. Me cuenta una historia sobre una vez que tuvo que entrevistar a una víctima femenina que había sido agredida junto a su marido, en Stockton. Holes decidió ponerse en contacto con el marido, suponiendo que sería capaz de lidiar mejor con la inesperada llamada. El marido le dijo en tono amable a Holes que no creía que su esposa quisiera hablar de la agresión. Lo había suprimido de su mente. Ella no quería recordar la experiencia; aun así, el marido le dijo a regañadientes que le trasladaría a su esposa las preguntas de Holes. Pero Holes no tuvo noticias. Supuso que era una causa perdida. Unos meses después, por fin se puso en contacto con él la mujer, que contestó las preguntas de Holes. Estaba dispuesta a ayudarle, aseguró. Estaba dispuesta a recordar. No así su marido.

«Es él quien tiene problemas», le dijo en confianza.

Las víctimas masculinas nacieron en los años cuarenta y cincuenta, una generación para la que la terapia era un concepto en buena medida extraño. En los informes policiales, los roles de género son rígidos e inequívocos. Los inspectores preguntan a las mujeres dónde van de compras, y a los hombres, sobre los mecanismos de cierre de las puertas y ventanas. Arropan con mantas a las mujeres y las llevan al hospital. A los hombres les preguntan qué vieron, no qué sintieron. Muchas víctimas masculinas poseían experiencia militar. Tenían herramientas de jardinería. Eran los artífices y protectores a los que les habían hurtado la capacidad de hacer y proteger. Su ira aflora en los detalles: un marido arrancó a mordiscos las ligaduras de los pies de su esposa.

«Se siguen arrastrando muchos traumas hasta el día de hoy», dice Holes al mismo tiempo que pone en marcha el coche. Se aleja de la acera. La casa de la esquina va quedando atrás. Hay una breve nota escrita a mano en el informe de la víctima femenina, la madre joven y bonita de la preciosa niña que cumplía los años; iba dirigida al inspector jefe, y estaba fechada cinco meses después de la agresión.

Rod:

Adjunto a la nota

una lista de objetos desaparecidos y

una lista de cheques extendidos en julio-agosto.

Todas las joyas se las llevaron de la cómoda de nuestro cuarto o de encima del tocador. Otros objetos aparecen debidamente indicados. Espero de verdad que esto sea todo lo que haga falta porque estamos intentando desesperadamente volver a nuestra vida normal. Seguro que ambos podemos entender la situación del otro.

¡Suerte a la hora de atar todos los cabos!

El tono era razonable, directo y evidenciaba capacidad de resistencia. Hasta se intuía animado. Me pareció extraordinario. Hay gente, pensé al leerla, que puede pasar por cosas horribles y traumáticas y seguir adelante. En el informe, unas páginas después, hay otra nota breve, escrita a mano por un ayudante del *sheriff*. «Esta familia ya no vive en

el condado de Contra Costa —dice la nota—. Se han mudado a una ciudad a cientos de kilómetros».

¡Suerte a la hora de atar todos los cabos!

Había interpretado las exclamaciones como indicios de optimismo. Pero en realidad eran una despedida.

Vayamos hacia el este. La segunda agresión en Concord tuvo lugar una semana después de la primera, y su ubicación queda a ochocientos metros escasos. Holes se detiene en un *stop*. Consultando de nuevo su mapa mental de octubre de 1978, señala la calle perpendicular a nosotros. «Justo en esta zona hay unas obras nuevas. Así que la gente, los obreros, los camiones con materiales, vienen por esta carrera —indica la calzada donde estamos— o esa carretera para llegar hasta el lugar de las obras».

De las dos carreteras principales que se podían tomar hasta el lugar de las obras en octubre de 1978, dice Holes, una ruta pasa por la ubicación de la primera agresión, y la otra, por la de la segunda. Recuerdo que Holes dijo que creía que el VZE venía a la zona por trabajo.

«¿Obras? ¿Construcción?», pregunto.

«Esa es la vía que estoy explorando», dice.

Me fijé en que dice «la» vía y no «una» vía.

«¿Sabes quién era el promotor inmobiliario de esas obras?».

No contesta, pero su expresión dice que lo sabe.

Llegamos al segundo escenario del crimen en Concord, otra casa de una planta en forma de «L», esta de color crema con ribete verde. Un enorme roble domina el jardincito delantero. Nada en el vecindario sugiere que viva aquí gente con mucho tiempo libre en los días de labor. No pasea nadie con el perro. Nadie ha salido a caminar a paso ligero con un iPod. Pasan pocos coches.

En este caso, el VZE insinuó una posibilidad, una posibilidad que se atisba intrigantemente un puñado de veces a lo largo de la serie.

Eran las cuatro de la madrugada de un viernes trece. El guion psicosexual del VZE de abalanzarse sobre sus víctimas con la linterna y las amenazas proferidas entre los dientes apretados estaba tan bien establecido a estas alturas que, al leer los informes policiales, no se le puede reprochar a nadie que pase por alto la pista, el cambio clave de una sola palabra: de «yo» a «nosotros».

«Lo único que queremos es comida y dinero, y luego nos largaremos de aquí —espetó a la pareja desorientada—. Solo quiero comida y dinero para mi novia y para mí».

Una vez que la pareja estuvo atada y sometida, comenzó su frenético saqueo, abriendo y cerrando de golpe los armarios de la cocina, revolviendo en los cajones. Llevó a la víctima femenina a la sala de estar. La obligó a tumbarse en el suelo.

«¿Quieres vivir?», le preguntó.

«Sí», dijo ella.

Le vendó los ojos con una toalla del baño.

«Más vale que sea el mejor polvo que eche en mi vida, porque si no te voy a matar».

Les contó a los investigadores que no podía dejar de pensar en *A sangre fría*, la historia de la familia aniquilada en mitad de la noche por unos volubles asesinos.

Sin embargo, lo que ocurrió a continuación, aunque aterrador para la víctima, pareció curiosamente pueril y de escaso interés para su agresor. Le recorrió rápida y superficialmente los muslos con las manos; ella notó que llevaba gruesos guantes de cuero. La obligó a masturbarlo unos momentos, luego la penetró y acabó en treinta segundos. Se puso en pie de un salto y empezó a desvalijar la casa de nuevo. Dio la impresión de que saquear y revolver la casa lo estimulaba más que el sexo en sí.

Se abrió una puerta, y ella notó una corriente; había ido al garaje adosado. Se oyó el crujido de una bolsa de basura. Al parecer iba y venía de la casa al garaje. Le oyó decir algo, pero no a ella.

«Toma, mételo en el coche», susurró.

No hubo respuesta; la mujer no oyó pasos. El vehículo no llegó a ponerse en marcha. No se dio cuenta de cómo ni cuándo se fue, solo de que en algún momento lo había hecho.

No fue la única vez que el VZE sugirió que tenía un cómplice. La primera víctima oyó lo que le pareció que eran dos voces distintas en su sala de estar que susurraban acaloradas amenazas superpuestas. «Cállate», seguido de inmediato por: «Te he dicho que te calles tú».

Otra víctima oyó sonar una bocina cuatro veces fuera, y luego alguien empezó a llamar al timbre. Tocaron con los nudillos en la ventana delantera. Oyó voces sofocadas, posiblemente de una mujer. No estaba segura de que la voz del VZE estuviera entre ellas. Él se marchó, y las voces se esfumaron, pero la víctima, que estaba atada y boca abajo en el suelo de la sala de estar, no sabía si los acontecimientos se habían producido al mismo tiempo, ni si tenían alguna relación entre sí.

«Mi amigo está esperando en el coche», dijo una vez.

¿Fue una mentira, una táctica de reafirmación cuando sentía la necesidad psicológica de apoyo? ¿Un intento de despistar a la policía? La mayoría de los investigadores cree que era un farol. Holes no está tan seguro.

«¿Cuenta con alguien que le ayuda a veces? ¿No en las agresiones sexuales, sino en el aspecto del robo? ¿Quién sabe? Ocurre tanto a lo largo de la serie que uno se plantea la duda: “Quizá”. Quizá haya que tener en cuenta esa posibilidad».

Holes reconoce que buena parte de lo que decía el VZE tenía como objeto desviar la atención y despistar. Despotricaba acerca de que vivía en su furgoneta o en un campamento a la orilla del río, pero rara vez tenía el olor corporal propio de un indigente. Se inventaba relaciones con sus víctimas. «Cuando te vi en el baile del instituto supe que tenías que ser mía», le susurró a una adolescente con los ojos vendados, pero ella le había oído arrancar cinta adhesiva de la pared del cuarto: había cogido su foto del baile del instituto. «Te he visto en el lago», le dijo a una mujer que tenía una lancha de esquí acuático en

el sendero de acceso.

Algunas mentiras —sobre el asesinato de unas personas en Bakersfield, sobre que lo expulsaron del ejército— probablemente alimentaban la imagen de tipo duro que tenía de sí mismo. Las relaciones falsas con las víctimas quizá formaban parte de su fantasía o eran un intento de inquietarlas por medio de una familiaridad opaca. Holes y yo especulamos sobre otros rasgos de comportamiento, como su manera de respirar entre jadeos. La describían como inmensas bocanadas de aire que rayaban en la hiperventilación. Un experto en perfiles criminales que examinó el caso en los años setenta creyó que la respiración era una táctica para atemorizar, una manera de hacer creer a sus víctimas que era un lunático capaz de cualquier cosa. Holes dice que un colega investigador que padece asma se preguntaba si no sería un problema respiratorio justificado; la adrenalina puede desencadenar un ataque.

El VZE es una carta boca abajo sobre la mesa. Nuestras especulaciones son un callejón sin salida. Damos vueltas y más vueltas en círculo.

«¿San Ramón?», pregunta Holes.

SAN RAMÓN

Vamos hacia la Interestatal 680, que nos llevará 110 kilómetros al sur hasta el lugar de la siguiente agresión, la tercera en un mes. Octubre de 1978. Carter era presidente. *Grease* había sido el éxito del verano en los cines, y «Summer nights», de John Travolta y Olivia Newton-John, seguía sonando sin cesar en la radio, aunque «Who are you», de The Who, estaba subiendo en las listas. La carita lavada de Brooke Shields, con trece años de edad, miraba inexpresiva desde la portada de *Seventeen*. Los Yankees ganaban a los Dodgers en la Serie Mundial. La novia de Sid Vicious, Nancy Spungen, se había desangrado hasta morir en el suelo del hotel Chelsea de resultas de una cuchillada. Juan

Pablo II era el nuevo papa. Tres días antes del ataque de San Ramón, se estrenó la película *La noche de Halloween*.

«¿Qué me dices de los llantos?, ¿crees que eran reales?», le pregunto a Holes.

Casi una docena de víctimas informaron de que el agresor lloró. Sollozaba, dijeron. Tartamudeaba y parecía perdido. Gimoteaba con voz aflautada igual que un niño. «Lo siento, mamá —lloriqueaba—. Mami, ayúdame, por favor. No quiero hacerlo, mami».

«Yo creo que sí —dice Holes—. Las mujeres tienen buen ojo con los comportamientos masculinos. Hay ocasiones en que las víctimas dicen que la ira del VZE es fingida, que está actuando, pero, otras veces, cuando está en un rincón sollozando fuera de control, les parece real. Tiene sentimientos enfrentados. Los llantos son siempre después de la agresión sexual. Es entonces cuando llora».

Entre la víctimas hay una excepción respecto a si aquellas lágrimas eran o no eran reales. La mujer de Stockton, esa cuyo marido tenía problemas para asumir la agresión, no se tragó lo de los lloros, me dice Holes.

«Oyó esos sonidos. Pero dijo que no los atribuiría a lloros», dice Holes.

«¿Qué creyó que eran?», preguntó.

«Histeria en tono agudo —dice Holes—. Algo parecido a risa».

Durante años, nadie parecía haberse dado cuenta de que el número 911, de emergencias, no funcionaba en el área no incorporada de San Ramón, aunque la compañía telefónica cobraba el servicio a los residentes. Una mujer que vivía al fondo de un tranquilo patio de vecinos descubrió la anomalía. El graznido disonante que emitió su auricular indicando una llamada errónea le supuso un sobresalto que no le hacía ninguna falta después de dos horas de violencia sexual a manos de un desconocido. Las declaraciones de la mujer, con el pseudónimo de Kathy, se citan en un artículo del *Oakland Tribune* publicado el 10 de diciembre de 1978, seis semanas después de que fuera agredida. Cuando Kathy despertó la noche de la violación, sus

ojos intentaron frenéticamente adaptarse a la oscuridad. Solo atinó a distinguir una cosa en la negrura absoluta: una furiosa mirada incorpórea, sus «ojillos, *ahí mirándome*».

«Sencillamente, odio a ese tipo», dice Kathy con toda naturalidad de su violador sin identificar. Explica que está enormemente furiosa con la compañía telefónica por no ofrecer un servicio de emergencias cuando aseguraban ofrecerlo. De semejante atropello, le dice Kathy al periodista, ha podido obtener cierta justicia cuantificable: ahora deducen de su factura el cargo del 911, con lo que ahorra 28 centavos al mes.

Recibió ayuda después de llamar directamente a la Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa.

Tras las dos violaciones en Concord, la Oficina del Sheriff había emitido una alerta a sus ayudantes. La advertencia de Sacramento había sido profética: ahora, el VZE asomaba el pasamontañas a *sus* ventanas. Todo el mundo tenía que extremar la vigilancia. Una fuerza de choque empezó a identificar los barrios donde podía actuar el VZE. Se registraban con discreción las matrículas de vehículos aparcados cerca de áreas abiertas o que parecían sospechosos por algún motivo.

Prestar atención con los ojos como platos no era el modo habitual de actuar de los agentes de patrulla por San Ramón. Entre 1970 y 1980, la ciudad había cuadruplicado de largo su población, pero estaba, y sigue estando, rodeada de pastos ondulantes tachonados de robles, amplias franjas de terreno sin urbanizar que sugieren espacio e imponen quietud. Las radios de la policía permanecían en calma durante largos silencios. Los faros de los coches patrulla barrían los mismos garajes separados de las casas, las mismas ventanas en sombras de viviendas de estilo ranchero ocupadas por familias jóvenes. Rara vez se levantaban figuras sospechosas en la inalterable silueta suburbana de San Ramón; las líneas que delimitaban las cercas permanecían intactas, los arbustos nunca se movían. Los ayudantes del *sheriff* estaban tan preparados para entrar en acción como acostumbrados a la tranquilidad.

Eso cambió el 28 de octubre, justo después de las cinco de la madrugada, cuando la central difundió al turno de noche un chisporroteo de ruido parásito seguido de unos detalles escasos pero alarmantes. Violación en un domicilio y robo. Montclair Place. Una unidad de un solo hombre fue la primera en personarse en el escenario. Las víctimas, Kathy y su marido, David,* recibieron con calma al agente en la puerta de su casa. Después de confirmar que la pareja no necesitaba asistencia médica de inmediato, el agente reparó en la curiosa escena que había a sus espaldas. La casa estaba vacía casi por completo. Los cajones de los pocos muebles estaban abiertos al azar y sin apenas ningún objeto. Las puertas de los armarios estaban abiertas, dejando a la vista barras de colgar y nada más. ¿Los había limpiado por completo el intruso? No, explicaron Kathy y David, estaban a punto de mudarse.

Había ido a por ellos durante las últimas horas que iban a pasar en esa vivienda.

De nuevo salía a relucir el factor inmobiliario. Y la astucia a la hora de escoger el momento sugería que disponía de información interna. Kathy y David tenían un hijo de tres años de edad; les remarcaron a los investigadores que el VZE no abrió la puerta del cuarto de su hijo y que ni se acercó siquiera. Otras víctimas con hijos pequeños se fijaron en eso mismo. Cómo escogía a sus víctimas y obtenía información sobre sus vidas y la distribución de sus casas fue motivo de interminables especulaciones.

Gary Ridgway, el Asesino de Green River, denominaba «patrullar» el tiempo que dedicaba a sondear a las víctimas antes del ataque. Su camuflaje era la trivialidad. Aparcaba su camioneta delante de un 7-Eleven en Pacific Highway South, el sórdido tramo en torno al aeropuerto de Seattle-Tacoma conocido como zona de prostitución. Era un hombre pequeño con la cara de color masilla que parecía tener problemas con el motor. Nadie reparaba en su presencia. El paisaje gris desvaído lo asimilaba sin dejar rastro. Solo un observador atento y paciente se habría llegado a fijar en el detalle que indicaba que algo

no encajaba: no le preocupaba en absoluto el tiempo. Sus pupilas oscilaban como un péndulo, fijándose en todo salvo en el motor, como un rápido ir y venir de consideraciones anhelantes que cambiaban de rumbo con la brusquedad del puntero sobre un tablero de güija.

Clonc. Era un ruido tan rutinario que se perdía en el fragor urbano, en el sonido susurrante de los neumáticos mojados bajo la llovizna y las campanillas de la puerta del establecimiento de conveniencia. Es el sonido más aterrador que nadie ha escuchado: Ridgway cerrando el capó. Había terminado de patrullar; había empezado una nueva fase.

Al principio pensaba que el VZE, igual que Ridgway, debía de haberse escondido a la vista de todos. Parecía poseer información que solo podía haber obtenido por medio de la observación meticulosa y prolongada. Pero, a todas luces, él no era un merodeador que saltara a la vista: pese a los miles de páginas de informes policiales, incluidas declaraciones de víctimas y entrevistas a vecinos, no surge una descripción física uniforme de un sospechoso. En el transcurso de cincuenta violaciones, debería empezar a cobrar nitidez un rostro, pensaba yo, o por lo menos una coincidencia en el color de pelo. Pero no había nada de eso. Ahí radicaba el enigma. El azar acaba por imponerse. La suerte no es de fiar. ¿Cómo conseguía dedicar tanto tiempo al reconocimiento sin que nadie reparara en él?

Mi mente seguía describiendo círculos en torno a la imagen de un hombre de uniforme, un reparador de líneas telefónicas o un empleado de correos, un trabajador cotidiano salido directamente del videojuego educativo *Busytown*, de Richard Scarry, una de esas personas cuya presencia indica que todo funciona correctamente. Nadie se fijaba en él. Se encontraba en un estado de constante disolución. Lo que la gente pasaba por alto, lo que no apreciaban en la imprecisa imagen beis en movimiento, era la fuerza devoradora de sus ojos furiosos.

Un investigador jubilado que trabajó en los homicidios de Irvine intentó disuadirme de la imagen del experto en reconocimiento que yo me había forjado. En su opinión, las agresiones no requerían

demasiada planificación previa ni información privilegiada. Su compañero y él llevaron a cabo un experimento una noche cuando investigaban el caso. Se vistieron de negro de la cabeza a los pies, se pusieron calzado con suela de goma y merodearon por los vecindarios de Irvine, siguiendo las rutas que creían que tomaba el asesino. Se arrastraron pegados a paredes de ladrillo de ceniza, miraron por encima de verjas de jardines traseros y se ocultaron detrás de troncos de árbol en la oscuridad.

Los rectángulos de luz los atraían. Las ventanas traseras ofrecían acceso a las vidas de docenas de desconocidos. A veces, las cortinas solo dejaban una rendija, suficiente para ver la cara inexpresiva de una mujer que aclaraba y volvía a aclarar un único vaso en el fregadero de la cocina. Por lo general había silencio, pero, de vez en cuando, se oía una salva de risas de una televisión. Una adolescente alzaba lentamente los hombros hacia las orejas cuando su novio le levantaba la falda.

El investigador meneó la cabeza al recordarlo.

«Te sorprendería lo que se puede llegar a ver», me dijo.

De hecho, a todos los investigadores con los que hablaba les preguntaba por el merodeo y recibía la misma respuesta, una sucesión de gestos de negación con la cabeza y una expresión que daban a entender que es lo más fácil del mundo.

Un merodeador compulsivo asimila con facilidad el lenguaje corporal, el modo en que una mujer que está sola por la noche puede mirar por la ventana trasera del comedor antes de encender la luz, o cómo una adolescente se mueve haciendo menos ruido cuando sus padres duermen. Con el tiempo, eso se convierte en reconocimiento de pautas. El tiempo de operación se reduce considerablemente.

Le pregunto a Holes hasta qué punto creía que era metódico el VZE en la selección de sus víctimas.

«Creo que hay evidencias en ambos sentidos. Hay ocasiones en que creo que ha llevado a cabo un trabajo importante de reconocimiento. Ve a alguien. Se centra en ellos. Los sigue. Y también

hay otras ocasiones en que los agrede la primera vez que los ve».

Nadie sabe cuánto tiempo estuvo observando a Kathy, pero tienen una idea bastante aproximada del lugar desde el que lo hacía. La casa lindaba por detrás con una granja de árboles de Navidad. El criminalista observó huellas de calzado «como de *jogging*, con el dibujo de la suela en zigzag», en la cerca de madera del jardín trasero.

Holes dobla a la derecha y señala el lugar donde estaba antes esa granja, detrás de la casa. Continuamos una o dos manzanas, y gira de nuevo a la derecha, hacia la manzana de los números 7400 de Sedgefield Avenue.

«Al día siguiente hay un vehículo aparcado aquí, en el lateral. Hay sangre dentro».

El coche era un Ford Galaxie 5000. Se había denunciado su robo.

«Es evidente que alguien estuvo sangrando, es posible que por la nariz. Luego se ve el rastro de sangre cuando se van. Los indicios desaparecieron hace mucho, pero he especulado con que, si alguien huye a través de una granja de árboles por la noche, ¿qué probabilidades hay de que chocara con un árbol? Una vez tuve un caso en el que uno que escapaba de un tiroteo chocó con un poste de teléfonos. Dejo un reguero de sangre justo igual».

El reguero de sangre iba hacia el este y cruzaba la acera. Había unos pañuelos de papel arrugados en la cuneta. Las gotas de sangre se hacían más pequeñas y desaparecían. Como con todos los rastros en el caso, este acababa por llevar hasta una serie de muros en blanco. Nada conducía nunca a una puerta de entrada. Todos y cada uno de los objetos hallados en una búsqueda podían o no ser suyos, y siempre se carecía de información firme y comprobable. Era un caso cuyos mecanismos giraban eternamente alrededor de lo posible.

«Todo es una pista a medias», dice Holes.

«¿Y qué hay de las obras que se estaban haciendo entonces en San Ramón?», le pregunto.

Holes me dice que Kathy les aportó información útil.

«Fue capaz de recordar múltiples lugares donde se estaban

realizando obras en nuevas subdivisiones de su barrio en el momento en que fue agredida».

Me lleva un momento caer en la cuenta de que se refiere a que habló con ella en persona.

«¿Hablaste con ella?».

Él ya sabe por qué me sorprende tanto.

En su libro sobre el caso, *Sudden terror*, Larry Crompton menosprecia a Kathy. Describe su actitud durante la entrevista con la policía casi como si diera la impresión de estar reviviendo «el calentón definitivo». Revela detalles poco favorecedores sobre su vida después de la agresión. Dice que se compadece de su marido y su hijo. Crompton me cae bien, pero me pareció que ahí se equivocaba. Se equivocaba de medio a medio. Incluso compara su aspecto con el de otras víctimas; favorablemente, pero, aun así, se equivoca. Su tratamiento de Kathy es, en el mejor de los casos, carente de empatía, y en el peor, un ejemplo de culpabilización de la víctima. Su retrato da por sentado que solo hay una manera de reaccionar a una agresión sexual violenta. Carece de compasión y comprensión. Por ejemplo, describe con sorna cómo ella le contó a la policía que, cuando el VZE exigió que le hiciera una felación, ella pidió antes un vaso de agua, sin reparar en que, para una víctima aterrada, suplicar agua podía ser una táctica para ganar tiempo. Y el pseudónimo que le asignó Crompton, «Sunny», que tiene la acepción de «alegre», aunque lo más probable es que no fuera malicioso de una forma deliberada, parecía una opción especialmente cruel a la luz de cómo la describía.

Poco después de publicarse el libro de Crompton, la Oficina del Sheriff recibió un correo electrónico de Kathy. Estaba furiosa por la imagen que se había dado de ella. No tenían autoridad para ponerla en contacto con Crompton, que estaba jubilado, pero Holes y una colega invitaron a Kathy a reunirse con ellos en persona en comisaría.

«Ella temblaba como una hoja», recordó Holes, en un tono de voz que daba a entender que no se lo reprochaba. Kathy apenas le miró a los ojos durante la reunión, cosa que él atribuyó a su trauma residual.

La relación entre víctimas e investigadores de casos pendientes es una curiosa combinación de lo íntimo y lo remoto. Holes tenía diez años de edad cuando un hombre enmascarado le puso un cuchillo en el cuello a Kathy y la obligó a tenderse en el frío suelo de linóleo de la cocina. Diecinueve años después, Holes retiró una bolsa con el número de su caso del Almacén de Pruebas, y sacó de ella un bastoncillo de un tubo de plástico. Kathy era una desconocida para él. Había analizado los espermatozoides de su violador bajo un microscopio, pero nunca la había mirado a ella a los ojos ni le había dado la mano.

Él hizo muy pocas preguntas en la reunión y dejó que su colega femenina llevara las riendas. Entonces, Kathy dijo algo que le llamó la atención.

Ella y su marido, David, se habían divorciado hacía mucho tiempo. Al igual que muchas parejas que fueron víctimas del VZE, su relación no sobrevivió. Kathy dijo que David le contó después de la agresión que le parecía haber reconocido la voz del VZE, pero que no podía ubicarla.

Lo que dijo Kathy era importante por dos razones. En primer lugar, ella nunca había visto el perfil geográfico. No sabía que, aunque el condado de Contra Costa no presentaba el mismo patrón vital evidente que Sacramento, el experto en perfiles geográficos había determinado que, con toda probabilidad, la residencia del agresor estaba allí: en San Ramón. Era un lugar fundamental en la serie del Este de la Bahía, y uno de los pocos lugares en los que solo actuó una vez. A medida que aumenta la distancia con respecto a la residencia de un agresor, también aumenta el número de posibles objetivos. Pero, de vez en cuando, un criminal depredador, bien porque se ve atraído por una víctima en concreto, o bien porque está convencido de que no lo atraparán, actúa más cerca de casa.

En el mapa de perfil geográfico, un tajo rojo que indica el área donde es más probable que se encuentre el domicilio que el VZE tiene como base describe una línea de este a oeste justo al norte de la casa

de Kathy.

Kathy tampoco sabía que una experta en perfiles del FBI había presentado novedades en una reciente reunión del Grupo Operativo del VZE. Algo que dijo la experta le vino a la memoria a Holes. Aseguró que debían plantearse la posibilidad de que, en algunos casos, el objetivo hubiera sido la víctima masculina, que el VZE podía haber estado vengándose del hombre por algún agravio percibido.

Lo que les dijo Kathy planteaba la posibilidad de un vínculo, un grado cercano de separación previamente pasado por alto que podía conducir hasta el sospechoso. Muchos casos en serie famosos acaban poseyendo al menos una conexión semejante. Una antigua compañera de habitación de Lynda Ann Healy, una víctima del asesino en serie Ted Bundy, era prima de Ted, y los investigadores descubrieron más adelante listas de alumnos que demostraban que Ted y Lynda iban juntos por lo menos a tres clases. Dennis Rader, el asesino BTK,* vivía a seis puertas de Marine Hedge, su octava víctima. John Wayne Gacy habló en público en una tienda con Robert Piest de contratarlo para una obra poco antes de que Piest desapareciera.

El VZE dedicaba mucho trabajo a ocultar su identidad. Se tapaba la cara y sofocaba la voz. Cegaba a sus víctimas con una linterna y amenazaba con matarlas si le miraban. Pero también era audaz. Los perros que ladraban no lo disuadían. Dos jóvenes, un hermano y una hermana en edad universitaria, habían salido a correr una noche brumosa de diciembre de 1977, cuando vieron a un hombre con pasamontañas oscuro que salía del pasaje bordeado por setos de una casa en la manzana de los 3200 de American River Drive. El hombre paró en seco al ver a los corredores. Ellos siguieron su camino. Volvieron la cabeza y lo vieron montarse rápidamente en una camioneta de modelo antiguo con estribo lateral. Algo en el modo en que el hombre se había parado y luego se había apresurado a montarse en la furgoneta les hizo aligerar el paso. Oyeron el ruidoso traqueteo del motor de la camioneta acelerando hacia ellos. Esprintaron y doblaron la esquina; la camioneta frenó con un fuerte

chirrido y retrocedió de cualquier manera hasta donde estaban. Fueron corriendo hasta otra casa y se escondieron, viendo cómo la camioneta los seguía y describía círculos por la calle hasta que el hombre se dio por vencido y se fue a toda velocidad.

El VZE tenía muchísimo cuidado de preservar su integridad, pero el éxito y la arrogancia que acarrea abre grietas en los planes maestros; alienta entre susurros convicciones de grandeza. Ya había superado una serie de barreras mentales que nos habrían detenido a la mayoría: la violación, entrar en la casa de una desconocida, someter a una pareja en lugar de a una mujer sola. Después de docenas de éxitos sin interrupción, su confianza debía de haberle proporcionado la adrenalina suficiente como para saltarse su propia norma de centrarse únicamente en víctimas con las que no tenía ninguna relación. Un susurro gutural oído en mitad de la noche treinta y seis años antes podía ser una pista.

Después de San Ramón, el VZE actuó dos veces en San José, sesenta kilómetros al sur. Holes y yo decidimos saltarnos San José, para ahorrar tiempo.

«Quiero enseñarte Davis —dice—. Creo que Davis es importante».

Pero antes tenemos que hacer dos paradas más. Después de San José, el VZE regresó al condado de Contra Costa, actuando en la primera de una serie de tres ocasiones en Danville. Holes y yo vamos en dirección norte por la 680 hacia Danville, la ubicación del ataque del 9 de diciembre de 1978, que le aportó su pista más prometedora.

DANVILLE

Hace cien años, el repiqueteo constante de los trenes de vapor era el sonido de la época de prosperidad en el amplio valle verde adyacente a Mount Diablo. A partir de 1891, el Southern Pacific Railroad transportaba pasajeros de una punta a otra en una ruta de treinta kilómetros, desde San Ramón hasta justo al norte de Concord.

Desembarcaban visitantes emprendedores con proyectos y sueños al alcance de la mano. La tierra era abundante. Dieron comienzo las labores de parcelación y urbanización. El servicio de pasajeros acabó por desaparecer con la invención del automóvil, pero el ramal de la línea de San Ramón siguió transportando mercancías: peras Bartlett, grava, ovejas... El ferrocarril se fundía con el paisaje hasta resultar indistinguible. Los pitidos del tren marcaban el tiempo. Las estaciones estaban todas pintadas del mismo amarillo diente de león con ribete marrón. Las vías pasaban por delante de la escuela de primaria Murwood en Walnut Creek, y, en el recreo, los niños, al oír el retumbo y notar que vibraba el suelo, dejaban de jugar a la rayuela o al balón prisionero, y saludaban con la mano a los maquinistas que pasaban, recibiendo un silbido de tren como respuesta.

Southern Pacific contribuyó a transformar el valle rural, pero no de tal modo que permitiera que sus trenes siguieran haciendo esa ruta. Los polígonos industriales no se materializaron. En cambio, allí se construyeron casas unifamiliares. La zona central del condado de Contra Costa se convirtió en «el exterior del Este de la Bahía». La finalización de la autopista I-680 en 1964 trajo consigo velocidad, eficiencia y la muerte del ferrocarril. Era más barato transportar mercancías en camión. Primero se redujo el número de vagones. Y luego se siguió reduciendo. Los huertos que tanto terreno ocupaban habían desaparecido, y a ambos lados de las vías se propagaban multitudes de tejados. Al final, Southern Pacific solicitó a la Comisión de Comercio Interestatal abandonar la línea. En septiembre de 1978, casi un siglo después de que se tendiera el primer raíl, la línea cerró para siempre.

Se inició el debate acerca de qué hacer con el derecho de paso. Hasta que se tomara una decisión, la franja de seis metros de ancho continuaría vacía, un pasaje fantasma que dividía en dos unos barrios de casas cálidamente iluminadas. La zona muerta no inspiraba una sensación tanto de miedo como de desatención. Era especialmente cierto en el tramo de ocho kilómetros que atravesaba Danville, la

población justo al norte de San Ramón. Los terrenos de Danville eran más grandes, las casas, más antiguas, y los vecinos, más ricos y discretos. Las vías abandonadas quedaban al otro lado de jardines traseros pulcramente acordonados. Las líneas de verjas eran poco más que cortinas. Despojado de utilidad, el derecho de paso quedó borrado. No se movía nada. No se oía nada. Así era hasta que una mañana de diciembre un ruido peculiar perturbó el silencio. Quien lo oyó por casualidad quizá no se habría preocupado al principio. El sonido era constante, rítmico; pero a un oído sensible le indicaba una urgencia evidente: un sabueso al galope, firmemente decidido.

Para principios de diciembre de 1978, entre los habitantes del condado de Contra Costa se había extendido la sensación optimista pero, por lo general, sobreentendida de que quizá podían tomárselo con más calma. En octubre, el Violador de la Zona Este no solo había hecho acto de presencia en el área, sino que les había infligido un golpe que, por su rapidez y virulencia, se parecía a una orgía de violencia: tres agresiones en veintiún días. Después del tercer ataque, la gente empezó a pasar las noches encerrada en casa con todas las luces encendidas, procurando no dormir y parpadeando para ahuyentar visiones borrosas de siniestros pasamontañas. Pero transcurrieron semanas sin ningún incidente. Otro tipo de horrores distrajeron la atención de la gente. El 18 de noviembre de 1978, los presentadores de noticiarios interrumpieron sus programaciones habituales para informar de que más de novecientos norteamericanos, un tercio de ellos niños, yacían muertos en una comuna de la selva de Guyana después de beber Flavor Aid envenenado con cianuro a instancias del líder de la secta, Jim Jones. El Templo del Pueblo, la iglesia de Jones, tenía su sede en San Francisco antes de trasladarse a Guyana a crear el asentamiento del proyecto agrícola del Templo del Pueblo, también conocido como Jonestown. Entre los muertos estaba el congresista del norte de California Leo Ryan, que había tomado un vuelo hasta allí

para investigar presuntos abusos y fue abatido en una pista de aterrizaje justo antes de despegar. La llamada masacre de Jonestown captó buena parte de la atención de los estadounidenses, profundamente horrorizados, y también creó espanto en todo el mundo, pero estremeció especialmente a los habitantes del Área de la Bahía de San Francisco.

El fin de semana de Acción de Gracias de ese año llegó y pasó sin incidentes. Una luna nueva laqueaba el cielo la noche del 30 de noviembre, atenuando la luz que brillaba incluso en los escondrijos más apartados. A alguien decidido a ocultarse se le ofrecían condiciones ideales. Pero diciembre amaneció sin noticias de otra agresión del VZE. Todavía nadie olvidaba cerrar con llave, pero esos reflejos que se tensan como un muelle por el pánico ante un probable horror empezaron a relajarse poco a poco.

Probablemente no sea casual que el VZE robara radiodespertadores de cinco casas, a pesar de que había objetos más valiosos a mano. El tiempo era importante para él: controlarlo, manipularlo. Poseía un extraño instinto sobre cuánto tiempo debía transcurrir hasta que las precauciones de sus víctimas se relajaban. Tener a comunidades y víctimas en un estado de incertidumbre respecto de su presencia le daba una ventaja estratégica, por supuesto. La víctima, con los ojos vendados y atada en la oscuridad, desarrolla los sentidos salvajes de un animal de la sabana. La víctima registra el sonido de la puerta corredera de cristal al cerrarse silenciosamente como un seco chasquido mecánico. Ella calcula la distancia a la que están unos pasos cada vez más débiles. Su esperanza titila. Aun así, ella espera. El tiempo transcurre en un estado de tensa percepción. Se esfuerza por oír una respiración aparte de la suya propia. Pasan quince minutos. La aterradora sensación de ser observada, de estar inmovilizada por una mirada dominante que no puede ver, ha desaparecido. Treinta minutos. Cuarenta y cinco minutos. Deja que su cuerpo se relaje casi de manera imperceptible. Sus hombros caen. Es entonces, al borde del precipicio de una exhalación, cuando la

pesadilla vuelve a comenzar: el cuchillo roza la piel, y la respiración entrecortada resuena de nuevo, se acerca, hasta que lo nota sentarse a su lado, un animal esperando pacientemente a que su presa medio agonizante quede inmóvil.

Crear la ilusión de que se había marchado era un truco cruel y eficaz. La víctima de esa treta aguardaría mucho más rato la siguiente vez que creyera que el VZE se había ido; algunas víctimas, catatónicas de miedo, esperaban horas, esperaban hasta que trinaban los pájaros y la tenue luz del sol relucía por entre las rendijas de la venda sobre los ojos. Ese tiempo adicional antes de que llamaran a la policía le permitía al VZE poner más distancia entre el escenario del crimen y él.

Para principios de diciembre, habían transcurrido seis semanas desde que el VZE actuó en el condado de Contra Costa. La comunidad era el equivalente de la víctima cautamente optimista que cree que el intruso se ha ido de su casa de una vez por todas. Nadie en Sacramento o en el Este de la Bahía, ni el público ni los investigadores, sabía entonces que, durante la ausencia del VZE de su área, este había cometido dos violaciones sesenta kilómetros al sur, en San José, una a principios de noviembre y otra el 2 de diciembre. Aunque hubieran sabido lo de las violaciones de San José, quizá conocer la nueva ruta del VZE los habría aliviado. Parecía estar siguiendo un rumbo estable hacia el sur: primero Concord; luego, 29 kilómetros por la I-680 hasta San Ramón; y después, San José, en otro condado distinto.

Cuando cayó la noche del viernes 8 de diciembre, los habitantes de las ciudades dormitorio ubicadas al pie de Mount Diablo, poblaciones del exterior del Este de la Bahía como Concord, Walnut Creek, Danville y San Ramón, se acostaron con la sensación de que se habían librado. El sentido común sugería que el tipo seguiría su camino hacia el sur y actuaría en Santa Cruz o Monterrey. Ellos quedaban en el espejo retrovisor del VZE, como objetivos cada vez más lejanos. Lo peor había terminado. La medianoche dejó paso a la una de la noche. Los frigoríficos zumbaban en viviendas a oscuras. De vez en cuando pasaba un coche con un rumor sordo, interrumpiendo la quietud. El

ritmo circadiano colectivo estaba en modo de reposo.

Pero no en todas partes. En Danville, justo al este de las vías de ferrocarril abandonadas, una cerca de madera de metro ochenta oculta por grandes árboles se combaba bajo el peso de alguien que trepaba por ella.

Ninguna luz exterior iluminaba la casa de estilo ranchero que quedaba detrás de la cerca. La nocturnidad era ideal para el saltador de cercas. Lo atraían los lugares ocultos. Merodeaba con ropa oscura en busca de una mancha en penumbra poco común entre las casas iluminadas. Sus pupilas negras rastreaban las sombras.

Cruzó el jardín trasero hasta el patio. No había ninguna luz encendida dentro. Sobre la encimera de la cocina había un bolso de mujer. Para forzar las puertas correderas de cristal, solo era necesario ejercer una leve presión, y no hizo apenas ruido. Accedió a la cocina. En algún lugar sonaba bajito una radio. En la casa, de unos doscientos metros cuadrados, no había casi mobiliario ni efectos personales porque estaba a la venta. Los amigables agentes inmobiliarios llevaban dos meses recibiendo a desconocidos allí dentro. ¿Habría sido *él* uno de aquellos curiosos candidatos a compradores tan fáciles de olvidar? Habría dicho algo en un murmullo, si es que había dicho algo. Mientras otros posibles compradores planteaban preguntas, lo cual evidenciaba que estaban interesados en la compra, quizá él se habría mostrado ligeramente crítico, con un aire abstraído que sugiriera su posible desaprobación. La memoria no es buena consejera.

Pasó de largo habitaciones con las puertas cerradas y fue directo al dormitorio principal, en el ángulo noroeste de la casa. Plantado en el umbral, miró la cama a una distancia de poco más de tres metros. Una mujer yacía allí sola. Estaba dormida, boca abajo, la cara sobre la almohada, sumida en ese sueño «de quien ha abandonado el acantilado de la consciencia» que más que dejarte ir a la deriva te ancla en un lugar. ¿Quién era ella en el momento antes de que la arrancara de ese sueño despreocupado? Esther McDonald* era una

mujer pequeña, lo que la generación de cuando su nombre gozaba de popularidad habría llamado una «mujercita menuda». Allá en su hogar original, en un frío estado del Medio Oeste, un matrimonio contraído a los diecinueve años de edad había durado una década entera sin hijos ni capacidad de aguante. De pronto tenía treinta años, que es una edad más avanzada en la zona central de Norteamérica que en las costas. «California Dreamin'» no era una canción, sino un canto de sirena que prometía un futuro mejor. Una amiga y ella se mudaron a San Francisco. El Verano del Amor había terminado, pero el Área de la Bahía conservaba su fama de ser un lugar donde improvisar, un sitio donde se podía dejar atrás el pasado e iniciar una nueva vida.

Tuvo empleos, en una floristería al por mayor y en una empresa de reparación de motores eléctricos. Un prestamista de una casa de empeños veinte años mayor que ella la cortejó con joyas y la invitó a vivir con él en Danville. La casa estaba a ocho kilómetros de la falla de Calaveras, un ramal importante de la falla de San Andrés. Seis meses después se separaron amistosamente. Él se mudó, puso la casa a la venta y le dijo que podía quedarse a vivir allí hasta que la compraran. Empezaba a burbujear un romance con un compañero de trabajo; el prestamista seguía rondándola. Los asuntos del corazón eran bidireccionales, y aún estaban por resolver.

Esa era ella mientras dormía en torno a las dos de la madrugada de una fría noche de diciembre: una mujer que empezaba de cero, una mujer que se abría paso a través de una vida amorosa sin extraordinarias complicaciones, una mujer a punto de sufrir un cambio irrevocable. ¿Cuáles son las secuelas que marcan a alguien para siempre cuando el cálido lugar donde estaba durmiendo se convierte de repente en una probable tumba? El tiempo pule los rebordes de las heridas, pero estas nunca acaban de desaparecer. Un síndrome sin nombre circula permanentemente por el cuerpo, algunas veces latente durante mucho tiempo, otras veces emitiendo intensas oleadas de dolor y miedo.

Una mano la cogió del cuello. Un arma de punta roma se le clavó en un lado del cuello. Por lo menos una docena de investigadores del norte de California podría haber predicho acertadamente las primeras palabras que le susurró en la oscuridad.

«No te muevas».

«No grites».

Había vuelto. O, más exactamente, había vuelto sobre sus pasos. Lo incierto de su rumbo, la aleatoriedad de sus actos hacía de él una impredecible fuerza oscura, una ola de crímenes a cargo de un solo hombre.

Los primeros agentes que recibieron la llamada llegaron a las 5.19 horas. La tensión se incrementó al observar los indicios delatores. Cordones blancos atados. Tiras rasgadas de toalla naranja. La línea de teléfono cortada. Hacía un frío tonificante en la casa. Él había apagado el termostato, junto con la radio, al parecer para oír lo mejor posible. Se hicieron llamadas por radio. Sonaron los teléfonos. Empezó a llegar gente bajo la luz negra azulada del amanecer. Se personó el investigador forense Larry Crompton. La búsqueda de detalles importantes lo centró, lo puso alerta pese a lo temprano que era. Se fijó en el cartel de la inmobiliaria en el jardín delantero, la propiedad vacía de al lado y las vías del ferrocarril detrás: todas las condiciones ideales que atizaban las compulsiones del VZE y hacían que sus merodeos se centraran en un solo objetivo.

Unas semanas después, Crompton sería ascendido a sargento y se uniría a la Fuerza Operativa del VZE formada con carácter de urgencia. Al entrar en la casa cerrando la puerta a su espalda, no era consciente de que llevaría ese caso a costas durante el resto de su vida. Se convertiría en una especie de partida del juego del ahorcado que se negaba a perder, todas sus suposiciones erradas, la figura de rayitas a punto de sucumbir al ahorcamiento; Crompton dejaba el último movimiento pendiente, aplazando la derrota mientras esperaba a que él, o uno de sus sucesores, cambiara las tornas y lograra llenar los espacios en blanco. Solo entonces, una vez acertada

la última letra, acabaría la larga y penosa búsqueda en la oscuridad con la recompensa más sencilla pero más codiciada: el nombre de un individuo.

Llegó el primero de los tres sabuesos, Pita, que mostró excitación de inmediato, arrugando el morro en el aire. Quién sabe lo que le pasa por la cabeza a un perro rastreador, aunque asimile las esperanzas de las solemnes personas arremolinadas a su alrededor. Pita tenía un cometido envidiablemente claro. Buscar el rastro y seguirlo. Un grupito de adiestradores y polis, incluido Crompton, vieron que Pita salía de la casa por el patio de atrás y se dirigía con plena confianza hacia el rincón sudoeste del jardín trasero. La perra movió la cerca con intención de saltarla. La sacaron del jardín y la llevaron por el lateral hasta el otro lado, hacia las vías de ferrocarril abandonadas. Levantó el hocico.

Estaban cribando una vez más los rastros recientes de la destrucción causada por el destructor sin rostro. Aún quedaba espuma en una botella de licor de malta Schlitz que había sacado del frigorífico y dejado en el jardín de atrás. Fotografiaron rozaduras en la verja. El grupo de las vías del ferrocarril hizo corrillo en el frío, esperando a que Pita hiciera su siguiente movimiento. Su esperanza residía en que el hocico de una perra estableciera contacto con una molécula.

Una sacudida. Pita lo había detectado; lo olía. Se lanzó hacia delante a toda carrera en dirección sur por el margen derecho de las vías. Como dicen las unidades de policía K-9, «tenía el olor». Su paso era controlado pero cada vez más rápido, el dinamismo incansable su don genético. Estaba, en todas las acepciones de la palabra, desatada. Crompton y los adiestradores de Pita iban tras ella. El súbito alboroto en las vías, con su aroma a peligro y malestar, era insólito una mañana de sábado en Danville. Era una perturbación desagradable, una alteración que se repetiría los meses siguientes.

Pita se detuvo de pronto a unos ochocientos metros de donde habían empezado, en el punto en que las vías del ferrocarril se

cruzaban con una calle residencial. También habían puesto a trabajar a otros dos sabuesos, Betsey y Eli, en el escenario del crimen. La adiestradora de Pita, Judy Robb, observó en su informe de seguimiento que el tiempo atmosférico e incluso leves cambios en la velocidad del viento pueden alterar los focos de rastro. Aun así, los tres adiestradores coincidían en varios puntos. Los perros habían olisqueado numerosas cercas y cruzado a la carrera muchos jardines laterales. Su comportamiento sugería que el sospechoso había pasado mucho tiempo merodeando por la zona. Accedió al patio trasero de la víctima por la cerca del lado norte. Se marchó cruzando hacia el ángulo sudoeste de la verja de atrás y se dirigió hacia el sur por las vías hasta que, en la calle perpendicular, probablemente se subió a un vehículo.

Un sargento había trasladado a la víctima al hospital. Después de que la examinaran, la llevó de nuevo a casa, pero, cuando aparcó su vehículo policial delante de la vivienda, ella no se movió. Se quedó pegada al asiento de pura angustia. La luz del día no le suponía el menor alivio. No quería volver a entrar. La situación era delicada. Los investigadores la compadecían, pero también la necesitaban allí dentro. Se le hizo ver con tacto lo importante que era revisar el escenario del crimen con ellos. Accedió a realizar un recorrido rápido y, luego, se fue. Después llegaron allí unos amigos y recogieron sus pertenencias. Ella no volvió a entrar nunca en esa casa.

Siempre queda la incógnita de cómo llamar a un criminal desconocido en los informes de policía. A menudo se usa «el sospechoso», de vez en cuando «el delincuente» o en ocasiones sencillamente «el individuo». Quien redactó los informes de Danville optó por un término que era severo y dejaba a las claras una acusación, como un reproche en el que un dedo estuviera señalándolo desde todas y cada una de las páginas. El término me afectó desde el momento en que lo leí. Se convirtió en el término taquigráfico con que yo identificaba al VZE, la definición a la que volvía cuando yacía despierta a las tres de la madrugada repasando la colección de turbias

pistas a medias y rasgos faciales imprecisos que había acumulado. Admiro la claridad de su imperturbable imputación.

El responsable.



Holes aparca en una calle residencial de Danville adyacente al Iron Horse Regional Trail, una ruta para moteros, caballos y senderistas que serpentea a lo largo de sesenta kilómetros a través de la zona central de Contra Costa: el antiguo derecho de paso del Southern Pacific Railroad pavimentado y convertido en un lugar ideal para paseantes.

«A partir de aquí vamos andando», dice.

Enfilamos el sendero en dirección sur. Hemos recorrido quizá solo cuatro metros cuando Holes me indica un jardín trasero.

«Los sabuesos siguieron la ruta de huida del VZE hasta el rincón del jardín de la víctima», dice. Sigue adelante. Una hilera de agaves protege la parte anterior de la cerca, impidiendo acercarse desde allí.

«Salta la cerca por aquí», señala Holes. Mira un largo momento las gruesas hojas en forma de espada de los agaves.

«Apuesto a que los propietarios se asustaron tanto con la agresión que plantaron estos agaves», observa.

Seguimos andando. Estamos siguiendo el camino que tomó el criminalista John Patty hace treinta y cinco años cuando hizo una batida de la zona en busca de pruebas después de que los sabuesos establecieran la ruta de salida del VZE. Patty encontró algo durante la búsqueda. Etiquetó sus hallazgos y los precintó en una bolsa de plástico; la bolsa fue a parar a una caja que se llevó al Almacén de Pruebas y se dejó amontonada junto a cientos de cajas idénticas en unas estanterías de acero. Permaneció allí intacta treinta y tres años. El 31 de marzo de 2011, Holes llamó al Almacén de Pruebas para preguntar por el pasamontañas de un sospechoso de ser el VZE de la década de los setenta, al cual estaba «resucitando». El director del

almacén tenía la caja preparada cuando llegó Holes. Allí estaba el pasamontañas. Entonces, Holes se fijó en una bolsa con autocierre que llevaba la etiqueta «RECOGIDO EN EL DERECHO DE PASO DEL RR». Lo que encontró en el interior cambiaría el curso de su investigación.

La recogida de pruebas, como todos los demás aspectos del trabajo policial, requiere papeleo. El formulario de Inventario de Pruebas del Escenario de John Patty está escrito a mano, las respuestas son breves: «1 a) 2 hojas de clasificador espiral de 3 orificios escritas a lápiz; b) 1 hoja de clasificador de espiral de 3 orificios con un mapa dibujado a lápiz; c) 1 trozo de cordel púrpura de 1 metro y 4 centímetros de largo; d) fragmento de papel escrito a máquina».

¿Se encontraron los artículos juntos? ¿Dispersos por el terreno? No hay una fotografía ni un bosquejo del escenario que le sirva a Holes de orientación. Patty dejó una breve anotación explicando dónde había encontrado las pruebas en los caminos. Nada más. Holes puede someter el papel a la tecnología de obtención de ADN dejado posiblemente en él al tocarlo, puede recurrir al escaneo de alta resolución, encargar a numerosos expertos que analicen a fondo todos los aspectos del mapa, pero no tiene acceso a una autoridad crucial que le permita establecer el contexto: a John Patty. Murió de cáncer en 1991. Es el azote de los casos pendientes: detalles que se consideraron irrelevantes pero luego se vio que eran esenciales murieron con la persona que los conocía.

Al principio, Holes no sabía cómo interpretar «las pruebas del trabajo preparatorio». Una página parecía ser el comienzo de una redacción escolar mal escrita sobre el general Custer. El contenido de la segunda hoja era más intrigante incluso. «Furioso es la palabra», comienza. El autor despotrica sobre sexto curso y el maestro que lo humilló obligándole a escribir frases una y otra vez como castigo. «Nunca había odiado a nadie como a él», dice quien escribe sobre el maestro al que no nombra.

La tercera página es un mapa dibujado a mano de una comunidad residencial en el que se ve un área comercial, calles sin salida, caminos

y un lago. Holes observó unos dibujitos al azar en el reverso del mapa.

Las pruebas desconcertaron a Holes y captaron su atención enseguida. Unos inesperados destellos de claridad lo llevaron a seguir la pista. Llamó sin previo aviso a expertos para pedirles sus opiniones. Una observación fortuita de un promotor inmobiliario cambió su concepto de quién podía ser el VZE. Las pruebas se reconsideraron bajo una nueva luz. Holes sabía que sus teorías diferían de las de sus compañeros de investigación. Decidió no darle demasiada importancia. Se ganó un lugar propio como el tipo cuyas opiniones eran, según sus propias palabras, «poco convencionales». Planteó más preguntas. Le ofrecieron varias explicaciones fascinantes acerca de la curiosa combinación de escritura juvenil y las evidentes aptitudes de planificación que se observaban en las pruebas. Las observaciones se fueron acumulando. El peligro de dar un giro equivocado en las catacumbas siempre acecha en este caso. Las posibilidades se extienden seductoras hacia el horizonte. Las brújulas individuales tienen errores de fábrica incorporados en forma de prejuicios y de la necesidad de creer algo. Aun así, aunque no había surgido ninguna diana en concreto, un objetivo más general empezó a perfilarse tangencialmente en el punto de mira de Holes.

El descubrimiento inesperado es poco frecuente en una investigación. Y entusiasmo. Descifrar el código que puede identificar a un criminal como el VZE es para un inspector como el chasquido del torniquete en la fila de entrada a la montaña rusa. Crepitan las sinapsis. El que era un investigador estable capaz de realizar múltiples tareas queda atrapado. La persona obsesiva siempre recuerda el momento instigador. Después de que Holes acabara su cometido en el Almacén de Pruebas, llevó las páginas que había encontrado a la fotocopidora más cercana. Estaba en su laboratorio examinando una copia del mapa trazado a mano cuando se dirigió a él su ayudante.

«¿Paul?».

«¿Humm?».

«*Paul*».

Holes bajó el mapa y arqueó las cejas. El ayudante le indicaba que le diera la vuelta al mapa. Eso hizo Holes. Se había fijado antes en los garabatos que había en el reverso, pero no les había prestado mucha atención. Ahora vio a qué se refería su ayudante.

Había varias palabras ininteligibles, abiertas a la interpretación. Dos palabras estaban tachadas, una con rotundidad. Se podía entrever levemente el nombre Melanie. Pero había algo más. La palabra era tan incompatible con el resto de los garabateos incongruentes que le llevó un segundo asimilar su significado, y también que la apariencia de las letras era distinta: de tamaño muy grande, combinando cursiva con redonda, la última letra, una «T», repetida innecesariamente, adoptando una severa forma triangular. Las letras de la palabra eran más oscuras que las demás en la página, como si quien las hubiera escrito hubiese estado presionando con furia. El resto de los garabatos se habían hecho siguiendo las líneas pautadas, pero este no. La palabra estaba garrapateada en diagonal. Ocupaba casi toda la mitad inferior de la página. La primera letra, una «P», era mayor que las demás y, lo más desconcertante de todo, estaba al revés.

La impresión general era que la había escrito una mente desequilibrada.

CASTIGO (*punishment*, en inglés).

Holes estaba enganchado.

Nuestro paseo por el Iron Horse Regional Trail se interrumpe de repente ante un poste eléctrico. Es el segundo poste al norte de un cruce a algo menos de doscientos metros, el lugar donde los sabuesos perdieron el rastro del VZE y se cree que se montó en un vehículo.

«Las pruebas del trabajo previo se encontraron en esta zona», dice Holes.

Tiene razones prácticas para creer que las páginas eran del VZE. Los perros rastreadores no son infalibles, pero que tres sabuesos distintos indicaran que escapó hacia el sur siguiendo las vías del tren

es una evidencia clara; más importante para Holes es que la ruta, y donde acababa el rastro, coincide con la distancia habitual al objetivo a la que acostumbraba a aparcar el VZE antes de actuar. John Patty era un criminalista respetado, y se involucraba mucho en los casos del condado de Contra Costa; si Patty recogió las pruebas, debía de haber pensado que podían ser importantes. Los otros dos artículos encontrados con las pruebas del trabajo previo son callejones sin salida. El trozo de cordel púrpura es un misterio, y el fragmento de papel con algo escrito a máquina resulta ilegible. Pero el papel de libreta de espiral no es tan incongruente en el escenario de un crimen sexual como cabría imaginar. Los asesinos y agresores sexuales en serie toman notas a menudo mientras merodean en busca de víctimas, a veces elaborando sus propias palabras en clave. Más de un testigo que informó sobre una persona sospechosa durante las agresiones del VZE en Sacramento describió a un hombre que llevaba una libreta de espiral. Y el VZE, pese a su habilidad para eludir a las autoridades, perdía cosas de vez en cuando, aunque no está claro si era a propósito o no: un destornillador, una tirita con sangre, un bolígrafo.

Otra pista es ese carácter inconcreto, entre la ira y la autocompasión, de la frase «Furioso es la palabra». Los criminales violentos como el VZE, es decir, los agresores sexuales en serie que se convierten en homicidas, no solo son poco comunes, sino que son asimismo tan diferentes entre sí que no conviene generalizar sobre sus antecedentes y su comportamiento. Pero existen aspectos comunes entre ellos. El futuro artífice de pesadillas comienza como un adolescente que sueña despierto. Su mundo está escindido en dos; las fantasías violentas le sirven de protección frente a una realidad dura y decepcionante. Interioriza de una manera desproporcionada aquello que percibe como amenazas a su autoestima. Se van acumulando agravios. Se hurga en viejas cicatrices.

La fantasía violenta pasa a ser ensayo mental. Memoriza un guion y perfecciona métodos. Es el héroe maltratado de la historia. Mirándolo con ojos angustiados hay un reparto rotatorio de caras

aterrorizadas. Su sistema de creencias distorsionado gira en torno a un principio central vampírico: su sensación de inadaptación queda anulada cuando ejerce control absoluto sobre una víctima, cuando sus actos provocan en ella una expresión de indefensión; es un semblante que reconoce en sí mismo, y que detesta.

La mayoría de las personas que albergan fantasías violentas no llegan a actuar. ¿Qué les lleva a dar el paso a quienes lo hacen? Se combinan factores de estrés. Prende una cerilla emocional. El que sueña despierto sale de su trance y entra en la casa de una desconocida.

El autor de la frase «Furioso es la palabra» exhibe la clase de respuesta emocional desproporcionada habitual en los criminales violentos. Un maestro de sexto que lo castigó «creó un estado de odio en mi corazón». El autor escoge palabras autocompasivas y melodramáticas para describir su experiencia. «Sufrir». «Injusto». «Espantoso». «Horrendo».

Echamos a andar de regreso al coche. Me planteo lo que sé de Danville, que tiene una trayectoria similar a la de muchas ciudades del norte de California. Antaño, Danville estaba habitada por nativos norteamericanos que acampaban en Mount Diablo hacia el noreste, pero, en 1854, llegó un blanco forrado con las ganancias obtenidas durante la fiebre del oro y compró diez mil acres de golpe. Se llamaba Dan. El cultivo de fruta y cereales perduró hasta la década de los setenta, cuando hubo un auge de nuevas construcciones residenciales y vino gente a vivir, transformando la población en uno de los barrios residenciales más acogedores y acomodados del Este de la Bahía. Holes dice que las fotos aéreas que consultó no mostraban un gran pico de obras en el barrio durante el periodo en que el VZE merodeaba por los jardines traseros. La casa de la víctima se construyó a mediados de los años sesenta. La pintoresca historia de Danville quedó en tablas. Hacia 1980, la población se había doblado.

Hoy en día se dice de Danville que es homogénea y consciente de su estatus. Hace poco ocupó el puesto más alto de una lista de gasto

en ropa per cápita en América.

«¿Crees que se crio en un área así?», le pregunto a Holes.

«¿De clase media? Sí, creo que lo más probable es que no provenga de un ambiente pobre», asegura.

Planteo la cuestión de que no se ha encontrado una coincidencia con el perfil de ADN del VZE. Me adentro en territorio ferozmente especulativo, lo sé, pero siempre he pensado que eso puede indicar que opera tras una fachada de respetabilidad. Insto a Holes a que me dé su opinión sobre el ADN.

«Me sorprende —dice—. Hace más de diez años que tenemos ADN a escala nacional, y no hemos encontrado una coincidencia con el tipo».

«¿También te sorprende que no haya ninguna coincidencia familiar? ¿No indica eso que es alguien que proviene de una familia más puritana?», digo; es una opinión que doy ligeramente disimulada como pregunta.

«Creo que eso sí podría ser, frente a alguien que está cometiendo constantemente crímenes», dice con cautela.

Holes y yo hemos pasado varias horas juntos. Es estupendo estar en su compañía. No cuesta el menor esfuerzo. De hecho, tiene una actitud tan relajada y afable que me lleva más de lo habitual detectar sus pautas de conversación. Cuando no coincide con una idea en particular, me lo dice con ecuanimidad. Pero, cuando le incomoda una serie de preguntas, se inhibe de manera más indirecta, o bien no contestando en realidad o bien señalando algo interesante en el paisaje.

Noto una actitud evasiva similar cuando saco a relucir los orígenes socioeconómicos del VZE. Hago el esfuerzo de recordarme a mí misma que Holes es criminalista. Es un cuantificador profesional que trabaja con balanzas y calibradores. No es pedante, pero, cuando se le presentan interferencias poco meditadas, separa los hechos demostrados de la paja. Me corrige cuando hago alusión a las pantorrillas gruesas del VZE. En realidad, la testigo dijo muslos

fuertes. Ese mismo día me demostrará con ayuda de una hoja de cálculo impresionante lo temerario que es llegar a cualquier conclusión sobre el aspecto físico del VZE a partir de las declaraciones de las víctimas. Nadie se aclara con el color de los ojos y del pelo. La iluminación escasa y el trauma atrofian los sentidos. La estatura física es la única constante, señala Holes. El VZE medía en torno a uno ochenta. Uno ochenta y tres se consideraría alto para un sospechoso. Pero, aun así, lo investigarían, añade Holes.

«Más vale pecar de precavidos».

Siempre el científico.

La prudencia y la precisión científica me aguardan en el futuro. Pero, en este momento, mientras nos disponemos a irnos de Danville, sigo barajando teorías. Continúo recitando de un tirón otros indicios de que el VZE podría llevar una máscara de normalidad. La mayoría de las víctimas de los homicidios eran profesionales con trabajo de oficina que vivían en barrios de clase alta. Debía de presentarse como una persona que encajaba allí. Debía de tener alguna clase de empleo normal. Tenía métodos y recursos.

«Sabemos que disponía de un vehículo», señalo.

Holes asiente, su rostro ensombrecido. Parece estar dándole vueltas a algo en la cabeza, debatiendo internamente si conviene compartir una idea.

«Sabemos que disponía de un vehículo —observa, y lo que dice a continuación lo pronuncia muy lentamente—: Creo que podía tener algo más».

Por un momento soy incapaz de imaginar qué podía ser.

Holes me dice: «Creo que quizá tenía un avión».

Tartamudeo al decir lo único que me viene a la cabeza: «¿De verdad?!».

Esboza una sonrisa enigmática. Lo había malinterpretado. No veía con malos ojos mis preguntas especulativas. Se estaba planteando cuándo aportar su propia línea narrativa.

«Te daré más detalles durante la comida», promete.

Antes, tenemos que hacer una última parada en el condado de Contra Costa: Walnut Creek.

WALNUT CREEK

La casa Sidney Bazett, diseñada por Frank Lloyd Wright y ubicada en Reservoir Road, en Hillsborough, a las afueras de San Francisco, se encuentra al final de un sendero de acceso sinuoso y bordeado por abundantes árboles, y no se ve desde la calle. Su excepcionalidad se comenta mucho, pero rara vez se puede contemplar. Una tarde de 1949, la suegra del propietario, que estaba allí sola, oyó sorprendida que llamaban a la puerta principal. La visita era un empresario de mediana edad con gafas de cristales gruesos. Detrás de él había media docena de hombres con atuendo profesional y expresión seria. El hombre explicó que se llamaba Joseph Eichler. Él y su familia habían alquilado la casa durante tres años, de 1942 a 1945, cuando la compraron los propietarios actuales. La casa Bazett, con sus empotrados de secuoya y sus tabiques de vidrio, a través de los que la luz del sol entraba desde infinidad de direcciones y cambiaba el ambiente de cada habitación a lo largo del día, era una obra de arte que apasionaba a Eichler. No había olvidado nunca la casa, explicó. De hecho, vivir en ella le había cambiado la vida. Ahora, convertido en promotor inmobiliario, había llevado a sus colegas para enseñarles la fuente de su inspiración. El grupo fue invitado a pasar. Al traspasar el umbral, Eichler, que había dado sus primeros pasos profesionales en Wall Street y era un empresario con fama de duro, se echó a llorar.

Para mediados de la década de los cincuenta, Joseph Eichler era uno de los promotores de viviendas unifamiliares de estilo californiano moderno con más éxito en el Área de la Bahía: construcción con postes y vigas, tejados a dos aguas planos o de poca pendiente, distribución diáfana, tabiques de vidrio, atrios. Su ambición creció a la par que su negocio. Quería que la clase media de

la posguerra, que tan rápidamente estaba aumentando, disfrutara de líneas geométricas limpias; quería llevar la estética modernista a las masas. Eichler empezó a explorar la zona central del condado de Contra Costa en busca de terrenos para construir una subdivisión. Necesitaba varios cientos de acres. Más aún, necesitaba una atmósfera adecuada. Debía ser un área en la cúspide, que no se hubiera visto afectada por la propagación urbanística, pero que tuviese una infraestructura en ciernes. En 1954, Eichler fue a Walnut Creek. La población era, en esencia, una zona de cría de caballos. Ygnacio Valley Road, que ahora es una de las principales vías públicas, tenía solo dos carriles en los que no era infrecuente ver vacas. Pero se había inaugurado hacía poco el primer centro comercial. Había un hospital nuevo. Se estaba planificando la construcción de una autopista.

En un bosquecillo de nogales en la parte noreste de la ciudad, enfrente de Heather Farm Park, la búsqueda de Eichler tocó a su fin. Mount Diablo espejeaba a lo lejos. Aquí estaba el lugar idóneo, pensó, para una comunidad de profesionales creativos, progresistas que apreciaran el arte y el diseño modernos, gente harta de vivir en casas hechas con plantilla donde podías orientarte con los ojos cerrados. La subdivisión , de 563 casas, 375 viviendas Eichler y el resto de construcción estándar, se acabó de construir en 1958. En un folleto se ve a una hermosa mujer con un vestido suelto contemplando el pulcro jardín trasero desde el otro lado del tabique de vidrio. El tejado es de postes y vigas; las sillas, Eames. Eichler bautizó su nueva comunidad con el nombre de Rancho San Miguel.

El barrio tenía sus detractores. Había quien pensaba que el diseño de Eichler, con fachada lisa hacia la calle y orientación hacia el jardín trasero, era antisocial. Ya no se podía saludar con la mano a los vecinos desde el ventanal delantero. Otros creían que las casas eran feas y parecían garajes. Aun así, las Eichler, como las llama la gente, han dado pie a un círculo de partidarios entregados que les rinden culto, y Rancho San Miguel, con sus parques y sus buenas escuelas, ha seguido siendo una zona permanentemente codiciada para vivir. Pero

las casas poco corrientes, con tabiques traseros de vidrio, puertas correderas y altas vallas que separan los jardines particulares traseros, también han atraído a otra clase de partidarios, y no con criterios progresistas, sino con oscuras motivaciones, hecho este que no se menciona en público pero ha sido motivo de perplejidad de puertas adentro durante años.

Holes y yo llegamos al lugar de la primera agresión del VZE en Walnut Creek, una casa Eichler en Rancho San Miguel.

«Yo lo llamo el Triángulo de las Bermudas del condado de Contra Costa —dice Holes—. Ha habido ataques de otros asesinos en serie en este mismo barrio. Desapareció una chica. Actuó aquí un asesino en serie, que se sepa. En 1966 estrangularon a una ama de casa después de arrancarle las bragas. Luego, las dos agresiones del VZE. Y la cosa es..., ¿por qué?».

En primavera de 1979, una chica de diecisiete años de edad que vivía en Rancho San Miguel en Walnut Creek empezó a recibir una serie de llamadas anónimas. Lo que resultaba más inquietante era que las llamadas seguían sus pasos por las casas donde hacía de canguro. Los padres se marchaban, los niños se iban a la cama. El timbre del teléfono desgarraba el silencio. «¿Sí?». La habitual ausencia de respuesta venía siempre seguida de un clic, y ese era el único indicio de que había un ser humano con alguna intención al otro lado de la línea.

Por lo general, la chica trabajaba como canguro para dos familias que vivían en casas Eichler, una frente a la otra, en El Divisadero. A principios de mayo desaparecieron de su domicilio un camión y una guía telefónica; aun así, no percibió acercarse el aliento tibio de una amenaza. Lo que tienen las casas Eichler es que dirigen la atención hacia el exterior. Las cristaleras exhiben a los ocupantes como piezas de museo poco comunes. Por la noche, las luces del salón solo te permiten ver en las cristaleras tu propio reflejo. La opacidad suscita pensamientos inquietantes.

En cinco meses se estrenaría la película *Cuando llama un extraño*.

Sobre la base de una famosa leyenda urbana, la trama sigue a una canguro adolescente atormentada por una serie de llamadas cada vez más siniestras. «¿Has visto si los niños están bien?», pregunta un hombre sin identificar. El teléfono de dial color hueso permanece amenazante en la sala de estar igual que una bomba de relojería. El goteo de miedo se desborda al final de la escena inicial, cuando el inspector que intenta ayudar a la canguro le devuelve la llamada con un mensaje urgente.

«Hemos localizado la llamada. Viene del interior de la casa».

Miedo animal con un toque moderno.

Cuando llama un extraño no se había estrenado aún el 2 de junio de 1979. La canguro de Walnut Creek no recibió ninguna llamada anónima ese sábado por la noche; no hubo el menor indicio de que un teléfono en silencio significara que se estaba sopesando y planeando un enfoque alternativo.

Estaba sentada a la mesa de la cocina cuando oyó los pasos o quizá la voz de un hombre; no recordaba qué fue lo primero, solo que se le abalanzó de repente, como movido por un resorte desde el pasillo a oscuras hasta su corazón aterrorizado.

No decía gran cosa, y repetía lo poco que decía. Se comunicaba por medio de accesos de violencia bruscos e impredecibles. La obligó a agachar la cabeza. Le ató firmemente las muñecas con trozos de cable de plástico. Le mordió el pezón izquierdo. Los criminalistas tienen que hacer fotografías de las víctimas en el escenario. Ninguna parece contenta de tener que hacerlo, pero todas miran a la cámara. La canguro, no. Aparta la mirada, los ojos anclados al suelo. No parece probable que vaya a levantarlos nunca.

En aquel entonces había un gran descampado y un centro escolar al otro lado de la calle. La casa de al lado estaba desocupada y puesta en alquiler. Los perros siguieron el rastro del VZE a la vuelta de la esquina, donde a todas luces se había montado en un vehículo; había aparcado delante de una casa donde se estaba construyendo una piscina.

La policía que patrullaba el vecindario después de la violación paró a un conductor borracho con un cuchillo y una funda. Detuvieron a un hombre con los pantalones bajados que dijo que estaba buscando un gato que se había perdido. En su coche había fotografías robadas de mujeres hechas con teleobjetivo. No eran más que dos de esos oscuros seres compulsivos que pululan por los barrios residenciales de las afueras por la noche, igual que los arroyos cubiertos de hormigón que siguen borboteando en el subsuelo de Walnut Creek.

Veintitrés días después, el VZE regresó a Rancho San Miguel.

Investigadores que han seguido el rastro de casos en serie dicen que hay ocasiones en que tienen la sensación de que el criminal les está hablando, como si ellos hubieran teleografiado sus pensamientos íntimos y les estuviera contestando. Es un diálogo sin palabras que les resulta familiar a los competidores obsesivos, un cruce de pequeños gestos cuyo significado solo entienden las dos personas que libran la batalla. En la primera manga de la carrera entre el policía y un criminal fugitivo, el investigador es el que no quita ojo al reloj con la mente ansiosa y disparada, y el delincuente es el que tira de los hilos con una sonrisilla torcida.

La segunda casa Eichler estaba a poco más de treinta metros de la primera. La víctima era una niña de trece años esta vez. Su padre y su hermana estaban en la vivienda, ajenos a lo que ocurría. Los perros rastreadores llevaron a sus adiestradores a la vuelta de una esquina hasta un lugar conocido: el mismo sitio que antes, delante de la casa donde se estaba construyendo la piscina.

Los detalles del crimen se combinan para formar una repugnante sonrisa incorpórea.

«¿Ha vuelto alguna vez?», preguntó la niña de trece años a los investigadores que hablaron con ella después de la agresión.

«Nunca», dijo el primer investigador.

«Nunca, nunca, jamás», añadió el segundo.

«Es la casa más segura de la zona», aseguró el primero.

Como si la niña fuera a sentirse segura de nuevo en alguna casa.

El barrio no encaja exactamente con la teoría de las obras de Holes. Todas las Eichler se construyeron en la década de los cincuenta. Rancho San Miguel no estaba en proceso de desarrollo urbanístico por entonces, aunque había algunas obras adyacentes. Hay tres kilómetros desde la autopista 680.

«Queda un poco apartado —dice Holes, mirando en torno—. Algo le hace alejarse hacia este barrio retirado».

El trayecto a través del condado de Contra Costa es distinto en el caso de Holes que en el mío. Yo veo los vecindarios por primera vez. Holes está revisando antiguos asesinatos. Cada cartel de «Bienvenido a...» viene acompañado del recuerdo de pruebas forenses, tardes con la mirada borrosa en el laboratorio encorvado sobre un microscopio. Walnut Creek tiene resonancias especiales para Holes, pues le recuerda el misterio de una chica desaparecida.

Elaine Davis iba a coser un botón de latón en su chaquetón azul marino. Su madre salió de su domicilio de Pioneer Avenue, en el norte de Walnut Creek, para recoger del trabajo al padre de Elaine. Eran las diez y media de la noche del 1 de diciembre de 1969, un lunes. Cuando los Davis volvieron a casa, Elaine, una alumna de sobresaliente de diecisiete años de edad, con el cabello rubio y la cara en forma de corazón, había desaparecido. Su hermanita de tres años de edad seguía dormida en la cuna. La casa parecía intacta. Elaine, que era miope, se había dejado las gafas que tanta falta le hacían. Empezaron a aparecer objetos de Elaine. El botón que iba a coserse en el chaquetón se encontró en un campo detrás de la casa. Un mocasín marrón con hebilla dorada fue hallado en la Interestatal 680, allá en Alamo. Una ama de casa vio un chaquetón azul marino de chica de talla pequeña en un tramo apartado de la autopista en las montañas de Santa Cruz, a 120 kilómetros.

Dieciocho días después de que desapareciera Elaine, un cadáver de

mujer llegó flotando a la costa a la altura de Lighthouse Point, en Santa Cruz. Un radiólogo analizó los huesos y llegó a la conclusión de que la mujer tenía entre veinticinco y treinta años. No era Elaine. La desconocida fue enterrada en una tumba sin nombre. La desaparición de Elaine Davis fue quedando relegada.

Treinta y un años después, un inspector de policía de Walnut Creek ya casi jubilado le llevó el expediente del caso a Holes, que lo revisó. Holes llegó a la conclusión de que el radiólogo se equivocó y no determinó con exactitud la edad de la mujer. Holes se sumó a otros agentes para lograr que exhumaran el cadáver de la desconocida. A más de siete metros de profundidad en la ladera de una colina, las palas localizaron una bolsa para restos humanos llena de huesos.

El padre de Elaine había muerto. Su madre vivía en Sacramento. Dos días después de la exhumación, unos inspectores de Walnut Creek se pusieron en contacto con ella. La hermana menor de Elaine fue a la ciudad para asistir a la reunión. Los inspectores dieron la noticia a la madre y la hermana: hemos identificado a Elaine.

«La familia la entierra —dice Holes—. Una semana después, la madre muere».

Nos vamos de Walnut Creek, en dirección al norte. Mount Diablo, una masa de extrañas protuberancias que descuella por encima de valles divididos con precisión en comunidades urbanizadas, va quedando atrás. Se dice que, entre las rocas más altas de Mount Diablo, deambulan gatos monteses negros. Se han visto luces misteriosas. Según una leyenda local, en 1873 se encontró una rana viva parcialmente incrustada en un estrato de piedra caliza a 70 metros de profundidad. A finales de agosto y principios de septiembre, justo después de las primeras lluvias, surgen de agujeros en la tierra cientos de tarántulas macho que se desplazan por entre la salvia de montaña con olor a menta en busca de madrigueras delicadamente envueltas en seda, donde las hembras están listas para copular. Visitantes armados con linternas acuden en tropel a las montañas hacia la puesta de sol y justo después de oscurecer, el mejor

momento para ver las tarántulas. Los murciélagos revolotean sobre los pinos grises y los robles. A veces, los haces de las linternas que barren los senderos alumbran un pedazo de tierra que se mueve; al verlo más de cerca se aprecia que es un grupo de tarántulas del tamaño de platillos. Las tarántulas machos no vuelven nunca a sus agujeros. Copulan tanto como pueden y luego mueren, de inanición o de frío.

Cruzamos el puente hacia el condado de Solano, donde doblaremos al este en dirección a Davis.

«En los días despejados, desde aquí puede verse Sacramento. Y las Sierras», señala Holes.

Él vive a medio camino entre Sacramento y el Este de la Bahía. A menudo los fines de semana se encuentra visitando escenarios de crímenes.

«Me gusta conducir», dice. Cuando está en el sur de California, también viene a ver escenarios de crímenes. Durante viajes a Disneylandia con su familia, cuando los niños se quedan adormilados, su mujer se queda con ellos a echar la siesta en el hotel mientras Holes da una vuelta en coche. Va a la subdivisión de Northwood en Irvine, al número 13 de Encina, donde vivía Janelle Cruz, o al 35 de Columbus, donde Drew Witthuhn limpió la sangre de su cuñada Manuela.

«Una y otra vez intento averiguar ¿por qué aquí? —dice Holes—. ¿Por qué esto?».

DAVIS

[NOTA DEL EDITOR: esta sección consta de extractos escogidos de la transcripción grabada del viaje a Davis.]

PAUL HOLES: Así es como el VZE debía de desplazarse al Este de la Bahía. Por la I-80, aquí mismo.

MICHELLE: Si tuvieras que adivinar dónde tenía su punto de origen,

dónde estudió y tal... No te tomaré la palabra. Solo tengo curiosidad.

PAUL HOLES: ¿Si tuviera que adivinarlo? Sacramento State. Si es que fue a la universidad. Por lo que respecta a una localización, si te fijas en dónde cometió sus agresiones, ya sabes, tienes toda la zona de Rancho Córdova. Tienes las agresiones a lo largo de La Riviera. Tienes las agresiones cometidas aquí mismo, justo al lado de la universidad Sac State. La Sac State parece probable. Ahora bien, hay algunas universidades públicas en el área de Sacramento a las que podría haber asistido. ¿Y secundaria? Bueno..., vaya. Hay muchísimas posibilidades.

MICHELLE: Entonces, bueno, ¿no crees que igual se crio en Goleta?

PAUL HOLES: Yo no diría eso, pero cuando me fijo en los casos de Sacramento, y —eso te lo quiero enseñar en algún momento— cuando haces un repaso a vuelo de pájaro de sus agresiones en Sacramento, se ve desde muy pronto que está entrecruzando Sacramento. Está íntimamente familiarizado con la zona.

MICHELLE: No viene por aquí solo para ir a la Sac State.

PAUL HOLES: No, no. Creo que tiene un pasado en Sacramento. Ahora bien, ¿tiene un pasado en Goleta? Bueno, todo es posible. No lo sabemos. Pero allá en el sur, Goleta es, para mí, la zona cero allá en el sur. Y hay algo en Irvine. Algún motivo por el que tiene dos casos allí.

MICHELLE: Y que no están lejos en absoluto.

PAUL HOLES: No. No. Ventura y Laguna Niguel son los dos casos que quedan al margen.

[NOTA DEL EDITOR: aquí, Holes se refiere al caso de Dana Point; hay quien comete el error de considerar Dana Point parte de Laguna Niguel.]

PAUL HOLES: Davis/Modesto, para mí, eso es significativo.

MICHELLE: ¿Modesto fue solo una o dos veces?

PAUL HOLES: Dos veces.

MICHELLE: Vale.

PAUL HOLES: Pues bien, cuando llevé a cabo mi evaluación geográfica inicial, dividí al VZE en fases. La primera fase empieza en Sacramento. La segunda fase es la de Modesto/Davis. La tercera fase es la del Este de la Bahía y la cuarta fase es la del sur de California. Al llegar a esta fase dos, incluyo Stockton en Sacramento porque el VZE vuelve a Sacramento después de Stockton, pero, luego, una vez actúa en Modesto, no vuelve a Sacramento hasta después de descender hasta el Este de la Bahía. Y está yendo y viniendo de Modesto a Davis. Hay casi 180 kilómetros por carretera entre esas dos ciudades. Y entre la segunda agresión en Modesto y la segunda agresión en Davis, solo hay veintidós horas de diferencia. ¿Por qué va de aquí para allá? Creo que tiene que ver con su trabajo. No lo hace para despistar a la policía. Creo que hay una razón laboral para que lo envíen a Modesto y tenga que ir a Davis, yendo y volviendo de un lado al otro.

MICHELLE: ¿Solo hay veintidós horas de diferencia?

PAUL HOLES: Veintidós horas de diferencia.

MICHELLE: Vaya. No sabía que hubieran ocurrido en tan poco espacio de tiempo.

PAUL HOLES: Y casualmente, en esos dos casos, y solo en esos dos casos... En el caso de Modesto, tienes al taxista que recoge al hombre extraño del aeropuerto, al que deja y ve por última vez yendo hacia unas obras nuevas justo al sur de donde las víctimas son agredidas. Y en el caso de Davis, es allí hacia donde llevan las huellas desde la casa de la víctima hasta el aeropuerto de UC-Davis. Huellas de calzado. Así pues, ¿es posible que el VZE fuera en avión a Modesto para cometer una agresión y luego realizara otro vuelo hasta el aeropuerto de UC-Davis para el segundo ataque?

MICHELLE: ¿Por trabajo?

PAUL HOLES: Por trabajo. ¿Y qué nos dice eso acerca de quién es?

MICHELLE: Ya.

PAUL HOLES: Bueno, un tipo cualquiera no pilota un avión.

MICHELLE: No.

PAUL HOLES: Un tipo cualquiera no elabora un esquema en plan «A ver cómo hago el trazado de este terreno».

MICHELLE: Claro.

PAUL HOLES: Tiene que ser alguien con recursos. Porque, cuando se lee el expediente del caso sobre el VZE, no da la impresión de que sea rico, ¿verdad?

MICHELLE: Claro.

PAUL HOLES: No lo entiendo. Esto parece contradictorio. Pero así era el VZE. Todo lo relacionado con él estaba encaminado a despistar.

MICHELLE: Así pues, ¿tiendes a creer que tenía más recursos?

PAUL HOLES: Creo que tiene..., bueno, me parece que, si estoy en lo cierto, el VZE no estaba haciendo todo esto como un mero trabajo escolar, sino que buscaba terrenos urbanizables y trabajaba para un promotor; tenía al menos una vinculación mínima con la empresa a un nivel en el que tiene mucho que decir en esa empresa.

Bien, esto es Village Homes en Davis. Village Homes es una urbanización muy famosa. Lo que te estoy enseñando, casualmente, es una foto aérea de Village Homes tal como estaba entre la primera y la segunda agresión en Davis. Así que, literalmente, tomaron por casualidad esta foto ocho días antes de la agresión número treinta y seis. Este es el aspecto que tenía. Y fíjate en todas las obras nuevas que hay en marcha justo al norte de la agresión. Te llevaré allí y te enseñaré todo el asunto del aeropuerto.

La víctima de Stockton con la que he estado hablando trabajaba para un promotor importante en el Valle Central. La víctima trabajó mucho para él. Acabó dejando la empresa cuando se quedó embarazada. Le estaba enseñando este esquema [el mapa de pruebas «de trabajo previo»] a un amigo mío que trabajaba en una promotora. Me dijo: «Esto lo hizo un profesional... Dibuja símbolos concretos». Bueno, es una opinión que procede de un experto forense en el negocio de la construcción. Así que le doy mucho crédito a esa opinión.

MICHELLE: Me parece que tienes razón. No creo que sea una fantasía.

PAUL HOLES: No lo creo. Ya ves, un arquitecto paisajista de la UC-Davis dice: «Aquí se aprecian rasgos singulares que solo se ven en Village Homes».

MICHELLE: ¿De verdad?

PAUL HOLES: Sí. Y lo verás cuando lleguemos. Village Homes es una urbanización muy poco común. Entonces, el VZE va y ataca allí. ¿No es posible que el VZE tuviera que ir a Village Homes y al ver algunos de esos rasgos, los incorporara a su esquema, para el trabajo que fuese?

MICHELLE: Claro. ¿Como algo que fuera a presentar, en plan «Eh, deberíamos hacer esto», o algo así?

PAUL HOLES: Sí.

Holes llega a la urbanización donde se produjo la primera agresión en Davis.

Esta agresión, la número treinta y cuatro, tuvo lugar aproximadamente a las cuatro menos diez de la madrugada del 7 de junio de 1978, dos días después del primer ataque del VZE en Modesto. La víctima fue una alumna de veintiún años de la UC-Davis que vivía en un edificio de apartamentos de varias plantas que más adelante Larry Pool denominaría una «anomalía estructural», pues fue la única vez que se sepa que el VZE actuó en una vivienda semejante.

Entró al apartamento de la primera planta por la puerta corredera de cristal del patio. Fue especialmente violento con esta víctima, golpeándola varias veces en la cara después de que ella se resistiera al principio. Mientras la violaba, le golpeó la cabeza con fuerza contra el suelo, le rompió la nariz y le produjo una conmoción cerebral.

Ciertos factores sugieren que quizá este ataque fue más impulsivo que la mayoría de los demás: llevaba una media de nailon en vez de pasamontañas; las únicas armas que se sepa eran una lima de uñas y un destornillador; y el agresor parecía llevar la camiseta del revés. Aun así, sobre la base de su verborrea y del elemento característico de que el violador introdujo el pene entre las manos atadas de la víctima y la obligó a masturbarlo, el crimen fue sin duda una agresión del VZE.

PAUL HOLES: Bien, o sea que la primera de Davis fue la universitaria que estudiaba en la UC-Davis. Una alumna de textil.

MICHELLE: ¿Es esa vez que les pareció haberlo visto saliendo a toda prisa del aparcamiento?

PAUL HOLES: Sí. Era un Camaro negro, o algo parecido. Pero no estoy seguro de que fuera él.

Sí que ha cambiado esto. Yo viví aquí una temporada.

MICHELLE: Vaya. ¿Esto son en teoría alojamientos de la universidad?

PAUL HOLES: Son residencias fuera del campus. Creo que eran distintas en la década de los setenta. Ha cambiado incluso desde que estuve yo aquí.

Holes se detiene y deja el motor al ralentí.

PAUL HOLES: Esto está ocupado por universitarios. En Russell Boulevard se ve a todos los universitarios en bici. Así que está en Davis por la razón que sea, creo que sería un caso en el que ve a una persona y la sigue.

MICHELLE: Ah, vale.

PAUL HOLES: Ve a una chica que, por lo que sea, le llama la atención, y luego averigua dónde vive. No creo que esté merodeando ni robando en casas. Esto es atípico en...

MICHELLE: Su comportamiento habitual.

PAUL HOLES: Sí.

Pasan a la siguiente ubicación, que fue el escenario de la agresión número treinta y seis. La segunda de las tres actuaciones en Davis, tuvo lugar en torno a las tres de la madrugada del 24 de junio de 1978, un día después de la violación número treinta y cinco del VZE, en Modesto.

La víctima fue una ama de casa de treinta y dos años cuyo marido estaba en la cama con ella. Los dos fueron atados. También estaba presente el hijo de diez años de edad de la pareja, al que el agresor encerró en el cuarto de baño. Rebuscó por toda la casa antes de volver con la mujer para llevarla a la sala de estar y violarla. Antes de marcharse de la casa, robó diecisiete cartuchos de peniques.

PAUL HOLES: Ahora estamos entrando en Village Homes.

MICHELLE: De acuerdo.

PAUL HOLES: Todas las calles llevan nombres de *El señor de los anillos*.

MICHELLE: Ah, ¿sí?

PAUL HOLES: Sí. El promotor, Michael Corbett, estaba muy metido en *El señor de los anillos*.

MICHELLE: Muy metido quiere decir...

PAUL HOLES: Bueno, era un gran admirador.

MICHELLE: Ah, vale. O sea, que era un friki.

PAUL HOLES: Él y su mujer, Judy Corbett, son los que promovieron esta urbanización. Todas estas casas..., estamos en la calle, estas son las traseras de esas casas. La parte delantera de las casas da a una zona verde común. Y eso era para propiciar el ambiente comunitario. Así que los vecinos salen. Tienen jardines: jardines

comunitarios, espacios verdes que se comparten.

MICHELLE: Entonces, alguien que hubiera sido estudiante, ¿no habría vivido aquí?

PAUL HOLES: Es poco probable. Bueno, alguno habría podido, pero, en aquel entonces, estas casas eran nuevas. Los estudiantes no se las podían costear.

Holes conduce por la urbanización en busca de la casa donde se produjo la agresión.

PAUL HOLES: Así pues, nuestra víctima... vivía en esta. Aquí mismo, a la derecha.

MICHELLE: Humm.

PAUL HOLES: Y todo lo de ese lado estaba en obras por aquel entonces. Ya sabes, esas calles estrechas y sin salida, a las que el ayuntamiento dijo «Eso ni pensarlo». Y entonces, los Corbett hicieron que los bomberos trajeran los camiones aquí para enseñarles que, sí, se puede maniobrar ahí dentro. Te daré una vuelta para que veas algunas características de este lugar. Diseño solar pasivo. Todas las casas estaban diseñadas para el aprovechamiento pasivo de la luz solar. Eso era una gran novedad por entonces.

Aquí tienes un ejemplo. Esto es un puente peatonal que cruza una zanja de drenaje del sistema de alcantarillado. Y el VZE vino por aquí.

MICHELLE: ¿Cómo lo sabes?

PAUL HOLES: Huellas de calzado. Corbett me dijo que esta zona de aquí abajo era como un cajón de arena. La alisaba con rastrillo todos los días. Y después de la agresión, está aquí fuera, y hay unas huellas de zapato en la arena recién alisada. Así que sigue las huellas hasta la casa de la víctima, rodeando la vivienda y a través de la zona verde. Y estoy hablando con él y salta: «Bueno,

estuve en los Boy Scouts, y una de las cosas que más me gustaba era rastrear. Me pasaba el rato siguiendo rastros». Así pues, dice: «Encontré las huellas de zapatos y sentí la necesidad de seguir las». Como ves, tiene una capacidad más elevada que una persona normal. No diría que es un experto en búsqueda y rescate, pero...

MICHELLE: Más o menos sabía lo que se hacía.

PAUL HOLES: Sí. Así que me explica cómo las huellas de zapatos vinieron por aquí y se fueron por ahí.

MICHELLE: Ah.

PAUL HOLES: Es como una zona verde común.

MICHELLE: Espera, entonces, ¿trazaron una especie de bucle, dando la vuelta?

PAUL HOLES: Sí, fue por ahí y vino por aquí, y dio media vuelta desde la casa de la víctima, y esas huellas estaban en el jardín trasero de la víctima.

MICHELLE: Eso es una novedad interesante. Me parece que no he tenido acceso nunca a algo como esto, de verdad.

PAUL HOLES: Es excepcional. Village Homes era famosa en el mundo entero. François Mitterrand vino de visita en helicóptero por lo novedosa que era. Estudiantes de todas partes, y promotores, venían a verla, ya sabes: «Village Homes en Davis. Estamos construyendo una urbanización; vamos a ver lo que están haciendo y lo que podemos incorporar a nuestro proyecto». Fue portada... de la revista *Sunset*. Betty Ford vino en bicicleta por aquí. Yo traje en coche a mi mujer, y me dice: «Yo no viviría nunca aquí».

MICHELLE: Es un poco claustrofóbico.

PAUL HOLES: Es claustrofóbico, y es un paraíso para los depredadores. No se ve nada. Me refiero a que alguien puede venir, puede atacar y puede marcharse, y nadie llegaría a darse cuenta.

La tercera víctima —y te llevaré ahí después de esto— estaba en el vecindario que queda por allí. Así pues, las tres agresiones en Davis quedan muy juntas.

MICHELLE: Sí, muy juntas.

PAUL HOLES: Una de las cosas interesantes es que esta víctima y la tercera víctima de Davis iban juntas en coche a trabajar. Dejaban a sus hijos en la misma guardería. Y es la única relación entre víctimas que yo sepa. Pero eso en realidad nunca se ha explorado.

MICHELLE: Ya.

PAUL HOLES: Nadie ha buscado a estas víctimas para volver a hablar con ellas. ¿Es posible que el VZE las viera juntas en el coche y por eso las eligió, o fue solo una coincidencia debida a que cometió las agresiones tan cerca una de la otra?

MICHELLE: Claro. ¿Supo cada chica que la otra fue también víctima?
¿Ni siquiera sabes eso?

PAUL HOLES: Ni siquiera sé eso, no.

Pues bien, el VZE vino por aquí..., y ahora va siguiendo ese camino de ahí. Y al principio más o menos descartaron buena parte de esto; el primer agente al que llamó Corbett, este le dijo: «Eh, he seguido el rastro de estas huellas». Y el agente respondió: «Bueno, la gente suele salir a correr por este camino, y está tan alejado que no creo que el agresor aparcara su vehículo ahí y luego viniera por aquí para cometer la agresión». Bueno, las huellas acaban yendo hacia allá abajo, siguiendo el sendero de ese olivar, en esa dirección.

Bien, aquí está el otro lado del olivar.

MICHELLE: Vale. ¿O sea que igual aparcó en un arcén aquí mismo?

PAUL HOLES: No. Porque las huellas de calzado continuaban.

MICHELLE: Ay, Dios mío. ¿No se arriesgó ni un poco a que lo vieran?

PAUL HOLES: ¿A las tantas de la noche? ¡Estaba oscuro como boca de lobo!

MICHELLE: Vale. Y probablemente iba vestido con ropa oscura.

PAUL HOLES: Bueno, ¿qué hace siempre? Y está en vecindarios, con casas. Paseando. Es con toda probabilidad más arriesgado que esto.

MICHELLE: Sí, supongo que es verdad.

Holes se adentra en los terrenos de la UC-Davis, con diversos edificios de investigación repartidos hacia la derecha y campos de cultivo hacia la izquierda.

PAUL HOLES: Así que sigue el rastro de las huellas... hasta aquí abajo. No puedo pasar por aquí. Esto es lo que se llama biología de las abejas. Aquí hacen muchos estudios sobre abejas.

MICHELLE: Ah, ajá.

PAUL HOLES: Cuando leí por primera vez el expediente de este caso, no se entendía. Pensé que era biología de las befas. Y pensé, está en el campus allá lejos, y me dije: «Esto no es nada». Pero, cuando te fijas en dónde se perdió el rastro, las huellas acaban virando hacia la izquierda. ¿Qué hay ahí? Vaya..., mira por dónde. ¡Es el aeropuerto!

MICHELLE: ¡Ah!

PAUL HOLES: Así que entonces llamo al aeropuerto y les digo: «¿Qué tipo de registros tienen?».

Se ríen los dos.

PAUL HOLES: Yo tenía la ingenua idea de que volar era, ya sabes..., cada vez que pilotabas un avión, tenías que cursar un plan de vuelo; llegas a un aeropuerto, saben que estás allí, y todo lo demás. Pero me dijeron: «No, qué va. Aquí puede ir y venir

cualquiera. No tenemos ni idea de que están aquí. Si llegan a las tantas, pueden dejar el avión. Van a hacer lo que sea, vuelven, y ni nos enteramos de que han pasado por aquí».

MICHELLE: Ah, ¿sí? Qué raro.

PAUL HOLES: O sea que tenemos este caso, veintidós horas después de que se produjera el caso de Modesto. En el caso de Modesto está el hombre extraño al que recogen en un aeropuerto y luego dejan cerca de una obra nueva, yendo aparentemente en dirección a la casa de la víctima.

MICHELLE: Pero ¿por qué era tan extraño ese hombre?

PAUL HOLES: El taxista declaró que solo llevaba un bolso. Y no dijo más que: «Lléveme a Sylvan y Meadow». Y, luego: «Déjeme aquí mismo». Se baja y se va andando hacia donde el taxista dice que no hay nada más que casas en construcción. Y luego, en el siguiente caso..., tenemos un vínculo con un aeropuerto.

MICHELLE: Intento pensar qué clase de persona tendría un avión así. ¿Algo así como una avioneta?

PAUL HOLES: Bueno, una avioneta abre posibilidades. Ya sabes, era típico que los promotores tuvieran reactores de empresa con varios asientos. Si te refieres a alguien con una avioneta, alguien que no es un millonario, ya sabes, o una persona con grandes recursos, que tiene una...

MICHELLE: Sí.

PAUL HOLES: El caso es que si hablas con esos promotores y les preguntas, bueno: «¿Irían en avión? Si están construyendo una urbanización en la otra punta del estado, ¿irían allí en avión?». Contestan: «Sí, iríamos en avión. Ir en avión sale muy caro, pero era una especie de asunto de ego. El caso es que queremos que se nos vea como personas de éxito, porque tenemos un reactor propio en el que volamos. Y sí, de vez en cuando vamos a cerciorarnos de que nuestros reinos se están construyendo».

MICHELLE: Claro. Humm. ¿Había algún otro pequeño indicio en

alguno de los casos que estuviera vinculado con un avión? Algo como..., ¿no tenía, no sé, algo propio de un piloto?

PAUL HOLES: No, no que yo sepa.

Holes intenta localizar la vivienda de la tercera víctima en Davis. Esta agresión, la número treinta y siete, tuvo lugar el 6 de julio de 1978, a las 2.40 horas de la madrugada. La víctima fue una mujer de treinta y tres años de edad —recientemente separada y que estaba sola en la cama— cuyos hijos dormían en otra habitación. El VZE los utilizó como medida de presión, amenazando con matarlos si ella no hacía lo que le dijera. Después de violar y sodomizar a la víctima, se echó a llorar. Luego habría un lapso de tres meses, después del cual resurgiría en la zona del Este de la Bahía.

PAUL HOLES: Era una casa que hacía esquina. Yo diría que era al final. Me parece que estas casas no estaban aquí entonces. Y no hay casas detrás. Y luego había obras en marcha en la escuela. Así que el ataque se produjo aquí. Había muchas obras en marcha en esta zona... Aquí está. Bueno..., esta víctima iba en coche a trabajar con la anterior víctima de Davis.

MICHELLE: Vaya. Muchos escenarios están mucho más cerca entre sí de lo que pensaba. Quiero decir, algunos no, pero... otros, es interesante.

PAUL HOLES: Eso es. Bueno, los barrios... Se familiarizaba con los barrios. Danville está muy concentrado. Concord. Walnut Creek.

MICHELLE: Desde luego, bueno, Rancho Córdova..., ¿no quedaban unos justo al lado de los otros?

PAUL HOLES: Sí. No justo al lado, pero sí a la vuelta de la esquina. Ya sabes, la casa de en medio.

MICHELLE: Eso es. Quiero decir que si te estás yendo sin pantalones, o bien vives aquí, o bien tienes el coche aquí. O estás un poco chalado. O todo lo anterior.

PAUL HOLES: Bueno, uno de los tipos en los que invertí mucho

tiempo, un asesino en serie llamado Phillip Hughes..., en sus entrevistas con el psiquiatra, reconoce que, cuando estaba en secundaria, salía de casa en mitad de la noche —sus padres no tenían ni idea—, iba desnudo y se colaba en otras casas del vecindario a robar prendas de ropa a las mujeres.

MICHELLE: ¿Y eso fue antes de que llegara a ponerse violento con alguien?

PAUL HOLES: Sí, hasta donde sabemos. Había matado algún que otro animal. Ya sabes..., la tríada completa del asesino en serie [la teoría de que torturar animales, prender fuegos y orinarse en la cama después de la infancia predicen la violencia sexual en la edad adulta].

MICHELLE: Claro.

PAUL HOLES: Pero eso era cuando estaba en el instituto. Creo que produce cierta... excitación ir por ahí sin ropa.

MICHELLE: Ya.

PAUL HOLES: Ahora bien, podía ser un asunto práctico, ¿sabes? Pongamos por caso que es su primera agresión, y piensa: «Bueno, ¿cómo me las voy a apañar con los pantalones? Me parece que voy a ir sin ellos. No quiero que me molesten».

MICHELLE: Claro. Sí, por eso me parece interesante que en muchos de los asesinatos, los mató con lo que tenía a mano.

PAUL HOLES: Sí. Tenía un arma, pero por lo que se refiere a los golpes, usaba lo que hubiera por allí.

MICHELLE: ¿Hay algo que diferencie a la gente que mata a golpes de la gente que hace otras cosas?

PAUL HOLES: Bueno, matar a golpes y acuchillar son lo mismo en esencia. Ya sabes, es muy personal. Estás descargando mucha violencia, mucha ira contra esa persona. Ahora bien, el estrangulamiento..., golpear con los puños o estrangular, todo eso es...

MICHELLE: ¿Así que cualquier cosa que hagas con las manos viene a

ser lo mismo?

PAUL HOLES: Sí, es todo lo mismo. A diferencia de matar con un arma: es menos personal. Y es fácil. Cualquiera puede matar con un arma. Se puede matar desde lejos. Pero cuando hay enfrentamiento físico con la persona, eso es personal. Ya sabes, uno lee acerca de tipos que miran a las víctimas a los ojos mientras las estrangulan...

MICHELLE: Claro.

PAUL HOLES: Ya sabes, y se sienten dioses porque, en esencia, controlan si la víctima vive o muere.

FRED RAY

No estoy disfrutando de mi segunda taza de un café horrible en una cafetería de Kingsburg, en California, treinta kilómetros al sudeste de Fresno, cuando me dan una explicación de un misterio al que llevo años dándole vueltas. El hombre que me ofrece la respuesta, Fred Ray, es alto y lacónico, y posee un acento del sur ligeramente nasal propio de un descendiente de generaciones de granjeros del Valle Central. Cuando Ray no usa sus largos dedos para hacer hincapié en un punto, entrelaza las manos y las posa suavemente sobre el pecho como un erudito. Tiene el pelo castaño en su mayor parte, y envidiablemente abundante para ser un inspector jubilado al que le están haciendo preguntas sobre un doble homicidio cometido hace treinta y cinco años y que él investigó. Me había formado cierta impresión poco generosa de Ray al entrar él con su maletín baqueteado y su deje de los tiempos de la Gran Sequía. Quería que nos viéramos más bien temprano para no coincidir con el tropel de chicos de secundaria, me había dicho, pero no veo a nadie de menos de setenta años en la diminuta cafetería, que consiste en un puñado de mesas cubiertas con gruesos manteles de plástico claro, estantes de chismes suecos (Kingsburg es conocida como la Pequeña Suecia) y un estrecho mostrador de cristal en el que hay expuesto algún que otro pastel. Dos de los escasos clientes de la cafetería son la mujer de Ray y su pastor,

que me pregunta de dónde soy, aunque no me he identificado como una visita de fuera de la ciudad. Le digo que de Los Ángeles.

«Bienvenida al estado de California», dice el pastor.

Pero mi impresión de Ray cambia de repente al inicio de nuestra conversación, cuando describe su época como inspector en la Oficina del Sheriff del condado de San Bárbara, en particular su experiencia interrogando a cierta clase de chicos problemáticos. En apariencia los chicos, sobre todo jóvenes blancos, no suponían una gran amenaza. Por mucho que no vivieran en la elegante zona de Hope Ranch, con sus caminos para montar a caballo y su playa privada, sino en el parque de caravanas de Hollister, se les pegaba el ritmo relajado de una ciudad costera de familias de dinero. Eran los Gary y los Keith, los chavales quemados con melenilla lacia de finales de los setenta que empezaron pero no llegaron a acabar secundaria en los institutos Dos Pueblos o San Marcos. Arrastraban sillones hechos polvo hasta los huertos de aguacates y se escondían allí fumando hierba que ellos mismos cultivaban. Hacían surf todo el día en Haskell's Beach y se reunían en torno a hogueras por la noche, borrachos y con la sensación de estar a salvo allí lejos; sabían que a los polis no se les ocurriría descolgarse por los acantilados cubiertos de salvia y maleza para disolver una fiesta en la playa. Sus problemas con la ley eran asuntos sin importancia. Delitos menores. Salvo que Ray descubrió que un número sorprendente de ellos tenía un pasatiempo espeluznante, un pasatiempo que ocultaban a los demás: les daba morbo entrar en casas de desconocidos en plena noche.

Eran merodeadores. Mirones. Los robos eran solo una ocurrencia en el último momento. Lo que les enorgullecía, según averiguó Ray hablando con ellos, era su capacidad para entrar en una casa, arrastrarse por el suelo y permanecer en la oscuridad sin que nadie se percatara, viendo dormir a la gente. A Ray le sorprendieron los detalles que eran capaces de compartir con él una vez que les tiraba de la lengua.

«Siempre se me ha dado bien conseguir que la gente hable

conmigo», dice Ray.

«¿Cómo lo hacía?».

Abre las manos. Sus rasgos se suavizan de manera casi imperceptible.

«Bueno, ya sabes, todo el mundo lo hace —dice en un tono a la vez conspirador y directo—. Todo el mundo ha querido ver alguna vez lo que ocurre en una casa ajena».

Parece razonable. Asiento.

«Claro», digo.

Pero, entonces, Ray vuelve a adoptar su actitud previa, su auténtica personalidad, y reparo en que, sin que me diera cuenta, se había encorvado ligeramente y había distendido la expresión para parecer más despreocupado. No era el torpe método usado para sacar información a un sospechoso que se ve en la serie *Ley y orden*. La repentina transición había sido pasmosa. Me tragué el número por completo. Uno de los gestos más cautivadores de Ray consiste en una enorme sonrisa impredecible que es cualquier cosa menos ansiosa y por lo tanto resulta más gratificante cuando se la arrebatas. Se había quedado conmigo, y lo sabe. Sonríe.

«Todos quieren contar su historia, pero quieren contársela a alguien que no vaya a escandalizarse. Cuando permaneces ahí sin mostrar emoción, más o menos coincidiendo con ellos, casi como si disfrutaras de lo que te están contando, hablan».

El desfile de jóvenes problemáticos a los que interrogó Ray hace décadas me interesa por una razón específica.

«Usted interrogó a esos tipos, esos merodeadores —le dije—. ¿Cree quizá que pudo hablar con él?».

«No —se apresura a decir; y, luego, con cautela, añade—: Es posible».

Pero está negando con la cabeza.

Él. La tercera persona en todas las entrevistas que llevo a cabo, el asesino sin rostro cuyas huellas de calzado deportivo rastreó una vez Ray por el vecindario, volviendo sobre los pasos del hombre que iba

de ventana en ventana en busca de víctimas. Ray estuvo muy implicado en el caso de un asesino en serie que recogía a autostopistas, les pegaba un tiro en la sien y, luego, mantenía relaciones sexuales con sus cuerpos; en el transcurso de su carrera, Ray ha visto cadáveres decapitados y examinado laceraciones rituales en la piel medio descompuesta de una mujer joven. Y aun así, el único asesino que menciona que, según dice, «hizo que se le erizara el vello de la nuca», fue el que me trajo a mí hasta aquí. Él.

Que Ray no crea que pudo llegar a hablar con el hombre sin identificar al que he apodado el Asesino del Golden State no me sorprende. Todos los inspectores que trabajaron en el caso y con los que he hablado insisten en lo mismo. Han tenido en las manos ligaduras cortadas y preparadas previamente que dejó a su paso, y han analizado espermatozoides bajo el microscopio. Han escuchado una y otra vez grabaciones de testigos y supervivientes hipnotizados, buscando en comentarios fortuitos alguna pista de su identidad. Décadas después de jubilarse, un detective se encontró agazapado en el bosque delante de la casa de un posible sospechoso en Oregón, esperando a que sacara la basura para recoger una muestra de ADN. El Asesino del Golden State se les aparece en sueños. Ha dado al traste con sus matrimonios. Se les ha metido tan dentro de la cabeza que quieren creer, o tienen que creer, que si hubieran estado cara a cara con él, lo sabrían.

«Es un rollo de sabueso —me dijo un inspector—. Creo que, si estuviera en un centro comercial y me cruzara con él, me daría cuenta».

Le explico a Ray que la razón por la que me interesan sus recuerdos de jóvenes merodeadores es que hace poco fui a Goleta, la ciudad veinte kilómetros al oeste de Santa Bárbara en la Costa Central de California, donde el asesino actuó tres veces entre 1979 y 1981. Las tres agresiones tuvieron lugar en un barrio modesto en el noreste de Goleta, un área que ocupaba menos de cinco kilómetros cuadrados. Huellas de calzado y cuerdas usadas como ligaduras preparadas que,

es de suponer, se le cayeron por accidente de los bolsillos, indican que se desplazó siguiendo el arroyo de San José, una estrecha cañada que empieza en las montañas hacia el norte y serpentea por el barrio de casas construidas en serie hasta que desemboca en el océano Pacífico. Todas sus víctimas vivían cerca del arroyo.

Fui caminando por el lecho del arroyo, le digo a Ray, y me llamó la atención lo cautivador que sería el sendero cubierto de maleza, bordeado de árboles enormes y frondosos y sembrado de piedras recubiertas de moho, para cierto tipo de adolescente de clase media, un chico semiasilvestrado y sin apenas atención paterna que buscara refugio. De los sicomoros colgaban columpios de cuerda. Adultos que habían crecido en el barrio me dijeron que, a mediados de los años setenta, unos chicos construyeron una pista para bicicletas BMX. Había túneles secretos y zanjias de desagüe recubiertas de hormigón donde los chavales iban en monopatín. No había farolas, y el sendero era confuso y difícil de seguir. Parecía un sitio de esos que solo podías conocer si habías pasado mucho tiempo allí de pequeño.

«Sobre todo si se tiene en cuenta la primera agresión en Queen Ann Lane», digo. La casa de Queen Ann Lane no resulta visible desde la calle, pues está ubicada detrás de otra vivienda. Uno solo se fijaría en ella desde el sendero que seguía el arroyo.

La mención del ataque ocurrido el 1 de octubre de 1979 en Queen Ann Lane hace que a Ray se le endurezcan los rasgos, ya de por sí adustos.

«Pues aquella noche podrían haberlo atrapado», dice Ray.

Aquella fue la noche que el tipo se dio cuenta de que tenía que matar. La noche que la víctima sobrevivió y su vecino, un agente del FBI fuera de servicio, persiguió al sospechoso que huía en una bicicleta robada de diez velocidades. He seguido la ruta de la persecución hasta el lugar donde el agente lo perdió de vista. El agente estaba en contacto por radio con policías que iban en camino. Nunca he llegado a entender cómo es que no lo atraparon.

«Yo sabía lo que iba a ocurrir —asegura Ray, que meneaba la cabeza

— Yo sabía exactamente lo que iban a hacer los agentes». Lo que hicieron fue dejarlo escapar.

EL INDICADO

El inicio de los más de treinta años de implicación de Jim Walther* en el caso del VZE tuvo lugar en Danville, la madrugada del 2 de febrero de 1979, cuando lo despertó la linterna de Carl Fabbri, ayudante del sheriff de Contra Costa. Walther dijo que se había desviado con su Pontiac LeMans de 1968 con imprimación gris de la Interestatal 680 para dormir después de salir de trabajar como guardafrenos en la Western Pacific Railroad. Fabbri no se tragó el cuento. El coche de Walther estaba aparcado en Camino Tassajara, a dos kilómetros largos de la autopista. ¿Qué necesidad tenía de alejarse tanto para dormir? Se fijó en si los ojos de Walther tenían rastros de somnolencia. Fabbri estaba en tensión. Estaba patrullando el barrio porque la víspera por la noche había perseguido a un merodeador por allí sin llegar a darle caza. Cinco meses antes, el fantasma más tristemente famoso de Sacramento, el Violador de la Zona Este, se había arrastrado 110 kilómetros hacia el sudoeste hasta su área. Cuatro agresiones. Una divorciada de treinta y dos años que vivía en una casa que hacía esquina cerca del Iron Horse Regional Trail había sido la víctima más reciente, en diciembre. «¿Te gusta levantar pollas? —le susurró el VZE—. Si no, ¿por qué levantas la mía cada vez que te veo?». La agresión ocurrió a poco más de un kilómetro y medio de donde Walther estaba ahora estacionado.

El ayudante Fabbri ordenó a Walther que no se moviera de allí, y comprobó si tenía antecedentes. El chico tenía una orden de búsqueda por infracciones graves del código de circulación. Su historial incluía una detención por tenencia de una pequeña cantidad de marihuana hacía dos años, en Sacramento. Tenía veintiún años de edad, medía uno ochenta y dos metros y pesaba 68 kilos. A grandes rasgos era prometedor, pero no así en los detalles. Fabbri y su compañero detuvieron a Walther. Sus protestas fueron el ruido de fondo habitual, hasta que el compañero de Fabbri sacó una cámara Polaroid a fin de hacerle una foto para la ficha policial, lo cual fue como si se hubiera pulsado un interruptor. Walther se puso como una moto. Fabbri tuvo que reducirlo físicamente. Qué raro. El chico tenía unos antecedentes menores. ¿Por qué le ponía tan furioso que fueran a sacarle una foto? Tuvieron que sujetarle la cabeza para hacerle la instantánea.

De camino a la cárcel, Walther mantuvo una extraña conversación, en su mayor parte unidireccional, con los agentes que lo detuvieron.

«Nadie atrapa nunca a los auténticos criminales —les dijo Walther—. Esos siempre escapan».

Las coincidencias se acumularon desde el comienzo. Cuando le preguntaron su dirección, Walther respondió: Sutter Avenue, en Carmichael. Este de Sacramento. Una agente recordó haber visto un coche tan característico como el de Walther cerca de San Ramón en torno a la época de las agresiones del VZE allí. Poco después de su detención, Walther se deshizo del vehículo y se compró otro. Se cerró en banda cuando unos investigadores de la Fuerza Operativa del VZE lo interrogaron, y se hizo con un abogado gracias a su madre, una mujer despótica que se refería a su hijo adulto como «mi Jimmy» y que en una ocasión estuvo a punto de liarse a tortas con un agente de la condicional. El abogado les dijo a los investigadores que su cliente no iba a masticar una gasa para que le tomaran una muestra de saliva porque «podía ser incriminatorio». La fuerza operativa siguió

apretándole las clavijas a Walther, que continuó resistiéndose. Dijo voluntariamente de pasada que tenía sangre del grupo A y calzaba un número 42, igual que el VZE. Al final, en agosto, le llamaron desde el apartamento de su novia y le dijeron que sabían que ella cultivaba marihuana allí. Lo pusieron en un difícil dilema: o masticas la gasa ahora o la detenemos a ella. Accedió a que le tomaran la muestra de saliva.

Los resultados de los análisis descartaron a Walther. Era secretor. El VZE era no secretor. La fuerza operativa lo eliminó como sospechoso y pasó a investigar a gentuza más reciente.



Más de treinta años después, Paul Holes ponía en tela de juicio esa eliminación. En tanto que veterano del laboratorio forense, sabía que el método para determinar si alguien era o no secretor era menos que idóneo por aquel entonces. En la década de los ochenta, los expertos en control de calidad habían detectado graves fallos técnicos en el método. En los años transcurridos desde entonces, los científicos también habían descubierto que un pequeño segmento de la población lo forman los secretores aberrantes, individuos que pueden expresar un grupo del sistema ABO en algunos fluidos pero no en otros. Holes creía que la eliminación de sospechosos sobre la base de si eran o no secretores no era fiable.

Holes también tenía la ventaja de una visión retrospectiva de tres décadas, nada menos. Ahora sabían mucho más sobre el VZE. Holes podía abrir Google Earth en el ordenador y observar a vista de pájaro ubicaciones y escenarios de circunstancias sospechosas en orden cronológico, un vertiginoso vuelo de un icono de chincheta amarilla a otro icono de un coche azul en miniatura, pasando por otros de muñequitos que representaban huellas o testigos. Podía ajustar la velocidad y la altitud. Podía sentarse a su mesa y seguir la pista del asesino con sus propios ojos. El camino en zigzag parecía aleatorio,

pero, para alguien, para «el Indicado», no lo era.

Holes lamenta no haber hecho el traslado a la unidad de investigaciones hacía veinte años, cuando empezó a tener esa tentación. Se impuso la seguridad. Tenía dos niños pequeños. Estaba ascendiendo en el departamento de ciencia forense. Salta a la vista por qué tiene madera de jefe. Es rubio, está en buena forma y tiene un rostro atractivo y afable. Nunca hace muecas de dolor ni pone los ojos en blanco. Sus padres son de Minnesota, y él conserva un deje de «o» arrastrada. Una vez hice referencia a Rupert Murdoch, y él se encogió de hombros sin reconocer ese nombre. «Frecuentamos círculos distintos», dijo. Al verlo, nadie pensaría que sus padres le regalaron una vez el libro *Sexual homicide: patterns and motives* («El homicidio sexual: pautas y móviles») en plan «nos acordamos mucho de ti».

Antes, los análisis de ADN conllevaban horas de tedioso trabajo manual. En un caso de agresión sexual, por ejemplo, se sacaba un bastoncito de algodón de un tubo de vidrio, se aislaba el esperma y se localizaban los marcadores de ADN por medio de una técnica que implicaba una serie de tiras blancas, bandejitas y tintes especializados. Conforme avanzaba la tecnología, empezaron a encargarse del trabajo cada vez en mayor medida brazos e instrumentos robóticos. A su vez, Holes tenía más tiempo para dedicarlo a los casos pendientes. Holes creía que Walther podía ser el Indicado.

Cuando se encontró por primera vez con las pruebas de «trabajo preliminar» en el Almacén de Pruebas de la Oficina del Sheriff aquella tarde de primavera de 2011, estaba buscando un pasamontañas, el pasamontañas de Walther. Sabía que en la época en que Walther era el sospechoso número uno, los investigadores de la fuerza operativa interrogaron a un amigo suyo, un tipo al que habían detenido con él por vender marihuana en Sacramento en 1977. El amigo les dio unas pertenencias de Walther, incluido un pasamontañas negro. El perfil de ADN de Walther no estaba en el sistema en la actualidad; Holes se preguntó si podría obtener un perfil a partir de cabellos o células epiteliales extraídas del pasamontañas.

Por desgracia, Walther se encontraba en paradero desconocido. Había desaparecido de la faz de la tierra. No había respondido a una citación judicial relacionada con un delito menor por violencia doméstica en 2003, y se había emitido una orden de detención contra él. El carné de conducir le fue retirado en junio de 2004. Después, nada. No tenía crédito. No tenía antecedentes laborales. No cobraba subsidios sociales. Holes intentó reconstruir la turbulenta vida de Walther como mejor pudo. Solicitó y recibió los expedientes académicos de Walther, y observó con interés que su maestro de sexto era un hombre, cosa poco habitual en aquella época. Holes telefoneó al maestro. El anciano dijo que no recordaba a Walther. Pero, según dijo, escribir una y otra vez frases como castigo podría ser uno de los correctivos escolares que imponía en aquel entonces.

El maestro mencionó que, hacía unos diez años, un hombre sin identificar le llamó por teléfono y le cantó «Freedom isn't free» («La libertad no es gratis»), una canción que él obligaba a cantar en clase a los niños revoltosos. «Recuérdelo», dijo el que llamaba, y colgó. La llamada inquietó tanto al maestro que se cambió de número y no hizo constar el nuevo en la guía. Le dijo a Holes que lamentaba no poder ser de más ayuda.

Holes consultó la letra de la canción «Freedom isn't free», de Paul Colwell.

«Había un general que se llamaba George —empieza la cuarta estrofa—, con un grupito de hombres en Valley Forge».



Ron Greer* tenía que ser el Indicado. Era un fumador de tres paquetes al día que vivía en un apartamento hecho polvo, y allí estaban ellos, ofreciéndole el tabaco que, después de someterlo a vigilancia, sabían que era de su marca preferida, aunque él no aceptaba ni un solo cigarrillo. Estaba sumamente tenso y receloso. El inspector del Departamento del Sheriff del condado de Sacramento Ken Clark y su

compañero hicieron todo lo que pudieron para tranquilizar al tipo. No iban a irse sin pillar por lo menos una minúscula muestra directa de ADN. Pero Greer rehusó tomar siquiera un sorbo de un botellín de agua. Sabe lo que se está cociendo, supuso Ken. Sí. Nervioso y con conocimientos forenses. Es el Indicado.

Greer llegó hasta ellos por medio de un informe suplementario con treinta años de antigüedad. Muchos investigadores están convencidos de que el nombre del VZE está extraviado entre el papeleo en alguna parte, anotado en el informe de un vehículo parado o alguna circunstancia sospechosa. O bien tenía una tapadera a prueba de bombas, o bien fue descartado por causa de una coartada endeble pero aceptada. Ken y su compañero empezaron a revisar metódicamente los antiguos informes. El nombre de Greer salió enseguida.

Lo detuvieron conduciendo en dirección al sur por Sunrise Boulevard en un Datsun amarillo de dos puertas a las 4.27 de la madrugada el 15 de abril de 1977, apenas unos minutos después de que se hubiera informado por radio de una violación del VZE a unas manzanas de allí. Dijo a la policía que iba camino de su trabajo como conserje en una procesadora de arroz. Observaron que se mostraba sumamente callado y cooperativo. Abrieron el maletero de su coche; su interés aumentó considerablemente. Accedió a que registraran su domicilio. Su madre había muerto hacía poco, les dijo, y ahora vivía con su hermana. O, más concretamente, en una propiedad de su hermana, en un remolque de transporte hecho polvo oculto entre unos arbustos en una ladera escarpada en Fair Oaks. El remolque no podía medir más de dos metros y medio de largo y no era lo bastante alto para ponerse de pie. Su trabajo parecía ser una coartada sólida para una violación anterior cometida por el VZE. Aun así, los investigadores que se las vieron con Greer no lo olvidaron nunca. No pudieron ahuyentar el recuerdo de lo que encontraron en su coche.

Esa era la razón de que Ken y su compañero lo localizaran treinta años después. Ahora, Greer tenía problemas médicos considerables.

Aun así, nada de agua, gracias. Nada de tabaco. Al final, cuando se les estaban agotando la paciencia y las tretas, lo convencieron para que pasara la lengua por un sobre. Luego tomaron muestras con bastoncitos de algodón de todas las manillas de las portezuelas del coche cuando no estaba mirando.

Aquella noche de primavera de 1977 le dieron el alto a Greer cerca del escenario de una violación del VZE porque encajaba con la descripción física general del agresor; era un hombre blanco, veinticinco años de edad, uno ochenta de altura, 68 kilos. Lo primero que observaron los agentes de patrulla con sus linternas fue un frasco de plástico de loción hidratante para manos en el asiento delantero del coche. En el salpicadero del lado del acompañante había una máscara blanca, parecida a las que se utilizan para pintar o en el quirófano. Cuando abrieron el maletero encontraron cuerda en un envoltorio de celofán abierto. También había un par de zapatillas de deporte.

Y dos bolsas grandes con autocierre. En el interior de las bolsas, había una pistola y un cuchillo de caza.

Ken y su compañero enviaron las muestras del ADN de Greer que habían tomado al laboratorio forense. Esperaron. Volvieron los resultados.

Increíble.

Greer no era el Indicado.

Como ya he dicho, encapricharse con un sospechoso se parece mucho al primer arrebató de amor ciego en una relación. La atención se centra en una sola cara. El mundo y sus ruidos cotidianos son una tenue banda sonora de la intensa biografía muda que uno está montándose en la cabeza en todo momento. Por mucha información que se obtenga sobre el objeto de la obsesión, nunca es suficiente. Se necesita más. Siempre más. Te fijas en sus preferencias de calzado, e incluso te pasas por su casa, por gentileza de Google Maps. Incurres en graves prejuicios. Proyectas. Un hombre de mediana edad que sonrío y corta una tarta decorada con velas en una fotografía colgada en Facebook no celebra su cumpleaños, sino que tiene un cuchillo en

la mano.

Empecé a ver los paralelismos cuando, con aire cansado, Larry Pool reconoció que acostumbraba a «fiarse más de las sensaciones» que le producían los sospechosos al principio, en la época en que, como inspector de casos pendientes del condado de Orange, le asignaron el del Acechador Nocturno Original, en 1997. Era «más nuevo» en aquel entonces, dijo, con el rostro demacrado y la entonación de un hombre de mediana edad entregado a las citas en serie y curtido por los caprichos del amor.

Pool recordaba un primer momento de entusiasmo en verano de 2001, cuando recibió una llamada para que se presentase en el despacho del sheriff adjunto. Esa clase de llamadas eran una buena noticia. Cuando entró, un grupo se volvió para sonreírle: su capitán, su teniente, miembros del personal administrativo y, lo más revelador de todo, Mary Hong, la criminalista del condado de Orange que había obtenido el perfil de ADN del Acechador Nocturno Original. Hong trabajaba en otro edificio.

Pool lanzó el puño al aire antes incluso de cerrar la puerta. «¡Sí!», dijo. Para entonces llevaba trabajando en el caso sin cesar, quizá de manera obsesiva, tres años.

Se ha obtenido una coincidencia de huellas dactilares, le dijo a Pool el sheriff adjunto. Se creía que una huella dejada en una lámpara en uno de los escenarios en los que actuó el VZE en Danville era la del asesino. La víctima le había oído encender una lámpara nueva que se había desembalado hacía muy poco, y no podía tener huellas de nadie más. Un investigador jubilado de Contra Costa había recobrado una antigua copia de la huella, y la había enviado hacía poco al condado de Orange.

«Excelente», dijo Pool.

El sospechoso murió de causas naturales hace cinco años, continuó el sheriff adjunto, y deslizó el expediente del hombre hacia Pool sobre la mesa. Pool, que sabía más que cualquier otra persona en la sala sobre el asesino, abrió la carpeta. Todo el mundo lo miró y quedó a la

expectativa. Pool notó la primera punzada de decepción.

«Ay, Dios. No me gusta su edad», dijo Pool. El sospechoso había nacido en 1925. Pool hojeó el informe. Tampoco le gustaba el historial delictivo del criminal. Acusaciones de tenencia de armas. Tráfico de droga. Robos en bancos. El tipo había estado en un programa de protección de testigos. A Pool no le cuadraba.

Percibió el cambio de ánimo en la sala.

«No me convence como sospechoso —reconoció Pool—. Pero quién sabe, igual por eso no hemos encontrado aún al tipo. No es lo que esperamos».

«Averigüe dónde está enterrado este hombre», dijo el sheriff adjunto.

«De acuerdo, jefe», respondió Pool.

Pool descubrió que el sospechoso muerto había sido amigo del novio de la víctima. Los dos hombres tuvieron un altercado semanas antes de la agresión. A la víctima y a su novio les robaron el estéreo más o menos por entonces, y Pool planteó la teoría de que el ladrón era el sospechoso, probablemente en venganza por la pelea. Debía de haber tocado la lámpara cuando estaba en la casa robando el equipo de música. No era el asesino, solo un amigo indeseable con la costumbre de robar.

Los jefes de Pool querían tener la certeza.

«Hay que exhumarlo y analizar su ADN», dijo el sheriff adjunto.

Pool tomó un vuelo a Baltimore para exhumar el cadáver. Era la primera vez que el Departamento del Sheriff del condado de Orange exhumaba a un sospechoso; a víctimas, sí, pero nunca a un sospechoso. Homicidios de Baltimore colaboró en la exhumación. Cuando abrieron el ataúd, el sonido que emitió hizo pensar a Pool en una inmensa lata de Pepsi al abrirse. El cadáver estaba en condiciones extraordinariamente buenas, solo cubierto de moho. Pero, cómo olía.

«Imagina la peor descomposición multiplicada por diez», dijo Pool.

No era de extrañar que los inspectores de Homicidios de Baltimore

hubieran encendido puros cuando llegaron a la cima de la colina donde estaba enterrado el hombre.

Pool guardó dientes y pelo del sospechoso en la maleta de cabina. Un fémur y algunos fragmentos de carne fueron dispuestos en una caja con hielo seco, la cual facturaron en el aeropuerto. De nuevo en el condado de Orange, cuando Pool fue a recoger la caja que llegaba en la cinta transportadora, descubrió que goteaba.

El ADN demostró lo que Pool sospechaba. El tipo muerto de la huella no era el Indicado.



Doug Fiedler* tenía que ser el Indicado.

Una noche a las 00.01 horas apareció un correo electrónico de «John Doe» en mi bandeja de entrada.

John Doe no explicó nunca por qué prefería permanecer en el anonimato. Le preocupaba otro asunto: me había oído hablar del caso en un podcast, y quería darme lo que consideraba un buen soplo. «Worldcat.org es una valiosa herramienta de investigación para averiguar qué bibliotecas tienen un libro o material multimedia específico. Cuando buscas el libro *Sudden terror*, del inspector Crompton, ofrece las siguientes ubicaciones: Salem, Oregón, Post Falls, Idaho, Hayden Lake, Idaho, Sidney, Nebraska, Los Gatos, California. ¿Quizá el VZE/AN original fue a su biblioteca a sacar el libro para no tener que comprarlo en internet?

Era una idea interesante. *Sudden terror* era un libro autopublicado; no era probable que ninguna biblioteca lo tuviera a no ser que alguien lo pidiera específicamente. Yo estaba convencida de saber quién era responsable de haberlo solicitado en Oregón y California (inspectores jubilados), así que me concentré en Idaho y Nebraska. Sabía que las bibliotecas no iban a facilitarme los nombres de las personas que los habían tomado prestados, pues tienen buen cuidado de proteger la intimidad de sus usuarios. Me quedé mirando el ordenador. Una

casilla de búsqueda en blanco estaba esperando a que yo hallase la manera de usarla. Decidí introducir los códigos postales pertinentes junto con el nombre de un grupo de actividad prominente en el que creía que podía haber ingresado el VZE en el ínterin: delincuentes sexuales registrados.

Durante más o menos una hora, fueron desfilando por la pantalla rostros malcarados de pervertidos y depravados. El ejercicio me estaba pareciendo una pérdida de tiempo. Entonces lo vi. Sentí un fogonazo, por primera vez desde que había empezado a investigar el caso: *Eres tú*.

Eché un vistazo a sus datos. El individuo, Doug Fiedler, nació en 1955. Tenía la estatura y el peso adecuados. Era oriundo de California, y a finales de la década de los ochenta fue condenado allí por una serie de delitos sexuales, incluidos el de violación por medio de fuerza o amenaza y el de actos lúbricos y lascivos con una menor de catorce años.

En un sitio web de genealogía averigüé que su madre era de una familia numerosa del condado de Sacramento. El pulso se me aceleraba con cada nueva información que obtenía. A principios de la década de los ochenta, y posiblemente antes, ella vivía en el norte de Stockton, cerca de los lugares de las violaciones cometidas allí por el VZE. La exmujer de Doug tenía direcciones por todo el condado de Orange, incluida una en Dana Point, a menos de tres kilómetros de la casa donde fueron asesinados Keith y Patty Harrington.

Él llevaba tatuado en el brazo un animal que bien podía confundirse con un toro (durante la hipnosis, una chica joven que vio al VZE en su casa recordó un tatuaje de lo que le pareció el toro del licor de malta Schlitz en el antebrazo).

Consulté su nombre en el archivo de Google News. Casi me caigo de la silla cuando vi los resultados. Un artículo de *Los Angeles Times* aparecido en agosto de 1969 detallaba cómo un chico de diecinueve años fue golpeado en la cabeza con una sartén y acuchillado hasta morir por su hermanastro menor, que había acudido en auxilio de su

madre durante una pelea familiar. ¿El hermanastro menor? Doug Fiedler.

Matar a golpes. Acuchillar. El VZE hacía muchas cosas raras cuando cometía sus crímenes, pero, en mi opinión, una de las más extrañas era que de vez en cuando gimoteaba y lloraba. Esas lastimeras llamadas entre sollozos: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Ahora, Doug vivía con su anciana madre en un pueblo de Idaho. Google Street View reveló que era una modesta casa blanca oculta tras malas hierbas.

No lo dije explícitamente, pero, cuando le envié a Pool un correo electrónico sobre Doug Fiedler, tuve la sensación de que había muchas probabilidades de que le estuviera entregando al asesino.

«Buena presa —me contestó Pool—. El perfil y la descripción física son buenos. Acabo de confirmar por teléfono y por medio de otros datos que ha sido eliminado basándose en su ADN (CODIS)».

Durante horas había tenido la sensación de que iba lanzada calle adelante sin nada que me detuviera, como si pasara una serie de semáforos en verde. Ahora se me había averiado la transmisión. Me di cuenta de que la sabiduría de quien viaja en el tiempo puede ser engañosa. Volvemos al pasado pertrechados con más información e innovaciones de vanguardia. Pero disponer de tales maravillas conlleva sus riesgos. La riqueza de datos significa que hay más circunstancias que amarrar y conectar. Tienes la tentación de construir al malvado con la abundancia de piezas. Es comprensible. Tendemos a buscar pautas, todos lo hacemos. Atisbamos el esbozo aproximado de lo que buscamos y nos dejamos enredar, quedándonos a veces enganchados cuando podríamos zafarnos y seguir adelante.

«¡Sigue enviándome sospechosos así!», me escribió Pool.

Estaba amortiguándome el golpe. Él ya había pasado por lo mismo. Después de que me contara cuánto se había entusiasmado con ciertos sospechosos nada más empezar a investigar el caso, le pregunté cómo reaccionaba ahora, quince años después. Hizo los gestos de recibir un informe y revisarlo, taciturno y severo.

«Bien», dijo secamente, y luego hizo ademán de dejarlo encima del montón.

Pero le había visto representar otro momento, el momento en que cruzó la puerta de su jefe, cuando vio al grupo reunido esperándolo, en la cúspide de un instante que podrías pasarte toda una carrera policial imaginando sin llegar a experimentarlo. Ya sabía lo rápido que me contestaba a veces por correo electrónico cuando surgía algo interesante.

Le había visto imitar ese puño en alto acompañado de un «¡Sí!». Sabía que en secreto ansiaba vivir ese momento otra vez.

LOS ÁNGELES, 2014

«Lo que la gente suele olvidar de la película *Rocky* es esa primera secuencia, cuando sale a entrenar. Las piernas le están matando. Ha dejado atrás sus mejores años. Hace un frío que pela. Se tambalea. Apenas consigue llegar a lo alto de esas escaleras».

Patton intentaba animarme haciendo referencia a *Rocky*. Le había estado hablando de callejones sin salida. ¿Cuánto podía soportar una persona normal y corriente antes de darse por vencida?

«Pero Rocky seguía levantándose todas las mañanas y haciéndolo. Una y otra vez. Es como con estos tipos de los casos pendientes. Inviertes muchísimo tiempo y energía. Haces llamadas. Hurgas en cajas. Sonsacas historias. Obtienes muestras. Luego, la respuesta es que no. No puedes dejar que eso acabe contigo. Tienes que despertar a la mañana siguiente, tomarte un café, limpiar la mesa y volver a empezar».

Me di cuenta de que Patton también se refería a sí mismo, cómo volvía a subir al escenario cuando era un joven humorista, sin cobrar nada, ante públicos hostiles. Llevaba dentro una vehemente determinación, y tiene debilidad por las historias sobre gente que

también la tiene. A veces, cuando está fregando los platos, veo que mueve los labios sin emitir ningún sonido.

«¿Qué estás haciendo?», le pregunté una vez.

«Preparo un chiste», dijo.

Empezar de nuevo. Hacerlo mejor. Hacerlo otra vez.

«Recuerda que Rocky no derrotó a Apollo Creed —dijo Patton—. Pero lo impresionó, e impresionó al mundo entero, porque se negó a darse por vencido».

Estábamos cenando para celebrar nuestro octavo aniversario de boda. Patton levantó la copa de vino. Vi que esperaba rescatarme de mi lánguido derrotismo frente a los callejones sin salida.

«Tienes por delante todo un fichero de delincuentes», aseguró.

«¡Ya vale! —repuse—. No digas eso».

Su intención era buena, y yo lo sabía, pero no podía imaginar el futuro, o me negaba a hacerlo.

«No quiero todo un fichero de delincuentes —repuse—. Él es el único».

En cuanto lo dije, caí en la cuenta de lo enfermizo que sonaba. Lo que quería decir era que, después del VZE, no podía imaginarme deseando indagar febrilmente, encontrarme sin aliento con una serie de semáforos en verde solo para estrellarme de nuevo, nunca más.

Patton sacó de bajo la mesa un regalo de gran tamaño maravillosamente envuelto en papel *vintage*. Hace unos regalos estupendos. Le encanta que artistas y artesanos jóvenes colaboren con él en la elaboración de obsequios únicos. Un año encargó que hicieran lo que describió en tono de broma como una «figura de inacción» mía: yo recostada en la cama en pijama con un *vanilla latte* de Starbucks y el portátil abierto con mi sitio web de crímenes reales en la pantalla. Otra vez hizo que un joven metalista me construyera una caja de madera. La casa en la que vivimos durante siete años aparece repujada en una placa de bronce en la parte anterior. Dentro hay una serie de cajones ocultos en miniatura, cada cual con recuerdos de nuestra vida en común: entradas cortadas, notas en papelitos adhesivos.

El año pasado encargó al artista Scott Campbell que pintara tres pequeñas acuarelas en las que aparezco frente a famosas figuras del crimen. En una tengo una taza de café en la mano y miro desde arriba al Asesino del Zodíaco. En otra, sujeto una libreta como si estuviera a punto de interrogar a D. B. Cooper, el tristemente famoso secuestrador aéreo. Y en la tercera, sostengo el portátil, con una sonrisa curiosa en el rostro, cara a cara con el Indicado, enmascarado e incognoscible, mi azote, el VZE.

Abrí el regalo de ese año. Patton había encargado que encuadernaran profesionalmente mi artículo de la revista *Los Angeles* y lo pusieran en un estuche negro hecho a medida. El estuche tenía un compartimento donde guardar las notas más importantes del relato. En un cajoncito inferior había un DVD de una entrevista que me hicieron en las noticias locales.

Luego me di cuenta de que, en dos años seguidos, mi regalo de aniversario ha estado relacionado, de un modo u otro, con el VZE.

Pero eso ni siquiera es el indicio más revelador de hasta qué punto ha llegado a dominar mi vida. Lo sería el hecho de que he olvidado comprarle a Patton siquiera una tarjeta de felicitación.

SACRAMENTO, 2014

Holes hurgó sin cesar en los antecedentes de Walther. La ubicación de la familia Walther en Sutter Avenue, en Carmichael, era una zona central de seguridad en torno a la que el VZE buscaba a sus presas. A mediados de la década de los setenta, Walther ayudaba a su madre en su trabajo de administradora de edificios de apartamentos de renta baja en Rancho Córdova; uno de los edificios estaba justo al lado del lugar donde se produjo una agresión del VZE. Holes averiguó que, en mayo de 1975, Walther tuvo un grave accidente de tráfico en Sacramento que le dejó cicatrices en la cara. La víctima número siete había intentado recurrir a la psicología inversa, y le dijo al VZE que era bueno en la cama. Él contestó que la gente siempre se reía de él porque la tenía pequeña, lo que probablemente era cierto, pues en efecto estaba dotado por debajo de la media. El VZE también mencionó que «me pasó una cosa en la cara».

Cuatro agresiones se produjeron a menos de ochocientos metros del Instituto de Enseñanza Secundaria Del Campo, donde Walther cursó estudios. El padre de una de las víctimas daba clase en el instituto al que se trasladó Walther después de dejar los estudios en Del Campo. Walther trabajó en 1976 en un restaurante de la cadena Black Angus que dos víctimas mencionaron a los inspectores como un establecimiento al que iban con frecuencia.

Walther entró a trabajar en la Western Pacific Railroad en 1978; el trabajo lo llevó a Stockton, Modesto y a través de Davis (de camino a Milpitas) justo cuando el VZE empezó a actuar en esas áreas. En agosto de 1978, le pusieron dos multas por exceso de velocidad en Walnut Creek. Las agresiones en esa zona del Este de la Bahía por parte del VZE comenzaron dos meses después. Una citación judicial relacionada con una de las multas de tráfico de Walther en Walnut Creek tuvo lugar dos semanas antes de la agresión cometida allí.

En 1997 pararon a Walther por saltarse una señal de *stop*. Le encontraron en la cinturilla del pantalón dos cuchillos de carne en una funda de cinta aislante. Las actas judiciales de su detención por violencia doméstica revelan que amenazó a su exmujer, diciendo: «Voy a cortarte en pedacitos».

«Calla o te corto a pedazos», decía el VZE. A menudo amenazaba con cortar orejas y dedos de los pies y de las manos.

Walther, o bien había muerto, o bien estaba haciendo un esfuerzo hercúleo para que no lo encontraran. Holes llamó en repetidas ocasiones a jueces de instrucción para preguntar si tenían algún cadáver sin identificar parecido. Al final, localizó a la única descendiente de Walther, una hija con la que había perdido el contacto. Un inspector de la Unidad de Investigaciones de Contra Costa le dijo a la hija que buscaban a su padre porque se le debía dinero por una pena de cárcel que cumplió en 2004. La hija aseguró que no hablaba con Walther desde 2007. La llamó una vez desde una cabina, según dijo. Estaba sin techo en Sacramento por aquel entonces.

Holes pidió a organismos policiales de Sacramento si podían buscar cualquier documentación que tuvieran sobre Walther; los indigentes tienen con frecuencia pequeños encontronazos con la policía. Si Walther estaba sin techo en la zona de Sacramento, su nombre probablemente estaría anotado en algún informe. Quizá la anotación no llegó a introducirse en el sistema, pero estaba allí enterrada en alguna parte. Al final, Holes recibió la llamada.

«No tenemos a Walther —dijo el agente—, pero su hermano figura

como testigo de un crimen. Vive en un coche detrás de una estación de servicio Union 76, en Antelope».

Holes sacó una copia del título de propiedad del hermano que tenía en su expediente sobre Walther. No había ninguna hipoteca asociada con la casa, pues el hermano la heredó directamente del padre. Holes estaba confuso.

«¿Por qué viviría como un indigente el hermano de Walther?», preguntó Holes de viva voz. Hubo una pausa al teléfono.

«¿Estás totalmente seguro de que hablasteis con el hermano de Walther?», preguntó Holes.

Poco después, el Departamento del Sheriff de Sacramento telefoneó a Holes, la llamada que había estado esperando. Habían abordado al hermano de Walther con cara de pocos amigos y un dispositivo portátil para tomar huellas dactilares, y él se vino abajo y claudicó. Confesó. La huella dactilar lo confirmó: el indigente era Jim Walther. Le tomaron una muestra de saliva y la enviaron por vía de urgencia al laboratorio.

Holes me estaba llevando de visita en coche por las ubicaciones pertinentes del Este de la Bahía cuando se detuvo y señaló el lugar exacto de Danville donde, el 2 de febrero de 1979, encontraron a Walther durmiendo en su Pontiac LeMans aparcado. Holes aún tiene preguntas que lo incomodan. ¿Por qué se pasaría alguien ocho años en la clandestinidad solo para eludir una sentencia de treinta días?

«No era el VZE —dijo Holes, que meneó la cabeza—. Pero te aseguro que era la viva imagen del VZE».

Nos quedamos mirando el lugar.

«¿Seguro que lo hicieron bien?», pregunté en relación con el análisis de ADN.

Holes se demoró una fracción de segundo.

«Los de Sacramento son muy, muy buenos en lo que hacen», dijo. Seguimos adelante.

SACRAMENTO, 1978

El inspector Ken Clark y yo estábamos al aire libre ante el escenario de un doble homicidio que tuvo lugar en el este de Sacramento en febrero de 1978 cuando interrumpió sus pensamientos para preguntar: «¿Estás a favor de Obama?». Nos sonreímos un momento, y luego los dos nos echamos a reír. Restó importancia a nuestras diferencias políticas, y siguió parloteando. Clark charlaba sin parar. Yo no conseguía meter baza, y eso redundaba en mi beneficio. Nos encontrábamos delante del jardín donde Clark cree que el Violador de la Zona Este mató a tiros a una joven pareja. Los asesinatos de los Maggiore no se vincularon nunca de manera concluyente con el VZE, pero, hace poco, Clark encontró informes de policía sobre merodeos y allanamientos parecidos a los del VZE en la zona aquella noche, acercándose cada vez más hasta que Katie y Brian Maggiore fueron misteriosamente abatidos mientras paseaban a su perro. Los testigos echaron un buen vistazo al sospechoso. Cuando se hizo público un retrato robot, el VZE se desplazó de pronto hacia el oeste hasta el condado de Contra Costa. Aunque Paul Holes me dijo que no se tragaba la teoría de que «se fue por miedo», Clark sí cree que se asustó. Me enseña el retrato. «Creo que es la imagen más fiel que tenemos de él».

Clark me enseña los antiguos informes de policía que está

revisando ahora en busca de pruebas. Incluyen vehículos parados e incidentes relacionados con mirones. A buena parte de ello no se le dio importancia entonces. Clark no puede explicar por qué. Eso lo mata. «Dejan marchar a un buen sospechoso porque su cuñada dijo que una vez fueron a bañarse desnudos y le pareció que tenía un pene de tamaño decente». (El VZE no lo tenía.) «A otro, y no lo digo en broma, porque tenía “el labio inferior demasiado grande”».

Sacramento está repleta de ángulos que explorar. ¿Qué lo trajo aquí? ¿Es una coincidencia que todas las fuerzas armadas transfirieran su adiestramiento en navegación a la Base Mather de la Fuerza Aérea el 1 de julio de 1976, justo cuando empezaron las violaciones? ¿Qué hay de la Universidad Estatal de Sacramento? Su calendario académico encaja a la perfección con los crímenes (no cometió ninguna agresión durante un día festivo). Sirviéndose de tecnología nueva, un experto en perfiles geográficos señala las calles donde cree que pudo vivir el VZE. Vuelvo a visitar los vecindarios. Hablo con ancianos. Traslado lo que averiguo a los detectives caseros con portátil involucrados en la búsqueda.

[NOTA DEL EDITOR: Michelle McNamara murió el 21 de abril de 2016.]

TERCERA PARTE

[NOTA DEL EDITOR: cuando Michelle murió, estaba a mitad de la redacción de El asesino sin rostro; de cara a preparar el libro para su publicación, el principal investigador de Michelle, Paul Haynes, alias el Chico, y Billy Jensen, un aclamado periodista de investigación que era amigo de Michelle, trabajaron al alimón para atar cabos sueltos y organizar el material que dejó ella; el siguiente capítulo fue escrito a cuatro manos por Haynes y Jensen.]

Una semana después de la muerte de Michelle, accedimos a sus discos duros y empezamos a explorar sus archivos sobre el Asesino del Golden State. Los 3500 que tenía. Además, revisamos docenas de libretas, cuadernos y trozos de papel, así como miles de páginas digitalizadas de informes policiales. Y también las treinta y siete cajas de expedientes que había recibido del fiscal del condado de Orange, lo que Michelle llamaba cariñosamente «el montonazo».

Miles de piezas de un rompecabezas, y solo una persona sabía el aspecto que debía tener. Esa persona no era Michelle. Era el propio asesino.

La ballena blanca que perseguía Michelle no era el Asesino de la Dalia Negra, ni el Asesino del Zodíaco, ni siquiera Jack el Destripador, infames autores de crímenes sin resolver cuya «obra» era

relativamente reducida, al igual que lo eran, por lo tanto, los archivos de material de referencia para la investigación.

No. Michelle iba detrás de un monstruo que había violado a más de cincuenta mujeres y asesinado a diez personas por lo menos. Había más de cincuenta y cinco escenarios del crimen, con miles de pruebas.

Abrimos el principal disco duro de Michelle y empezamos a leer los capítulos que había terminado. Su lectura nos recordó lo que nos había atraído de su escritura ya desde el principio.

Su prosa sale de la página y toma asiento a tu lado, urdiendo historias sobre Michelle en las calles de Rancho Córdova, Irvine y Goleta tras los pasos de un asesino. Hay una inmensa cantidad de detalles. Pero su escritura, tenaz y compasiva al mismo tiempo, convierte lo específico en una narración fluida. Justo cuando el lector medio podría empezar a fatigarse, ella crea una frase memorable o muestra un detalle revelador que vuelve a insuflar vida al texto. Tanto en el manuscrito como en el sitio web *True Crime Diary*, Michelle siempre encontraba el equilibrio perfecto entre los extremos típicos del género. No se inhibía de evocar los elementos clave del horror, y sin embargo rehuía abundar morbosamente en detalles escabrosos, además de eludir la justicia farisaica o la hagiografía de las víctimas. Lo que evocaban sus palabras era la intriga, la curiosidad, la compulsión de resolver un enigma y solventar los espacios en blanco que dejan el alma helada.

Pero quedaban partes de la historia que Michelle no había terminado. Dispusimos lo que sí había terminado. Tenía una capacidad para los matices que no se suele encontrar en la literatura de este género basada en el crimen real (salvo quizá en Capote; y, cuando buscaba un golpe de efecto, a veces se limitaba a inventarlo). Michelle estaba escribiendo un libro de no ficción con un estilo que no se podía reproducir exactamente. Nos lo planteamos e hicimos una breve tentativa. Pero fue inútil. Ella había contado esta historia de tantas formas —en los capítulos que había acabado, en el artículo para la revista *Los Angeles* y en las numerosas entradas de su blog— que

había material suficiente para llenar muchos de los huecos.

Dicho esto, había temas que sin duda ella habría elaborado de haber tenido la oportunidad de terminar el libro. Muchos archivos o notas escritas a mano ofrecían una pista que quería seguir, o un indicio falso que tal vez habría descartado. Mientras que la «lista de cosas que hacer antes de morir» de un amigo podría estar sembrada de cosas como «Viaje a París» y «Lanzarme en paracaídas», la de Michelle incluía «Ir a Modesto», «Terminar la guía telefónica con búsqueda inversa de los habitantes de Goleta» y «Averiguar la manera de enviar muestras de ADN a 23andMe o Ancestry.com».



Allá en 2011, después de que ella publicara su primera historia en su sitio web *True Crime Diary* sobre el VZE/AN original (aún no le había puesto el apodo del Asesino del Golden State), Michelle se fijó en Paul cuando colgó un enlace en el foro del programa de televisión *Cold Case Files*, de la cadena A&E, que por aquel entonces era el único lugar donde se estaba dialogando sobre el caso.

Michelle le escribió de inmediato.

«¡Hola! —comenzó—. Eres uno de mis colaboradores preferidos». Pasó a describirle un apellido poco conocido con el que se había topado; las pocas personas que se apellidaban así tenían en común ciertos datos geográficos interesantes. Igual merecía la pena investigarlo.

«Tengo problemas de insomnio —le explicó ella—, y, cuando no puedo dormir, rastreo en busca de sospechosos que podrían encajar con el perfil del VZE. No sé cuál es tu sistema, si es que lo tienes, pero yo he estado haciendo dos cosas: repaso nombres del cementerio de Goleta y nombres que rebusco en listas de exalumnos de múltiples centros educativos de Irvine, en particular del barrio de Northwood. No es como contar ovejas, precisamente, pero tiene un efecto hipnótico a su modo».

Los resultados del insomnio de Michelle quedaban en evidencia en su disco duro:

- Antiguos mapas y fotografías aéreas de Goleta, usados para compararlos con el mapa de pruebas de «trabajo preliminar»
- Imágenes de suelas de calzado y ataduras de los escenarios de los crímenes
- Un análisis de la herramienta plantadora de césped, posiblemente usada en el asesinato de Domingo
- Una carpeta llena a rebosar de información sobre el Saqueador de Visalia y teorías que estaba planteando para relacionarlo con el VZE/AN original

Había una lista de ciertos objetos específicos sustraídos a las víctimas del Violador de la Zona Este:

- Dólar de plata «MISSILE»
- Dólar de plata «M. S. R.» 8-8-72
- Anillo con «Para mi ángel» 11-1-70
- Un par de gemelos, oro amarillo, con las iniciales «NR» grabadas
- Anillo de oro de hombre, diamante de 80 puntos, forma cuadrada, 3 pepitas de oro
- Anillo «[tachado] Siempre [tachado]» 11-2-71
- Anillo de oro con las iniciales WSJ
- Antiguo anillo de cucharilla de plata de Prelude by International
- Anillo de promoción de Lycoming College, 1965

Así como una nota en la que se mencionaba que el violador tenía una debilidad particular por los radiodespertadores, ya que había robado cinco.

Entre todo el material había una hoja electrónica con los nombres y las direcciones del equipo de atletismo del Instituto de Enseñanza Secundaria Dos Pueblos en 1976, una madriguera en la que se metió

llevada por la idea de que el VZE podía haber sido un corredor joven con piernas musculosas.

Un documento se titulaba «Gente posiblemente interesante». Era una lista elaborada a lo largo del tiempo, con notas y datos añadidos a medida que Michelle investigaba los nombres y las fechas de nacimiento de sospechosos en potencia. Algunos fragmentos aún tenían la etiqueta «Enviado desde mi iPhone», que revelaba que eran notas rápidas que Michelle se enviaba a sí misma mientras pasaba el rato en un estreno cinematográfico o en otras actividades.

En otro cuaderno, escribió: «No hay que infravalorar la fantasía: no violar delante de hombres; miedo al hombre; funcional; intimidad, el hombre muerto de vergüenza no forma parte de su fantasía. Mami y los lloros. No hay remordimiento. Probablemente parte de la fantasía».

Había incluso notas sobre su propia psicología:

- Era un merodeador y rastreador compulsivo. Nosotros, los que le perseguimos, sufrimos la misma desgracia. Él miraba por las ventanas. Yo pulso la tecla «Entrar». Entrar. Entrar. Hago clic con el ratón, clic con el ratón.
- Las ratas buscan su propia comida.
- La búsqueda es el subidón de adrenalina, no el hecho de atraparlo. Él es el tiburón falso de *Tiburón*, que, al no verse apenas, se teme el doble.

Michelle se ponía en contacto con testigos que figuraban en los antiguos informes si tenía la sensación de que se había dejado algún detalle sin elaborar o los investigadores habían omitido plantear una pregunta acuciante. Uno de esos testigos fue Andrew Marquette.*

El 10 de junio de 1979 hacía una noche especialmente calurosa, y Marquette había dejado abierta la ventana del dormitorio para que entrara un poco de aire mientras intentaba conciliar el sueño. En torno a medianoche, oyó un crujir de pasos en el sendero de piedras debajo

de su ventana. Se asomó y vio a un desconocido que avanzaba con cautela por el lateral de su casa, con la mirada fija en la ventana de sus vecinos. Marquette miró hacia esa misma ventana y atinó a ver a la pareja que vivía allí acostando a su hijo.

Marquette siguió observando al sujeto, que se escabulló hacia un pino y se fundió con la oscuridad frondosa. Cogió una pistola del calibre 22 que guardaba cerca de la cama y accionó la corredera del arma. Fue un sonido que el merodeador debió de reconocer, porque se puso en movimiento de inmediato y trepó la verja para saltar al jardín delantero. Marquette fue a casa de sus vecinos y llamó a la puerta. No contestó nadie.

Volvió a su domicilio a dejar la pistola y regresó para intentar hablar de nuevo con sus vecinos. A medio camino, los faros de un coche que pasaba barrieron las casas en el lado norte de la manzana e iluminaron brevemente al merodeador, que ahora estaba montado en una bicicleta, apoyado en una fachada. Cuando Marquette empezó a acercarse, el sujeto cruzó el jardín pedaleando con furia para huir de Marquette y desaparecer hacia la noche. Marquette llamó a la policía. Recorrieron el barrio de aquí para allá en busca del merodeador, sin el menor resultado.

Unas horas después, se produjo la agresión número cuarenta y siete del VZE a media manzana de allí. Los investigadores volvieron a ponerse en contacto con Marquette cuando sondeaban el vecindario, y él les relató la misma historia.

El merodeador era un hombre blanco de veintitantos años con el pelo hasta el cuello de la camisa que llevaba Levi's y una camiseta de color oscuro, lo que concordaba con lo que había descrito la última víctima del VZE. La bicicleta en la que había huido el merodeador se encontró abandonada esa misma mañana a unas manzanas de allí, junto con una lata de cerveza Olympia del frigorífico de la víctima. Los investigadores se dieron cuenta enseguida de que era la misma bicicleta que habían robado de un garaje abierto a kilómetro y medio de allí unas horas antes de la agresión. Cerca de ese garaje, los

inspectores hallaron un par de cordones blancos anudados.

Michelle tuvo la impresión de que merecía la pena volver a entrevistar a Marquette. Se puso en contacto con él a finales de 2015.

Le envió un mapa que ella misma había bosquejado, junto con un relato esquemático de lo que a su modo de ver había ocurrido aquella noche, y le pidió que confirmara o enmendara lo que creyera necesario. Paul elaboró una rueda de reconocimiento con diecisiete fotografías, y Michelle le preguntó a Marquette cuál de los individuos se parecía más al hombre que vio aquella noche.

Por teléfono, le pidió a Marquette que dijera la primera palabra que le viniera a la mente para describir al merodeador que vio. Marquette respondió sin perder un instante: «Colegial».

En un documento de 2011 titulado «Pistas VZE», Michelle intentó consolidar en un perfil muchos de los datos conocidos sobre el individuo:

- En la mayoría de los casos se le describe físicamente como un hombre de entre 1,80 y 1,85 metros con constitución de nadador. Esbelto, pero con pecho musculoso y pantorrillas gruesas. Tiene el pene muy pequeño, tanto en grosor como en longitud. Calza un número 41-43. Pelo rubio oscuro. Nariz más grande de lo normal. Sangre del grupo A, no secretor.
- Usaba el teléfono para ponerse en contacto con sus víctimas, unas veces antes de una agresión, y otras después. En ocasiones no hacía más que llamar y colgar sin decir nada. Otras veces emitía amenazas y profundos jadeos teatrales en plan película de terror.
- Se ponía pasamontañas. Llevaba armas. Tenía lo que parecía una linterna de estilo bolígrafo, y le gustaba despertar de repente a sus víctimas alumbrándolas con ella y cegándolas. Usaba cordones o toallas que rasgaba en tiras para atar a sus víctimas.
- Tenía un guion, y se ceñía a él. Alguna variación de «Haz lo que te diga o te mato». Alegaba que solo quería dinero y comida. Unas veces decía que era para su apartamento. Otras veces

mencionaba su camioneta. Obligaba a la mujer a atar al hombre, luego los separaba. En ocasiones amontonaba platos sobre la espalda del hombre y decía que si oía que se le caían, mataría a la víctima femenina.

- Con frecuencia llevaba aceite para bebés al escenario para usarlo como lubricante.
- Le gustaba robar bicicletas en el barrio y huir en ellas.
- Algunos objetos personales asociados con él: un bolso con cremallera larga, como un maletín de médico, o una bolsa de lona; calzado deportivo azul; guantes de motocross; pantalones de pana.
- Se llevaba carnés de conducir y joyas, sobre todo anillos.
- Algunas cosas que dijo, que pueden ser ciertas o no, pero que, en cualquier caso, resultan interesantes: mató a alguien en Bakersfield; se mudó de nuevo a Los Ángeles; «Te odio, Bonnie»; lo expulsaron de la Fuerza Aérea.
- Es posible que le ocurriera algo a finales de octubre de 1977. En dos agresiones distintas en torno a esa época describieron que sollozaba.
- Algunos vehículos posiblemente relacionados con el VZE/AN original: camioneta Chevy verde, furgoneta amarilla de la década de los sesenta con estribos, coche escarabajo.

Un correo electrónico que le envió Patton a Michelle revela que incluso se puso en contacto con su suegro, marine de carrera, para que investigara en bases militares de la zona por aquel entonces, pues existía la teoría de que el violador podía haber sido aviador.

Mensaje reenviado:

De: Larry Oswald

Fecha: 18 de abril, 2011, 2.01.06 PM PDT

A: Patton

Asunto: Bases de la Fuerza Aérea alrededor de Sacramento

Mamá dijo que Michelle tiene unas preguntas sobre bases de la Fuerza Aérea alrededor de

Sacramento. Aquí está la lista.

Cerca de Sacramento:

McLellan, clausurada en 2001.

Mather, clausurada en 1993.

Beale, todavía en funcionamiento: 60 kilómetros al norte de Sacramento.

Travis está ubicada en Fairfield (California), hacia el norte de San Francisco y a un buen trecho de Sacramento.

Dime si necesitas cualquier información adicional.

Papá

Muchos han intentado obtener un perfil del VZE/AN original a lo largo de los años, pero Michelle quería ir un paso más allá y profundizar en las ubicaciones de las violaciones para ver si la elaboración de un perfil geográfico podía conducir hasta su identidad. Entre los fragmentos que dejó estaban sus elucubraciones sobre la geografía del VZE/AN original:

- Tengo la sensación de que las dos ubicaciones más importantes son Rancho Córdoba e Irvine.
- La primera violación y la tercera se produjeron a escasos metros una de otra en Rancho Córdoba. Se marchó sin prisas de la tercera agresión y sin pantalones, lo que sugiere que vivía cerca.
- Asesinó a Manuela Witthuhn el 6 de febrero de 1981, en Irvine. Cinco años después asesinó a Janelle Cruz. Manuela y Janelle vivían en la misma urbanización, a tres kilómetros escasos.
- Es revelador que robaran la cinta del contestador automático de Manuela durante la agresión. ¿Estaba grabada en ella la voz del agresor? De ser así, ¿le preocupaba que lo reconocieran como alguien que vivía por allí?

En un documento que creó Michelle en agosto de 2014, titulado «Geocapítulo», se estaba replanteando el mapa después de más de tres años ininterrumpidos de investigación. Al abrirlo, solo hay una frase: «Carmichael parece un área central despejada, algo así como una zona de seguridad».

BUSCAR AL ASESINO CON UN PERFIL GEOGRÁFICO

Aunque sus características fundamentales —su nombre y su rostro— se desconocen, puede decirse con una certeza razonable que el Violador de la Zona Este fue, entre aproximadamente setecientas mil personas más, un habitante del condado de Sacramento entre mediados y finales de la década de los setenta.

La vinculación del VZE con muchos de los demás lugares donde actuó —Stockton, Modesto, Davis y el Este de la Bahía— no está tan clara.

El Violador de la Zona Este era un agresor sumamente prolífico en Sacramento, que ponía de manifiesto la familiaridad y la omnipresencia de una persona a todas luces de allí. Respecto a lugares como Stockton, Modesto y Davis, donde actuó dos o tres veces en cada sitio, cabe preguntarse qué relación tenía con esas poblaciones, si es que tenía alguna. Quizá tenía parientes o algún asunto allí. Quizá solo estaba de paso. Quizá lanzó un dardo al mapa.

Pero sería difícil dar con un investigador que no crea que el VZE vivía o, por lo menos, trabajaba en Sacramento.

Si aceptamos que el VZE vivió en Sacramento desde 1976 hasta 1978 o 1979, cosa casi segura, y luego vivió en el sur de California durante la primera mitad de la década de los ochenta, cosa muy probable, entonces, el pajar se vuelve considerablemente más pequeño. Si se elabora una lista de gente que vivió en ambas áreas durante esos periodos, el fondo de sospechosos pasa de casi un millón a unos diez mil.

Lo ideal sería que el proceso fuera tan sencillo como, pongamos por caso, aplicar filtros a la búsqueda de un producto en Amazon. Con unos cuantos clics de ratón se podría cribar por género (hombre), año de nacimiento (1940-1960), raza (blanco), estatura (1,75 a 1,85), lugares donde vivió (Carmichael e Irvine; o Rancho Córdoba y en el

código postal 92620; o Citrus Heights, Goleta y Dana Point) y, por si acaso, quizá profesión (agente inmobiliario, obrero de la construcción, pintor, paisajista, arquitecto paisajista, enfermero, farmacéutico, celador de hospital, policía, vigilante de seguridad o militar, todas las cuales están entre las muchas profesiones que diversos investigadores y detectives de salón han atribuido al VZE). Bastaría con introducir esos parámetros de búsqueda y *voilà!* Tendrías una lista manejable y al mismo tiempo exhaustiva de posibles sospechosos.

Pero no es tan fácil. Los nombres tienen que proceder de alguna parte, y no hay una base de datos central de, bueno, gente sin más. Hay que componerla o elaborarla. Y crear una lista semejante es sin duda uno de los proyectos que Michelle veía con más optimismo.

Quizá el VZE procedía de Visalia. O tal vez su ciudad natal era Goleta. Quizá había vivido en el código postal 92620 de Irvine. Quizá había cursado estudios en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Córdoba. Tal vez su nombre aparecía tanto en la guía telefónica de Sacramento de 1977 como en la del condado de Orange de 1983. No tendríamos que acceder a información reservada ni a una lista oficial de sospechosos que de otro modo pudieran haber pasado inadvertidos. Toda la información y las herramientas necesarias que podrían utilizarse para procesarla ya estaban disponibles en forma de recopiladores de archivos públicos online, registros civiles, registros de la propiedad, anuarios y directorios de las páginas amarillas de las décadas de los setenta y los ochenta (muchos de ellos digitalizados, por suerte).

En el año anterior a la muerte de Michelle, Paul había empezado a crear listas de referencia de habitantes de los condados de Sacramento y Orange en los periodos pertinentes, que combinaban nombres de fuentes como los archivos de matrimonios y divorcios de Ancestry.com, registros de la propiedad de los condados correspondientes (lo que conllevaba usar una herramienta de extracción de datos), listas de exalumnos y antiguos directorios cruzados y guías telefónicas.*

Michelle se puso luego en contacto con un programador informático de Canadá que se ofreció como voluntario para ayudar en lo que hiciera falta. Siguiendo las especificaciones de Paul, el programador elaboró una herramienta de referencia que procesa múltiples listas y detecta líneas de texto coincidentes. Con esa aplicación, Paul empezó a introducir dos o más listas para luego analizar las coincidencias, que ahora ascendían a más de cuarenta mil.

Una vez generada la lista de coincidencias, Paul la revisó y descartó los falsos positivos (mucho más probables con nombres comunes como John Smith) usando lectores o recopiladores de registros públicos. Paul recogió luego toda la información posible sobre cada coincidencia hasta quedar convencido de que ni el individuo ni ningún pariente masculino eran una posibilidad viable. Los nombres de aquellos que no pudiera descartar se añadirían a una lista de referencia de posibles sospechosos.

En casos de allanamientos en serie, violación o asesinato, las listas de sospechosos ascienden a varios miles de nombres o incluso más. La dificultad de manejar una lista de esta magnitud impone la necesidad de desarrollar un sistema de priorización según el cual se determinan grupos de prioridad de sospechosos de acuerdo con factores como anteriores infracciones penales y choques con la policía, el haber tenido ocasión de cometer todos los crímenes de la serie, características físicas y —si se ha desarrollado un perfil geográfico— direcciones del trabajo y del domicilio del sospechoso.

La elaboración de perfiles geográficos es una técnica especializada de investigación criminal —quizá más útil y científica que la elaboración de perfiles de comportamiento, que podría decirse que se asemeja más a un arte que a una ciencia— según la cual se analizan las ubicaciones clave en una serie de crímenes relacionados a fin de determinar los puntos de anclaje o de referencia más probables (el domicilio, el trabajo, etc.) de un delincuente en serie. Eso permite

centrarse en burbujas aisladas dentro de un fondo de sospechosos mucho más amplio.

Aunque la técnica general llevaba utilizándose de manera informal desde hacía tiempo —los investigadores la emplean para encontrar a un secuestrador en la película *El infierno del odio* (1963), de Akira Kurosawa—, la metodología de la elaboración de perfiles geográficos ni siquiera tenía nombre hasta finales de la década de los ochenta, unos diez años después de que la expresión «asesino en serie» empezara a formar parte del léxico popular. Teniendo en cuenta que ni siquiera era un procedimiento de investigación asentado por entonces, estar al tanto de la existencia de los perfiles geográficos no podía haber sido un factor que motivara al VZE a despistar geográficamente recorriendo grandes distancias hasta barrios lejanos del sur de California —a pesar de que a él le encantaba jugar al despiste. Además, sus crímenes en el sur de California no se identificaron por lo general como crímenes del VZE hasta que las pruebas de ADN los establecieron como tales (e incluso parecía que él buscaba específicamente eludir que fueran identificados, lo que, con toda probabilidad, es uno de los motivos que lo llevaron a empezar a asesinar a sus víctimas, para eliminar testigos). La conclusión lógica, según el principio de la navaja de Ockham, es que el VZE vivía en el sur de California durante el periodo en que cometió crímenes allí.

Dicho esto, aunque no seríamos partidarios de descartar a alguien por completo meramente porque no se pueda establecer que residió en el sur de California, haría falta una razón convincente de narices para interesarse lo más mínimo por un sospechoso semejante.

Sin embargo, el sur de California —debido a la escasa frecuencia de delitos conocidos del VZE, y la larga distancia cubierta— no es idóneo para la elaboración de un perfil geográfico. Puesto que Sacramento fue el área en la que más prolífico fue nuestro criminal en el lapso de diez años de sus crímenes conocidos, es la ubicación pertinente más oportuna para la creación de un perfil geográfico en el caso.

Con veintinueve ubicaciones distintas vinculadas con agresiones confirmadas del VZE y cerca de un centenar de robos seguramente relacionados, hay datos más que suficientes para desarrollar un perfil geográfico que arroje luz sobre los barrios en los que más probabilidades hay de que viviera el VZE. En el argot de la elaboración de perfiles geográficos, esas áreas se conocen como zonas de seguridad. Las zonas de seguridad son como el ojo de un huracán, establecidas por la típica reticencia del delincuente en serie a actuar demasiado cerca de casa.

Así pues, al menos en teoría, identificar al VZE debería ser simplemente cuestión de encontrar a personas que vivieran en el sur de California a principios de la década de los ochenta y que hubieran vivido en el condado de Sacramento entre mediados y finales de los años setenta; con domicilio probablemente en una de esas zonas de seguridad.



Observando las áreas con las que estaba familiarizado el agresor en las primeras fases de la serie, en lugar de las que fue empezando a frecuentar más adelante, se puede analizar la cronología de los ataques en Sacramento y dividirlos en múltiples fases. Hemos optado por cinco:

- Agresiones 1-4 (anteriores al silencio informativo)
- Agresiones 5-8 (anteriores al silencio informativo)
- Agresiones 9-15 (posteriores al silencio informativo después de las primeras noticias sobre un violador en serie que actuaba en la zona este de Sacramento)
- Agresiones 16-22 (a partir del gran cambio en el *modus operandi* del VZE, que pasa de las mujeres solas a las parejas, y antes de la interrupción de tres meses en el verano de 1977)
- Agresiones 24-44 (después de la interrupción del VZE en verano)

de 1977 así como de su primer ataque conocido fuera del condado de Sacramento)

La creación de un Google Map con una plantilla para cada fase permite aislar estas fases y pasar de una a otra, comparando la extensión de cada de una de ellas y determinando si hay un punto de referencia o una zona de seguridad evidente que permanezca estable a medida que el radio de actividad del agresor va aumentando. Además, las agrupaciones más densas de ataques tienden a indicar barrios que el agresor no debía de conocer muy bien.

Resulta de especial interés la franja del condado de Sacramento donde confluyen Carmichael, Citrus Heights y Fair Oaks, una parte de la ciudad donde más diseminadas estaban las agresiones del VZE, y que también mostraba la zona de seguridad más clara. (Véase la figura 1.)



Figura 1

Paul adoptó el supuesto de que el VZE vivía en alguna parte de los alrededores de lo que se denomina el North Ridge Country Club en el mapa, y observó que, cada vez que el VZE actuaba en esa área, lo hacía en el lado opuesto de esa aparente zona de seguridad respecto del que había escogido para actuar previamente; una posible interacción entre instinto (cambio de ritmo) y cálculo (evitación de áreas donde se había incrementado la vigilancia).

Paul decidió elaborar un perfil geográfico usando un enfoque totalmente improvisado y acientífico. Trasladó capturas de pantalla de su Google Map a Photoshop, y empezó a trazar líneas entre los lugares de ataque en esa zona, emparejando los que eran sucesivos. Determinando tanto el punto medio de cada línea como dónde se cruzaba con otra, y conectando de nuevo cada serie de puntos establecidos, se crearon formas que luego Paul pasó a sombrear. El área más densamente sombreada representaría en teoría la base de operaciones aproximada del VZE. (Véase la figura 2.)



Figura 2

moderno. (De hecho, fue Rossmo quien acuñó el término.)

El punto de referencia de Rossmo quedaba cerca del cruce de Coyle Avenue y Millburn Street, unos ochocientos metros al noroeste del punto de referencia que había postulado Paul sin haber visto nunca el análisis de Rossmo. (Véase la figura 5.)



Figura 5

BUSCAR AL ASESINO CON ADN GENEALÓGICO

Revisando el resto de los 3500 documentos en el disco duro de Michelle, se llega a un archivo titulado «Recientes resultados de ADN», en el que se detallan los marcadores de STR-Y del VZE, incluido el marcador PGM, esquivo y muy poco común.

Disponer del ADN del Asesino del Golden State siempre fue el as en la manga de esta investigación.

Pero el ADN de un asesino solo tiene el valor de las bases de datos

con las que se puede comparar. No se obtuvo ninguna coincidencia en el CODIS. Y no se obtuvo ninguna coincidencia en la base de datos sobre STR-Y del sistema penal californiano. Si el padre, los hermanos o tíos del asesino hubieran sido condenados por algún delito grave en los últimos dieciséis años, les hubiera llegado una alerta a Paul Holes o Erika Hutchcraft (actual investigadora jefe del condado de Orange). Habrían indagado en la familia del individuo, se habrían centrado en un pariente que estuviera en la zona de los crímenes y emprendido una investigación.

Pero no tenían nada.

Hay bases de datos públicas en las que se podría buscar una coincidencia del perfil de ADN, bases de datos que están llenas ya no de criminales condenados, sino de entusiastas de la genealogía. Se puede introducir los marcadores STR del cromosoma Y del asesino en estas bases de datos públicas e intentar dar con una coincidencia, o por lo menos con un apellido que contribuya de algún modo a la búsqueda.

Paul Holes lo había hecho en 2013, y del mismo modo en que Michelle sonriera y proclamara «¡Lo he resuelto!», Holes creyó que por fin había atrapado al individuo por medio de esta técnica.

Michelle cuenta la historia en esta sección a medio terminar, titulada «Sacramento, 2013».

Paul Holes aún alcanza a oír el sonido del cajón de su archivador al cerrarse de golpe. Había sacado de allí todo lo relacionado con el VZE, lo había puesto en una caja y se lo había enviado por FedEx a Larry Pool en el condado de Orange.

«Lo tiene Larry», pensó Holes. Es solo cuestión de tiempo.

Una década después, Holes se encontraba en su despacho, aburrido a más no poder. Ahora era jefe del laboratorio forense. Estaba casado en segundas nupcias. Tenía dos hijos pequeños más con su segunda esposa. Había trabajado en el laboratorio forense el tiempo suficiente como para ver de qué manera quedaban desacreditadas especialidades enteras. ¿El análisis de cabellos? Se moría de vergüenza con solo pensar en ello. Sus colegas y él se echaban unas risas a veces recordando las herramientas con las que habían tenido que trabajar, instrumentos difíciles de manejar y defectuosos, como la primera generación de teléfonos móviles.

Estaba empezando a acariciar la promesa que siempre había pensado cumplir, la cual

había demorado durante una década a fin de lograr un ascenso tras otro y mantener a su familia. Investigador Paul Holes. Siempre le había gustado cómo sonaba. Estaba haciendo los contactos adecuados. Obteniendo las credenciales idóneas. El traslado a la fiscalía para dedicarse a la investigación de casos pendientes a jornada completa ya se estaba gestando.

Pero había un problema, un problema que sabía muy bien que iba a llevar consigo a la fiscalía. El VZE. Cada año que pasaba sin que su identidad saliera a la luz, delatado por el ADN o entregado por medio de algún soplo, el interés de Holes aumentaba. Su mujer lo habría llamado obsesión. Elaboraba hojas de cálculo. Paseos ociosos en coche se convertían en recorridos por escenarios de crímenes. No alguna que otra vez, sino semanalmente.

A veces, cuando pensaba en la destrucción sembrada por un hombre sin rostro, no solo las víctimas, sino también las familias de las víctimas, la vergüenza de los inspectores, el dinero y el tiempo derrochados, los esfuerzos y el tiempo para la familia, los matrimonios destrozados y el sexo pospuesto durante vidas enteras [...]. Holes rara vez decía tacos. No era propio de él. Pero, cuando pensaba en todo eso, lo que sentía era: que te den. Que te den.

La primera generación de inspectores que trabajaron en el caso tenía problemas de salud. La segunda generación de inspectores, que lo investigaban cuando podían sacar tiempo de aquí y de allá, iba a jubilarse pronto. Se agotaba el tiempo. El VZE les sostenía la mirada, sonriendo desde una puerta medio cerrada.

Holes acercó la silla al ordenador. En el último año, el ADN de los antepasados se había hecho famoso entre los que tenían curiosidad por su genealogía y, aunque de una manera mucho más discreta, como herramienta para buscar a criminales sin identificar. Muchos miembros de organismos policiales se mostraban recelosos. Había cuestiones de garantía de calidad. Cuestiones de derecho a la intimidad. Holes sabía de ADN. Sabía todo lo que había que saber al respecto. En su opinión, el ADN genealógico era una herramienta, no una certeza. Generó un perfil de ADN-Y a partir del ADN del VZE, lo que significa que aisló el linaje paterno del VZE. El perfil de ADN-Y podía introducirse en ciertos sitios web genealógicos, los que usaba la gente para localizar a primos carnales y demás. Se introduce una serie de marcadores del ADN-Y, un número cualquiera entre 12 y 111, y aparece una lista de coincidencias, apellidos de familias con las que se podría tener un antepasado común. Casi siempre las coincidencias aparecen a una distancia genética de 1, lo que no significa gran cosa cuando se trata de buscar parientes. Lo que se busca es el esquivo 0, una coincidencia cercana.

Holes lo hacía cada dos semanas. Sus expectativas se mantenían en el 0. Era un modo de alimentar la obsesión. Así pues, una tarde a mediados de marzo de 2013, introdujo la secuencia familiar y pulsó «Intro». Un momento después apareció la lista, en muchos casos apellidos conocidos de búsquedas anteriores. Pero no identificó el nombre que encabezaba la lista.

El VZE poseía un marcador sumamente extraño. Solo el dos por ciento de la población del mundo tiene ese marcador. Cuando Holes hizo clic en el vínculo del primer apellido, vio que el perfil contenía este marcador tan poco común. También coincidía con once marcadores más del VZE, todos a una distancia genética de 0. Holes nunca se había encontrado con una distancia genética de 0.

Al principio se quedó sin saber qué hacer. Descolgó el teléfono para llamar a Ken Clark, el inspector del Departamento del Sheriff del condado de Sacramento con el que más

hablaba, pero colgó antes de marcar el número. Sacramento estaba a una hora del despacho de Holes, en Martínez. Cogió las llaves del coche.

Iría al lugar donde, hacía treinta y seis años, todo empezó.

Michelle no llegó a finalizar el remate del texto; la clase de remate que hubiera llevado al límite a cualquiera que hubiese estado trabajando en este caso tanto tiempo. Resulta que un agente jubilado del Servicio Secreto, y detective en sus ratos libres, llamado Russ Oase había introducido anónimamente marcadores del VZE en la misma base de datos. Así pues, la coincidencia que creía haber obtenido Paul Holes era en realidad el resultado de que dos personas habían introducido el perfil de ADN del mismo asesino y obtenido una coincidencia que no era sino un reflejo del otro.

El ADN era el hilo que Michelle consideraba el mejor modo de encontrar la salida del laberinto del Asesino del Golden State. California era uno de los solo nueve estados en América que permitían el análisis de ADN genealógico dentro de los límites de la base de datos estatal. Si el hermano del Asesino del Golden State fuera detenido mañana por un delito grave, veríamos una coincidencia. Pero esa base de datos solo contiene personas condenadas por un delito.

Michelle creyó que podía haber dado con el asesino cuando introdujo su perfil de ADN en una base de datos de STR-Y disponible online gracias a Ancestry.com.

A primera vista, lo que encabeza la página resulta prometedor. El primer nombre de la lista (hemos ocultado todos los nombres) tiene muchas coincidencias, como se puede ver por las casillas marcadas. El nombre es muy poco común (solo hay un puñado en Estados Unidos e Inglaterra). Junto al nombre, MRCA son las iniciales en inglés de antepasado común más reciente, y el número es el número de generaciones que hay que remontarse en la familia para tener una probabilidad del cincuenta por ciento de encontrar un antepasado común. Se estima que el MRCA entre ese hombre y Michelle (en lugar

diversos modos de abordar la vía genealógica para identificar al Asesino del Golden State.

Después de morir Michelle, Colleen le explicó a Billy que aunque no tenemos un linaje utilizable que seguir a partir de la comparación anterior, sí tenemos una pista: «Incluso si se obtienen coincidencias Y que son distantes, pero tienen todas el mismo apellido, se puede decir que probablemente se trata del apellido de Mr. X y que pertenece a la misma familia extendida que esas coincidencias (por línea directa), remontándose quizá numerosas generaciones. Pero, en este caso, hay distintos nombres, conque no se puede concretar uno. A veces el “aire” de los nombres permite hacerse una idea del grupo étnico al que pertenece Mr. X. Pongamos por caso, si en su lista solo aparecen nombres irlandeses, lo más probable es que sea irlandés. Eso es lo que hice con los asesinatos del canal. No solo obtuve el apellido Miller para su Asesino del Canal, sino que advertí a la Policía de Phoenix que era un Miller de ascendencia irlandesa. Unas semanas después, detuvieron a Brian Patrick Miller. Fue ahí donde se me ocurrió la idea de que el VZE tenía apellido alemán, pero que era de Inglaterra. En los test que hice para Michelle, ese es el “aire” de los apellidos que me encontraba».

Así que estamos buscando a un tipo de apellido alemán cuya familia vivió en algún momento en Inglaterra. Naturalmente, podría haber sido adoptado; entonces, cualquier cosa sería posible.

Todo se reduce al tamaño de la base de datos con la que se intenta contrastar la muestra. Hacia 2016 había ya numerosas empresas que se prestaban a hacer análisis de ADN y añadirlos a un fondo de datos en rápido crecimiento. Estas empresas usan análisis de ADN autosómicos. Por unos cien dólares y un poquito de saliva, las empresas obtienen el perfil de ADN de una persona. Además de para averiguar si uno tiene posibilidades de padecer alzhéimer en el futuro, o las probabilidades de tener un color de ojos determinado, el test es

utilizado por personas adoptadas o criadas por madres solteras. Los resultados que les llegan pueden desvelarles primos carnales que no conocían, y, a partir de ahí, están en posición de buscar a sus padres biológicos y obtener información adicional sobre su propia identidad. Si no se logra una coincidencia al primer intento, todavía hay esperanzas. Las empresas envían correos electrónicos cuando nuevos familiares han introducido su ADN. «Tiene nuevos parientes de ADN», decía un mensaje de 23andMe que recibió Billy hace poco, después de que hubiera introducido su propio ADN hacía unos años. «En los últimos 90 días, 51 personas que tienen ADN en común con usted se han unido a Parientes de ADN». Los análisis no vinculan solo el linaje masculino. Vinculan a todo el mundo.

Más importante aún, las bases de datos son inmensas: 23andMe tiene un millón y medio de perfiles, y Ancestry, dos millones y medio.

Pensemos solo en cuántos asesinatos, violaciones y demás crímenes violentos podrían resolverse si los organismos policiales estuvieran autorizados a introducir el ADN obtenido en los escenarios de crímenes en estas bases de datos y encauzar la investigación gracias a un primo del autor localizado en el sistema. Por desgracia, ninguna de las dos empresas colabora con organismos policiales, aduciendo cuestiones de derecho a la intimidad y de las condiciones del servicio.

La idea de que la solución de este enigma probablemente está oculta en las bases de datos de 23andMe y Ancestry.com le quitaba el sueño a Michelle.

Si pudiéramos introducir el material genético real del asesino —en lugar de solo marcadores escogidos— en una de esas bases de datos, lo más probable es que encontrásemos a un primo segundo o tercero y esa persona condujera a los investigadores hasta la identidad del asesino.

Así pues, la respuesta bien podría estar detrás de esta puerta cerrada con un candado relativo a asuntos en torno al derecho a la intimidad y a la búsqueda y la incautación ilegales.

Michelle quería poder introducir el ADN del asesino en estas bases de datos comerciales que tan rápido están creciendo. Habría renunciado a sus condiciones de servicio para hacerlo. Pero, para introducir tu ADN en esas bases de datos, la empresa te envía un tubo para que escupas en él y se lo devuelvas. Michelle no tenía saliva del asesino ni una muestra en un bastoncito de algodón siquiera. Tenía el perfil por escrito. Pero, según un amigo científico de Billy, había una manera de sortear el inconveniente. Aun así, cuando los críticos hablan de derecho a la intimidad, las condiciones de uso de las empresas y la Cuarta Enmienda, citan las clásicas palabras de Ian Malcolm, interpretado por Jeff Goldblum en *Parque jurásico*: «A los científicos les preocupaba tanto si podrían o no hacerlo que no se pararon a pensar si debían hacerlo».



Cuando Michelle empezó a trabajar en el artículo para la revista *Los Angeles* que sirvió como base de este libro, comenzó a llegar a sus manos un goteo de informes oficiales del caso. Leyó el material con cuidado, y empezó a elaborar un índice de personas, lugares y cosas citadas en los informes. Tenía un triple propósito: facilitar la localización de elementos de investigación en los informes, desambiguar a individuos para identificar a los que pudieran resultar de interés sobre la base de sus movimientos geográficos posteriores y hallar nombres que se solaparan o posibles vínculos comunes entre víctimas.

Michelle había cultivado relaciones con investigadores, tanto en activo como jubilados, que fueron convirtiéndose en francos intercambios de información. Ella era como una investigadora honoraria, y su energía y perspicacia insuflaron nueva energía a la sangre cansada del caso. Pasó nuestros hallazgos, junto con la Lista de Referencia, a algunos investigadores en activo.

La colección de material oficial sobre el caso seguía aumentando.

La culminación fue una asombrosa adquisición de objetos físicos del caso en enero de 2016, cuando llevaron a Michelle y Paul hasta un estrecho armario en el Departamento del Sheriff del condado de Orange que albergaba sesenta y cinco cajas de almacenaje llenas de informes sobre el caso del VZE/AN original. Increíblemente, les permitieron revisarlas —bajo supervisión— y tomar prestado lo que quisieran.

Eso era el «montonazo».

Apartaron treinta y cinco cajas junto con dos cestos de plástico para llevárselos de regreso a Los Ángeles.

Michelle había ido precavida. En lugar de hacer el viaje de un día juntos en un solo vehículo, fueron a Santa Ana en todoterrenos separados. Apilaron las cajas en carretillas y las llevaron hasta el muelle de carga detrás del Departamento del Sheriff del condado de Orange (DSCO), donde las cargaron en los dos vehículos mientras el sheriff adjunto, que no estaba al tanto de lo que hacían, salía del edificio; aunque por suerte no pareció percatarse de lo que ocurría. Procedieron con la mayor celeridad posible, no fuera a ser que los del DSCO cambiaran de parecer.

Volvieron a Los Ángeles, y las cajas fueron a parar a la primera planta de la casa de Michelle. Lo que había sido el cuarto de juegos de su hija se convertiría ahora en el «cuarto de las cajas».

Enseguida empezaron a revisar el material. Todos los santos griaes, las informaciones reservadas que Michelle no había visto aún, estaban allí, así como montañas de informes suplementarios. Esos informes suplementarios —elaborados a partir de los huérfanos y los que no acababan de encajar, las disparidades que volvían al archivador del VZE en ausencia de datos fehacientes en la carpeta de un caso específico— estaban entre los materiales que más codiciaban. Tanto Michelle como Paul creían que si el nombre del criminal estaba por alguna parte en esos informes, lo más probable es que fuera en una de esas pistas en los márgenes: el sospechoso olvidado, la declaración de un testigo pasada por alto, el vehículo fuera de lugar

que nunca se investigó o el merodeador que en aquel momento ofreció una explicación razonable de su presencia en la zona.

Michelle compró dos escáneres digitales de alta resolución, y empezaron a escanear el material. Buena parte de este material no había pasado por las manos de investigadores en activo como Paul Holes, Ken Clark y Erika Hutchcraft. Escanearlo no solo permitiría acceder con facilidad a las fichas y llevar a cabo búsquedas en el texto, sino que le daría a Michelle la posibilidad de corresponder al espíritu de generosidad que habían demostrado estos investigadores prestándoles un servicio inestimable.

Era el avance más emocionante desde que comenzara la investigación. Era un giro esencial, un vuelco que lo cambiaba todo. Michelle creía que había una probabilidad del ochenta por ciento de que el nombre del criminal estuviera por alguna parte en esas cajas.



Después de que se publicara su artículo en la revista *Los Angeles*, Michelle escribió una entrada en el blog de su página web sobre las cartas que estaba recibiendo de detectives de salón que lo habían leído y se habían obsesionado —aunque solo fuera durante unas horas— con resolver el caso:

Esta semana pasada he recibido docenas de respuestas de lectores de mi artículo «In the footsteps of a killer» («Tras las huellas de un asesino»), publicado en la revista *Los Angeles*, en febrero de 2013. Muchos correos contenían aportaciones sobre las pruebas y nuevas ideas acerca del mejor modo de atrapar al Asesino del Golden State, el esquivo y violento criminal en serie que, entre 1976 y 1986, causó numerosas víctimas por todo el estado de California.

El mapa fue lo que suscitó más interés, llevando a muchos lectores a aportar teorías sobre la base de su formación profesional o académica. Un lector, contratista general con experiencia en «urbanizaciones con campo de golf», pensó que el mapa se parecía al de muchas urbanizaciones en las que había trabajado él. Los caminos dibujados a mano, dijo, parecían senderos para carritos de golf.

Otro hizo una observación espeluznante sobre las detalladas líneas de las propiedades. Indican las líneas de las cercas, escribió el colaborador, porque la persona que hizo el mapa muestra los obstáculos que se encontraría moviéndose en la oscuridad.

Una lectora creyó que había una pista en la entrada de diario de «Furioso es la palabra que me recuerda 6.º de primaria». El «7» de «7.º» parecía más una «G», observó, añadiendo que a todas luces el autor había vuelto sobre el texto y añadido la palabra «el» antes del «6», como cambiando lo que iba a escribir en un primer momento, que en su opinión era probablemente el nombre de la ciudad en la que creció. Una ciudad, dedujo, que empieza por «G».

La prueba de «Furioso es la palabra» destaca la ira del autor contra su maestro de sexto curso. Más de un lector señaló que los hombres que trabajaban como maestros de primaria eran relativamente escasos en la década de los sesenta, cuando es de suponer que iba al colegio el autor.

Otro lector observó que Visalia, donde quizá empezó a actuar el Asesino del Golden State como delincuente juvenil, era el lugar donde vivían muchos pilotos de la Base Aeronaval de Lemoore. Quizá el asesino fuera hijo de un piloto, conjeturaba un colaborador, pues varias ubicaciones de la serie de crímenes están cerca de bases aéreas del ejército.

Algunas de estas pistas podrían ayudar a conformar la imagen del asesino. Y otras podrían no tener nada que ver con él, como un puzle que se compra en un rastro cuyas piezas se han mezclado con las de veinte puzles más.

Michelle estuvo decidida, hasta el último momento, a investigar todas y cada una de las piezas que creyera convenientes.

Uno de los últimos documentos modificados en su disco duro — con fecha del 18 de abril de 2016, tres días antes de su muerte— se titulaba «AúnPorHacer»:

- Preguntar a Debbi D por la linterna; habrían llevado la linterna de otra casa. Que ella sepa, ¿fue Greg de visita a Toltec?
- [Uno de los inspectores] tuvo que cogerse una baja psiquiátrica después de O/M [Offerman/Manning], y Ray dijo que era el peor escenario del crimen que había visto en su vida (fue en un correo electrónico a Irwin). ¿Por qué peor que el de Domingo/Sanchez?
- Para Erika: puesto que no tengo formación en la interpretación de escenarios del crimen, ¿qué crees tú que ocurrió en Cruz?
- Para Ken Clark: ¿Hubo algún vínculo de público/prensa con Maggiore en el momento del homicidio? ¿Es cierto que el FBI hizo un análisis genealógico y aunque esperaba obtener entre 200 y

400 coincidencias de apellido no obtuvo ninguna?

- Preguntarle a Ken a qué se refería exactamente con lo del marido o el tipo vestido de payaso que iba por la calle.

Las preguntas ocupan páginas y más páginas. En el blog del sitio web de Michelle, *True Crime Diary*, empezaremos a intentar dar respuesta a las incógnitas que dejó planteadas. Las discusiones sobre el caso siguen abiertas, e invitamos a los lectores a participar en ellas y seguir los numerosos foros de mensajes que alumbran día y noche nuevas pistas y teorías distintas sobre el asesino. Michelle siempre decía que no le importaba quién resolviera el caso, siempre y cuando se resolviera.

El impacto de Michelle en el caso queda fuera de toda duda. En palabras de Ken Clark: «Logró que se prestara atención a uno de los agresores en serie más prolíficos pero menos conocidos que han actuado en Estados Unidos. Si no hubiera visto con mis propios ojos los informes durante los años que investigué este caso, la historia me resultaría casi increíble. Su profesionalidad como investigadora, su atención al detalle y su sincero deseo de identificar al sospechoso le permitieron establecer un equilibrio entre el respeto a la intimidad de quienes sufrían y la labor de exponer datos sobre el sospechoso a fin de que alguien pudiera reconocerlo».

«No es fácil ganarse la confianza de tantos inspectores en tantas jurisdicciones —nos dijo Erika Hutchcraft—, pero ella lo consiguió, y está claro que fue por su reputación, su perseverancia y su entrega al caso».

Paul Holes estaba de acuerdo, hasta el punto de decir que consideraba a Michelle su compañera de investigación en el caso. «Estábamos en contacto constante. Me entusiasmaba con algo y se lo enviaba, y ella también se entusiasmaba. Ella rebuscaba y daba con un nombre y me lo enviaba para que lo investigase. Este caso es la mayor montaña rusa de emociones que quepa imaginar: los subidones son increíbles cuando crees haber encontrado al tipo; y, luego, te

derrumbas cuando los análisis de ADN descartan al prometedor sospechoso. Michelle y yo compartimos esos altibajos. Yo tenía mis buenos sospechosos, y ella tenía los suyos; cruzábamos correos electrónicos en un *crescendo* de entusiasmo solo para experimentar la irreversibilidad de tener que descartar candidatos.

»Michelle no solo logró ganarse mi confianza, sino la de toda la fuerza operativa, y demostró ser una investigadora nata, alguien que aportaba sus propias observaciones y su tenacidad. La capacidad de asimilar el caso en su totalidad, de plantear propuestas que otros no tenían capacidad de plantear, su perseverancia y esa personalidad divertida y contagiosa suya combinadas en una sola persona resultaban increíbles. Sé que era la única persona que podría haber llegado adonde llegó en este caso habiendo empezado como alguien ajeno al asunto, y con el tiempo se convirtió en uno de nosotros. Creo que su colaboración pública y privada fue realmente excepcional en esta investigación criminal. Michelle era perfecta para ello.

»Vi a Michelle por última vez en Las Vegas, donde pasamos mucho tiempo juntos hablando del caso. No podía imaginar que esa sería la última vez que la viera cara a cara. Me mandó su último correo el miércoles 20 de abril. Como siempre, me decía que enviaba unos informes que habían encontrado ella y su investigador, y que creía que me interesarían. Acababa el correo con un «Hablaremos pronto. Michelle».

»Descargué los informes que me envió después de enterarme de su fallecimiento, el viernes por la noche. Todavía seguía ayudándome».

En un correo electrónico enviado a su editor en diciembre de 2013, Michelle hablaba de que todos los autores que escriben sobre crímenes reales tienen que enfrentarse a una realidad cuando abordan un crimen sin resolver: ¿cómo acaba la historia?

Sigo siendo optimista sobre los avances en el caso, pero no soy ciega al reto de escribir sobre un misterio que sigue sin haberse resuelto. Tenía una idea en ese sentido. Después de publicarse mi artículo en la revista, recibí montones de correos de lectores, la mayoría de los cuales empezaban con algo parecido a: «Es posible que ya te lo hayas planteado, pero,

en caso contrario, ¿por qué no [insertar alguna idea de investigación]?». Eso me confirmó sin lugar a duda que dentro de todos nosotros hay un Sherlock Holmes convencido de que si se le facilita la cantidad adecuada de pistas, podría resolver un misterio. Si en este caso el reto, o el punto débil percibido, es que la ausencia de esclarecimiento del caso deje a lectores insatisfechos, ¿por qué no darle la vuelta y convertirlo en un punto fuerte? Tengo literalmente cientos de páginas de análisis de aquella época, y también datos más recientes sobre perfiles geográficos, análisis de huellas de calzado, días de la semana de las agresiones, etc. Barajaba la idea de incluir algunos de esos datos en el libro para ofrecer al lector la posibilidad de hacer de detective.

No pararemos hasta averiguar su nombre. Nosotros también estaremos haciendo de detectives.

PAUL HAYNES Y BILLY JENSEN,
mayo de 2017

EPÍLOGO

A Michelle le aburría todo lo que tuviera que ver con la magia o las naves espaciales. «Me largo», decía con una carcajada. Pistolas de rayos, espadas láser, capacidades sobrehumanas, fantasmas, viajes en el tiempo, animales parlantes, superciencia, reliquias encantadas o maldiciones ancestrales: «Todo eso me parecen engaños».

«¿Está fabricando *otra* armadura?», preguntó durante un estreno de la primera película de *Iron Man*. A los veinte minutos de película, Tony Stark retoca y mejora su armadura Mark I de color gris mate para convertirla en su supertraje rojo caramelo y oro real. Michelle dejó escapar una risilla, y salió para ir de compras.

Los *spaghetti westerns* eran muy largos y muy violentos. Los zombis resultaban inverosímiles desde el punto de vista científico. Y los asesinos en serie diabólicos con intrigas complejas eran, a su modo de ver, unicornios.

Michelle y yo estuvimos casados diez años, y pasamos trece juntos. No había entre nosotros ni un solo punto de conexión en la cultura pop. Ah, un momento: *The Wire*. A los dos nos gustaba *The Wire*. Mira por dónde.

Cuando nos conocimos, yo era un caldero efervescente y burbujeante de recónditos conocimientos efímeros y datos inconexos. Películas, novelas, cómics, música.

Y asesinos en serie.

Estaba al tanto de recuentos de cadáveres, *modus operandi* y citas de entrevistas. Recabar información sobre asesinos en serie es un rito de paso para tíos de veintitantos que quieren dárselas de misteriosos e intensos. Yo era precisamente uno de esos pirados que, a los veintitantos, hacía cualquiera cosa por parecer misterioso e intenso. Y me pasé toda la década de franela de los noventa recitando minuciosos detalles sobre Henry Lee Lucas, Carl Panzram y Edmund Kemper.

Michelle también conocía esos datos y nimiedades. Pero, para ella, eso era ruido de fondo, tan intrascendente y, a fin de cuentas, poco interesante como ver cómo se vierte el cemento.

Lo que le interesaba, lo que hacía que su imaginación cobrara vida y disparaba todos y cada uno de sus receptores y neuronas, eran las *personas*. En concreto, los inspectores e investigadores. Los hombres y mujeres que, pertrechados con un puñado de pistas al azar (o, las más de las veces, demasiadas pistas que debían cribar y descartar cuando resultaban ser falsas), eran capaces de tender trampas para cazar a monstruos.

(Puaj: esa sería la descripción cinematográfica en una frase de lo que hacía Michelle. Lo siento. Me resulta difícil no dispararme hacia la hipérbole cuando hablo de ella.)

Estuve casado durante una década con una persona que luchaba contra el crimen, una persona que luchaba contra el crimen metódica y enfáticamente, y con los pies en el suelo, en plan «materia gris» a lo británico. Yo veía su furia justificada cuando había leído el testimonio de una superviviente o entrevistado a familiares que aún estaban recuperándose de la pérdida repentina de un ser querido. Eran mañanas en las que le llevaba café y ella estaba con el portátil, sollozando, frustrada y agotada por causa de otra pista que había seguido y la había llevado a darse de narices contra un muro impenetrable. Pero, luego, ella se metía un pelletazo de cafeína, se enjugaba las lágrimas y volvía a martillar el teclado. Se abría una

ventana nueva, se seguía un nuevo enlace, otra acometida contra ese canalla vil y homicida.

El libro que acabas de leer fue lo más cerca que llegó. Siempre decía: «Me da igual quién lo atrape. Solo quiero ver esposas en sus muñecas y la puerta de una celda cerrándose a su espalda». Y lo decía en serio. Había nacido con el corazón y la mente de un auténtico policía: aspiraba a la justicia, no a la gloria.

Michelle era una escritora increíble: era sincera —a veces en exceso— con los lectores, consigo misma y sobre sí misma. Eso se aprecia en las partes de *El asesino sin rostro* que son autobiográficas. Y ya se ve lo sincera que era sobre sus propias obsesiones, sus manías y su compromiso a veces peligroso con la búsqueda del asesino, a menudo a expensas del sueño y la salud.

La mente, para la investigación y la lógica. El corazón, para la empatía y la perspicacia. Combinaba esas dos cualidades como yo no había visto hacer nunca. Sin intentarlo siquiera, me llevó a replantearme mi propio camino en la vida, mi manera de relacionarme con la gente y las cosas a las que otorgaba valor. Lo mejoró todo de mí y de todas las personas a su alrededor. Y lo hizo por medio de una originalidad discreta y natural.

Voy a poner un ejemplo anecdótico específico y, luego, otro más amplio y universal.

ANÉCDOTA. En 2011 trabajé con Phil Rosenthal en el desarrollo de una comedia de situación basada en mi vida. *Louie* llevaba un año en antena y me encantaban los nuevos terrenos que exploraba la serie en cuanto a cómo estructurar una comedia de situación y cómo presentar lo personal en tono humorístico. En esencia quería mi propia versión de *Louie*. Así pues, Phil y yo nos pusimos manos a la obra y abordamos los detalles de mi vida cotidiana.

«¿A qué se dedica tu mujer?», preguntó Phil durante una sesión de trabajo vespertina.

Se lo conté. Le dije que había puesto en marcha un sitio web llamado *True Crime Diary*. Le conté que empezó como una vía para escribir acerca de numerosos casos pendientes y elaborar casos que seguía online. Le expliqué que incorporaba en Myspace las entradas de posibles sospechosos. Había comprobado que las redes sociales son una mina de oro para los investigadores. El antiguo método de arrancar dientes a los sospechosos para conseguir que hablaran no era nada en comparación con la porquería mental que cuelgan esos narcisistas sociópatas en sus cuentas de Tumblr, Facebook y Twitter. Usaba Google Maps y una docena más de plataformas nuevas para buscar soluciones a casos que en apariencia eran callejones sin salida. Se le daba especialmente bien vincular datos de un caso poco conocido de una década atrás con un crimen actual aparentemente no relacionado: «¿Ves cómo va perfeccionando su *modus operandi*? El intento de secuestro sin éxito en una calle sin acceso fácil a la autopista ha evolucionado hasta un rapto limpio al lado de un cruce en trébol donde podía entrar y dar marcha atrás. Fue incrementando su valentía y sus aptitudes. Es el mismo coche en todos los casos, y ha pasado inadvertido porque es en un estado diferente, y muchas veces distintos organismos policiales no comparten información». (Este monólogo en particular, lo recuerdo, lo pronunció una noche en la cama, con el portátil sobre las rodillas; eso era lo que entendía Michelle por conversación de alcoba.)

Sus entradas en el blog despertaron el interés de programas de noticias de televisión por cable y, luego, del programa «Dateline NBC», que la contrató para volver a entrevistar a sospechosos en el caso de asesinato de una viuda negra mormona. Las personas de interés se habían cerrado en banda al abordarlas una cadena importante, pero estaban encantadas de hablar con una bloguera. Sencillamente no se daban cuenta de que la bloguera con la que hablaban había inventado una variedad mutante más sociable de investigación de asesinatos. Se lo contaban todo.

Phil rumió sobre todo esto unos instantes después de que yo

hubiera acabado. Luego dijo: «Bueno, eso sería una serie mucho más interesante que la que estamos preparando. ¿Por qué no hacemos que tu mujer sea organizadora de bodas? ¿Te parece bien?».

Ahora, el ejemplo más universal de la singularidad de Michelle. Vivimos en una cultura de los titulares carnaza para obtener visitas en la red donde rigen el derecho a afanar y el lapso de atención pasajero, los argumentos de 140 caracteres y los vídeos virales de treinta segundos. Es fácil captar la atención de alguien, pero mantenerla es casi imposible.

Michelle lidiaba con un tema que exige atención constante, a menudo sin recompensa alguna, para alcanzar algún tipo de satisfacción o conclusión. No requiere la atención de un solo lector, sino de docenas de policías, exploradores de datos y ciudadanos que hacen las veces de periodistas para lograr un avance, aunque solo sea un avance menor.

Michelle se ganó y mantuvo esa atención gracias a su capacidad para escribir y narrar de manera impecable e irresistible. Se entiende el punto de vista de todo el mundo en su escritura, y ninguno de sus personajes es un individuo inventado. Son personas que llegó a conocer, que le preocupaban y a las que dedicó el tiempo necesario para poder llegar a *verlas*: la policía, los supervivientes, los familiares afligidos y, por mucho que me cueste a mí entenderlo, incluso un bicho resentido y destructivo como el Asesino del Golden State.

Sigo esperando que oiga cerrarse a su espalda esa puerta de la celda. Y espero que ella también la oiga de algún modo.



Estas Navidades pasadas, Alice, nuestra hija, abrió un regalo que le había dejado Papá Noel. Estaba feliz mientras desenvolvía su camarita digital y empezaba a manipular los ajustes. Era un regalo divertido. Felices fiestas, cariño.

Esa misma mañana, sin que viniera a cuento, Alice me preguntó:

«Papi, ¿cómo es que tú y Papá Noel tenéis la misma letra?».

Michelle Eileen McNamara se fue. Pero dejó tras de sí una pequeña detective.

Y un misterio.

PATTON OSWALT,
Herndon (Virginia),
2 de julio de 2017

CONCLUSIÓN: CARTA A UN VIEJO

Eras tu manera de acercarte: el topetazo contra la cerca. Un descenso de temperatura al abrirse con palanqueta la puerta del patio. El olor a loción para después del afeitado que impregnaba un dormitorio a las tres de la madrugada. Un filo en la base del cuello. «No te muevas o te mato». Sus sistemas programados de detección de amenazas empezaban a parpadear mansamente bajo la losa del sueño. Nadie tenía tiempo de incorporarse. Despertar significaba entender que estaban bajo asedio. Habían cortado las líneas de teléfono. Habían descargado las armas. Las ligaduras estaban preparadas y dispuestas. Tú forzabas la acción desde la periferia, un contorno borroso de pasamontañas y extraños jadeos a bocanadas. Tu familiaridad los dejaba helados. Llevabas las manos sin vacilar a interruptores difíciles de localizar. Sabías nombres. Número de hijos. Lugares que frecuentaban. Tu preparación preliminar te daba una ventaja crucial, porque cuando las víctimas despertaban por efecto de la linterna cegadora y las amenazas proferidas entre dientes apretados, siempre eras un desconocido para ellas, pero ellas nunca lo eran para ti.

Los corazones se desbocaban. Se secaban las bocas. Tu presencia física seguía siendo incomprensible. Eras un zapato de suela dura que

se nota de pasada. Un pene untado en aceite para bebés introducido por la fuerza entre un par de manos atadas. Nadie veía tu cara. Nadie sentía todo el peso de tu cuerpo. Con los ojos vendados, las víctimas dependían del olor y del oído. Polvos de talco con aroma a flores. Una insinuación de canela. El tintineo de la barra de una cortina. La cremallera que abría un bolso de lona. Monedas que caían al suelo. Un gemido, un sollozo. «Ay, mamá». Un atisbo de zapatillas deportivas de gamuza azul ultramar.

Los ladridos de perros que resonaban cada vez más lejos hacia el oeste.

Eras lo que dejabas a tu paso: un tajo vertical de diez centímetros en la mosquitera de la ventana en la casa de estilo rancharo de Montclair, en San Ramón. Un hacha pequeña de mango verde entre los setos. Un trozo de cordón colgando de un abedul. Espuma en una botella vacía de licor de malta Schlitz en el patio de atrás. Manchas de una pintura azul imposible de identificar. El fotograma 4 del tercer carrete de fotografía del Departamento del Sheriff del condado de Contra Costa, donde se ve el lugar por donde creen que saltaste la cerca. La mano derecha amoratada de una chica, que la tuvo insensible durante horas. El contorno de una palanca en el polvo.

Ocho cráneos aplastados.

Eras un *voyeur*. Un registrador paciente de costumbres y rutinas. La primera vez que un marido que trabajaba de radioperador cambió al turno de noche, aprovechaste la ocasión. Había huellas de hacía entre cuatro y siete días, huellas del calzado con dibujo en espiga bajo la ventana del cuarto de baño en el escenario del crimen de la manzana de los 3800 de Thornwood, en Sacramento. Los agentes se fijaron en que desde allí, de pie, se podía observar el dormitorio de la víctima. «Fóllame como a tu maromo», susurraste, como si supieras lo que era eso. Le pusiste tacones altos a una chica, algo que hizo ella en la cama con su novio. Robaste polaroids en bikini como recuerdos. Merodeaste con tu linterna entrometida y tus frases entrecortadas y repetitivas, director y estrella al mismo tiempo de la película que te

estabas montando en la cabeza.

Casi todas las víctimas describen la misma escena: un momento en que percibieron que regresabas después de un rato de saquear distraídamente otra parte de la casa. Nada de palabras. Nada de movimientos. Pero sabían que estabas ahí, imaginaban la mirada inerte desde los dos agujeros del pasamontañas. Una víctima notó que mirabas fijamente la cicatriz de su espalda. Después de un buen rato sin oír nada, pensó: «Se ha ido». Espiró, justo en el momento en que la punta del cuchillo descendía y empezaba a reseguir la cicatriz.

Las fantasías hacían que te subiera la adrenalina. La imaginación compensaba el fracaso de tu realidad. Tus insuficiencias hedían. Una víctima puso en práctica la psicología inversa y susurró: «Qué bueno eres». Te apartaste de ella de inmediato, asombrado. Se apreciaba un temblor en tus susurros entre los dientes apretados, se detectaba algún que otro tartamudeo. Otra víctima describió a la policía cómo le agarraste fugazmente el pecho izquierdo. «Como si fuera el pomo de una puerta».

«Ah, ¿no te gusta?», le preguntaste a una chica mientras la violabas, sosteniendo un cuchillo contra su cuello hasta que ella asintió.

Tus fantasías discurrían profundas, pero nunca te hacían tropezar. Toda investigación sobre un delincuente violento que anda suelto es una carrera; tú siempre ibas por delante. Eras inteligente. Tenías cuidado de aparcar justo al otro lado del cordón policial estándar, entre dos casas o en un solar vacío, para evitar sospechas. Abrías pequeños agujeros en vidrios, usabas una herramienta para forzar cerrojos en jambas de madera y abrías ventanas mientras tus víctimas seguían dormidas. Apagabas el aire acondicionado para poder oír si se acercaba alguien. Dejabas puertas laterales abiertas y cambiabas de sitio los muebles del patio para poder huir sin encontrar obstáculos. Pedaleando en una bici de diez velocidades, escapaste de un agente del FBI en coche. Te escabullías por los tejados. En Danville, el 6 de julio de 1979, un perro rastreador reaccionó con tanta intensidad a una

mata de hiedra en Sycamore Hill Court que el adiestrador pensó que el rastro era de solo hacía unos momentos.

Un vecino fue testigo de tu huida en una agresión. Saliste del escenario tal como entraste: sin pantalones.

Helicópteros. Controles. Patrullas de ciudadanos que anotaban matrículas. Hipnotizadores. Videntes. Cientos de hombres blancos mascando gasa para que les tomaran muestras de saliva. Nada.

Eras un olor y huellas de calzado. Sabuesos e inspectores seguían ambas cosas. Se alejaban. No llevaban a ninguna parte.

Llevaban hacia la oscuridad.

Durante mucho tiempo, llevas ventaja. Tienes una manera de caminar enérgica. A tu paso quedan las investigaciones policiales. El peor episodio en la vida de una persona queda registrado en torpe cursiva por un agente a menudo soñoliento y precipitado. Abundan los errores de ortografía. La textura del vello púbico se describe por medio de unos garabatos al margen. Los investigadores siguen pistas usando teléfonos de disco giratorio de esos en los que tanto costaba marcar. Cuando no hay nadie en casa, el teléfono sigue sonando. Si quieren consultar un antiguo expediente, tienen que hurgar a mano entre montones de documentos. El repiqueteo del teletipo perfora agujeros en la cinta de papel. Sospechosos viables son eliminados sobre la base de las coartadas de sus madres. Al final, el informe del caso acaba en un expediente, una caja y, luego, una sala. Se cierra la puerta. Comienza a amarillear el papel y a perderse la memoria.

Tienes la victoria en tus manos. Has salido bien librado; lo notas. Las víctimas se van perdiendo de vista. Su ritmo flojea, se les ha agotado la confianza. Están cargadas de fobias y la memoria las vuelve vacilantes. Las acosan los divorcios y las drogas. Prescriben los crímenes. Se tiran kits de pruebas por falta de espacio. Lo que les ocurrió queda enterrado, reluciente e inmóvil, una moneda en el fondo de una piscina. Hacen todo lo posible por seguir adelante.

Tú también.

Pero el juego ha perdido emoción. El guion es repetitivo y hay que

aumentar las apuestas. Empezaste en los alféizares, luego pasaste al interior. La respuesta ante el miedo te excitaba. Pero, tres años después, las muecas de dolor y las súplicas ya no son suficientes. Cedes a tus impulsos más oscuros. Las víctimas de los asesinatos son todas muy bien parecidas. Algunas tienen vidas amorosas complicadas. Estoy segura de que, a tu modo de ver, son «zorras».

Eran normas distintas. Sabías que tenías por lo menos quince minutos para huir de un vecindario cuando tus víctimas quedaban atadas y vivas en sus casas. Pero, cuando sales del domicilio de Lyman y Charlene Smith, en Ventura, el 13 de marzo de 1980, no ves necesidad de apresurarte. Tardarían tres días en encontrar sus cadáveres.

Un leño para la chimenea. Una palanca. Una llave inglesa. Matas a tus víctimas con objetos que coges en sus casas; poco común, tal vez, pero también has tenido siempre la costumbre de moverte velozmente y no llevar equipaje apenas, salvo la rabia.

Y, entonces, el 4 de mayo de 1986, desapareces. Hay quien cree que moriste. O fuiste a la cárcel. Yo no.

Creo que lo dejaste cuando el mundo empezó a cambiar. Es verdad, la edad debió de volverte más lento. La testosterona, que antes brotaba a borbotones, era ahora un goteo. Pero lo cierto es que los recuerdos se desdibujan. El papel se deteriora. Pero la tecnología progresa.

Te escabulliste cuando volviste la mirada y viste que tus rivales empezaban a acortar distancias.

Tenías la victoria en tu mano. Eras el observador al mando, nunca observado. Sufriste un primer revés el 10 de septiembre de 1984, en un laboratorio de la Universidad de Leicester, cuando el genetista Alec Jeffreys desarrolló el primer perfil de ADN. Sufriste otro en 1989, cuando Tim Berners-Lee presentó una propuesta de la World Wide Web. Gente que no estaba al tanto de tus crímenes empezó a

desarrollar algoritmos que servirían para darte caza. En 1998, Larry Page y Sergey Brin constituyeron su empresa, Google. Las cajas con tus informes policiales se sacaron, escanearon, digitalizaron y compartieron. El mundo empezó a vibrar por efecto de la conectividad y la velocidad. Teléfonos inteligentes. Tecnología óptica de reconocimiento de caracteres. Mapas interactivos personalizados. ADN genealógico.

He visto fotos de las huellas de bota como moldes para gofres que dejaste en la tierra bajo la ventana del cuarto de una adolescente el 17 de julio de 1976, en Carmichael, una cruda reliquia de una época en que los *voyeurs* no tenían otra opción que plantarse físicamente delante de las ventanas. Se te daba de maravilla acercarte furtivamente. Pero las habilidades de tus mejores tiempos ya no sirven de nada. Tus aptitudes se han quedado anticuadas. Han cambiado las tornas. Se están abriendo ventanas virtuales a todo tu alrededor. Tú, el maestro mirón, eres un objetivo avejentado y torpe en sus puntos de mira.

Ahora un pasamontañas no te servirá de nada.

El teléfono de una víctima sonó veinticuatro años después de que fuera violada. «¿Quieres que juguemos?», susurró un hombre. Eras tú. No le cupo duda. Te vencía la nostalgia, como a un antiguo astro del fútbol artrítico que viera un partido en vídeo. «¿Recuerdas cuando estuvimos jugando?».

Te imagino marcando su número, solo en un cuartito oscuro, sentado en el borde de la cama individual, la única arma que quedaba en tu arsenal desencadenando un recuerdo, la capacidad de provocar terror con la voz.

Un día no muy lejano, oirás que se detiene un coche delante de tu acera, y que un motor se apaga. Oirás pasos que se acercan por el camino de acceso a tu casa. Como le ocurrió a Edward Wayne Edwards, veintinueve años después de que matara a Timothy Hack y Kelly Drew en Sullivan (Wisconsin). Como le ocurrió a Kenneth Lee Hicks, treinta años después de que matara a Lori Billingsley en Aloha

(Oregón).

Suena el timbre.

No hay puertas laterales abiertas. Hace tiempo que ya no eres capaz de saltar una cerca. Tomas una de esas bocanadas de aire exageradas. Aprietas los dientes. Te acercas tímidamente al timbre que no deja de sonar.

Así es como acaba en tu caso.

«Tú guardarás silencio para siempre y yo desapareceré en la oscuridad», amenazaste a una víctima en una ocasión.

Abre la puerta. Enséñanos la cara.

Camina hacia la luz.

MICHELLE MCNAMARA

LO CONSEGUISTE, MICHELLE

El dolor atroz que causó el Asesino del Golden State se prolongó muchos años después de que cesara su actividad criminal en el año 1986. A las secuelas físicas y psicológicas de víctimas y dolientes — agravadas, en el caso de algunas de las primeras, por acoso telefónico tras más de dos décadas de silencio—, se sumó una retahíla de detectives e investigadores que jamás superaron la frustración y la impotencia de no poder desenmascarar a un depredador cuyo sadismo los había conmocionado y cuyo carácter escurridizo se les había antojado una suerte de afrenta personal. Con lo que nadie podía contar es con que el macabro fantasma, que de vivir hoy sería ya un anciano, daría una última estocada mortal, como si la maldad que atesoraba se resistiera con denuedo a ceder a resultas de la decrepitud física y buscara formas vicarias de continuar esparciendo su veneno. Se cobró una pieza más: a la propia Michelle McNamara, la mujer empecinada en resolver el misterio sin solución, en descifrar esa identidad huidiza, la última creyente en el milagro. Una sobredosis de medicamentos, para poder vencer las pesadillas y el insomnio derivados del estrés y la angustia de la escritura del libro, unida a una afección cardíaca no diagnosticada, fue la causa de su muerte, ocurrida en 2016, mientras dormía, a la edad de cuarenta y seis años. El Asesino del Golden State alcanzaba definitivamente la categoría de

agujero negro, todo cuanto se le acercaba, sin importar épocas ni lugares, era engullido, deglutido, eliminado.

Pero lo que parecía el final iba a ser el principio. Y es que los agujeros negros, como al final pudo demostrar un grupo internacional de científicos en un laboratorio de Tokio —curiosamente también dos años atrás—, sí pueden emitir radiación, es decir, destellos de luz visible. *El asesino sin rostro* fue uno de los elementos combinados que permitieron abrir una fisura en la negrura absoluta del caso, sacar de las tinieblas al culpable, acabar con la maldición. «Camina hacia la luz», le exhorta la escritora al criminal en el apartado que cierra su obra. Pues bien, su publicación y su enorme repercusión, tanto en términos de ventas como de atención mediática, resucitó de un modo crucial el interés por el caso y ayudó al apresamiento del fantasma. Las fuerzas policiales al frente de la investigación han reconocido que *El asesino sin rostro* generó una ola de atención y una lluvia de pistas, aunque dejando claro que ninguna información concreta contenida en sus páginas tuvo relación directa con el éxito de la misión (posición, esta última, rebatida por Billy Jensen, uno de los investigadores que ayudaron más estrechamente a McNamara, así como por Paul Holes).

En abril de 2018, Joseph James DeAngelo fue detenido en Auburn, la misma ciudad del área metropolitana de Sacramento (California) por la que décadas atrás patrullaba de día y sembraba el terror de noche. Tenía setenta y dos años, y gozaba de una jubilación tranquila, que incluía la posesión de una motocicleta de alta cilindrada y de un pequeño arsenal de pistolas. Veterano de la guerra de Vietnam —en la Marina—, había ejercido de policía en las ciudades de Exeter y Auburn entre 1973 y 1979. Fue en la segunda donde inició su etapa de violador en serie, que se prolongó entre 1976 y 1979. Un intento de robo en una tienda lo llevó a ser expulsado del cuerpo y a trasladarse al sur, donde empezó a asesinar de forma continuada y donde se cobró doce víctimas. «Hemos encontrado la aguja en el pajar», declaró Anne Marie Schubert, fiscal del distrito del condado de Sacramento, durante la rueda de prensa en la que anunció la detención.

La expresión no podía sonar más apropiada para aquellos que tuvieran fresco el libro de McNamara, entre cuyas múltiples capas (el horror, la obsesión...) estaba el asombro ante la imposibilidad de capturar a un monstruo que no solo había procedido con voracidad y con extrema violencia durante una década, sino que había dejado tras de sí un sinfín de huellas y pistas, volviendo en ocasiones a actuar dentro de un mismo perímetro a partir de idéntico *modus operandi*. ¿Cómo era posible que unos vecindarios alertados y una legión de investigadores no consiguieran echarle el guante? En casos célebres, como el asesinato de la Dalia Negra o el de Geneva Odelia Hilliker, madre de James Ellroy, su irresolución podría llegar a entenderse por tratarse de una sola víctima y por la falta de medios en los años cuarenta y cincuenta, respectivamente. Pero ¿doce asesinatos y entre cuarenta y cinco y cincuenta violaciones perpetrados por un solo sujeto entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta? Con su desfile ininterrumpido de nuevos sospechosos que no conducían a ninguna parte, *El asesino sin rostro* parecía destinado a engrosar la ominosa lista de esfuerzos en balde. Pero, por el contrario, fue un empujón crucial o un pedal de aceleración.

Han trascendido pocos detalles de las circunstancias que rodearon la identificación y el arresto de DeAngelo, pero sí se sabe que resultó clave una base de datos de material genético, a la que un familiar del ahora convicto envió una muestra atraído por la posibilidad, ofrecida desde una página web, de localizar a parientes desconocidos. También se ha filtrado que los agentes tuvieron que revolver entre contenedores de la basura. De modo que..., ciencia puntera y el arremangarse de toda la vida.

Esta coda, la única feliz para un asunto tan escabroso, permite varias lecturas. Una es que los avances en el campo de la genética y la criminología forense están reduciendo drásticamente el margen de impunidad. Donde nunca llegaría la mente deductiva de Sherlock Holmes lo hacen los conocimientos de individuos con batas. Mejor tener la literatura para soñar, y la tecnología, para resolver. La otra, no

menos relevante, es que el periodismo de investigación tenaz y comprometido sigue dando frutos, lo que en la presente coyuntura de *fake news* y recortes en las redacciones supone un recordatorio de primer orden. McNamara no solo nos lega un *true crime* excepcional, sino un sueño personal y un servicio inestimable a la memoria de los muertos y a las víctimas supervivientes, extensible a toda la sociedad: el de haber contribuido a encarcelar a un individuo abominable. El emocionado mensaje que le lanzó su viudo a través de un vídeo de Instagram en el que exclamaba «lo conseguiste, Michelle», y un mensaje de Twitter en el que la comparaba con la detective Mage Gunderson de la película *Fargo* por su empecinamiento en hacer justicia sin colgarse ninguna medalla, ponen la nota sentimental a la historia de una leyenda en marcha.

«Un día no muy lejano, oirás que se detiene un coche delante de tu acera, y que un motor se apaga. Oirás pasos que se acercan por el camino de acceso a tu casa», escribe Michelle McNamara en la conclusión a su libro, advirtiéndole a su némesis de que tiene los días contados, y llegando a citar el ADN familiar entre las múltiples armas que pueden conducir a su caída. No era una ilusión, ni un delirio, ni una profecía autocumplida. Tras ser detenido mientras se preparaba un pollo en el horno, el Asesino del Golden State aguarda juicio en una celda de Sacramento, bajo vigilancia, para evitar un posible suicidio.

ANTONIO LOZANO

ENCARTE

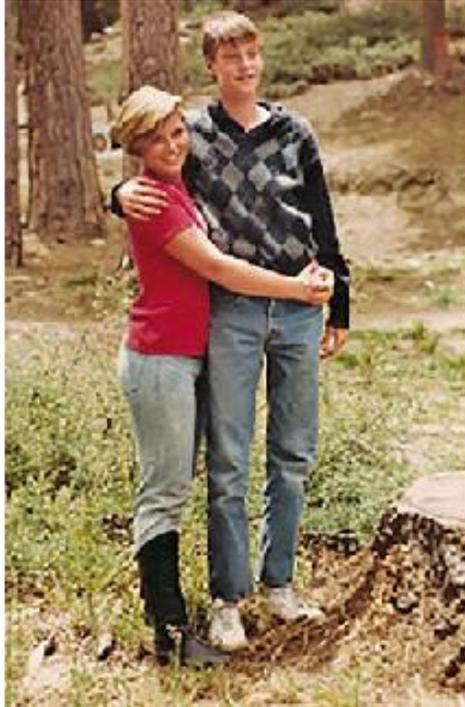


Manuela Witthuhn, que fue asesinada el 5 de febrero de 1981, en
Irvine (California).
Classmates.com



Keith y Patrice Harrington, que fueron asesinados en Dana Point (California), el 19 de agosto de 1981. La pareja llevaba casada tres meses cuando el padre de Keith descubrió los cadáveres en su casa, donde se estaban alojando.

Departamento del Sheriff del condado de Orange



La víctima del Asesino del Golden State Janelle Cruz en tiempos más felices, en el campamento de la YMCA de Bluff Lake (hacia 1981).

Cortesía de Michelle White



Charlene y Lyman Smith, que fueron asesinados el 13 de marzo de 1980 en su casa, en Ventura (California).

Classmates.com



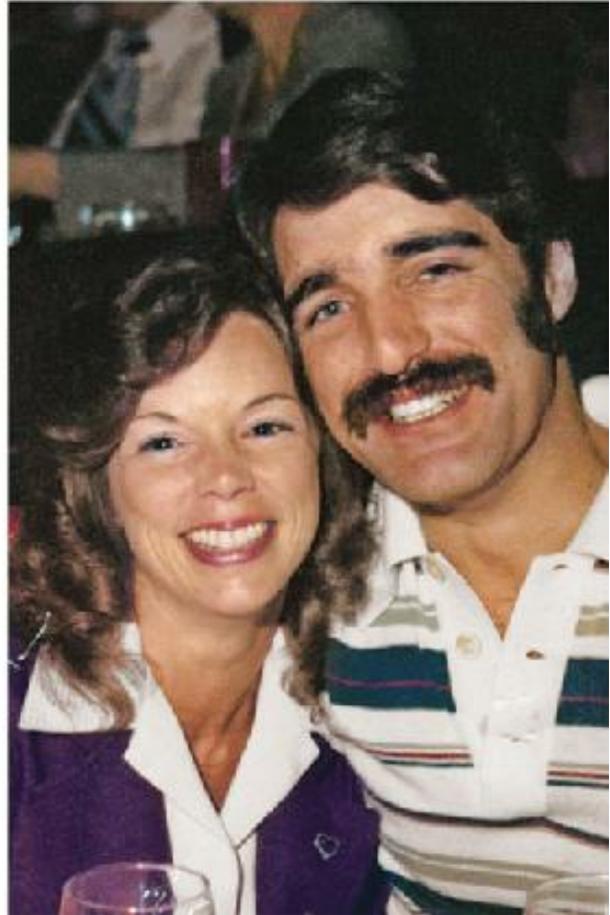
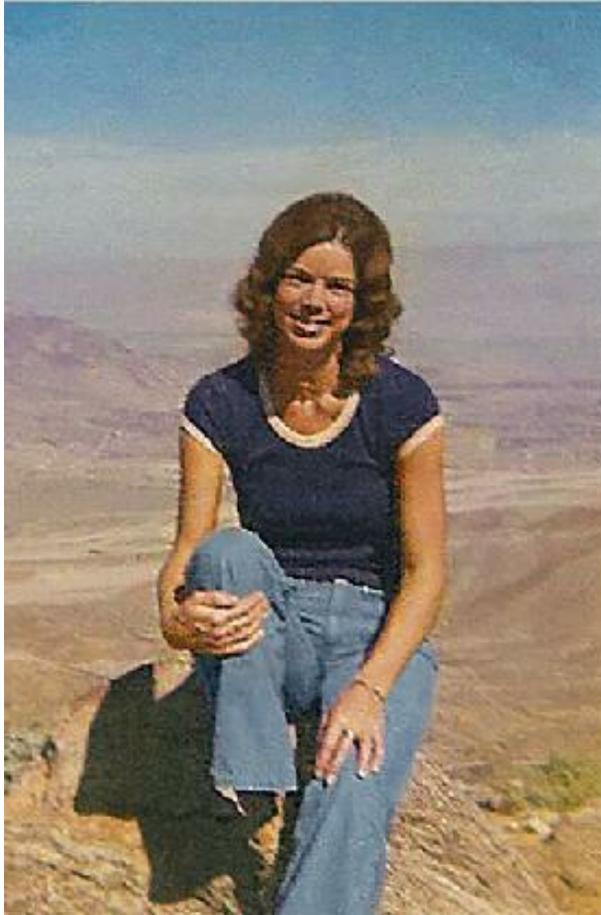
Debra Alexandria Manning, que fue asesinada junto con Robert Offerman en su apartamento de Goleta (California) el 30 de diciembre de 1979.

Oficina del Sheriff del condado de Santa Bárbara / Departamento del Sheriff del condado de Orange



Una foto sin fecha del cirujano osteópata Robert Offerman, que murió tiroteado el 30 de diciembre de 1979.

Oficina del Sheriff del condado de Santa Bárbara / Departamento del Sheriff del condado de Orange



Cheri Domingo y Gregory Sanchez, que fueron asesinados por un intruso el 27 de julio de 1981, en Goleta (California).
Cortesía de Debbi Domingo



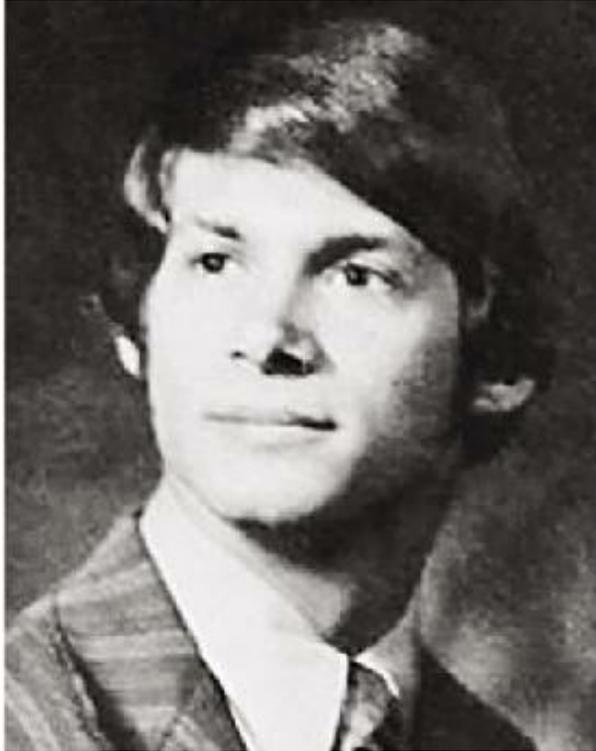
Debbi Domingo, hija de la víctima Cheri Domingo, se había escapado de casa; habló por última vez por teléfono con su madre la víspera de que fuera asesinada. Las últimas palabras que le dijo Debbi fueron: «¡Por qué coño no desapareces de mi vida!».

Cortesía de Debbi Domingo



La cinta policial acordona el escenario del crimen en Toltec Way, una calle sin salida de Santa Bárbara donde fueron asesinados Cheri Domingo y Gregory Sanchez. Treinta años después, el ADN hallado en el escenario vincularía el doble homicidio con el Asesino del Golden State.

Oficina del Sheriff del condado de Santa Bárbara / Departamento del Sheriff del condado de Orange



Brian Maggiore y su mujer, Katie, fueron abatidos a tiros por un agresor desconocido mientras paseaban a su perro en Rancho Córdova, el 2 de febrero de 1978. Ahora se sospecha que el crimen lo cometió el Asesino del Golden State.

Classmates.com



Los investigadores inspeccionan el patio trasero de la casa de Rancho Córdova donde encontraron a Brian y Katie Maggiore muertos a tiros después de intentar huir de su agresor.
Departamento del Sheriff del condado de Sacramento / Departamento del Sheriff del condado de Orange

That in the week that I was
recovered me off to grade I had
that year

I wish I had know what was
going to be going on the way
back grade by the the last and
was it apart of the writing class?
That in the week that I was
my head about it my teacher
as a 6th grade. The teacher
was one that was one of the
that not me very much disappointment
from my teacher, such as felt
that were pleased, then teacher
My 6th grade teacher gave me a lot
of disappointment which made
me very mad and made me feel a
state of hate in my heart, no one
ever let me down that hard before
and I never hated anyone as much
as I did him. Disappointment was the
only reason that made me mad in
my 6th grade class, another was getting
in trouble at school especially talking
that what really pissed me was
writing sentences, those awful
sentences that my teacher made

me write, hours and hours old sit
and write 50-100-150 sentences
day and night I write those awful
to paragraphs which annoyed me and
more important it made me ashamed
of myself when in turn, despising
in side made me realize that writing
sentences would pain it would have
to make me suffer like that, it
just want for to make me sit and
wait until my bones ache, until
my hand felt like a period pain if
ever had and as I write, I got
madder and madder until I had
I cried because I was ashamed
I cried because it was so hard,
I cried because I was mad, and
I cried for myself, but who kept me
having to write those horrible
sentences. My 6th grade teacher
6th grade will be in my memory
for life and I will be ashamed
for my 6th grade year forever

«Furioso es la palabra». Un trozo de papel arrancado de un cuaderno de espiral encontrado después de una agresión cercana del Violador de la Zona Este (VZE). Estaba arrugado junto con otros materiales descubiertos en un sendero rastreado por los sabuesos a lo largo de una zona de derecho de paso del ferrocarril en Danville (California). El contenido manuscrito parece ser una entrada de diario en la que el autor despotrica acerca de un maestro de sexto que lo castigaba.
Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa



Un mapa dibujado a mano que se encontró junto con la entrada de diario de «Furioso es la palabra». El área dibujada no queda del todo clara, pero el criminalista de Contra Costa Paul Holes cree que el mapa exhibe la sofisticación de alguien acostumbrado a trabajar en algo relacionado con la arquitectura paisajística o la promoción inmobiliaria. En el reverso del mapa hay dibujitos, incluida la palabra «castigo» garabateada una y otra vez.

Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa



Una huella de zapato encontrada por los inspectores que investigaban la agresión del 1 de octubre de 1979 en Goleta (California).

Oficina del Sheriff del condado de Santa Bárbara / Departamento del Sheriff del condado de Orange

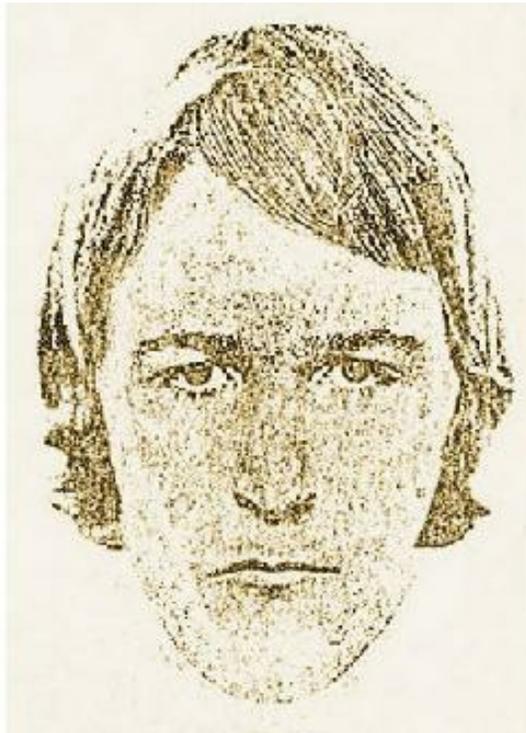


Un boceto que representa a un ladrón enmascarado, que según se cree podía ser el Violador de la Zona Este, al que ahuyentó un vecino de Danville con sueño ligero el 5 de julio de 1979.
Tom Macris / Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa



Un retrato de un merodeador y potencial intruso, observado por una adolescente cuando intentaba entrar en su casa de San Ramón mientras ella estaba sola el 8 de agosto de 1979. El incidente ocurrió a menos de doscientos cincuenta metros del escenario de una agresión anterior del VZE. Cuando el merodeador se dio cuenta de que lo habían visto, huyó del escenario hacia la misma granja de cultivo de árboles de Navidad usada como ruta de escape en el ataque anterior.

Tom Macris / Oficina del Sheriff del condado de Contra Costa



Retrato robot del merodeador sospechoso de haber disparado contra Douglas Moore (nombre ficticio) el 16 de febrero de 1977.

Departamento del Sheriff del condado de Sacramento

SACRAMENTO COUNTY SHERIFF'S DEPARTMENT
DUANE LOWE, SHERIFF
CONTINUATION REPORT

[REDACTED] REPORT NUMBER

GENERAL REPORT SUPPLEMENTARY FOLLOW-UP

| | | | |
|------|---|---|--------------------|
| PC | X | F | [REDACTED] |
| WGTB | | | DET. III. |
| RPA | | | COPIES MADE |
| LLIB | | | |

ADDRESS: [REDACTED]

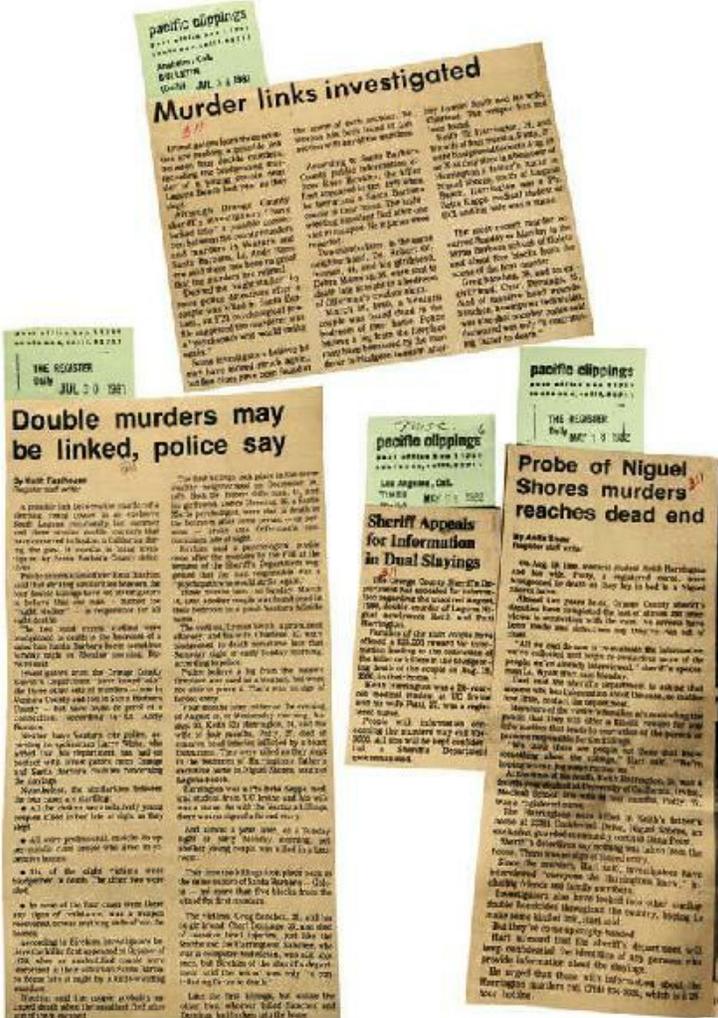
CONTACTED VICTIM [REDACTED] AT HER RESIDENCE FOR THE PURPOSE OF ASKING A SERIES OF QUESTIONS PERTAINING TO THE ATTACK ON THE VICTIM ON 10/5/76.

1. Victim received 2 suspicious phone calls (no answer when victim answered phone) about 2 weeks prior to the attack. She further stated that she was the victim of a Burglary 2 weeks prior to the attack.
2. Victim stated that the house across the street from her residence was for sale at the time of the attack. The house was listed by Century 21 [REDACTED] and the house has no swimming pool.
3. [REDACTED] stated that she did not notice any unusual actions on the part of the suspect as she was blindfolded immediately.
4. The victim has no idea if the suspect was Right or Left hand.
5. The victim cannot recall if she made any purchases or gave name, address and phone number to anyone just prior to the attack.
6. The victim owns a [REDACTED] and a [REDACTED].
7. Her phone was listed under the name of [REDACTED].
8. The only contact with door to door salesman was the Fuller Brush man but he is an elderly man.
9. The victim has a personal checking account with her name, address and phone number printed on the checks.

End of interview.

| | | | | | |
|-------|----|-----|---|-------------|------|
| EVINS | 31 | Det | <input type="checkbox"/> YES <input checked="" type="checkbox"/> NO | [Signature] | PAGE |
|-------|----|-----|---|-------------|------|

Una página de muestra del inmenso caudal de documentación del condado de Sacramento sobre los crímenes del Violador de la Zona Este.
 Departamento del Sheriff del condado de Sacramento



Recortes de periódico archivados por el Departamento del Sheriff del condado de Orange. Aunque se planteó la posibilidad de que hubiera una vinculación entre algunos de los crímenes, la presencia de un asesino en serie en la región pasó prácticamente inadvertida.

Anaheim Bulletin / Departamento del Sheriff del condado de Orange; Registro del condado de Orange / Departamento del Sheriff del condado de Orange; Registro del condado de Orange / Los Angeles Times / Departamento del Sheriff del condado de Orange



El 8 de noviembre de 1977, el Departamento del Sheriff del condado de Sacramento organizó una reunión de la comunidad en torno al VZE en el Instituto de Secundaria Mira Loma de Sacramento, donde los asustados vecinos manifestaron sus preocupaciones.

Departamento del Sheriff del condado de Sacramento



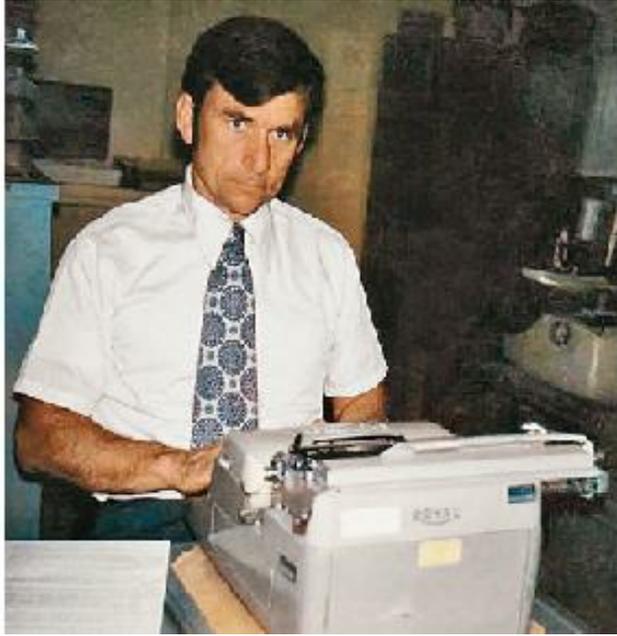
El sargento Larry Crompton de la Fuerza Operativa del VZE en el condado de Contra Costa, vertiendo escayola para obtener una impresión de una huella de calzado.

Cortesía de Larry Crompton



Paul Holes, en los comienzos de su carrera como criminalista en la Oficina del Sheriff de Contra Costa.

Cortesía de Paul Holes



El inspector Richard Shelby, investigador jefe original en la serie del VZE, mecanografía un informe en el Departamento del Sheriff del condado de Sacramento.

Cortesía de Richard Shelby



Inspector William McGowen, del Departamento de Policía de Visalia.

Cortesía de Mary Lou McGowen



Larry Pool, en una fotografía tomada durante la jura de su cargo como investigador sénior en la Fiscalía del Distrito del condado de Riverside en agosto de 2017.

Cortesía de Larry Pool



Michelle McNamara, investigando para *El asesino sin rostro*. También en el sofá, la hija de Michelle, Alice, «revisando» el trabajo de su madre.

Cortesía de Patton Oswalt



Michelle McNamara, enfrascada en el trabajo en su entorno de escritura preferido.
Cortesía de Patton Oswalt

NOTAS

* Nombre ficticio.

** No vinculado de manera concluyente con el Asesino del Golden State.

* Nombre ficticio.

* Nombre ficticio.

* La opinión de Michelle respecto al uso de la violencia desmesurada en estos casos había cambiado en cierto modo después de escribir esto. Posteriormente había llegado a la conclusión de que en los homicidios del Asesino del Golden State solo se había ejercido la fuerza necesaria para matar. Esta información se la facilitaron investigadores en activo, incluido Paul Holes (quien declaró no haber quedado «impresionado» por la ferocidad de los golpes en comparación con otros escenarios del crimen que había analizado). Es posible que la presentación dramática/desordenada de una muerte a golpes se interprete en un primer momento como violencia desmesurada, que es lo que con toda probabilidad ocurrió en algunos casos de crímenes del Asesino del Golden State.

* Nombre ficticio.

* Todos los nombres de la familia Moore son ficticios.

* Todos los nombres de la familia Williams son ficticios.

* Esta era la única actuación conocida del VZE en la zona sur. El dentista cofundador de la patrulla VVZE que ofreció los 10.000 dólares de recompensa —lo cual fue objeto de gran divulgación durante la semana anterior a la agresión— tenía su consulta a poco más de medio kilómetro de allí, lo que podía o no ser mera coincidencia.

* Nombre ficticio.

* Nombres ficticios.

* Nombre ficticio.

* Nombre ficticio.

* Nombres ficticios.

* Nombre ficticio.

* Este caso inspiró la Propuesta 69 de California, aprobada en 2004, que exigía la toma de muestras de ADN de todos los delincuentes, así como de adultos y menores acusados de ciertos crímenes (por ejemplo, agresiones sexuales, asesinato, incendio premeditado). Bruce Harrington, hermano de Keith, auspició la campaña, prometiendo donar casi dos millones de dólares para costearla.

* Nombre ficticio.

* Las iniciales por las que se conoce a este asesino corresponden a *bound, torture and kill*, «atar, torturar y matar». (*N. del t.*)

* Nombre ficticio.

* El texto de los directorios y las guías telefónicas se recogió usando un proceso de *software* conocido como reconocimiento óptico de caracteres, u OCR, para convertir la imagen del material escaneado en texto. Puesto que es un ojo digital que lee material analógico de tipo de letra y calidad de escaneo variables, el resultado está plagado de errores de sintaxis y transcripción, que van desde la incapacidad de distinguir, pongamos por caso, la letra D de la letra O, hasta la disposición caótica de signos de puntuación, símbolos y otros caracteres erráticos no alfanuméricos. Fueron necesarios cientos de horas de revisión para convertir estos documentos escaneados de volúmenes con décadas de antigüedad en listas de nombres legibles y formateadas de manera sistemática.

* *Forensic genealogy* («Genealogía forense»), de Collen Fitzpatrick, se publicó en 2005.